

NÚÑEZ DE PINEDA, FRANCISCO (1607 - 1682)

EL CAUTIVERIO FELIZ

ÍNDICE

Primera parte
Segunda parte
Tercera parte
Cuarta parte
Quinta parte

PRIMERA PARTE

... «Cuando volví en mí y cobré
algunos alientos, me hallé cautivo
y preso de mis enemigos.»

Considerándome preso, se me vino a la memoria ser mayor el peligro y riesgo en que me hallaba si me conociesen por hijo del Maestre de Campo General Álvaro Núñez de Pineda, por el aborrecimiento grande que mostraban a su nombre y la aversión que lo habían tomado por los daños recibidos. Por cuya causa me pareció conveniente y necesario usar de cautelosas simulaciones, fingiéndome de otras tierras y lugares, y, aunque moderadamente lo común y ordinario de su lenguaje entendía, más ignorante me hice en él de lo que la naturaleza me había comunicado.

Con esta advertencia estuve, habiéndome preguntado quién era y de dónde. A esto respondí ser de los reinos del Perú y haber poco que asistía por soldado en estas partes. Y esto fue en su modo de hablar, conforme los bisoños chapetones suelen pronunciar su lengua. Creyolo por entonces el dueño de mil libertad, mostrándose apacible, alegre y placentero, a cuyos agasajos me mostré con acciones y semblante agradecido.

Y estando con algún sosiego después del susto mortal que me tuvo un buen rato sin sentido, llegó a nosotros un indiecito ladino, quien había guiado la junta y traído el ejército enemigo a la estancia y heredad de su amo encomendero y a otras comarcas. Este indio, pocos días antes del suceso, se había ausentado de nosotros y agregado a los enemigos por algunos malos tratamientos y vejaciones que había recibido, que lo cierto es que las más de las veces somos y hemos sido el origen de nuestras adversidades y desdichadas suertes. Éste, con otros amigos y compañeros suyos, a quienes había manifestado quién yo era, llegó al sitio y lugar donde me tenían despojado de las armas y de la ropilla del vestido, diciendo en altas voces:

-Muera..., muera luego este capitán sin remisión alguna, porque es hijo de Álvaro Maltincampo -que así llamaban a mi padre-, que tiene nuestras tierras destruidas y a nosotros aniquilados y abatidos; no hay que aguardar con él, pues nuestra suerte y buena fortuna nos lo han traído a las manos.

Y a estas razones y alaridos se agregaron otros muchos, no menos enfurecidos y rabiosos, que, levantando en alto las lanzas y macanas, intentaron descargar sobre mí muchos golpes y quitarme la vida. Mas, como su Divina Majestad es dueño principal de las acciones, y las permite ejecutar o las suspende, quiso que las de estos bárbaros no llegasen a la ejecución de sus intentos, y, como padre de misericordia, tuvo por bien su Divina Clemencia que, de en medio de mis rabiosos enemigos, sacasen los cielos de los diamantinos pechos, en pedernales duros convertidos, *ardiente fuego de caridad piadosa*. (!)

Y al tiempo que aguardaba de sus manos la privadora fiera de las vidas, llegó a dilatármela, piadoso, uno de los más valientes capitanes y estimados guerreros que en su bárbaro ejército venían, llamado Lientur. Por haber sido su nombre respetado entre los suyos y bien conocido entre los nuestros, le traigo a la memoria agradecido y porque las razones y palabras que pronunció, discreto, no son para omitirlas.

Antes de repetirlas, manifestaré algunas circunstancias de que se originó el mirarme con píos ojos y dolerse de mis trabajos y desdichada suerte.

El tiempo que este valeroso caudillo asistió entre los nuestros, fue de los mejores amigos y más fieles que en aquellos tiempos se conocían, por cuya causa le hizo grandes agasajos y cortesías el Maestre de Campo General Álvaro Núñez de Pineda, mi padre, mientras gobernó estas fronteras. Y aunque el común tratamiento que a los demás hacía era conocido y constante entre ellos de que se originaron los felices sucesos y aventajados aciertos que fue Dios servido de darle en esta guerra, acudiendo con todas veras a la ejecución de sus órdenes y mandatos -que es nación que se deja llevar de la suavidad de las palabras y del agasajo de las acciones, y al trocado, siente el mal agrado, verificándose en ellos la parábola del sabio-, con este guerrero parece que quiso, más humano, efectuar sus agasajos, sacándole de pila a uno de sus hijos y llamarle compadre: acción que la tuvo tan presente y de que hizo tanto aprecio y estimación, cuanto se echará de ver en las razones de adelante, mostrándose amigo verdadero de aquel en quien conoció apacible condición y natural afecto, aunque después enemigo feroz de las obras y tratos de otros superiores ministros, que fueron los que le obligaron a rebelarse y dejar nuestra comunicación y trato.

Llegó, como queda dicho, y con resolución valerosa se entró en medio de los demás, que en altas voces estaban procurando mi desastrada muerte. Con su presencia, pusieron todos silencio a sus razones. Y haciéndose lugar por medio de ellos, se acercó más al sitio adonde mi amo y dueño de mis acciones, con un amigo y compañero suyo, me tenían en medio, con sus lanzas y adargas en las manos, dando a entender que solicitaban mi defensa con efecto, pues no respondían palabra alguna a lo que aquella turbamulta con ímpetus airados proponía.

Cuando al capitán Lientur -caudillo general de aquel ejército- vi entrar armado desde los pies a la cabeza, sobre un feroz caballo armado de la propia suerte, que por las narices echaba fuego ardiente, espuma por la boca, pateando el suelo con el suelo de las cajas y trompetas, y no podía de ninguna suerte estar un punto sosegado, sin duda colegí que el personaje referido llegaba de refresco a poner en ejecución la voz del vulgo y llevar adelante con su apoyo la dañada intención de sus clamores y que, con efecto, venía a poner término a mis días. Más atemorizado que antes, volví al cielo los ojos, y a nuestro Creador benigno, como a padre de misericordia, pude decir en mi alma, después de oídas sus razones, lo que el profeta cantó afligido en el mayor aprieto y en las mayores tribulaciones: «invoqué a mi Dios y su Divina Majestad se sirvió de oírme»; y en otra parte: «clamé con todo mi corazón y con mi espíritu». Así me sucedió en esta ocasión, pues cuando aguardaba ver de la muerte el rostro formidable, me hallé con más seguras prendas de la vida.

Acercose a nosotros Lientur -guerrero, capitán, como piadoso- y razonó de la suerte que diré: lo primero con que dio principio fue con preguntarme si yo era el contenido hijo de Álvaro, a que respondí turbado que yo era el miserable prisionero. Porque lo que a todos era ya patente, no podía ocultarlo más,... en cuyas razones y apacible rostro... eché de ver la aflicción y pesar con que se hallaba por haberme conocido en aquel estado, sin poder dar alivio a mis trabajos, por no ser, para librarme, absoluto dueño. Volvió con esto los ojos a Maulicán mi amo, diciéndole las palabras y razones siguientes: «Tú solo, capitán esforzado y valeroso, te puedes tener en la ocasión presente por feliz y el más bien afortunado, y que la jornada que hemos emprendido se ha encaminado sólo a tu provecho, pues te ha cabido por suerte llevar al hijo del primer hombre que nuestra tierra ha respetado y conocido. Blasonar puedes tú solo y cantar victoria por nosotros; a ti solo debemos dar las gracias de tan buena suerte como con la tuya nos ha comunicado la fortuna: que aunque es verdad que habemos derrotado y muerto gran número de españoles y cautivado muchos, han sido todos los más «chapecillos» (que así llamaban a los soldados bisoños, sin oficio y desarrapados), que ni allá hacen caso de ellos, ni nosotros tampoco. (Repito lo que formalmente fue diciendo.) Este capitán que llevas es el fundamento de nuestra batalla, la gloria de nuestro suceso y el sosiego de nuestra patria. Y aunque te han persuadido y aconsejado rabiosos que le quites luego la vida, yo soy y seré de contrario parecer, porque con su muerte ¿qué puedes adquirir ni granjear, sino es que con toda brevedad se sepulte el nombre y opinión que con él puedes perpetuar? Esto es en cuanto a lo primero. Lo segundo que os propongo es que, aunque este capitán es hijo de Álvaro, de quien nuestras tierras han temblado y nosotros le soñamos (sólo con saber que vive, aunque cojo, viejo e impedido), y de quien siempre que se ofreció ocasión fuimos desbaratados y muertos muchos de los nuestros, fue con las armas en las manos y peleando, que eso (es de) valerosos soldados, que lo mesmo ha ... nosotros. Mas a mí me consta del tiempo que asistí con él en sus fronteras, que, después de pasada la refriega, a sangre fría a ningunos cautivos dio la muerte; ante sí, les hizo siempre buen pasaje, solicitando a muchos el que volviesen gustosos a sus tierras, como hay algunos que gozan de ellas libres y asistentes en sus casas con descanso, entre sus hijas, mujeres y parientes, por su noble pecho y corazón piadoso. Y lo propio debes hacer generoso con este capitán, tu prisionero, que lo que hoy miramos en su suerte, podemos en nosotros ver mañana».

Y, volviendo las ancas del caballo, dejó a los circunstantes mudos y suspensos, con que cada uno por su camino se fueron dividiendo y apartando de nosotros, y yo quedé a tamaño beneficio fino correspondiente y tan obligado a sus razones que, sin encarecer mi agradecimiento, podré asegurar que fueron para mí más estimadas y su intención y celo muy bien admitidos, que lo que pudo ser en él mi afecto... Desde aquel punto y hora dio principio el Señor de mi voluntad a tratarme con amor, con benevolencia y gran respeto; pues, habiendo empezado a despojarme del vestido, no pasó más adelante con su intento, dejándome como estaba; antes me puso un capotillo que él traía y un sombrero en la cabeza, a causa de que el tiempo, con sus lluvias continuas, obligaba a marchar con toda prisa y a más andar, apresurar el paso hacia sus tierras, si bien hasta llegar al río caudaloso de Bío-Bío fueron en un cuerpo y con cuidado.

Prosiguiendo nuestra derrota, nos fuimos acercando al río Bío-Bío, como dije, en un cuerpo hasta llegar a sus orillas, si bien al pasarle unos se adelantaron más que otros, porque con ferocidad notable sus precipitadas corrientes se venían «aumentando a cada paso a causa de que el temporal con vientos desaforados y aguaceros desechos nos atribulaban, de manera que parecían haberse conjurado contra nosotros dos los elementos. *En quince días* que nos dilatamos en llegar a sus tierras, no gozamos del sol ni de sus rayos dos horas continuas.

Faltó el sol y ausentose de nosotros porque las densas nubes se ocupasen en remover los cielos y enturbiarlos, para que con sus continuas y descolgadas aguas fuese a los mortales el invierno grave, pesado y molesto. Llegamos, como queda dicho, los últimos de la tropa, al abrochar la noche sus cortinas -al caudaloso río referido-, diez indios compañeros (y) un soldado de mi compañía, llamado Alonso de Torres, que también iba cautivo, como yo, en esta ocasión. Pasamos el primer brazo a Dios misericordia -como dicen-, con grande peligro y riesgo de nuestras vidas. Cuando fuimos a querer vadear el otro que nos restaba, no se atrevieron a esguazarle, porque en aquel instante se reconoció bajar de arriba con gran fuerza la avenida. Y por ser el restante brazo más copioso de agua, más dilatado y más apresurada su corriente, determinaron quedarse en aquella pequeña isla, que tendría muy cerca de una cuadra de ancho y dos de largo, adonde había algunos matorrales y ramones de que poder valernos para el abrigo y reparo de nuestras personas y para el alimento, aunque débil, de las bestias. Hiciéronlo así, porque la noche había ya interpuesto sus cortinas, presumiendo que al día siguiente se cansaría el tiempo porfiado y nos daría lugar a pasar con menos riesgo y con más comodidad el proceloso piélago espantoso que nos restaba. Mas fue tan continuado el temporal deshecho y abundante de penosas lluvias, que cuando Dios fue servido de amanecernos, hallamos que el restante brazo, multiplicadas sus corrientes, venía con más fuerza y con más ferocidad creciendo, a cuya causa nos detuvimos y quedamos aquel día entre los dos ríos aislados, por ver si el siguiente nos quería dar lugar a proseguir nuestro viaje.

Y entretanto que aguardamos oportuno tiempo, permítaseme hacer un breve paréntesis que puede ser de importancia para la proposición de este libro.

Poco lugar o ninguno tenían los antiguos pareceres y consejos, pues a los que con buen celo e intención los daban, les respondían que era muy a lo viejo, como lo hizo el

gobernador con mi padre en ocasión que le rogó que reparase nuestro tercio, porque habían certificado que estaban nuestras fuerzas muy disminuidas por la falta de gente que había en las fronteras. Y por no haber asentido con su parecer y consejo, nos sucedió nuestra sangrienta ruina. Al instante que tuvo el aviso del suceso y derrota de nuestro tercio, se partió el gobernador con la más gente que pudo sacar de la ciudad de la Concepción para el tercio de San Felipe de Austria, adonde halló el ejército derrotado, con cien hombre menos, entre ellos tres capitanes y otros oficiales de cuenta. Afligióse grandemente de haber reconocido el mal afortunado suceso, y por dar algún alivio y consuelo a mi amado padre, que en tal ocasión estaría con el pesar y sentimiento que se puede colegir, por la pérdida de un hijo solo que tenía para ayuda de sus trabajos, de su vejez y de los achaques que de ordinario le asistían, determinó escribirle la siguiente carta consolativa, considerando que por no haberle querido dar crédito ni seguir su parecer, había experimentado en nuestro daño tamaña pérdida:

«Señor Maestre de Campo General Álvaro Núñez de Pineda: Aquí he llegado a este tercio

de San Felipe de Austria con harto sentimiento y pesar mío por la desgracia y pérdida que en él he hallado de más de cien hombres, y entre ellos el señor capitán don Francisco de Pineda, que no aparece, aunque se ha hecho particular diligencia de buscarle entre los cuerpos muertos; por lo que se presume que irá vivo, y si lo va, tenga V. M. por cierto que haré todas cuantas diligencias fueren posibles para que V. M. le vuelva a ver a sus ojos: que la desgracia suya es la que más he llegado a sentir por lo que le estimaba y quería; y por el pesar tan justo que V. M. tendrá, no hay sino que encomendarlo a Dios; que yo de mi parte no cesaré de hacer mis poderíos por saber si va vivo y poner todo mi esfuerzo por librarle antes que deje este gobierno; y tome V. M. esta palabra de mí, a que no faltaré con todas veras, poniéndolo principalmente en las manos de Nuestro Señor, el cual guarda a V. M. muchos años y le dé el consuelo que deseo» etc.

Respuesta de esta Carta

«Señor Presidente:

Cuando puse a servir al Rey nuestro señor a mi hijo Francisco, en tiempo de tantos infortunios y trabajos, fue con esa pensión, y yo no puedo tener más gloria que el haber muerto en servicio de S. M., a quien desde mi niñez he servido con todo amor y desvelo. No he llegado a sentir tanto su pérdida, cuanto que en la ocasión que a V. S. dije y supliqué que reparase ese tercio para lo sucedido, me respondió que era muy a lo viejo: pareceme que no va sucediendo muy a lo mozo. Guarde Dios a V. S. como puede», etc.

Esta resuelta carta fue el total instrumento de mi bien y origen principal de mi rescate; porque atendiendo el gobernador a la sobrada razón de mi padre, y que por no haber hecho caudal de su consejo y parecer le había sucedido tan considerable pérdida, tuvo por bien el callar y disimular esta carta, que sentido y lastimado de lo uno y de lo otro (mi padre) escribió resuelto. Con esto, desde entonces puso mayor cuidado y solicitud en libramme de los trabajos y peligros de la vida en que me hallaba.

No sé si en estos tiempos lastimosos se pasara por alto carta semejante y se disimularan sus razones con prudencia, porque sobra ya en los que gobiernan la majestad, la soberbia, o mejor decir, la tiranía, y a los que bien sirven, el temor y el recelo los acorta. En otros antiguos tiempos, en que el valor y el esfuerzo tenían su lugar y asiento merecidos, aconteció a mi padre siendo capitán de caballos, el hallarse en grande empeño solo con su compañía. Habiendo salido con ella a una escolta algo distante de donde quedaba el gobernador y lo restante del ejército, le salió al encuentro una poderosa junta de enemigos; y habiendo divisado que para él se encaminaba resuelta, despachó el instante persona de toda satisfacción a que diese aviso al gobernador del empeño en que se hallaba, y que para salir de él con aventajado crédito le enviase algún socorro de soldados, los más que pudiese. Y aunque estuvo resuelto el gobernador a hacerlo así, remitiendo el socorro que le pedían, nunca faltan mal intencionados sátrapas que al oído y lado de los que gobiernan, intentan envidiosos deslucir las acciones de los que valerosamente sirven a S. M. Así, en esta ocasión, evitaron y contradijeron su intento y resolución, enviándole a decir que, pues se había puesto en tamaño empeño, que procurase salir de él como pudiese. Con esto se vio obligado a decir a los suyos estas razones: «Señores soldados, amigos y compañeros: lo que me vieron hacer lo hagan todos, y consideremos en esta ocasión que no hay más hombres en el mundo que nosotros, y que el favor divino es nuestro amparo y fuerte escudo contra esta muchedumbre y bárbara canalla. Cien varones somos para más de mil; si bien nuestro valor y esfuerzo es invencible cuando la fe divina es nuestro blanco y la reputación de las armas de nuestro Rey y Señor, con que podemos estar ciertos que ha de estar muy de nuestra parte la victoria y nuestro desempeño». A esto respondieron todos esforzados que primero perderían mil vidas (si tantas tuviesen) que faltar a la obligación de soldados de tal caudillo y capitán, que con sólo saber que los gobernaba y regía su esfuerzo y valor (de cuyo nombre se estremecían y temblaban estos bárbaros), se prometían muy feliz acierto en la ocasión urgente en que se hallaban. Con esta respuesta y valerosa resolución, dispuso sus soldados con el mejor orden que pudo para embestir al enemigo, que habiendo reconocido la determinación de los nuestros tenía ya su infantería dispuesta, con la cual marchaba en orden junto con su caballería a encontrarse con la nuestra; y llegando a ajustarse los unos con los otros, descargaron sobre los enemigos una famosa carga de arcabucería, con cuyos efectos murieron más de cien indios y, atropellando la infantería, abrieron camino por medio de ellos, y con gran orden dispararon por sus turnos los arcabuceros, y se fueron retirando poco a poco, acercándose a su cuartel, con pérdida sólo de tres soldados que les mataron: si bien los más de ellos maltratados y heridos juntamente con su capitán, a cuya causa tuvo ocasión de entrar con la espada en la mano, bañado en sangre y colérico de haber visto que por la omisión que tuvo el gobernador en enviarle el socorro de soldados que envió a pedir, se había perdido y frustrado la mejor ocasión que en aquellos tiempos pudiera desearse. Y estando a caballo de la suerte referida, llegó adonde el gobernador estaba con sus consejeros y aliados, y le dijo en altas voces que cómo se regía y gobernaba por gente tan cobarde, pues le habían hecho perder la victoria más considerable que pudiera buscar y apetecer en todo el discurso de su gobierno; que todos los que le habían aconsejado que no le enviase el socorro de soldados que le había enviado a pedir eran unos gallinas y le harían creer que las yerbas que tenía bajo sus plantas, eran enemigos: dentro de aquellas estacas, aun les parecía no estar seguros, y que con la espada que traía en las manos les daría a entender

que sabía empeñarse y salir de sus empeños, cuando no sabían ni aun a lo largo mirarlos. Y volviendo las ancas a su caballo, le encaminó para sus tiendas, dejando a los circunstantes admirados de su temeraria resolución, aunque justificada. A estas razones respondió prudente el gobernador, diciendo: «Para semejante precipitación es muy necesario el sufrimiento, pues los que bien sirven a S. M. tienen permiso tal vez para hablar con denuedo y desenvoltura en presencia de sus superiores».

Amanecimos en la referida isla con las penalidades y trabajos que pueden imaginarse, cansados de una noche oscura y tenebrosa, acompañada con copiosas y abundantes aguas despedidas del cielo con violencia, y sacudidas de furiosos vientos, mezcladas con relámpagos, rayos, truenos y granizos; siendo tan formidable a los mortales, que pareció desabrochar el firmamento sus más ocultos senos y rincones.

Presumiendo que nos daría lugar el tiempo a esguazar lo restante que nos quedaba del río, sucedió nuestro pensar muy al contrario, porque con lo mucho que había llovido sin cesar del antecedente día y de la noche, se aumentaron sus corrientes de tal suerte, que nos obligaron a que con toda prisa desamparásemos la isla y solicitásemos camino o modo de salir aquel día de los riesgos y peligros que nos amenazaban, pues a más andar, con paso apresurado las procelosas aguas se iban apoderando del sitio y lugar que poseíamos. Determináronse a desandar lo andado y volver a pasar hacia nuestras tierras el esguazado brazo del río con harto peligro y temor de encontrar con algunos de los nuestros, juzgando por posible haber salido en su seguimiento y rastro alguna cuadrilla española, si bien les aseguraba lo borrascoso del tiempo y lo continuo del agua. Esta resolución y acuerdo que eligieron fue porque lo restante del piélago que para sus tierras nos faltaba por pasar era más caudaloso, más ancho, de más precipitada corriente y de más conocido riesgo. Habiendo intentado arrojarse a él a nado, echaron por delante a un compañero alentado y que se hallaba en el mejor caballo que en la tropa se traía; a pocos pasos que entró, lo arrebató la corriente, y aunque fue nadando gran trecho sin desamparar el caballo, se le ahogó en medio del río, y él salió a la otra parte por gran dicha y porque en el agua parecía un peje. Con esta prueba se resolvieron llevar adelante su primer acuerdo. Y para ponerle en ejecución, me ordenó mi amo como dueño absoluto de mi libertad que me desnudase y pusiese más ligero, por si cayese en el río no me sirviese de embarazo la ropa que llevaba; a que le respondí que lo propio era caer desnudo que vestido, porque de ninguna suerte sabía nadar ni sustentarme en el agua poco ni mucho. «Con todo eso -me respondió- te hallarás con menos estorbo y más ligero para todo acontecimiento.» Por obedecerle, más que por mi gusto, me desnudé del hato que traía y sólo quedé con la camisa; de esta suerte me puse a caballo en un valiente rocín maloquero que traía de toda satisfacción, el cual para más seguridad me lo ensilló, diciéndome: «Subid en él, y no hagáis más que asiros de la silla fuertemente, o de la crin del caballo, que él os sacará afuera». Subió él a otro rocinejo flaco, a cuya grupa o trasera del fuste puso mis armas (o por mejor decir suyas) y el vestido; de esta suerte caminamos los diez indios que quedaron, el soldado Alonso Torres y yo en demanda del paso que se reconoció ser el más angosto y nos arrojamos, con pocas esperanzas de salir con bien de las corrientes rápidas del río, y yo sin ningunas, pues al entrar en ellas nos arrebataron de tal suerte y con tanta velocidad, que en muy breve tiempo nos desaparecimos los unos de los otros, y tan turbado mi ánimo y espíritu, que no supe si estaba en el agua, en el cielo o en la tierra:

sólo cuidé de aferrarme en la silla o en el fuste lo mejor que pude, y de encomendarme a nuestro Dios y Señor con todas veras, y a la Virgen Santísima del Pópulo, a quien desde mis tiernos años he tenido por devota; y repitiendo su dulce himno de «*Ave maris stella*»; cuando llegaba a aquellas amorosas palabras de «*monstra te esse matrem*», era con tantos suspiros y sollozos y lágrimas que ya no cuidaba de mi vida, sino era sólo de volver los ojos al cielo y de pedir perdón de mis culpas al Señor de todo lo creado.

En medio de estas tribulaciones y congojas, me vi tres o cuatro veces fuera de la silla y sin el arrimo del caballo, y levantando las manos al cielo, cuando menos pensaba, me volvía a hallar sobre él y apoderado del fuste; porque la fuerza de la corriente era tan veloz y precipitada, que no sabré significar ni decir de la suerte que me sacó el caballo a la otra banda del río, cuando a los demás, que juntamente se echaron con nosotros, se los llevó más de tres cuabras abajo de adonde salimos el otro soldado, mi compañero, y yo, con otro indio que se halló en un alentado caballo.

Cuando me vi fuera de aquel tan conocido peligro de la vida (que aun en la sangrienta batalla no tuve tanto recelo ni temor a la muerte), no cesaba de dar infinitas gracias a nuestro Dios y Señor por haberme sacado con bien de un tan rápido elemento, adonde, con ser hijos del agua estos naturales, se ahogaron dos de ellos, y los demás salieron por una parte ellos y sus caballos por otra.

Cuando el soldado mi compañero consideró que estaban de nosotros más de tres cuabras los indios el río abajo, después de haberme sacado de diestro el caballo en que venía de una gran barranca que amurallaba sus orillas, me dijo determinado:

-Señor capitán: ésta es buena ocasión de librarnos y de excusar experiencias de mayores riesgos, y pues se nos ha venido a las manos, no será razón que la perdamos; porque estos enemigos no pueden salir tan presto del peligro y riesgo en que se hallan, y en el entretanto podemos ganar tierra, de manera que por poca ventaja que les llevemos no se han de atrever a seguir nuestras pisadas por el recelo que tienen de que los nuestros hayan venido en sus alcances hasta estas riberas, pues todavía son tierras nuestras.

El pensamiento no fue mal encaminado, y a los primeros lances su resolución me pareció acertada. Pero me acobardaron grandemente los discursos que hice sosegado; lo uno principalmente fue el haber salido del agua tan helado y frío, que no podía ser dueño de mis acciones, ni de mover los pies ni las manos para cosa alguna por haberme arrojado al río sólo con camisa. Y era tanto el rocío helado que del cielo nos caía, movido de una travesía helada y penetrante, que cuando llegué a la orilla fue tan sin fuerzas, tan yerto y tan cortado, que para haber de subir a lo alto de la barranca (como queda dicho) fue necesario que mi compañero el soldado me sacase de diestro y tirándome el caballo. Lo otro, consideré que el indio que salió justamente con nosotros estaba a la mira y alerta a nuestras razones, y con la lanza en la mano, que a cualquier movimiento que quisiéramos hacer para nuestras tierras, había de seguirnos, y dándonos alcance, peligrar las vidas. Y habiéndole significado a mi compañero todos estos peligros y no conocidas dificultades, se mostró tan alentado que me respondió no me diese cuidado, que él se allegaría a él muy poco a poco y le quitaría la lanza y el caballo, dejándolo muerto. Y pareciéndome lo que él proponía dificultoso, no permití lo pusiera en ejecución, porque el indio, aunque

no entendía lo que hablábamos, nos miraba con gran cuidado, porque nos vio en secreto razonando. Yo le consolé diciendo:

-Amigo y compañero en mis trabajos, no faltará más segura ocasión en que nos podamos ver libres de estas penalidades y desdichas, que pues Dios Nuestro Señor ha servido de habernos librado de tantos riesgos en que nos hemos visto y sacado con bien de este raudal horrendo, ha de permitir, por su gran misericordia, que con más seguridad y gusto nos veamos en descanso entre los nuestros.

Estando en estas pláticas, en que se me pasó un gran cuarto de hora, vimos venir para nosotros un indio que había salido a nado, como los demás, sin su caballo, por habersele ahogado. Le preguntamos por nuestros amos, si acaso los había visto fuera del río, y nos respondió que mi amo juzgaba haberse ahogado, porque vio ir dos indios muertos la corriente abajo. Diome grandísimo cuidado haberle oído tal razón, considerando pudiera haber algunas diferencias entre ellos por quién había de ser el dueño de mi persona, y entre estas controversias quitarme la vida, que era lo más factible, porque no quedasen agraviados los unos ni los otros. Con estas consideraciones, fuimos el río abajo caminando en demanda de nuestros amos, por donde encontramos otro indio que nos dio razón de que iban saliendo algunos y de que mi amo había aportado a una isla pequeña, adonde estaba disponiendo su caballo para arrojarlo tras él a nado. Fuimos caminando con este aviso, ya poco trecho le divisamos en la isla con otros compañeros que habían aportado a ella; y habiendo echado sus caballos por delante, se arrojaron tras ellos. Luego que conocí el de mi amo, sacando fuerzas de flaqueza, le fui a coger y se le tuve de diestro, y compañero con el de su amo hizo lo propio. Cuando el mío me vio con su caballo de diestro, me empezó a abrazar y decir muy regocijado:

-Capitán, ya yo juzgué que te habías vuelto a tu tierra; seas muy bien parecido, que me has vuelto el alma al cuerpo; vuelve otra vez a abrazarme, y ten por infalible y cierto, que si hasta ahora tenía voluntad y fervorosa resolución de rescatarte y mirar por tu vida, con esta acción que has hecho me has cautivado de tal suerte, que primero me has de ver morir a mí, que permitir padezcas algún daño. Y te doy mi palabra, a ley de quién soy, que has de volver a tu tierra, a ver a tu padre y a los tuyos con mucho gusto.

Gran consuelo recibí con estas razones de mi dueño, mostrándome agradecido a sus promesas, diciéndole, con halagüeño semblante, lo que la obligación pudo ofrecerme:

-«Muy bien muestra tu valer y tu generoso pecho la noble sangre que encierra, pues ostentas piedades con clemencia en mis penalidades y desdichas, que ya no las tengo por tales cuando me ha cabido por suerte el ir debajo de tu dominio y mando...» ...con mi amo, que en la tropa y cuadrilla que hallamos en aquel alojamiento tenía algunos amigos y parientes, de los cuales supo con evidencia cómo se estaban convocando y disponiendo todos los caciques arriba citados y los demás capitanejos para ir a nuestro alojamiento, resueltos a comprarme entre todos para quitarme la vida luego que llegásemos a sus tierras, y con mi cabeza hacer un gran llamamiento y volver a nuestras fronteras con grande ejército a destruirlas y acabarlas. Y porque el siguiente día lo pusieron en ejecución con una ceremonia a su usanza, notable y de grande horror y espanto, acabaré este capítulo dejando a la consideración de mis lectores lo que pasaría un triste y desdichado cautivo aquella noche, por una parte de los elementos de agua y viento

combatido, y por otra atribulado por la esperada muerte que ansiosamente le solicitaban sus enemigos.

Después de haber amanecido con mejor semblante del que nos había demostrado el cielo en el discurso del viaje, nos quisimos disponer para nuestra marcha y porque... detenernos y alentar aquel día algún tanto los caballos, al paso que mis cortas esperanzas minoraron y crecieron mis males y tormentos con la presencia y vista de tantos fariseos hambrientos de nuestra sangre y vidas y emponzoñados con la envidia de ver que a ninguno de los de sus parcialidades les hubiese cabido por suerte el llevarme preso y a su disposición sujeto, habiendo ellos sido los que el gasto para el llamamiento hicieron y para la comunicación de la junta que en entrata tuvo tan feliz acierto.

Bien manifestaron estos bárbaros la desmedida ira y rabia que les roía el alma, siendo con extremo codiciosos, pues les obligaba a exponerse a cuantos peligros y riesgos de la vida pueden ponérseles delante por adquirir la menor alhaja que tenemos y andar de ordinario con las armas en las manos inquietos y desasosegados...

Grande fue el susto y pesar que recibí cuando vi venir una procesión tumultuosa de demonios en demanda de nuestro alojamiento, con sus armas en las manos y a un pobre soldado mozo de los que llevaban cautivos, en medio de ellos, liadas para atrás las manos, tirándole un indio de una sogá que llevaba al cuello.

Llegaron de esta manera al ranchuelo que habitábamos, aunque mi amo excusó salir de él, conociendo la intención con que venían. Habiendo hecho alto todos juntos en un pradecillo que sobre una loma rasa era lo más enjuto, fueron enviados dos de los más principales a llamarle. Y como en las juntas de parlamentos no se puede excusar ninguno, que son a modo de consejos de guerra, le fue forzoso acudir al llamamiento y llevarme a su lado, adonde con harto dolor de mi alma fui, poniéndola bien con Dios y ajustándome a la obligación de cristiano lo mejor que pude. Y en verdad que en aquel trance estaba bastantemente animado a morir por la fe de Nuestro Dios y Señor como valeroso mártir, juzgando en aquel tiempo que en odio de la fe santa obraban con nosotros sus inclemencias o rigurosos castigos, siendo así que no es esto lo que les llevaba a ejecución de sus acciones.

Seguimos a los dos caciques mensajeros y llegamos al lugar donde nos aguardaban los demás ministros y soldados, y luego se fueron poniendo en orden según el uso y costumbres de sus tierras. Ésta era más ancha que la cabecera, adonde asistían los caciques principales y capitanes de valor. En medio pusieron al soldado que trajeron liado para el sacrificio, y uno de los capitanejos cogió una lanza en la mano, en cuyo extremo estaban tres cuchillos a modo de un tridente bien liado; otro tenía un «toque» que es una insignia de piedra, a modo de una hacha astillera, que usan los «regues» y está en poder siempre del más principal cacique, a quien llaman toqui, que es nada más que cacique en su parcialidad, que, como queda dicho, es lo que llaman «regue». Esta insignia a modo de hacha sirve en los parlamentos de matar españoles, teniéndola, como he significado, al que de derecho le toca, y es el primero que toma la mano en hablar y proponer lo que le parece conveniente. Y si este tal gobernador o toqui es muy viejo o poco retórico, suele sustituir sus veces y dar la mano a quien le parece entendido, capaz y discreto, que adonde quiera tiene su lugar el buen discurso. Y entre estos bárbaros se apropia el orador

insigne el nombre de encantador suave, cuyo título dieron a los predicadores las antiguas letras, que en algo se asemejan estos naturales a los pasados siglos. Cogió en la mano el toque o, en su lugar, una porra de madera que usaban entonces, sembrada de muchos clavos de herrar, el valiente Butapichún, como más estimado cacique por soldado de buena disposición y traza en la guerra, y en lenguaje veloz y discreto. Y haciendo la salva a todos los compañeros, habiéndose puesto en pie en medio de la plazoleta o calle referida, se acercó a donde (a) aquel pobrecito soldado le tenían sentado, y desatándole las manos, le mandaron coger un cuchillo, y que de él fuese quebrando tantos cuantos capitanes valientes y de nombre se hallaban en nuestro ejército. Y como el desdichado mozo era novel en la guerra, no tenía noticia de los que en aquel tiempo tenían opinión y nombre entre los enemigos, y le mandaron que fuese nombrando. Dijo que no conocía a los valientes, a que replicó Butapichún diciéndole:

-¿Pues no conocéis a Álvaro Maltincampo?

-Sí, conozco y tengo muchas noticias de él -respondió el desdichado.

-Pues, cortad un palito, y tenedlo en una mano.

-¿Al apo no lo conocéis? -le volvió a preguntar el toqui.

-Muy bien le conozco -dijo.

-Cortad otro palito.

-Al Maltincampo y sargento mayor también los conozco -repitió el soldado.

-Pues id cortando palitos.

De esta suerte fue nombrando hasta diez o doce de los más nombrados y conocidos y le mandó cortar otros tantos palitos, los cuales los hizo tener en una mano, y le dijo:

-Tened en la mano a todos los que habemos nombrado y haced un hoyo para enterrar esos valientes.

Y habiéndole dicho de la suerte que lo había de hacer, lo puso luego en ejecución.

Acabada esta ceremonia, fueron tres capitanejos a sacar cada uno un cuchillo de los que estaban liados en la lanza que al principio dije, que significaban los «utammapos», que son parcialidades de que se compone toda la tierra que habitan desde la costa hasta la cordillera, la cual se reparte en tres caminos que se llaman «rupus». La una parcialidad es de la costa, la otra la parte de la cordillera y la tercera de en medio: cada una de estas parcialidades tiene su distrito conocido y su jurisdicción señalada. Sacaron los cuchillos por su orden, y con él mismo lo fueron entregando al que tenía el toqui, que lo puso en la mano izquierda y recibió los cuchillos con la derecha. Con esto se fueron a sus lugares y asientos, y quedó solo Butapichún, que fue el que recibió los cuchillos y el que estaba con el toqui de pie en medio de la calle. Dio principio a su parlamento con grande arrogancia y energía, como acostumbraban, hablando con cada uno de los circunstantes, principiando por los más antiguos y por los que tienen adquirida por sí mayor estimación y aplauso, diciendo en alta voz:

-¿No es verdad esto fulano?

A lo que responde el nombrado el «veillicha» que se usa entre ellos, que es como decir: es verdad, o es así, o tenéis razón. Y si alguno más retórico o presumido quiere con otras razones dilatar sus respuestas y apoyar las del orador, lo hace con elegancia. De esta suerte fue hablando con todos y concluyó su plática con decir a Maulicán, mi amo, lo que se sigue:

«Esta junta de guerra y extraordinario parlamento que hemos dispuesto en este despoblado camino los caciques Antegüeno, Lincopichún y Nailicán (y los demás que fue nombrando), no se han encaminado a otra cosa que a venir mancomunados a comprarte este capitán que llevas. Y porque no imagines que lo queremos sin que tengas el precio de tu trabajo y no puedas excusarte ni hacer repugnancia alguna a nuestra justa petición, te ofrece el cacique Antegüeno dos caballos buenos, una oveja de la tierra y un collar de piedras ricas (que ellos tienen por preciosas, como nosotros los diamantes); Lincopichún ofrece dos ovejas de la tierra y un caballo bueno ensillado y enfrenado, con una silla labrada que fue de los españoles, y Nailicán, ofrece un español de los cautivos que llevamos; Namoncura, dos collares y dos ovejas de la tierra (éstas son de mucha estimación entre ellos porque se asemejan a los camellos y sirven de cargar la chicha a las borracheras y parlamentos; y a falta de algún español o cautivo a quien quitar la vida en ellos, en su lugar matan una de estas ovejas).

Butapichún, el que hacía el parlamento, dijo:

-Yo te ofrezco una hija, y mi voluntad con ella, y entre todos los demás circunstantes ofrecen cien ovejas de Castilla: con todas estas pagas se pueden comprar entre nosotros más de diez españoles y quedar con algún remanente. Nuestro intento no es otro que engrandecer nuestros nombres y afijar los toques e insignias antiguas de nuestra amada patria con la sangre de opinados españoles, y solicitar con esfuerzo echarlos de nuestras tierras. Hoy parece que nuestro Pillán (que así llaman al demonio o a su dios) nos es favorable y propicio, pues la buena fortuna nos ha seguido en estas dos entradas que hemos hecho, en las cuales han quedado muertos y cautivos más de 150 españoles, quemadas más de 30 estancias, cautivado y muerto en ellas un número de más de 300 almas y traído más de 2.000 caballos. Y para seguir nuestra feliz suerte y dicha conocida, es necesario hacer un gran llamamiento con la cabeza de ese capitán que te pedimos, que es hijo de Álvaro, cuyo nombre está derramado y esparcido por toda la redondez de nuestra tierra, y su dicha y fortuna han sido conocidamente en gran daño y perjuicio nuestro. Éste el que hemos menester para alentar y mover a los más retirados, y para que no se excusen de acudir a nuestros llamamientos; y porque este «cojau» que hemos hecho, sea con la solemnidad acostumbrada, tenemos este «huinca» (que quiere decir soldado o español) para sacrificarle a nuestro Pillán por los buenos aciertos que nos ha dado. Y tú has de ser el dueño de esta militar acción, como valeroso capitán y caudillo.

Acabadas de decir estas razones, los tres cuchillos que tenía en la mano los clavó en triángulo a la redonda del hoyo que había hecho aquel desdichado soldado, que asentado junto a él estaba, con los palillos que le habían hecho cortar antes en la mano. Llegose luego al sitio y lugar donde mi amo asistía en medio de dos amigos suyos, de aquellos que llegaron juntamente con nosotros, y lo sacó al lugar adonde él estaba razonando. Al

salir del suyo y de donde los demás asistían, me dejó encargado a los dos sus amigos y compañeros; salió al palenque y ocupó el puesto de Butapichún, más por la obligación y empeño en que le pusieron, que por la voluntad que tenía de ejecutar cosa que no deseaba. Salieron otros dos ministros de ceremonias, que es imposible poderlas significar y decir de la suerte que ellos las hacen. El maestro de ellas era Butapichún, con el toque en la mano, el que habiéndolo puesto a los sacrificadores en medio, le entregó a mi amo una porra de madera sembrada toda de clavos de herrar, las cabezas para afuera, y el cuchillo que

había puesto hincado en medio de los dos, el cual representaba la parcialidad de Maulicán, mi amo, y de los suyos; los otros dos cuchillos, mandó a los acólitos o ministros que las cogiesen en las manos cada uno el que le tocaba, siendo el uno de la parcialidad de la cordillera y el otro de la costa. Con ellos y sus lanzas arboladas se pusieron a los lados del sacrificante, el cual se fue acercando al lugar adonde aquel pobre mancebo estaba o lo tenían asentado, despidiendo de sus ojos más lágrimas que las que en los míos sin poder detenerse se manifestaban.

Con que cada vez que volvía el rostro a mirarme, me atravesaba el alma. Y correspondiéndome con unos suspiros y sollozos desmedidos, sin podernos ir a la mano, muchos de los ministros circunstantes daban muestra de hallarse condolidos. Porque algunos entre ellos hay que se duelen y lastiman de los miserables que en tales casos y ocasiones tienen mala fortuna, como lo manifestaba Maulicán, mi amo, en el sacrificio que le obligaron a hacer (como después lo significó a sus amigos). Llegose al desdichado mancebo y díjole:

-¿Cuántos palillos tienes en la mano?

Contolos y respondió que doce; hízole sacar uno, preguntándole que quién era el primer valiente de los suyos. Estuvo un rato suspenso sin acertar a hablar palabra ya con la turbación de la muerte que le aguardaba, o ya porque no se acordaba de los nombres que dijeron; a cuya suspensión el maestro de ceremonias que con su toque asistía al ejecutor del sacrificio, habló de donde estaba y le dijo:

-Acaba ya de hablar, soldadillo. El miserable, turbado, pareciéndole que seguía el orden como se debía, respondió diciendo.

-Éste es el gobernador.

Replicole el Butapichún:

-No es sino Álvaro, que aquí solamente los valientes conocidos se nombran primero.

Échalo en ese hoyo -y él dejó caer el palillo como se lo ordenaron.

-Sacad otro -le dijo mi amo.

Y habiéndolo hecho así, le preguntó quién era el segundo. Respondió que el apo gobernador.

-Échalo en el hoyo y sacad otro -le dijo.

Así fue por sus turnos sacando desde el maestro de campo general y sargento mayor hasta el capitán de amigos llamado Diego Monje, que ellos tenían por valiente y gran corsario de sus tierras. Acabados de echar los doce palillos en el hoyo, le mandaron fuese echando la tierra sobre ellos, y los fuese cubriendo con la que había sacado del hoyo. Estando ocupado en esto, le dio en el cerebro un tan gran golpe, que le echó los sesos fuera con la macana o porra claveteada, que sirvió de insignia. Al instante, los acólitos que estaban con los cuchillos en las manos le abrieron el pecho y le sacaron el corazón palpitando y se lo entregaron a mi amo, a quien después de haberle chupado la sangre le trajeron una quita de tabaco y cogiendo humo en la boca lo fue echando a una y otra parte, como incensando al demonio a quien había ofrecido aquel sacrificio. Pasó el corazón de mano en mano, y fueron haciendo con él la propia ceremonia que mi amo. Entretanto, andaban cuatro o seis de ellos con sus lanzas corriendo a la redonda del pobre difunto, dando gritos y voces a su usanza y haciendo con los pies los demás temblar la tierra. Acabado este bárbaro y mal rito, volvió el corazón a manos de mi amo, y haciendo de él unos pequeños pedazos, entre todos se los fueron comiendo con gran presteza. Con esto se volvieron a poner en sus lugares y persuadieron con instancia a Maulicán los caciques que respondiese o hablase lo que decía en la razón de mi compra o venta, pues reconocían lo que importaba mi cabeza para la quietud y sosiego de sus tierras. A esto respondió el astuto guerrero que todos en sus sitios se asentasen para hacer, su razonamiento y dar a su proposición respuesta conveniente. Hiciéronlo así los circunstantes, y después de sosegados y atentos, se quedó solo en pie en medio del concurso, con la porra que sirvió de toque en la mano y el cuchillo que por razón de su parcialidad le tocaba; y razonó de esta suerte:

-Ya sabéis, amigos y compañeros, que ha muchos años que os acompaño y sigo, sin haber faltado a ningún llamamiento y juntas de guerra que habéis hecho, con todos los soldados de mi regue o parcialidad, y en algunas ocasiones he salido mal herido y maltratado sin haber tenido dicha de llevar a mi tierra o a ojos de mi padre (que es toqui principal de Repocura) una pequeña alhaja de españoles. Al cabo de tantas entradas y salidas en que me he hallado con vosotros, ha querido mi fortuna que me haya tocado llevar a este capitán que me pedís. Vuestra demanda es muy justo y vuestra intención muy conforme al bien y reparo de nuestra amada patria, y claro está que yo no he de faltar a lo que es encaminado a su mayor provecho y conciencia. Y si el quitarle la vida lo es, siempre lo tendré dispuesto para la ejecución en mi parcialidad o donde vosotros tuviereis gusto. Mas no será razón que estando tan cerca de mi padre y de los demás caciques de mi tierra y comarcas, me vaya sin él. Dejad que le lleve a vista de los de mi casa, de los demás toquis y caciques principales para que reconozcan y vean que soy persona de todo valor y esfuerzo, acreditando con él en esta ocasión lo que en otras escaseó la fortuna. Dentro de breves días de mi llegada, os lo remitiré o llevaré en persona para que donde tuviereis gusto, dispongáis el parlamento para la ejecución de vuestros intentos y los míos.

A estas razones que acabó de pronunciar el astuto y magnánimo gentil, se levantó Antegüeno, cacique de los más principales de la junta, y dijo con arrogancia y energía el «mupicha», que quiere decir: «tiene mucha razón», agregando:

-«Y no fuera justo ni bien mirado que fuese a su tierra y parcialidad sin el despojo adquirido por sus puños, y con la continuación de sus entradas y salidas, que sus padres

ni los demás caciques de su distrito lo tuvieran a bien; antes que pudiera ser, fuese lo contrario, causa de disgustarse los toquis, de manera que en las demás ocasiones que se nos ofrezcan falten a nuestros llamamientos y no quieran acompañarnos como lo han hecho hasta aquí. Ha dicho muy bien Maulicán, y todos debemos apoyar su causa».

A estas razones se levantaron los demás y llevaron adelante las propuestas de Antigüeno, aplazando a mi amo para dentro de quince días; que le enviarían las pagas ofrecidas sin que faltase alguna, para que en su retorno se remitiese a sus tierras, adonde se había de hacer el «cojau» con toda solemnidad y junta de contornos. Con esto se despidieron los unos de los otros muy contentos, después de haber dejado la cabeza de aquel desdichado mancebo clavada en una estaca gruesa y levantada, y el cuerpo en suelo o campo raso, ofrecido a las bestias por sustento. Nosotros nos quedamos en nuestro alojamiento entretenidos en el reparo de nuestras pequeñas chozas; luego salimos en demanda de alguna leña seca para repararnos aquella noche de los hielos y fríos que nos prometía el tiempo. Y aunque eran en extremo sus afectos, yo me hallaba sudando, con el fuego de las congojas y aflicciones que me oprimían el alma, de haber visto aquel triste espectáculo y lastimoso fin de mi compañero, y por la sentencia de muerte que en mi presencia me promulgaron.

Salimos por allí cerca en demanda de la leña, mi amo, otro compañero y yo, y al descuido, cuidadoso me entré en un bosquecillo de «coleales», que nosotros llamamos «cañas bravas», y como llevaba el corazón tan tierno y oprimido de los pasados lances y sucesos, considerando los infortunios y desdichas que a cada paso se iban disponiendo, me hincé de rodillas en la más oculto de sus ramas y levanté los ojos para el cielo, desaguando por ellos el caudaloso mar que anegaba mis sentidos y aumentaba mis pasiones, ofreciendo a su Divina Majestad mis trabajos y aflicciones por medio de la Sacratísima Virgen del Pópulo, Señora Nuestra. Estando de esta suerte entretenido y muy cerca de hallarme sin atento, llegó Maulicán, mi amo, que al descuido cuidaba de mis pasos y me dijo con semblante alegre y cariñoso:

-¿Qué haces aquí capitán, metido en este bosque?

Volví el rostro a sus razones y levanteme del suelo, bañados los ojos en lágrimas, y le dije:

-Aquí me habéis hallado encomendando a Dios, pues con tanto rigor me has prometido entregar a estos caciques, mis enemigos, no acordándote de la promesa y palabra que me diste, cuando pude con poca diligencia haberte dejado, y libertado mi vida de estos lances y peligros.

Y esto fue con tan tierno y lastimoso llanto, que le obligó a enternecerse, de manera que echándome los brazos sobre el cuello, se le cayeron las lágrimas sin poderlas reprimir ni detener en los ojos, y me respondió, afligido y lastimado de verme de aquella suerte, las siguientes razones:

-Capitán, no te dé cuidado la promesa y palabra que a estos feroces caciques en tu presencia he dado, porque ha sido a más no poder, por haber tenido aviso de un amigo mío que habían venido resueltos a matarte o llevarte sin mi gusto si yo no respondiese a

propósito de su propuesta, y con su petición no conformase. Déjame poner con bien en los distritos de mi tierra, que allá yo soy también principal cacique como ellos y tengo muchos parientes y amigos; con que puedes tener por sin duda que no he de faltar a la palabra que he dado, pues primero me has de ver morir a mí que dejar de cumplir lo que te digo: que por haberme visto en esta ocasión solo y haberme hallado sin compañeros entre tantos enemigos, prometí lo que no he de hacer; así, no te desconsueles por tu vida, que me da mucha pena verte lastimado y afligido. Porque me has obligado con tu agrado y fidelidad, y naturalmente me has llevado el afecto y el corazón.

Y esto fue volviéndome a abrazar con amor y ternura.

Gran dicha fue la mía que me cupiese por suerte ir sujeto a un hombre noble y cacique principal, pues lo mostró con veras en esta ocasión y en otras, ostentando con su piedad lo ilustre de su sangre y la magnanimidad de su generoso pecho.

Retirámonos a nuestro alojamiento con nuestras carguillas de leña, a tiempo que se acercaba la noche y el frío se aumentaba con el aire y viento presuroso, y a la puerta de la choza hicimos una buena candelada para el abrigo nuestro y para asar algunos pedazos de carne de caballo, que no había otra cosa de que valernos. En otra ocasión tengo significado que no podía de ninguna suerte arrostrarla ni aun llegarla a los labios, por cuya causa me acomodaba con los hígados bien lavados, los cuales puestos en las brasas, se ponen tiesos y gustosos. Así, al amor del fuego, en buena conversación comimos lo que cada uno pudo de aquel género. Y después nos echamos a dormir con algún gusto y consuelo por el que me había dado mi amo con las promesas que me había hecho, y por el amor y agasajo que me mostraba. Con esta consideración quedé aquella noche con algún descanso, hallando algún desquite al tormento que había padecido.

Después que Dios, Nuestro Señor, se sirvió de echar su luz, aunque turbada y con algunas amenazas de volver a continuar el tiempo sus rigores por haber sido el antecedente día razonable, el río se nos mostraba más apacible, si bien peligroso por ser rápido y de crecidas piedras. Con todo eso se determinaron a esguazarle por las muestras que daba el cielo de continuar sus húmedos rocíos. Dejamos que pasase delante aquella turbamulta de fariseos, y quedamos atrás, mi amo y yo, el soldado, mi compañero, su amo y otro hermano suyo, gran guerrero y amigo de españoles -siempre me hizo muy buen tercio y me consolaba de ordinario con agasajos y buenas razones-, y otros tres compañeros de aquéllos que tenían sus ranchos en esta parcialidad de la cordillera. Pasamos con bien aquel raudal, después, de haber visto cómo los demás abrían camino y les esguazaban sin riesgo, y a muy buen paso aquel día nos pusimos muy cerca del río de *Cactén*, que así llaman par arriba al que pasa por La Imperial, habiendo descabezado todos los otros esteros o afluentes como son Coipo, Curalaba y otros, que en el rigor del invierno son más tratables por arriba, cerca de su nacimiento. Alojamos aquella noche a la orilla de un estero que estaba cerca de unos ranchos, según nuestros compañeros lo aseguraron, aunque no se veían desde el lugar en que habíamos alojado. Y sin duda debió ser así, porque en aquellos contornos encontramos algunas tropillas de vacas muy domésticas y mansas con algunas crías. Las arrearon fácilmente a un «*guape*», las encerraron y cogieron dos terneras, que llevamos a nuestro alojamiento y con gran gusto con unos aquella noche de ellas y en un copioso fuego nos secamos, porque volvieron las preñadas

nubes a descargar sobre nosotros sus penosas aguas. Y habiendo dispuesto nuestras pequeñas chozas, dimos al descanso nuestros fatigados cuerpos.

Apenas se ausentaron las tinieblas, recogimos los caballos. Con el día, el agua con más fuerza se descolgaba. Y porque el río de La Imperial no nos impidiese el paso al aumentarse con las lluvias sus corrientes, nos apresuramos en dar rienda a los brutos, que en breves horas nos pusieron en sus pedregosas orillas. Allí nuestros compañeros rogaron a mi amo que pasase con ellos a sus casas a descansar y holgarse tres o cuatro días, pues tan cerca se hallaban de sus humos. Habiendo aceptado el partido que se la hacían porque de allí a su tierra había otros dos días de camino y los caballos se hallaban fatigados, sin dilación alguna nos dispusimos a enguazar el río, aunque por partes a volapié salimos. Y cogiendo un galope apresurado, dentro de breve tiempo nos pusimos en el rancho de Colpoche -que así se llamaba el hermano del otro indio, amo de mi compañero el soldado-, cuyo alojamiento y casa estaban vecinas con otras seis o siete de parientes y amigos. Y en contornos de un cuarto de legua poco más o menos había otros muchos comarcados. Con la llegada de los soldados guerreros y la noticia que tuvieron de la mía con el nombre de hijo de Álvaro, se juntaron aquella noche más de cien indios a visitar a los recién venidos. Y todos tratan sus cornadillos de muchos géneros de chicha, terneros, carneros, aves y perdices. En el rancho de Colpoche, que era el mayor y más desocupado para el efecto de holgarse y entretenerse en comer, beber y bailar, nos alojamos arrimados a un fogón de tres copiosos que habían en el distrito de la casa. Parecimos muy bien el abrigo por haber llegado bastante mojados, y, habiendo entrado nuestros fustes y entregado los caballos a quien ordenó el dueño que los guardase, nos arrimamos al fuego mi amo y yo con otros caciques viejos. Al punto nos trajeron unos cántaros de chicha y mataron una oveja de la tierra a nuestro recibimiento, que es acción ostentativa y de grande honor entre ellos. A mí me trajeron juntamente tres cántaros de chicha y un carnero, haciéndome la misma honra y cortesía que hacen a los principales huéspedes y caciques de importancia, como lo hicieron con mi amo. Y a imitación de los otros, fui haciendo lo que los demás hacían: que unos me brindaban a mí y yo brindaba a los otros.

Así, en este entretenimiento alegre, fueron poniéndonos por delante para que cenásemos algunos guisados a su usanza: tortillas, platos de papas, envoltorios de maíz y porotos. Trajeron además muchos asadores de carne gorda y aquello me pareció lo más acomodado al gusto, porque un muchacho iba dando vueltas con los asadores acabados de sacar del fuego, vertiendo el jugo por todas partes, y los iba poniendo frente a cada uno para que cortara por su mano lo que le pareciera lo más acomodado y mejor asado. Los volvían a poner al fuego y traían otros, dando la vuelta a todos los circunstantes. Lo propio hacían de los demás asadores, de capones, gallinas perdices y longanizas. De esta suerte comimos y bebimos muy a gusto, desquitado el ayuno que en el trabajoso viaje padecimos. Fuéronse alegrando los espíritus con la continuación de diferentes licores. En otro fogón del rancho, uno de los músicos más diestros cogió un tamboril templado, y, dando principio al canto, siguieron otros muchos la tonada. Dentro de breve tiempo al son del instrumento y de las voces, dando saltos, bailaban a su usanza las indias y muchachas que allí estaban. Alborotados ya con el ruido, se fueron encaminando a nuestro fogón a convidar a los viejos que en él asistía en mi compañía y llevaron a mi amo a la rueda del baile; a mí me llevó el dueño del rancho. Llegamos a la rueda donde estaban bailando los

indios y las indias, que no quitaban los ojos de los míos, diciendo los unos a los otros, así indios como muchachos y muchachas:

-Éste es el hijo de Álvaro; muy niño es todavía...

Y llegaban a brindarme con mayor amor y agasajo diciéndome que bailara también con ellas, cosa que no pude hacer de ninguna manera. Porque aunque me mostraban buena voluntad y agrado, tenía muy frescas las memorias de mi desdichada suerte. A mi compañero que lo fue hasta aquel paraje pidieron que se armase y bailase con su mosquete a cuestas y de cuando en cuando saliese a la puerta a dispararle.

De esta suerte, estuvieron toda la noche comiendo, bebiendo y bailando. Yo pedí licencia al dueño del rancho para recogerme a un rincón a descansar. Me la concedió luego y se fue en persona conmigo y me hizo la cama con unos pellejos limpios y peinados, cosidos unos con otros, que, como colchones nosotros, usan los principales caciques. Y en lugar de sábanas echan unas mantas blancas y encima la frazada y sobrecama. Dispuesta ya en la forma referida, me dijo el camarada:

-Bien puedes descansar y dormir a tu gusto aquí. Y si quieres levantarte a ver bailar y calentarte, podrás ir donde yo estoy, que toda la noche no hemos de pasar holgando en nuestros entretenimientos. Y no estés triste, que presto has de volver a ver a tu padre y gozar de tu libertad en tu tierra, Yo le he dicho a Maulicán, tu amo, que no te deje de la mano y que mire por ti con todo desvelo porque estos caciques de mi parcialidad han de hacer grandes diligencias por matarte. Y aunque yo no puedo ir en contra de lo que propusieron, lo que podré hacer por ti será dar avisos a tu amo de todo lo que traten y quisiera disponer, para que pueda esconderte y guardarte. Porque yo naturalmente me inclino a querer bien a los españoles y a tu padre, porque es amable y querido de todos, que le conozco mucho y el tiempo que fui amigo reconocí en él muy buen corazón y trato para con nosotros; que si todos los que nos gobiernan fuesen de su calidad y agrado, no nos obligaran a dejar su comunicación y trato.

Le rendí las gracias con sumisas y amorosas razones y, habiéndole visto tan agradable y jovial sentarse en la misma cama donde pretendía dar descanso al fatigado cuerpo, le pregunté que por qué causa, mostrando tanta voluntad a los españoles como refería, se había vuelto «auca» y contra nosotros. A lo que me respondió:

-Muy bien me preguntas, capitán. Y porque lo sepas y no sea mi acción culpada, te diré lo que me pasó:

«Yo fui leal amigo de los españoles en el fuerte y reducción de Cayugano, donde estuve con mucho gusto el tiempo que gobernaba aquella frontera tu padre Álvaro, quien con todo desvelo solicitaba saber si nos hacían algunos daños, molestias o agravios, y con severidad y rigor castigaba a los lenguas, cabos y oficiales que nos asistían, cuando, aun en cosas muy leves, éramos molestados. Tu padre, en fin, nos faltó, porque le enviaron a Tucapel a que asistiese y gobernase aquel ejército y reducciones. Por su ausencia, quedaron otros a gobernarnos, los cuales no tenían aquel desvelo y cuidado de nuestras conveniencias que tenía Álvaro. Con esto se fueron libertando los soldados de tal suerte, que ya no había rancho seguro de sus manos. Si a los principios robaban lo que podían,

después, con atrevido descoco, quitaban por fuerza lo que poseíamos. Y si alguno de nosotros se quejaba, a bien librar, no nos oían y escuchaban, cuando de palabra o de obra no nos maltrataban. Creció este abuso, de suerte que nos hallábamos descontentos, desabridos y aun desesperados, sin tener a quien poder volver los ojos. Callábamos y disimulábamos todo lo que podíamos, en la espera de que tu padre había de volver a visitar nuestras reducciones, como nos lo enviaba a decir con algunos compañeros. Los capitanes y tenientes que nos asistían, debiendo defendernos y ayudarnos, eran los primeros que nos vendían y maltrataban.

«Tocome por suerte o turno salir a registrar los pasos con otros compañeros que también estaban, como yo, disgustados: a uno de ellos le había forzado la mujer un teniente, por lo que estaba hecho una ponzoña y muy lastimado. Estando pues a solas, tratando de lo que usaban con nosotros los españoles, hallé a mis compañeros -que eran seis- resueltos a venirse al enemigo. Por apaciguarlos, les dije que tenían sobrada razón; que yo estaba de la propia suerte vestido, pero que aguardásemos algunos días a ver si venía Álvaro, el cual sin duda pondría remedio en semejantes excesos y templaría nuestros disgustos. Pareciores bien a los compañeros, y con esto, al cabo de dos días, nos fuimos a nuestro fuerte y casas. Lo que hallé de refresco fue a mi mujer afligida, triste y llorosa. Y al preguntarle la causa, me respondió que el teniente que nos gobernaba (que era el mismo que más arriba queda referido) la envió a buscar con su criada. Juzgando que sería para otra cosa, fue con ella. Entrando a su casa, la entregó a un soldado amigo suyo y la rogó que le hablase y que hiciera su gusto, que lo estimaría, además de que la paga sería muy a su satisfacción. Y habiendo excusado ella a sus ruegos e intercesiones, la encerró con él en su aposento o en un rincón de su rancho, donde la anduvo forzando hasta que por las voces y gritos que dio -porque al ruido se juntaron muchas personas- se vio obligado a dejarla.

«Al punto que oí estas razones a mi mujer, acabado de llegar con mis amigos a quienes había desvelado de sus intentos, les fui a buscar a cada uno de por sí y les referí lo que queda dicho, diciéndoles que ya no teníamos que aguardar más, pues con tanta disolución y desvergüenza nos quitaban las mujeres para hacer de ellas lo que se les antojaba, y que al instante se dispusiesen, porque aquella noche, con sus hijos y mujeres los que las tuviesen, se habían de ir al enemigo, y que al cuarto del alba, se aguardasen los unos a los otros en tal paraje de la empalizada o muralla de madera que tenía el fuerte, para que todos juntos saliesen a un tiempo convoyados. Tenían éstos de la liga otros amigos también disgustados, los cuales en otras ocasiones habían manifestado sus designios. Tocándoles a leva, nos aunamos unos catorce o quince, con sus mujeres los más. Al alba salimos con nuestras armas en las manos, llevando por delante nuestra chusma y familia, y nos pasamos el río Bío-Bío, que estábamos muy cerca de su orilla. Cuando amaneció, nos hallábamos a más de cuatro leguas de nuestro fuerte.

«Ésta fue, capitán y amigo, la causa de mi transformación y mudanza de amigo vuestro a enemigo declarado. Mirad ahora por vuestra vida si tuve razón o no.»

Toda esta conversación tuvimos con muy buena comodidad, porque en el discurso de ella nos trajeron de refresco unos pollos muy bien aderezados, con mucha pepitoria de zapallo, ají y otros compuestos, con un plato de sabrosas papas y un cántaro de chicha de frutilla -que es de las más cordiales que se beben-, con lo que nos fuimos brindando con

mucho gusto y volvimos a cenar aquel bocado después de haberlo hecho con los compañeros.

Muy atento estuve a lo que me refirió mi camarada y amigo, a quien respondí que no tenía que decirle sino que su acción había sido muy justificada, porque tales excesos y maldades eran insufribles.

Llegó en esta ocasión Maulicán, que con los demás había estado bailando y, de haber bebido varios licores y chichas, traía la cabeza algo pesada. Le brindé con la frutilla que me había quedado en el cántaro y mi amigo se levantó diciendo:

-Vamos a bailar, capitán, un rato y luego te vendrás a dormir.

Y mi amo, con notable amor y cariño, dijo.

-Vamos, hijito.

Y cogiéndome del brazo, medio cayéndose, me levantó. Yo les obedecí por darles gusto, aunque a costa del sueño venía rendido. Llegamos al baile, donde me brindaron con una chicha de manzanas tan desabrida, que pasé luego el jarro a otro. Dentro de breve rato, habiendo dejado a mi amo entretenido en medio del concurso jovial y alegre, le dije a mi amigo que no podía tenerme ya en los pies y que me diera licencia para ir a descansar. Él, con grande voluntad y agrado, me dijo:

-Vamos, capitán, que quiero yo llevarte y a mi hijo para que te acompañe. -Éste era un muchacho de hasta doce o trece años, a quien llamó y le dijo:- Échate aquí con el capitán y le acompañarás porque ninguno llegue a molestarlo.

Y el propio indio nos cubrió con una frazada y se fue a su baile. Quedamos solos yo y el muchacho, que era muy agradable y jovial. Le pregunté cómo se llamaba y me respondió que Neculante, y él me preguntó otras cosas a las que respondí brevemente y le dije que descansásemos porque me hallaba con la cabeza cargada. Me pidió licencia para volver al baile, diciendo que luego volvería porque aun no le había venido a molestar el sueño. Con esto me dejó solo y, aunque medio dormido, no podía quitar de la memoria la razones que me dijo aquel bárbaro discreto, las que me causaron gran desvelo.

Además ayudaban a esto con los gritos y voces que habían en el rancho, porque, como se hallaban ya calientes algunos y otros privados de sus juicios, cantaban con desmedidas voces los unos, otros lloraban y reían, y los más, riéndose, bailaban. Como mi experiencia era limitada -por ser muchacho en aquel tiempo, sin conocimiento de lo que en las reducciones de estos indios se acostumbra-, estuve la mayor parte de la noche suspenso y admirado, considerando los agravios que aquellos naturales padecían. Estando allí recogido, recordé sobresaltado de un sueño que me afligió el corazón y perturbó el ánimo: veía venir para mí aquellos caciques y soldados que en el alojamiento pasado dejaron efectuado el trato de mi venta, armados con diversos géneros de armas, los cuales, acometiendo unos por una parte y otros por otra, solicitaban rabiosos hallar al hijo de Álvaro. En breves lances, daban conmigo y entre dos alguaciles de aquéllos me sacaban arrastrando a la campaña. Al ruido y voces que yo daba, salía Maulicán a

defenderme y quitarme de las garras de aquellos fariseos. Estando en esta contienda, lo habían muerto sobre mí y caía, revolcándose en su sangre y a mis pies. En esto recordé despavorido y bañado en el sudor de la congoja que me oprimía. Me levanté a dar gracias a N. S. y a ver el semblante que nos mostraba el día: entre nublados algo denso se descubrían los rayos del sol.

Mi compañero, el soldado, a quien habían hecho bailar toda la noche, había estado cuidadoso por verme. Luego que me descubrió, al salir por la puerta del rancho, salió anheloso en mi demanda, y encontrándome afuera, me abrazó y dio los buenos días algo alegre, porque como le habían obligado a beber más de lo que acostumbraba, no dejaban de salirle a la cara los colores y el regocijo interior a las palabras. Consoleme de haberlo visto gustoso en medio de sus trabajos, y preguntándole por mi amo, me respondió que estaba durmiendo la borrachera por haber estado toda la noche cantando y bailando.

Salió en esta ocasión mi amigo Colpoche como si no se hubiese desvelado ni bebido, tan entero en su juicio que me admiré de verle. Me saludó con mucho amor y me dijo que fuésemos a bañarnos al estero -que es costumbre de todos el hacerlo de mañana- como lo habían hecho ya algunas indias que volvían frescas del abundante arroyo que a la vista de los ranchos se esparcía. Para él nos encaminamos el soldado, mi compañero, y yo, el indio y dos muchachos, hijos suyos. Apenas llegamos a sus orillas, cuando se arrojaron al agua los muchachos y tras ellos su padre. Aunque a mi compañero y a mí nos persuadían a que hiciésemos lo propio, no nos ajustamos al consejo ni nos atrevimos a imitarlos, contentándonos sólo con lavarnos las manos y los rostros. Volvimos con los compañeros de este baño al abrigo del rancho, y, como dueño y señor, mi amigo nos mandó dar de almorzar con todo gusto, estando al amor de un fogón bien atizado, gozando de sus llamas apacibles. En conversación deleitosa estuvimos a la vista de unos asadores de carne gorda de corderos, pollos y gallinas. Muchos de los que en el baile estaban entretenidos agregáronse a los asadores y en breve rato dimos cuenta y fin de ellos. Sacaron un cántaro de chicha clara y me lo pusieron delante para que fuese bebiendo y brindando a los demás circunstantes, como lo hacían otros dos caciques principales. Después de haber concluido con ellos, se levantaron y se volvieron al baile y mi compañero el indio me convidó que por un breve rato fuésemos a asistirle. A mi compañero el soldado lo llevó un hijo de su amo, y por darles gusto, bañaba entre les otros y cantaba, o por decir mejor, gritaba al son de los tamboriles. Y aunque no eran difíciles las mudanzas, porque no tenían más compases que dar saltos para arriba, no me pude aplicar jamás a acompañarles, y así procuraba luego desasirme de la rueda del baile, como lo hice en esta ocasión. Salí afuera a tiempo que el sol comunicaba más apacible sus rayos, por ser ya más de medio día, y, al amparo del rancho, me senté a la resolana por divertirme y apartarme de aquel bullicio confuso de la gente.

Salió en ese momento el muchacho hijo de mi amigo y camarada con otros tres o cuatro de su ahillo, que se andaban tras sí como admirados, diciendo los unos a los otros:

-Éste es pichi Álvaro; éste es Álvaro chiquito.

Todos estaban deseosos de comunicarse conmigo, porque como mis años eran entonces poco más o menos los que ellos podían tener, se inclinaban a mirarme con amor.

Llegó el hijo de mi amigo diciéndome:

-Capitán, yo no pude volver a acompañarte por haber estado bailando y cantando toda la noche.

Le respondí con mucho agrado y cariño que había deseado con extremo tenerle cerca para contarle un poderoso sueño que me había recordado despavorido y con gran congoja. Allegáronse los demás chicuelos con deseos de oír mi sueño y el hijo de mi camarada me pidió que se lo contase. Repetiles mi sueño y después les conté algunas patrañas y ficciones, como fue decirles que había visto venir un toro bravo y feroz, echando fuego y centellas por la boca, y encima de él uno como «huinca», que quiere decir español. El toro embravecido procuraba echarlo abajo con los cuernos, haciendo muchas diligencias por matarlo, dando vueltas por una y otra parte y espantosos bramidos, y el que estaba encima de él, con gran sosiego y humildad, firme como una roca se mantenía.

Quedaron admirados los muchachos de haber oído sueño tan notable, y el hijo de mi camarada me preguntó cuidadoso:

-¿Quién era, capitán, el «huinca» que estaba encaramado sobre el toro?

-Andad, amigo, vos -respondí entre chanza y burla,- y preguntaselo al toro que lo traía a cuestas, que yo no lo pude conocer ni saber quién era.

Celebraron los muchachos mi respuesta, y estando ociosos en este entretenimiento, salió mi compañero el soldado a llamarme de parte de Maulicán, que había despertado ya de su profundo sueño. Junto con los muchachos que habían estado conmigo a la resolana, entré al rancho. El indio, mi amigo, dueño del festejo que estaba sentado con Maulicán, y otros seis o siete caciques a la redonda del fuego, como lo hicimos los que llegamos, me llamó al instante que me vio. Después de esto me arrimaron un cántaro de chicha de frutilla de buen porte, que mi amigo encareció haber hecho guardar para mí. Comimos y bebimos espléndidamente y con grande abundancia, porque mi amigo anduvo bastante cumplido en el empeño en que se puso en habernos convidado y llevado a su casa.

Después de haber dado fin a nuestros cántaros de chicha, pedí licencia para largarme un rato por aquellas campiñas y valles, que a la vista se mostraban alegres y apacibles con los rayos del sol que los hermozeaban. Habiéndomela concedido mi amo de buena gana, me dijo que fuese con los hijos de nuestro amigo y huésped, quien les ordenó que me acompañasen, y a mi compañero el soldado que así mismo me asistiese. Salimos gustosos, deseoso yo de divertir algo mis cuidados, que con varios pensamientos a ratos se me aumentaban.

Dejamos el baile en su punto y fervor, aunque no con el concierto que a los principios, porque ya los pleitos, ruidos, llantos y sollozos de las mujeres borrachas, maltratadas de sus maridos y algunas descalabradas, eran más que sonoros ecos ni alegres cánticos, pues los que sustentaban el baile se hallaban tan fuera de sus juicios y enronquecidos, me parece que sus perversas voces salían del infierno. Agregáronse a nosotros algunos muchachos más de buen gusto y humor alegre que estaban ejercitándose en el juego de la pelota a su usanza... Mis compañeros fuéronme llevando al estero abajo por unas vegas apacibles y chacras antiguas de legumbres, de las que los muchachos sacaban algunas

papas de las que habían quedado de rebusco. Poco más allá se descubrían dos vistosísimas y hermosas copas de unos árboles frondosos, tan verdes y poblados de tupidas ramas y de verdes y anchas hojas, que obligaron al deseo a pedir con súplica a nuestros guidores que nos acercásemos a ellos, pues la distancia de donde nos hallábamos era corta. A esta petición me respondieron placenteros que me alegraría con extremo ver aquella casa vistosa y agradable, donde en verano se iban todos los sus vecinos y compañeros a dormir, entre día después de haberse refrescado en el copioso estero que, esparcido, bañaba aquellas vegas. Llegamos a aquel deleitable lugar y di una y otra vuelta a aquellas copadas ramas. Reparando con curiosidad en su nacimiento, hallé que de dos árboles grandísimos se formaban aquellos chapiteles que servían de techo a la caza. Un cristalino arroyo los regaba y por entre peñas y sendas escabrosas descendía a lo profundo del hueco que con arte formaba. En suma, parecía un aposento bien obrado por una y otra parte de niveladas paredes de piedra. Descendimos a lo bajo, deseosos de ver el hueco de las peñas, y antes de poner el pie en sus umbrales, pasamos por un hermoso valle cultivado, ceñido por una parte de una canal honda y ahocinada y por la otra margenaba sus confines el abundante estero que se paseaba por cerca de las casas y ranchos. Entramos en aquel espacioso hueco y dentro de él hallamos algunos altos y levantados catres y barbacoas en que ponían las legumbres de porotos y maíces al tiempo de la cosechas. Alegreme infinito con la vista de aquel aposento agradable y digno de admiración, y aun más por estar en lugar donde no sabían hacer estimación de ese recreo ni contemplar las grandes maravillas de Dios.

Divertido y suspenso en mis tristes pensamientos me hallaron los muchachos en compañía del soldado, que se quedó a asistirme en el entretanto que fueron a bañarse y a sacar algunas papas y legumbres de los camellones, de las que venían los más bien cargados y deseosos de volver al rancho. Con esto, nos volvimos, entreteniéndolo y haciendo grandes recuerdos de aquel tan apacible sitio. Llegamos a la posada a tiempo que el sol nos iba ya ocultando sus lucientes rayos y el aire, delicado y fresco, nos obligaba a buscar abrigo. Hallé a Maulicán retirado en un rincón de la casa, desechando la embriaguez con un pesado sueño, lo mismo que todos los demás caciques principales. Colpoche, como dueño y señor de aquel festejo, estaba sentado al fogón, con tal templanza y sosiego que me admiré. Luego que entré, me llamó placentero y cariñoso, y, sentándome a su lado, me preguntó cómo me habían llevado al rancho o casa de recreo que tenían en la campaña para el verano. Con grande encarecimiento respondiéndole que sí, alabé aquel paraje. Y de verdad, que por mucho que pudiera decir de él, no sabré significar la hermosura de los árboles, lo copado de sus cumbres, lo alineado de las piedras, lo acompasado del sitio y lo deleitable del arroyo con las demás circunstancias de amenidad vistosa.

Algún tiempo más nos dilatamos en varias conversaciones, y, después de haber cenado con la misma abundancia, considerándome cansado, mi camarada me envió con un hijo suyo a descansar y dormir cerca de donde estaba Maulicán. Una de las mujeres, madre del muchacho que me llevaba, fue a buscar la cama, en la que gustosamente nos acostamos.

Algunas horas antes de amanecer, me recordó Maulicán con grande regocijo y alegría, diciéndome:

-Capitán, ya es tiempo de que vamos disponiendo de nuestro viaje, *porque estoy con grandes deseos de volver a ver a mi amado padre, a mis hijos y a mi tierra.*

Poco después, las mujeres del dueño del rancho dispusieron el fuego, las ollas y asadores para darnos de almorzar con toda ostentación y espléndido aparato. Levantose Colpoche, cuidadoso de nuestro viaje, para lo cual envió a buscar los caballos, que ya habían cobrado algunos esfuerzos. Llegose después a darnos los buenos días con repetidos «mari maris», diciéndonos juntamente que el tiempo estaba alborotado y revuelto, de manera que le parecía que había de volver el cielo a rociar las campañas con sus continuadas y prolijas lluvias. Quería que mi amo se quedara en su casa -que era la suya- otros dos o tres días a entretenerse con ellos.

-Mucho estimo -respondió Maulicán- vuestro amor y cortesía. Mas, por lo mismo que llueva y amenaza temporal, me es forzoso hacer el viaje y pasar el Imperial antes que coja fuerza la corriente.

-¡Ea, pues, amigo! -nos respondió nuestro huésped-, ya que tan resueltos estáis en no quedaros, vamos primero a confortar nuestros estómagos y después cogeréis vuestro camino.

Salimos a ver nuestra cabalgaduras y a tratar de ensillarlas, ayudándonos a hacerlo algunos muchachos y el soldado, enternecido ya de ver que nos habíamos de separar, quedándose él en aquella parcialidad y caminar yo con el mío a la suya. Consolámonos mutuamente y entramos con los demás a almorzar. Nos sentamos todos a la redonda del fuego y detrás de nosotros se formó otra rueda de mujeres, chinas y muchachos. Dieron principio por ponernos por delante unos «menques» de chicha, para que los unos a los otros nos fuésemos brindando. En breve rato, sacaron diferentes guisados con la misma abundancia que a los principios; y por prisa que quisimos damos en concluir nuestro almuerzo, no pudimos hasta las dos de la tarde.

Cerca de las tres serían cuando Maulicán trató de despedirse, dejando a los demás amigos en grande fiesta entretenidos. Nos despedimos de nuestros amigos, principalmente de nuestro huésped, quien me abrazó con demostraciones de pesar y sentimiento, y rogó a mi amo que mirase por mí y (le dijo) que si quería, librarme de las traiciones de sus compañeros, que no me tuviese en su casa, que él avisaría en todo lo que tratasen los de su «regue».

Yo me aparté a un lado a despedirme y a abrazar a mi compañero el soldado. Durante un rato, no pudimos hablarnos palabra el uno al otro: nos faltaba ya el consuelo de comunicarnos y lamentar juntos nuestros trabajos y desdichas. Así, en presencia de muchos que estaban atendiendo a nuestras acciones, estuvimos abrazados.

Se hincó (luego) de rodillas el pobre soldado y, hechos arroyos sus ojos, lastimados con grande ternura, me dijo:

-Señor capitán y padre mío, acuérdese V. M. de mí, que soy un desdichado, hombre de tierras extrañas, sin deudos ni parientes que puedan hacer memoria de mis trabajos. V. M. es mi capitán; duélase usted de mí cuando esté en su casa, fuera de estas miserias y penalidades, que yo espero en Dios y en su Bendita Madre ha de ser muy breve. Yo soy

el que tengo de perecer en estas desdichas y en este penoso cautiverio, el que tengo que morir sin consuelo entre mis enemigos. Yo soy el que no ha de llegar a tener la dicha de volver a ver tierra de cristianos, ni ver a mis amigos y compañeros, si V. M. no sa acuerda de mí, que soy su soldado, cuando haya ocasiones de rescates.

Tanto me lastimaron las razones y llantos de este pobre soldado abrazado a mis pies, que no pude contestarle en mucho rato, si no fue con palabras que salían por los ojos de lo más íntimo del corazón, tan copiosas que le bañaron el rostro levantado hacia mí.

Y fue tanto lo que se enternecieron los circunstantes que los muchachos hijos del indio nuestro amigo lloraban con nosotros y el P.e, que era hermano del amo del soldado, se acercó enternecido diciéndome:

-Capitán, amigo, no tengas tanta pesadumbre y desconsuelo. Tu buena fortuna y agradable semblante te han de ayudar y ser propicios para que con brevedad llegues a tu tierra.

Con esto nos desenlazamos y volví a abrazar a este valeroso amigo, encomendándole aquel pobre soldado en su presencia, que no le diesen malos tratamientos, ni le quitasen la vida, ya que su fortuna le había permitido encontrar tan principales amos, de tan generosos ánimos y corazones piadosos. Prometiome entonces, con juramento, que le tratarían con mucho amor y cortesía, por habérselo yo pedido y porque naturalmente se inclinaba a querer bien a los españoles. Volví a abrazar a mi soldado y compañero y lo consolé mucho repitiéndole lo que el indio me había prometido y diciéndole que tuviera buen ánimo, que en los trabajos y desdichas se experimentaban el valor y esfuerzo de los hombres.

Y volvimos luego hacia donde mi amo, que, enternecido también, se había apartado a despedirse de sus otros amigos. Colpoche, nuestro huésped, le dijo:

-¡Ea!, Maulicán, ya podéis subir a caballo, que es tarde. Procurad daros prisa para coger la vereda que os he dicho; luego encontraréis un estero y al otro lado veréis unos ranchos que son del cacique Inailicán. Mis hijos van con vos a pasaros el río de La Imperial y os enseñarán el camino. Lo que os encargo es a ese capitán que lleváis. Os ruego por su vida y que hagáis con él lo que os tengo pedido, porque os ha de importar mucho su rescate. Advertid que es hijo de buen padre, de buen corazón e inclinado a hacer bien a todos. Y este capitán, que es ahora niño, andando el tiempo se ha de acordar de lo que con él hiciéremos y no podrá dejar de ser agradecido.

Prometiolo otra vez mi amo y subimos a caballo, dándonos unos a otros repetidos «mari maris»:

(-Quedáos con Dios, amigos; o,

-Idos en paz.)

Salimos como a las tres o cuatro de la tarde, el tiempo revuelto, turbio, y apresurado el Norte. Dios muchachos por guía fueron a encaminarnos al estero, que estaría poco más o menos a media legua de los ranchos. Llegamos allí a buen paso, y con toda brevedad, los

guiadores por delante, arrojámonos a él. Y aunque por aquella parte traía menos agua el caudaloso río, la corriente era precipitada y peligrosa. Al atravesarle, me encomendé a Dios, porque realmente temí la furia que llevaba con crecidas piedras, en las que a menudo tropezaban los caballos y daban hociadas a cada instante. Cayendo y levantando lo pasamos, aunque bien mojados de las continuas sacudidas que dábamos.

Cuando nos hallamos de la otra banda, seguros de aquel peligro, mi compañero preguntó a los muchachos que por dónde nos habíamos de encaminar. Respondieron ellos que, en subiendo la loma que ya se divisaba cerca, tomase una vereda que salía entre otras y se apartaba a mano derecha. Ella nos llevaría a un estero que estaba a la vista del cacique Inailicán. Dijeron además que no se guiara por los cerros de Elol, porque si quería tirar derecho a ellos, se encontraría con muy malos pasos, esteros, barrancas, pantanos y atolladeros, sin acertar a salir de ellos.

-¡Ea, pues, amigos! -les dijo-. Yo saldré al camino que decís y no me apartaré de la vereda que habéis señalado.

Con esto, nos despedimos con los acostumbrados «mari maris» y enviando muchas encomiendas (saludos) a los amigos.

Quedamos solos mi amo y yo. El Norte iba, apresurado, haciendo su oficio despidiendo tupidas saetas de nevadas aguas. A medida que se acercaban las tinieblas y se aminoraba el día, creciendo el viento y aumentando el temporal desecho, fuimos caminando a muy buen paso para llegar al sitio que nos habían indicado nuestros guías. Según la oscuridad que nos seguía, me parece que sería ya el sol puesto. En la parte señalada hallamos tres o cuatro veredillas mal trilladas que parecían ser de vacas o de yeguas cimarronas. Con ello se halló Maulicán todo confuso y me dijo:

-Capitán, no sé por qué vereda debemos encaminar nuestros pasos. ¿Qué te parece a ti?

-Según lo que nos dijeron los guías-, le respondí, la de la mano derecha es la que debemos seguir.

-Esa se aleja mucho y se extravía de aquellos cerros altos de Elol que allá se divisan. Esa veredilla más se encamina a tierra de españoles que a las nuestras. Esa otra de mano izquierda sube hacia La Imperial, y así, me parece que es mejor que cojamos la de en medio.

No le quise replicar porque no creyese que me inclinaba a la que enderezaba a nuestras tierras.

Cogimos la de en medio y por ella fuimos marchando. Dentro de breve tiempo se nos desapareció el día con el más terrible y espantoso temporal. Sin saber a dónde nos encaminaba, seguimos aquella vereda por más de una hora de la noche, que ya no nos veíamos el uno al otro. Al poco rato me dijo mi compañero que le parecía ir fuera de camino. Apose del caballo, comprobándolo, y díjome atribulado:

-¡Capitán, estamos perdidos! No sé dónde estoy ni adónde vamos. Apéate tú también, y rastreamos el camino, que no puede estar lejos.

Malísima era la gana que tenía entonces de apearme, porque el temporal crecía; el viento bramaba; la tierra, convertida en mar, nos anegaba; el cielo con heladas saetas nos combatía; los truenos y relámpagos continuos nos causaban espanto, aunque a veces algún consuelo, ya que sus resplandores ardientes nos servían de lúcidas antorchas para podernos divisar. Así, le respondí que quién nos arrearía los caballos, pues, aun estando sobre ellos, no querían dar paso adelante si no eran muy oprimidos de las espuelas.

-Tenéis razón -respondió mi amo-. Id vos a caballo y arrearéis el mío, que yo quiero buscar a pie la veredilla.

Habiendo visto que en tan largo tiempo ni en tanto trecho no le topaba ni podía palpar, determinó Maulicán volver hacia el Norte, y como el agua y el viento eran tan recios y desaforados que los caballos les volvían las ancas y a nosotros parece que nos quería volar, le dije a mi amo que más acertado sería arrimarnos a alguna montaña espesa y abrigada donde pudiésemos pasar tan tenebrosa noche y repararnos de temporal tan deshecho. Le pareció bien mi consejo y marchamos en demanda de algún bajo y montuoso sitio. Marchamos más de una legua sin poder encontrar lo que buscábamos, cayendo y levantándonos en los pantanos, quebradas y zanjones. Con la última resolución, mi compañero había montado a caballo y, como iba adelante guiando, cayó de hocicos, con caballo y todo, en un zanjón. El ruido de la porrada del caballo me detuvo y él, caído en el suelo, me dijo:

-Teneos allá, capitán; no paséis acá hasta que no reconozcas si hay otro paso más arriba o más abajo.

Dio vuelta por una y otra parte, y como los relámpagos y rayos eran continuos, con su resplandor divisó cerca de sí una veredilla.

A todo esto, estaba yo detenido, sin atreverme a dar paso por donde había visto caer al compañero, que es sobrada inadvertencia no huir del peligro en que se ha visto despeñarse a otro. Pasó por otra parte y descubrió más arriba mejor pasada, por la cual me llevó sin impedimento alguno. Seguimos la vereda poco más de una legua y al descender por una loma rasa, cuyo fin era un hondo valle donde no batía con tanta fuerza el viento, porque estaba sembrado de espesos arbolitos de «culenes», que nosotros llamamos «albahaquillas del campo», dimos en él con nuestros cuerpos. Corría por en medio un estero que parecía no poder perjudicarnos...

Traíamos nuestras sillas sobre la cabeza y de algún reparo nos servían para que el agua no nos entrase por arriba y saliese por los pies. Fuimos el estero abajo en demanda de nuestros animales, a ver si habían salido de aquel arrebatado piélagos, y volvimos a subir a un alto de aquel cerro para divisar la campiña más a lo largo desde la cumbre. Y en toda ella no se descubrían, con lo que nos convencimos de que las aguas del estero habían dado fin a sus vitales alientos. Sin esperanza ya de topar con nuestras bestias, perdidos en aquella campiña, sin saber por dónde encaminarnos ni pasar el estero embravecido, divisando al otro lado los cerros de Elol, que era donde llevaba la mira puesta mi amo, nos hallamos suspensos y confusos.

Entramos en acuerdo para determinar lo que habíamos de hacer, y yo fui de parecer que hiciéramos, como la noche pasada, una choza o toldeta de las frezadillos y mantas, porque me parecía desesperada cosa marchar a pie, cayendo y levantando por pantanos y lomas con los fustes a cuestas. Mi compañero respondió que el dilatarnos más era esperar otra noche peor; que a orillas de aquel estero no podíamos dejar de encontrar algunos ranchos, pues nos faltaba ya el sustento y era forzoso que el hambre también nos fatigase.

-¿Hacia dónde caminaremos -le repliqué- si no sabéis el camino ni el paraje en que nos hallamos?

-Tiremos el estero abajo -dijo-, que sería peor que nos estuviésemos sin hacer ninguna diligencia.

-Vamos, pues, luego -le respondí-, que me parece muy bien vuestra resolución y así no debemos dilatarnos.

Cogimos nuestros fustes, que habíamos dejado un rato al reparo de un frondoso árbol, y marchamos, ensillados como bestias, deseosos de encontrar algunos ranchos o chozas en que albergarnos aquella noche. A cabo de caminar cerca de tres leguas, encontramos una vereda que infaliblemente era la que habíamos dejado a mano derecha y la que nos habían indicado los guías. Tomándola, nos llevó al estero, desde donde divisamos de la otra orilla cinco o seis ranchos distante más de seis cuadras, por estar arrimados al abrigo de una loma y ceja de la montaña. Era ya muy cerca de la noche. Llegamos al paso del estero, que por esta parte venía ceñido, y dimos voces, repetidas con fuerza porque el temporal de agua y viento no las dejaba oír de los habitantes de aquel valle. Tantas voces continuas, confusas y tristes dimos, que envió el cacique un muchacho a ver quiénes con tan extraño tiempo caminaban desesperados.

Respondió mi amo su nombre y la causa de nuestra peregrinación:

-¡Ea, pues, amigo!, por vuestra vida, enviadnos a esta banda dos buenos caballos y alentados para que pasemos antes de que *cierre la noche sus cortinas*. Id con prisa y decid al cacique Inailicán que soy yo el que ando extraviado y perdido por llegar a mi tierra y a mi casa.

Fuese el muchacho con toda prisa y avisó al cacique, significándole la necesidad que teníamos de caballos, pues veníamos a pie y con los fustes a la cabeza. Enviolos luego con el propio criado y otro hijo suyo, los cuales los echaron a nuestra banda, donde los recibimos, ensillamos y enfrenamos. Una vez que subimos a ellos, nos guiaron (los muchachos) el estero abajo. Llegamos así al paso que nos señalaron, por donde el estero iba más esparcido y ancho. Salimos con bien de aquel empeño, y a paso más que moderado nos pusimos en la casa del cacique, que ya nos tenía prevenida una buena candelada y un carnero vivo (que ésta es la honra que unos a otros se hacen, para que el huésped lo mate o degüelle y lo entregue después a otro que lo desuelle y beneficie). De buena gana desmontamos de los caballos y, una vez desensillados, los entregamos a los muchachos. Entramos con nuestros fustes al rancho, donde nos recibió con mucho amor y agasajo el cacique, haciendo que nos sentásemos al fuego y secásemos el hato. Luego que nos quitamos las mantas y las colgamos al amor del fuego, nos trajeron a cada uno un

cántaro de chicha y a mi amo el carnero para que lo degollase, lo que hizo, y abriéndole el pecho, sacó los hígados y riñones y tal como salieron, los echó sobre las brasas, diciendo:

-Mucha hambre traemos mi español y yo, que no nos hemos desayunado sino con un puño de harina.

-Ya están haciendo de cenar -respondió el huésped-, y mientras se ajusta, podéis comer unas papas y un plato de mote.

El cual mandó traer al instante, y entre mi amo y yo dimos fin a la porción muy brevemente, porque estábamos templados comoalcones, y (aun) más, entreveramos los riñoncillos e hígados que había puesto sobre las brasas cuando degolló el carnero. Pusieron dos o tres asadores de él al fuego y en el entretanto nos brindaron a menudo los unos a los otros, de manera que con mucha brevedad concluimos con el licor de los cántaros, por lo que nos trajeron otros y nos los pusieron por delante. Como me hallaba ya con el estómago acomodado, dije a mi amo que quería quitarme los calzones (los cuales, como de aquellos antiguos que se usaban estofados, aunque los había secado en otras ocasiones, siempre quedaban frescos y mojados), y de la propia suerte estaban el armador y colete de gala que traía; y que en el ínterin que se secaban, me pondría la manta que servía de capa sobre el vestido. Respondiome que le parecía muy bien y él me ayudó a secar el hato, el vestido y la camisa muy brevemente porque había extremado fuego y abundante.

Con la noticia que tuvieron los demás vecinos y compañeros de aquel cacique, se fueron juntando diez o doce indios de los que tenían sus ranchos cerca y en su contorno y trajeron muchos cántaros de chicha para la bienvenida al recién venido huésped y holgarse aquella noche bebiendo, cantando y bailando. Ésta es una de las más perversas costumbres que se puede imaginar. Porque, al llegar un pasajero a la jornada, mojado, molido y hecho pedazos de caminar a pie todo un día por pantanos, quebradas y riscos, muerto de hambre y aliento, darle luego por descanso no dormir y estarse parados bailando y quebrándose la cabeza con gritos y voces desmedidas, no sé qué puede haber peor entretenimiento ni costumbre más usada.

-Sacáronnos de cenar de los guisados que acostumbran: asadores de carne, platos de papas, porotos, maíces y otras cosas. Después de haber cenado y secado mi vestido, camisa y jubón, me los puse y me volví a abrigar con los demás.

Este cacique Inailicán era uno de los que ofrecieron pagas para comprarme en el parlamento que para el efecto se hizo en el camino y de los que más apretaban en que con mi cabeza se hiciese parlamento general para la convocación de toda la tierra. Aunque luego que entré en su rancho lo reconocí, no quise manifestar el disgusto grande que me había producido el haberlo visto, porque el espíritu es fiel y leal al corazón, pues su presencia me perturbó el ánimo de manera que desasosegado no cabía ya en el pecho, leyendo en profecía la dañada intención que en el suyo estaba escrita. Saqué fuerzas de flaqueza para mostrarme placentero, alegre y gustoso, encubriendo con el semblante lo que el alma interiormente padecía.

Poco me valió en esta ocasión la que fingí, que hay adulaciones desgraciadas cuando se encuentran con personas privadas del juicio. Fuéronse continuando los brindis y calentándose con ello las mulleras y juntamente mi contrario poniéndose más furioso.

Luego que vi el alboroto y la contienda de palabras que se iban armando entre Inailicán y mi amo, se me puso el corazón entre dos piedras, recelando en mí los males que de ordinario se originan de semejantes concursos entre estos bárbaros enemigos. Aparteme algo del fuego y a las espaldas de Maulicán me puse recostado a su sombra, haciendo que dormía, pero nunca más despierto, porque con el recelo y temor en que me hallaba, atendía a las razones de los unos y de los otros para ver en qué paraban sus litigios. El cacique Inailicán decía enfurecido a mi amo que era amigo de españoles y que no entendiese que le había de durar mucho su español, con quien pretendía granjear crédito, nombre y opinión. (Mi amo) como también estaba alborotado de lo que había bebido, le respondió enfadado que ¿quién había de llegar a su español sin su consentimiento y gusto? Con esto, se enfureció más el cacique y se levantó de su asiento, dando traspiés, diciendo:

-Yo te lo quitaré y le mataré aquí luego.

A esto se entraron de por medio dos caciques de su parcialidad y le apartaron y llevaron a otro fogón de los que había en el rancho. Maulicán se estuvo asentado sin hacer caudal de lo que el otro había dicho. Yo estaba a sus espaldas con gran recelo y temor, encomendándome a Dios y pidiéndole favor en aquellos aprietos y trabajos.

Luego que se sosegó algún tanto el colérico cacique, me asió de la mano Maulicán, me sacó fuera de la casa y me llevó a un ranchuelo que estaba algo distante de ella, a sus espaldas, entre unos «coleales», que llamamos cañas bravas, el cual servía de gallinero, roto y abierto por muchas partes. Y en él me entró diciendo que me estuviese quieto y sosegado, de manera que si acaso oyese algún ruido y a él dar voces y gritos, que saliese del ranchuelo y me fuese a emboscar en la montaña que estaba arrimada a las cañas o coleal. Sus voces serían la seña de que solicitaban mi persona. Dejome otra manta suya para que me abrigase y defendiese de noche tan tempestuosa y me consoló diciéndome que aquel cacique estaba borracho y sin juicio, y que no quería que me sucediese con él alguna mohína, por lo cual le parecía más conveniente apartarme de su vista hasta que se le pasase la furia. Con esto, me entró por un agujero o boquerón que entre otros tenía la chozuela, que era lo propio o peor entrarse en ella para abrigo que estarse en la campaña. Quise arrimarme a lo que me pareció más enjuto y abrigado, y me encontré con unas gallinas que empezaron a gritar y a hacer ruido, obligándome a que me sentase en medio donde combatían el viento y el agua. Fuese mi amo dejándome de la suerte referida en aquel gallinero, donde, por una parte el agua, el viento y el frío me molestaban, y por otra el estiércol de las gallinas que sobre mi cabeza muy de ordinario caía. Y sin intentaba mudarme a alguna parte más adentro, se alborotaban, de manera que me vi obligado a no mover los pies ni las manos del lugar en que estaba como en prensa. Y éste fue el mayor consuelo que tenía en medio de los cuidados y aflicciones que me causaban tantos y tan varios infortunios como los que iba experimentando cada día.

Cuidadoso y desvelado me halló toda la noche, sin que pudiera un rato entregar al sueño los sentidos, escuchando las voces, gritos y ruidos que en el rancho había, que aunque

eran originados de la chicha, me parecía que cualquier movimiento o alboroto se encaminaba a mi daño. Y aunque el temporal era excesivo y la noche oscura y tenebrosa, me determiné a salir del rancho y arrimarme poco a poco a las espaldas de la casa y a escuchar lo que platicaban. Allí estuve un buen rato, y como reconocí que el ruido y las voces, entre cantos confusos, eran alboroto y parte de la chicha y abundantes licores que tenían, me volví al gallinero a esperar de mi amo la orden que me daba.

Así estuve parte de la noche, y al romper el silencio obscuro del alba llegó Maulicán con dos caballos ensillados que le habían prestado sus amigos, dejando al cacique Inailicán durmiendo la borrachera. Me hizo subir en uno, y a aquellas horas les dimos riendas y marchamos hasta sus tierras. Y aunque me hallaba debilitado, mojado y helado del frío, tuve por conveniente no volver a entrar al rancho de aquel cacique inhumano y para mí fiero cruel; de modo que salimos como de rebozo, como huyendo. El viento había amainado y suspendido su violencia, pero estaba en su punto el agua, dejándose caer a plomo. A buen paso subimos las lomas y cerros de Elol. Y habiendo caminado poco más de dos leguas, encontramos en medio de aquellos cerros otros ranchos del cacique Antegüeno por los cuales forzosamente debíamos pasar, ya que el camino nos llevó a sus puertas, donde salió el cacique y nos hizo apearse con repugnancia de mi amo. Y verdaderamente yo lo deseaba con extremo, porque el hambre y el frío me tenían bastante desvanecido y apretado.

Desmontamos de los rocines y los atamos a unos árboles vistosos que cerca de la puerta hermozeaban el sitio y su contorno, por ser de calidad que todo el año conservaban verde y vistosísima la hoja. A éstos llaman «pengus». Además de ser crecidos y copados, cuando están con su fruta colorada, son de una vista apacible y deleitable; su sombra es copiosísima y saludable de verano, y las hojas batidas y oprimidas despiden de sí un fragante olor y muy suave.

Entramos a la casa, y el cacique Antegüeno -que también era de los que se hallaban en el parlamento de mi venta o compra- nos llevó a un extremado fogón, dividido de otros que había dentro, en que asistían las mujeres. Allí nos hizo poner unas esteras en que sentarnos y mandó a un criado suyo que desensillase nuestros caballos. A esto repugnó Maulicán diciendo que había de pasar a su tierra luego aunque el agua no cesase; que ya estábamos acostumbrados a las inclemencias del tiempo y a estar mojados de ordinario. El cacique le respondió que, para dos leguas que le quedaban para su tierra, tenía bastante tiempo aunque saliese tarde.

-Con todo eso -repitió mi amo-, quisiera llegar temprano para excusar andar de noche y porque ha muchos días que me aguardan en casa.

-Bien, entonces -le dijo el cacique Antegüeno- calentaos ahora un rato y comeréis un bocado con ese pobre capitán que traéis, que me da compasión verlo y vendrá cansado y helado de frío. Con esto que le oí decir, me consolé grandemente, porque, como era uno de los contenidos en la junta y parlamento referido, juzgué que fuese como el pasado. Pero adondequiera hay buenos y malos, unos de natural y otros de otro. Este Antegüeno era hermano del pasado Inailicán, y no en la condición ni en las costumbres, porque se ajustaba al nombre de Antegüeno, que quiere decir «sol del cielo», cuyos efectos son generosos, saludables, suaves y apacibles. Por ser el capitán y príncipe de las antorchas y

luces de los cielos, es el corazón del mundo y su templanza. Con su grandeza se ilustran todas las cosas de la vida. El nombre del otro cacique, su hermano Inailicán, quiere decir «piedra esparcida o derramada», y con sus obras conformaba muy el nombre, pues de una piedra no se puede sacar jugo ni esperar misericordia.

Asentámonos al fuego y al instante nos pusieron por delante dos cántaros de chicha de buen porte. La que a mí me cupo era clara, dulce y picante, con la que me brindó:

-Bebed capitán, y no te dé cuidado ni tengas pesadumbre, por haber encontrado con buen amo, valiente y respetado; que a no haber sido así, ya te hubieran quitado la vida. Y a pesar que mis compañeros han dispuesto el hacerlo a persuasión de Butapichún, Namuncura y mi hermano Inailicán, y todos los demás fuimos de ese parecer, en llegando Maulicán a su tierra se olvidarán sus intentos, y aun en el caso de que quieran poner aprietos, será dueño allá de su voluntad. Yo de mi parte te prometo no meterme con ellos para este efecto. Tu amo hará de ti lo que le pareciere, que pues el Pillán te ha librado de tantos peligros y riesgos, no será razón que nosotros nos opongamos a tu buena fortuna. ¿No es así, Maulicán?

Contestó éste con alegría y halagüeño semblante que tenía mucha razón y que se había regocijado interiormente haber escuchado sus razones. Y entonces le contó lo que nos había sucedido en casa de su hermano y de la suerte que salimos huyendo de ella al alba y la penalidad y trabajo que yo había padecido toda la noche. Lastimose grandemente de considerarme de la suerte referida y volvió a repetir las mismas razones a mi amo, añadiéndole:

-Y pues este capitán es hijo de Álvaro Maltincampo, gran soldado y principal caudillo, ¿qué podemos granjear en quitarle la vida? Mejor será que trates de rescatarle para que se vaya a su tierra, que todavía sabrá agradecer y estimar las acciones que con él hiciéremos. Y ya que cada día andamos en la guerra y a semejantes riesgos nos ponemos a contingencia de que lo propio nos suceda mañana, por lo menos tendrá en la memoria, como hombre principal y noble, el bien que entre nosotros hubiera recibido.

Gran consuelo recibió Maulicán y mucho mayor le tuve yo, y con semblante alegre y con los ojos le estaba agradeciendo su buen celo, brindándole a su salud con sumo gusto.

Sacáronnos de comer unos platos de carne gorda y una gallina con su pepitoria de ají y de otros compuestos. Amainó en esto el tiempo tanto cuanto el agua, y después de haber comido y bebido lo bastante y oreado al fuego nuestras mantas, nos despedimos del cacique Antegüeno con grandes agradecimientos y salimos de allí con más gusto que de la casa de Inailicán, su hermano.

El camino cogimos a buen paso por una veredilla que atravesaba el camino real de La Imperial, y derecha nos llevaba a su tierra de Repocura. Y por prisa que nos dimos, llegamos a las orillas del río de este valle al tender sus cortinas las tinieblas. Venía de monte a monte, como dicen, y de la otra parte estaban los ranchos de su padre y su familia, como dos cuabras abajo del balseadero, donde tenía una canoa a modo de barquillo.

Dimos voces a los que asistían en las chozas de la otra banda a tiempo que volvía el viento Norte a combatirnos con espesas lluvias. A nuestro llamado, vino un indio a saber quiénes éramos, y habiendo reconocido que era Maulicán con su español cautivo, fue con toda prisa a dar aviso a su casa, que estaba, como he dicho, más abajo del balseadero dos o tres cuadras. Enviaron ante todas cosas dos muchachones a que nos pasasen y recibiesen los caballos que echamos a nado de la otra banda del río. Entramos en la canoa con nuestros fustes y frenos, y dándonos muchos «mari maris», que son como entre nosotros saluciones y bienvenidas, pasamos de la otra banda con sumo gusto al dejarnos la luz del claro día.

Subimos a caballo a toda prisa y en breve rato nos pusimos en la casa de mi amo, donde le aguardaban muchos días anhelosos su padre -llamado Llangareu, toqui principal de aquella tierra-, sus hijos y mujeres, con otros amigos comarcanos y muchos géneros de chicha, carne y otras legumbres que para el efecto habían solicitado y adquirido de otras partes, porque ellos, como soldados fronterizos, eran pobres y apenas tenían un poco de cebada que comer y de que hacer chicha. Entramos a la casa, habiendo entregado los caballos a unos muchachos para que cuidasen de ellos. Con grande alegría y regocijo nos salieron al encuentro los referidos y, dándonos muchos abrazos y «mari maris», lleváronnos a un fogón bien dispuesto y separado de los demás para que nos secásemos y al amor del fuego templásemos el frío que traíamos. Hicimoslo así de buena gana, y después de haber cenado y bebido de los licores y chichas que nos pusieron delante me hicieron hacer la cama Maulicán y su padre, el viejo Llangareu, con unos pellejos limpios y peinados y unas frazadas de las mejores que tenían. El buen viejo me llevó a la cama, diciendo que me había de tener en lugar de su hijo; dándome muchos abrazos y dejándome en el dispuesto lecho, se volvió a dar principio a su entretenimiento, que empezaron con tamboriles, cánticos diversos, flautas y demás instrumentos alegres, celebrando la llegada de Maulicán y su cautivo a su amada patria.

SEGUNDA PARTE

Al cabo de algunos días que los comarcanos, amigos y parientes de Maulicán había festejado su llegada con mucha chicha, bailes y entretenimientos, despacharon los caciques de la cordillera, en conformidad del trato que en el camino habían efectuado, cuatro embajadores con las pagas prometidas. Y como el río, con la continuación de las aguas, venía caudaloso y abundante sin que se pudiese pasar a menos que dando voces para que enviasen las canoas que estaban a la vista de la casa, habiendo llamado de la otra banda, imaginó luego Maulicán que sin duda serían los mensajeros y que entre ellos vendría algún cacique de los contenidos en el trato; por cuya causa determinó que no pasasen a la otra banda más que la canoa pequeña, en que no cabían sino el canero o balseador y otro compañero, para que no pudiera venir en ella sino tan solamente uno de ellos y que éste fuese a hablar con su padre Llangareu. Hizo el barquero lo que le ordenaron y pasó con el principal embajador, quien después de haber visto a Llangareu se encaminó a dar su embajada a Maulicán sobre el trato efectuado en el camino. Éste lo recibió no con buen semblante ni buenas razones. Habiendo querido el mensajero desmedirse con palabras mayores, diciendo que era malas correspondencias las que usaba

con toda su parcialidad y que mirase lo que hacía, porque sus caciques habían de sentir en extremo la falta de su palabra y la poca estabilidad de su trato, por parecerles que hacía chanza y burla de la autoridad de su persona. A esto respondió Maulicán que no hacía caudal de sus razones, que estando en su tierra y entre los suyos no los había menester de ninguna suerte y que la palabra que les había dado de entregar a su español cuando enviasen por él fue violentado y sin su gusto.

-Bien pudierais haberlo mirado entonces, -replicole el mensajero-, y no habernos hecho venir con estos temporales pasando esteros y ríos con grandes penalidades, cargados de las pagas que os ofrecieron.

No os metáis vos en eso -le respondió Maulicán-, que si yo me hubiese hallado en aquella ocasión con otros tantos amigos como ellos eran, hablara muy a mi gusto y lo que ahora respondo les hubiera dicho entonces. Mas como conocí la intención que llevaban y la traición con que iban, me fue forzoso sufrir y disimular mi aprieto. Porque tuve aviso cierto de que iban determinados a quitarme mi español si yo le negase o hiciese alguna resistencia a su propuesta. Hoy estoy a entre los míos y en mi tierra, donde soy tan cacique como ellos en la suya, y más estimado, porque soy más valiente. Decidles que si quieren algo conmigo y experimentan lo que os he dicho, que uno a uno, o como les pareciere, no me excusaré de verlos. Y a ese Butapichún y a Inailicán, que son los que más me han apretado en quitarme a este español, decidles que yo los conozco y ellos a mí, que no saben más que hablar y que cuando yo estoy peleando, ellos están a lo largo dando voces y haciendo ruido solamente.

Volvióle con eso las espaldas y entrose a su casa, desde donde estuvo escuchando sus razones. Y vi al mensajero quedarse tan suspenso y corrido, que tuvo por bien el volverse sin replicarle otra palabra.

El viejo Llangareau estuvo tan cuerdo y sagaz que, habiendo visto la resolución de su hijo y el desabrimiento con que despidió al mensajero, le llamó y llevó a su rancho convidándolo a comer y a beber con agasajo. Éste previno como anciano y prudente el daño que puede originar de no hacer buena acogida a los embajadores.

A una de tres razones o causas me parece que podremos encaminar su dictamen, según el mío lo presumió: lo primero, que como cacique y principal de su parcialidad quiso hacer demostración de su magnánimo pecho y de su generoso corazón, no haciendo estimación, aunque pobre, de lo que entre ellos se reputaba por rico, por grande, ya ostentoso. Lo segundo que se puede juzgar y entender de la poca estimación que hizo Maulicán de las referidas pagas es que por espera de mayores bienes se pueden dar de manos los menores; tenía puesta la mira con mi rescate a muchas más medras e intereses, porque a los diez o doce días de haber llegado a su casa tuvimos cartas los caciques y yo del gobernador y Capitán General, asegurando por mi vida la hacienda que quisiesen y a los caciques que estaban presos y cautivos entre nosotros que eran de la parcialidad de mi amo. Y como vio que para sólo este efecto habían dado libertad a una india que pocos días antes habían cautivado de la misma parcialidad, la cual significó las grandes ofertas y pagas considerables que ofrecían por mi rescate, reconoció lo que le importaba el asegurarme la vida y tratarme con todo agasajo y respeto.

Lo tercero y principal que pude colegir de la firmeza y constancia que en defenderme y ampararme tuvo el dueño de mis acciones, fue la Providencia divina, que le ponía esfuerzo y ánimo varonil para que se opusiese a las contradicciones y aprietos que le hacían, solicitándole la voluntad por todos los caminos para la consecución de mi suerte y de mi fin desastrado.

Volviéronse los mensajeros con mal despacho de lo que aguardaban los caciques de la cordillera, quienes se indignaron grandemente con Maulicán por haber faltado a lo que había quedado con ellos; por lo que determinaron al instante confederarse con un cacique émulo y contrario de Maulicán, llamado Lemullanca, de su misma parcialidad y compañero de los consejos y juntas de guerra del cacique principal, Llancareu, padre de mi amo. Esta confederación fue secreta, para que por su parte Lemullanca solicitase por varios modos y caminos enviarles mi cabeza o mi persona, así porque Maulicán no saliese con su intento de rescatarme, como para convocar toda la tierra y hacer un grueso ejército con la muerte del hijo de Álvaro; volver a molestar nuestra frontera y seguir la buena dicha y fortuna que sus aciertos le habían manifestado con tan sucesivas victorias como las que habían tenido.

Admitió la flecha de este oculto trato el Lemullanca con mucho gusto como apasionado y envidioso de las glorias y nombres que había adquirido su contrario por la suerte que tuvo en mi prisión y cautiverio. Dispuso pues hacer un parlamento con malicioso fraude, convocando a otros de su devoción y ahillo, para que fomentasen su determinación y mal intento y sin dar a entender a Maulicán ni a su padre Llancarau, toqui principal y de los primeros de su parcialidad, para lo que se encaminaba su convocación y junta de guerra.

Llegó el día señalado y, como motor y fundamento principal de este cónclave, el cacique Lemullanca había llevado gran cantidad de botijas de chicha, ovejas de la tierra, de las de Castilla y vacas al «lepum», que así llaman al lugar destinado para tales llamamientos y juntas de guerra, el cual es un sitio distante y apartado del común concurso, media legua o una poco más o menos. Este cacique traidor a sus comarcanos había comunicado en secreto y dado a entender a sus compañeros y amigos que el parlamento era sólo encaminado a quitar la vida al hijo de Álvaro, y que si Maulicán lo repugnase, lo había de matar por fuerza y poner en ejecución su intento. Y aunque algunos admitieron sus propuestas, otros le avisaron en secreto de la traición que intentaba Lemullanca. En este tiempo habíamos subido a caballo mi amo y yo, Llancareu y otros sujetos para ir al parlamento, sin saber lo que nos aguardaba, y estando ya a más de seis u ocho cuabras de nuestros ranchos, nos encontró un indio mensajero que venía a darnos aviso de lo que Lemullanca maliciosamente intentaba. Y habiendo quedado suspensos y parados, consultando la resolución que habían de tomar, llegó otro embajador de parte de Lemullanca, nuestro adversario, encaminado al toque principal Llancareu y a Maulicán, diciendo que a ellos solos aguardaban en el «lepum» -como si dijese en el senado- y que también decía que llevasen al hijo de Álvaro, porque importaba su persona mucho. Luego que Maulicán oyó estas razones, dijo enfurecido al mensajero:

-Id y decid a ese mal intencionado tuerto -que lo era y muy mal agestado- que ya he sabido con certidumbre a lo que su «cojau» se encamina; que no quiero ir a él; que si tiene deseos de ensangrentar su toqui y de matar españoles en sus parlamentos, que vaya a la guerra a cogerlos y aventure su vida en las fronteras, como yo lo hago y lo he hecho

siempre, que este capitán me ha costado muchos trabajos y grandes disgustos y no lo he traído a mi casa para que él ni otro alguno quiera adquirir nombre y gloria con su muerte.

Con estas razones, le volvió las espaldas, cogió el camino para su habitación y alegres le seguimos todos los que, ignorantes de lo que nos aguardaba en el parlamento, nos habíamos puesto en camino para él. El viejo Llancareu, luego que vio a su hijo retirarse, le siguió también juntamente con el otro indio que había venido con la advertencia de los amigos de mi amo y algunos otros comarcanos de su parcialidad y distrito que se habían juntado, teniendo por bien acordada su resolución.

Volvióse el mensajero al lugar en que le aguardaba Lemullanca, el cual hallose burlado. Habiendo visto en fin la falta de su promesa y que le era forzoso dar algún expediente a su cojau y parlamento, dio principio a su propuesta significando con energía lo que importaba mi cabeza para el sosiego de sus tierras y comodidad de sus habitantes, y que Maulicán no quería de ninguna suerte ayudar a establecer y fijar sus toquis con la sangre de españoles, pues tan descaradamente me defendía.

Se retiraron a sus casas los caciques y huéspedes comarcanos y el viejo Llancareu me llevó a su rancho. Asistían allí con él un hijo casado, una hija soltera y sus nietos, y todos con estimación, respeto y benignidad me miraban. Luego que entramos, hicieron que asentase al fuego, y, aunque habíamos cenado y comido muy a gusto, me sacaron un cántaro de chicha de frutilla seca, extremada, clara, gustosa y picante, que es de las mejores que se usan. El viejo se asentó a mi lado y a él y los demás brindé y alabé grandemente la bebida, porque el licor era sazonado y cordial al gusto. Mandó el viejo que me la guardasen y que de ella no bebiesen otros, a lo que respondió la hija que no me faltaría de aquel género porque ella tenía frutilla bastante con que aumentarse la bebida. Agradecile mucho la oferta y le dije que en todo lo que me quisiese ocupar la serviría con todo amor y respeto. El viejo, su padre, la volvió a encargar con encarecimiento que tuviese gran cuidado conmigo en darme de comer y beber, que hiciese cuenta que yo era su hijo, porque en ese grado me había de tener; mandó disponer la cama y que la hiciesen ancha y blanda, añadiendo los pellejos y otras frazadas. El buen viejo estaba ya muy cerca de la edad de los niños, pues se burlaba y entretenía con ellos a ratos y a mí me miraba como a tal, porque entonces lo era sin pelo de barba, y me mostraba grande amor y voluntad. Por lo cual me dijo que había de dormir con sus nietos y con él porque no tuviese frío. Uno de los muchachos sería de doce a trece años, y el menor de diez a once. Después de haber conversado un rato con sus hijos y con los compañeros, me llevó el viejo a la cama, donde él y los nietos nos acostamos, quedando el viejo entre nosotros, todos con calzones, que así duermen los más, aunque yo me quedé con calzones, colete y jubón y no hice más de quitarme de encima dos camisetas grandes que traía para el abrigo, con que nos echamos todas las mantas y camisetas encima de las frazadas para repararnos de las heladas y del frío, que en aquel valle eran continuos. Como entonces era la fuerza del invierno, junio y julio, padecí algunas penalidades originadas de la nieve y hielo que de ordinario nos cercaban y combatían, y por ser gente pobre y desdichada la que asistía en aquel distrito, soldados fronterizos y perseguidos de los nuestros con malocas, entradas y corredurías.

Acostámonos pues, en la ancha cama y, después de haberme quitado las mantas, me santigüé despacio para encomendarme a Dios, a cuya acción estuvieron todos muy

atentos y el viejo me preguntó que para qué hacía aquellas señales con la mano y en el rostro. Le respondí que era una antigua costumbre de los cristianos porque el demonio de noche no nos inquietase y que con aquellas señales de cruz que hacíamos lo ahuyentábamos de nosotros.

-Pues, enseñad también a mis nietos -dijo el viejo-, que me parece muy bien lo que decís.

-De muy entera voluntad les enseñaré -le respondí- y también a rezar para que invoquen el nombre de Dios y le conozcan.

El nietecito mayor, que estaba arrimado a mí, me preguntó lo que era Dios. Le respondí en breves razones que era el Señor de Cielos y tierra, el Criador de todas las cosas, por quien los vivientes tenían vida; el que hacía que los campos se matizasen de flores, que los árboles brotasen y de verdes hojas se vistiesen, las plantas produjesen frutos, los cielos estuviesen en continuo movimiento, el sol con sus lucientes rayos iluminase la tierra y aclarase el día, la luna y las estrellas a la noche presidiesen y que a tiempo lloviese para la fertilidad de los campos. Y últimamente les dije que si tenían gusto de saber muchas más grandezas de nuestro Dios y Señor, las conocerían fácilmente si de todo corazón lo deseasen. Oídas mis razones y bien atendidas, el muchacho que estaba a mi lado me dijo:

-Nos enseñaréis, capitán, desde mañana, que yo aprenderé con mucho gusto.

-Gran consuelo me dais -respondí al chicuelo- con veros a conocer a Dios tan inclinado. Y para que tengáis mayor contento, os enseñaré las sagradas oraciones en visto doctrinar a vuestros indios algunos ratos, tenía las tres oraciones hasta el Credo en la memoria- y de esa suerte podréis entender mejor las cosas de nuestro Dios y Señor. Descansemos ahora lo que queda de la noche que ya es tarde y parece que el viejo se ha quedado dormido y se ha quejado antes de dormirse.

-Así lo hace siempre -dijo el nietecito-, porque la vejez lo tiene como niño.

Permitió su Divina Majestad que llegásemos con bien el día para darle las gracias, como se las di reconociendo sus inmensos favores y beneficios, y, dejando dormidos al viejo y a los muchachos, me puse en pie al salir el sol, que amanecía claro y luciente y sin estorbo alguno. Salí fuera del rancho a rezar mis devociones, y por estar la campaña cubierta de escarcha y nieve helada, causada de la serenidad de la noche, fui a ponerme debajo de unos árboles frondosos que con sus hojas y tupidas ramas, que todo el año se conservan verdes, habían defendido del hielo su contorno. En esta sazón volvían ya del río las mujeres de Maulicán y sus hijos, muy frescas de bañarse. Con muestras de amor y buena voluntad, me saludaron todas diciendo cómo había madrugado y dejado la cama tan de mañana, habiendo amanecido el prado helado y fresco con la sobrada helada que lo cubría. Les respondí diciendo que eran las noches tan crecidas que obligaban a desear el día con extremo. Con esto, fueron siguiendo su viaje para el rancho y una de las mujeres de mi amo, más anciana, me convidó a almorzar, diciendo que volviese a su casa luego a desayunarme con algo y a calentarme al fuego porque hacía un gran frío. Agradecile el cuidado y los «mari maris» que me dieron, correspondiendo alegre con otros tantos, y, dejándome solo y sin testigos, di principio a dar gracias al Criador, orando fervoroso con

grande afecto. Y porque los que pasaban de una parte a otra no me viesan hincado de rodillas en camino pasajero y parte tan descubierta, no me arrodillé en la tierra, porque no pareciese afectada hipocresía que sencilla ni pura devoción.

Acabada mi oración, poco a poco me fui acercando a la orilla del río que, generoso, bañaba aquellas vegas. Allí me lavé las manos y refresqué el rostro en sus corrientes. En esta ocasión, llegó Maulicán con sus hijos pequeños y los sobrinos nietos del viejo. Saludome con agasajo y como cautivo estimé el cariño; y me preguntó por qué causa me había levantado tan temprano. Y lo parecía, porque al salir el sol luciente y claro, con una niebla oscura se subió la helada escarcha -lo que entre ellos llaman «pirapilín»- y tras este accidente suele de ordinario ser cierta el agua. Le respondí que era más tarde de lo que parecía. En el intermedio de nuestras razones, se desnudaron todos y se arrojaron alegres al agua, persuadiéndome a lo propio. Excuseme con palabras corteses a su invite, porque me juzgaba muerto si en ejecución ponía sus intentos. Salieron frescos del agua, y nos fuimos en buena conversación y compañía a buscar el abrigo de los ranchos, donde nos tenían bien dispuestos los fogones, aunque poco de comer, porque su ordinario sustento no eran otra cosa que un plato de mote de cebada, unas papas bien limitadas y un poco de chicha. Yo hubiera llegado a sentir con extremo tanta abstinencia y ayuno, si no se entreverasen muchos días de bodas, fiestas y bailes, a que nos convidaban los vecinos caciques, de donde solían llevar carne cocida y cruda, tortillas y bollos de maíz, ya que por ver al hijo de Álvaro -que por este nombre era más conocido -armaban algunos entretenimientos, borracheras y juntas joviales.

Habiendo llegado a tener noticias el gobernador Ancanamón de que yo asistía en el valle de Repocura, confinante a su parcialidad, dispuso una gran fiesta y borrachera, que ellos llamaban «cagüín»; y ésta era una circunstancia de entretenimiento deshonesto, llamado en su lenguaje «Hueyelpurun». (En su lugar se dirá de la suerte que es este baile.) Envió a convidar para esta fiesta a Maulicán y juntamente al hijo de Álvaro, su cautivo, rogándole me llevase para el día señalado, cuyo plazo fue de cuatro días. En estos se fue disponiendo nuestro viaje, alistando las armas y limpiando los aceros, lavando capotillos y calzones y demás adherentes necesarios. Y estando una mañana, después de haber almorzado, al abrigo y reparo del rancho, gozando del sol y de sus apacibles rayos, me dijo Maulicán con grande agrado:

-¿No lavaremos tus calzones, capitán? Porque has de ir conmigo al festejo de Ancanamón, que nos ha enviado a convidar, y es forzoso que vamos a su llamado, y hemos de salir y caminar de aquí a dos días.

Le respondí que me había alegrado infinito que se hubiese ofrecido aquella ocasión para rogarle se los pusiese y acomodase para sí; que me hallaba muy mal con ellos y con el hato que traía encima; que estaba ya tan vieja y sucia la camisa, que antes me servía de mayor tormento a causa de la comenzón que me afligía, con tantos animalejos como había criado, y que estimaría que me diese gusto en lo que le pedía, dándome otros calzones de manta y un par de camisetas que mudarme, además de que parecía muy bien con mi vestido, armas y aderezo de espada plateada que estábamos limpiando.

-¡Ea, pues!, capitán -me respondió-, ya que tú gustas de eso y me lo pides, yo lo estimo y agradezco encarecidamente. Lavaremos tus calzones y te haremos otros de un pedazo de paño que he de tener guardado; voy por él para hacerlo luego.

Bien echaba yo de ver que miraba los calzones con buenos ojos y con alguna codicia, pero, como me trataba con respeto, no se atrevía a significarme su gusto; y antes que se resolviese a quitármelos, como dueño que era de todo, quise por buen camino ofrecerle lo que era suyo, sin dar lugar a que la codicia le obligase a principio a estragar la cortesía con que me trataba, porque, en abriendo la puerta a la primera desmesura, son muy ciertas la segunda y las demás.

Volvió Maulicán dentro de breve rato con el paño, o por mejor decir, calzones ya cortados a su usanza. Trajo también otros nuevos de manta y me dijo que con ellos podía mudarme. Los de paño hizo que los acabasen luego y mandó echarles un pasamano de los que usan de lana, a modo de galón. Quiteme mis calzones y mudé de traje, y, aunque el corazón se me puso entre dos piedras, disimulé lo que pude el pesar que me causó el desnudarme del colete, jubón y mangas. Y como eran cabos del vestido raso pardo atrencillados de plata, le dije que había de parecer con aquello muy galán en la junta y fiesta de Ancanamón, con las armas y aderezo plateado, y que me alegraría mucho verle a los ojos de tamaño concurso vistoso, lucido y bien mirado. Agradeciome en extremo y, pareciéndole que me hacía algún placer y cortesía, me dijo con amor y agrado:

-Capitán, las mangas y calzones llevaré solamente, pues tú gustas; que el jubón y colete podrás llevar puesto para que te abrigue.

-Lo que tú dispusieres y mandares haré con sumo gusto -le respondí-, aunque no me sirve más que de molestarme, como te he dicho, por estar sucio y maltratado.

Llamó entonces a una hija suya, a quien mandó fuese a lavarle luego y le secase. La china hizo lo que le mandó su padre, y yo me puse los calzones de manta y una camisa a raíz de las carnes, fingiendo estar muy contento con aquellas vestiduras. Y como el sol reverberase luciente, dije a Maulicán que quería ir al río a refrescarme, por dar a solas algún alivio a mis cuidados, que grandes fueron las aflicciones que se me acrecentaron con la mudanza del traje.

-Id, pues, capitán, en hora buena y decid a mi hija que os lave con brevedad el jubón y os lo seque, que yo quiero acabar de limpiar las armas y la espada.

Salí de su presencia ya mudado en indio, deseoso de dar a las suspensas lágrimas rienda suelta, y antes de encaminar mis pasos para el río, me fui a la montaña umbrosa que de nuestro rancho estaba cerca, a donde acostubrábamos ir por leña y a otros naturales ejercicios. Entreme a lo oculto y más escondido de aquel bosque, bañadas ya mis mejillas de copiosas lágrimas, y habiendo reconocido el sitio por una y otra parte despejado y solo, despedí de lo íntimo del alma unos suspiros y ayes con lastimosas voces, que, enternecidos los montes, imitaban y respondían lastimados. Puse en tierra las rodillas y en el cielo los ojos y el espíritu, dando gracias al Señor de todo lo criado por los favores y mercedes que me hacía, alumbrándome el entendimiento con trabajos y aflicciones para que supiese estimarlos y recibirlos con gusto de su bendita mano.

Despedí con el llanto mi congoja y con la contemplación verdadera mi tristeza.

Volví a salir del bosque consolado y con la voluntad de Dios conforme y reducido. Y entre los discursos y consideraciones que a la memoria se me venían, era la más continua y no desechable la transformación en que me veía, dándome vuelta y mirándome por una y otra parte, vestido como uno de los más desdichados indios, descalzo de pie y pierna, representándoseme la poca estabilidad de las cosas humanas, que no tienen fundamento ni firmeza alguna.

De la suerte referida, me fui encaminando para el río y en el camino me encontré con los dos nietecitos del viejo Llancareu, mis compañeros y amigos, que en mi alcance andaban, quienes me preguntaron cuidadosamente de dónde venía, porque hacía buen rato que me había desaparecido de ellos y en mi demanda habían corrido las riberas del río, con deseos de hallarme para que les enseñase a rezar las oraciones que le había prometido la pasada noche.

Gran regocijo tuve, reconocida la voluntad y afición que mostraban los chicuelos a las cosas de nuestra santa fe católica, pues sin haberles hablado más palabras que las pasadas al acostarnos, tuvieron en la memoria lo que de la grandeza de Dios les significué de paso, pues me repitieron algunos puntos y razones.

Yo confieso que con sus preguntas me pusieron en algún cuidado, considerando cómo había de satisfacer sus deseos cuando eran tan bien encaminados a saber lo que ignoraban.

-Vamos caminando ahora hacia el río -les dije- nos asentaremos en sus orillas y despacio conversaremos:

-Vamos pues, capitán -respondió el mayorcito-, el valle arriba, y traeremos de camino unos nabos que mi madre encargó llevásemos, y allí nos bañaremos muy despacio.

-Paréceme muy bien lo que habéis dicho -le respondí gustoso. Encaminadnos luego para donde quisieréis, que todavía es temprano y nos podremos dilatar un rato en el paseo. (Y yo lo deseaba, por ir pensando lo que había de responder a sus dificultades.)

Fuimos arriba de la vega, donde cogimos cada uno de nosotros un atado o manojo de nabos para llevar a casa, y después de haberlos lavado en aquel cristalino río y de haberse bañado despacio los muchachos, nos asentamos en sus apacibles y frescas orillas, donde me hallé con discursos y pensamientos varios para ver de dar principio a la doctrina y enseñanza de aquellos bien inclinados muchachos. Y aunque consideraba que no eran capaces de tanto misterio, por darles gusto en lo que me pedían, di principio a enseñarles a santiguarse. Y con un cuchillo que llevaba les hice una cruz moderada, lo más cuidadosamente que pude, dándoles a entender que de aquella insignia y señal de cruz, o de otra cualquiera semejante, huía el demonio, adversario común de nuestras almas, por haber muerto en ella el Supremo Señor Dios de lo criado. Y para darles a entender mejor les pregunté si sabían lo que era pecado, que entre ellos llaman «huerilcán». Respondieronme que sí, que «damentún» era pecado, que es quitar la mujer a otro siendo propia, y que hurtar también lo era y matar a otro. Éstos son los ordinarios entre ellos, porque el privarse del juicio, ni emularse, ni cohabitar con las mujeres del trato y solteras

no lo reputan por tal. Sólo tienen por vil y vituperable el pecado nefando, con esta diferencia: que el que usa el oficio de varón no es baldonado por él como el que se sujeta al de la mujer. Y a éstos los llaman «hueies», y más propiamente «putos», que es la verdadera explicación del nombre «hueies». Y estos tales no traen calzones sino mantichuela por delante que llaman «punus», acomódanse a ser «machis» o curanderos, porque tienen pacto con el demonio.

Ajustado ya con ellos lo que era el pecado, les signifiqué el aborrecimiento que Dios, Nuestro Señor, tenía a los malos y pecadores, porque era suma bondad y perfección, y principalmente los que no eran cristianos estaban separados de su gracia y de su gremio, y que aunque nos había criado a su imagen y semejanza, con nuestros delitos y maldades borrábamos la perfección con que fuimos criados. Para su mejor inteligencia les puse un fácil ejemplo que de repente se me vino a la memoria. Estando cerca de donde estábamos asentados un remanso del río a modo de una poza sosegada y cristalina, me levanté diciéndoles:

-Allegáos para acá y os significaré de la suerte que se mira Dios y se asemeja a los justos, puros y limpios; arrimaos a este remango y mirad en él vuestros rostros qué claros y qué propios se representan en este cristal bruñido.

Miráronse con cuidado y respondieron admirados:

-Es verdad, capitán; tenéis razón.

-Pues volved a miraros atentamente, les dije, habiendo primero alborotado y ensuciado el agua con el cieno y barro que en su centro contenía.

Miráronse otra vez en el propio espejo y no se les representaron como antes sus retratos. Pregunteles la causa de mostrarse tan escaso aquel remanso en dar lo que antes tan liberal les había comunicado.

-Eso claro está, me respondieron, porque habéis alborotado y ensuciado el agua.

-Decís muy bien -les dije-. Ése ha sido el embarazo para esa diferencia. Pues de la misma suerte se mira Dios en nosotros mientras estamos puros, claros y limpios de pecados, y, ensuciando con ellos el alma -que es el «pilli» que decís vosotros-, se aparta de nuestra presencia su imagen verdadera.

Acabados estos discursos, me preguntó el mayorcito, que mostraba más capacidad y entendimiento, habiendo estado atento a mis razones, si Dios era como nosotros y si tenía manos, cuerpo y los demás miembros que nos componen.

Para dar a entender a mis discípulos de la suerte que era Dios y en qué se asemejaba a nosotros, les pregunté si sabían lo que era el espíritu del hombre o el alma, a lo que me respondieron que no sabían.

-¿No soléis -les repliqué- cuando se muere alguno, decir vosotros «tipainipilli», salió del cuerpo el espíritu, y también opinan muchos o es común sentir de los ancianos que este «pilli» o espíritu va a comer papas negras tras esas cordilleras altas y nevadas?

-Sí, capitán -me respondieron-; así lo dicen nuestros viejos.

-Advertid ahora y estad conmigo: ese espíritu «pilli» rige y gobierna el cuerpo y le da vida y no le veis ni se puede divisar ni conocer. Y para que más claramente podáis venir en conocimiento de lo que es espíritu, os lo daré a entender con un ejemplo claro: traed a la memoria a vuestra madre y a vuestro abuelo, el viejo, acordándoos de ellos en vuestro entendimiento y en vuestro espíritu. ¿No parece que los estáis mirando verdaderamente con todas sus facciones, ojos, narices y boca?

-Es así -me respondieron.

-Pues, ¿quién os trae a la memoria a vuestra madre y a vuestro abuelo y os lo representa como ellos son en sí cuando os acordéis de ellos? ¿No es el entendimiento o vuestro «pilli», que decís vosotros, que saliendo del cuerpo queda muerto y sin vida? Pues considerad ahora a Dios que es el alma y el «pilli» de todo cristiano.

Volviome a preguntar el muchacho que discurría y dificultaba sobre lo que oía, que dónde estaba ese Dios de quien les había significado tantas grandezas; que tenía deseos de conocerle. Le respondí que Dios estaba en el cielo, en la tierra y en todo lugar.

-Ahora, pues -les dije-, si tanto deseo tenéis de conocer a este nuestro Dios, os enseñaré a rezar y la manera como hemos de pedirle que nos mire como a sus hijos, nos socorra y nos defienda como padre y nos libre y aparte de nuestros enemigos como Señor Todopoderoso.

-Con mucho gusto aprenderemos -respondieron los muchachos-. Enseñadnos luego algo, porque lo estamos deseando.

Di principio por el Padrenuestro en su lengua y natural idioma; estuvieron con atención y cuidado repitiendo lo que yo les decía. Y para ponerles más codicia y que con brevedad se hiciesen dueños y capaces de la oración que aprendían, les di a entender que hasta que supiesen el Padrenuestro no les había de enseñar otra oración. Después de haberles repetido seis o siete veces la oración, nos retiramos a los ranchos. Cerca de ellos hallamos a Maulicán, muy gozoso, aliñando las mangas y los calzones que había lavado y añadido un pedazo de paño hacia la pretina, porque de otra suerte era imposible ponérselos, por ser de estatura disforme.

Recibiome placentero, brindándome con un jarro de chicha y el viejo Llancareu con un plato de mote con muchas achupallas y yerbas del campo que dan buen gusto a sus guisados. La hija del viejo a quien había encargado mi persona me trajo otro plato de papas y un pedazo de cecina sin sal, mal seca al humo, que ellos no tenían otros regalos por ser fronterizos, y un jarro de chicha de la que me había hecho guardar el viejo la primera noche que entré en su rancho. Llamé a los muchachos mis compañeros y comimos a la resolana; que aun era temprano, pues todos los habitantes de la casa estaban al sol trabajando, haciendo unas lozas, ollas y cántaros; otros tejiendo, y a las orillas del río, otros lavando. Y Maulicán ocupado en aliñar su vestido, las armas y la espada, porque al día siguiente habíamos de salir para la fiesta y convite de Ancanamón, por llegar el día señalado con bastante tiempo. Fuese acercando la noche y con su vecindad nos fuimos acercando y recogiendo al abrigo de las casas, habiendo ante todas

cosas ido todos los varones por un viaje de leña para calentarnos, que éste era el ordinario ejercicio que teníamos, sin reservas aun los mismos caciques. Al acostarnos, me volvieron a rogar mis camaradas, los muchachos y discípulos, les volviese a enseñar la oración del Padrenuestro, porque ya iban entrando en ella. Hícele así por darles gusto y por el que yo tenía de verlos tan inclinados al conocimiento de Dios, Nuestro Señor. Y después de haberlos enseñado, me encomendé a nuestro Dios y a su Madre Santísima y, acabadas mis oraciones, dimos rienda suelta con el sueño a nuestros fatigados sentidos.

Al día siguiente, cerca de las tres de la tarde, salimos para la fiesta de los vecinos, sujetos y comarcanos de Llancareu, con Maulicán, su hijo y sus familias, quedando en resguardo de los ranchos las mujeres más viejas e impedidas. Llegamos aquella noche a alojarnos (a) una legua de donde la borrachera se hacía, en cuyo sitio tuvimos noticias de que la misma tarde se juntaban al lugar disputado Ancanamón y los dueños del convite, para el día siguiente dar principio a su festejo y a su jovial entretenimiento.

-En muy buena ocasión hemos llegado -dijo Maulicán-, porque mañana entraremos a tiempo que nos reciban a nuestra usanza en el palenque. Salgan nuestros caballos a comer ahora; los más gordos y altaneros pueden manearlos porque no se alarguen y no nos detengan por la madrugada.

Y esto sin tener recelo de que les hurtasen algunos, porque viven en sus tierras, debajo de su libertad., con más justa ley y natural razón que los que la profesamos.

Habiendo quedado con mis compañeros alojados a las orillas de un apacible estero, en una tan amena vega como fértil, fue Dios servido de enviarnos su luz, aunque rebozada con nieblas gruesas y con muestras muy ciertas de convertirse en agua. Di gracias infinitas a la Majestad Suprema por haberme dejado llegar con bien de gozar de la luz clara de aquel día y, después de haber almorzado y recogido los caballos, montando en ellos, fuimos marchando al paso de algunas indias y muchachos que iban a pie, porque no hubo cabalgaduras para todos. Por mi gusto, me apeé del caballo en que iba y acompañé a las indias un buen rato para entrar en calor y no sentir tanto el riguroso frío que nos apretaba.

Llegamos a medio día a vista del lugar en que se iban juntando con el gobernador Ancanamón los convidados para dar principio a su festejo. Los que íbamos a caballo desmontamos de ellos en frente del palenque y del andamio que tenían hecho para sus bailes y entretenimientos. En medio de él estaba puesto un árbol de canelo de los mayores y más fornidos que pudieron hallarse, con otros adherentes de sogas y maromas que pendían de él para hacer sus ceremonias.

Luego que Ancanamón y sus compañeros caciques divisaron nuestra tropa y conocieron a Maulicán y al hijo de Álvaro a su lado, con los demás de su parcialidad y al toqui principal Llancareu, se aguardaban a que a su usanza los recibiesen; por haber sido llamados al convite, envió un recaudo al toqui Llancareu para que nos acercásemos al concurso de los demás. Hicimoslo así, habiéndose agregado a nuestra gente tres caciques más, compañeros y comarcanos de Llancareu, con sus sujetos, que por todos haríamos un número de cien varones, sin contar la chusma de indias, chinas y muchachos. En forma de procesión, caminamos a pie todos juntos y nos arrimamos hacia la puerta descubierta

que hacía el cuartel formado en triángulo, hechas sus ramadas a modo de galeras. Allí tenían las botijas de chichas, los carneros, las vacas, las ovejas de la tierra y lo demás necesario para dar de comer y beber a los forasteros huéspedes. Hicimos alto a distancia de cincuenta pasos del bullicio que iba concurrendo, y como el concurso que llevábamos era copioso, yendo yo adelante en medio de él y de Llancareu y de su hijo Maulicán, pasó la voz de que había llegado el hijo de Álvaro, a quien deseaba con extremo ver la muchedumbre, con lo que se suspendió y paró toda la junta y salieron muchos de sus lugares y asientos a vernos recibir y entrar dentro del formado cuartel para la fiesta.

Salió el gobernador de aquellas «aillareguas» y dueño de aquel festejo con diez o doce caciques de su parcialidad, deudos y amigos que ayudaban al gasto y al desempeño del convite. Llevaban tras de sí otras tantas mujeres e hijas suyas con un cántaro moderado de chicha cada una y un jarro para ir la repartiendo; cogiendo cada cual de los caciques el suyo, primeramente Ancanamón, los llenaron de los licores y bebidas que traían y con ellos nos fueron brindando que es la cortesía que a su usanza tienen unos caciques con otros cuando son convidados para tales fiestas. Después de haber brindado el gobernador Ancanamón al toqui principal, que era Llancareu, e imitándole los demás caciques en la acción, llegó a brindarme a mí y a decirme que se alegraba infinito en verme con salud en sus tierras, porque conocía mucho a mi padre Álvaro, que era gran valiente y de opinión conocida entre los suyos; que él también lo era, que había peleado en muchas ocasiones con él y que tenía experimentada su buena fortuna y su valor, y juntamente que estaba satisfecho y enterado de su apacible trato y piadoso corazón, por haber estado cautivo y preso entre nosotros su pariente Inavilo. Éste le significó el buen agasajo que le hizo, el respeto y regalo con que lo trató. Esto lo dijo varias veces, mostrándose bastante agradecido a sus acciones.

-Y fuelo tanto y tan amigo de tu padre -me volvió a repetir-, que se excusó volver a continuar la guerra y en varias ocasiones le dio muchos avisos en secreto que le importaron mucho. Y así, capitán, ten buen ánimo y esperanzas ciertas de hallar entre nosotros el mismo agasajo y cortesía.

Yo le respondí rindiéndole las gracias de los favores que me hacía. Y verdaderamente que quedé muy consolado, porque no dejaba de darme algún cuidado el hallarme en semejantes juntas y borracheras, donde se privan del juicio, quedando la vida de un pobre prisionero a la voluntad de cualquiera mal intencionado, por no tener esta nación cabeza superior que los sujete ni a quien ellos rigurosamente tengan temor ni respeto, porque cada uno en su parcialidad y en sus casas es tenido y acatado conforme a sus caudales y el séquito de deudos y parientes que le asisten.

Ésta es una de las mayores barbaridades que entre estos indios chilenos se reconoce y de la cual podremos tener algunas esperanzas de que no han de ser estables sus repúblicas, ni permanecer en su fiereza y contumacia.

Después de haber brindado a todos los caciques y hombres principales, Ancanamón con los suyos cogió la delantera y dio principio a nuestra marcha, hasta llegar al sitio al que habíamos de asistir, inmediato al palenque y andamio del baile. Allí nos sentamos en unos tapetes o esteras los que éramos de nuestra parcialidad. Trajeron luego una oveja de la tierra, que sería a modo de camello, para nuestro viejo Llancareu, como toqui principal

de su concurso, y a su hijo Maulicán un carnero, y a los demás caciques de la misma suerte, aunque particularizaron con una ternera más a Maulicán, por haber sido a quien envió a convidar con su español para su festejo. Para el común y chusma que llevábamos, pusieron de antemano veinte «menques» de chicha, de más de arroba cada uno.

Dispusieron las mujeres hacer fuego y los muchachos el desollar los carneros para que comiesen, después de haber degollado cada uno el que le dieron, conforme lo acostumbrado entre ellos. Sólo la oveja de la tierra quedó en pie, por haberla reservado el viejo Llancareu, a quien le fue presentada, para llevarla a su tierra, donde son entre ellos de gran estimación y los que las tienen son hombres de cuenta y poderosos.

Además de este convite que el gobernador Ancanamón nos hizo luego que llegamos, otros caciques de su parcialidad y compañeros le fueron imitando en los presentes, aunque no con la abundancia y ostentación que manifestó el gobernador. Con ello hubo suficientemente que comer, que beber y algún ganado que llevar en pie a nuestra tierra; porque además de estos regalos por mayor, se allegaron otros moderados de unos que nos llevaban el carnero, la ternera y el cordero, cántaros de chicha, platos de carne guisada, mariscos y otras viandas de pescados diferentes.

En este recibimiento pasamos aquel día entretenidos y se dio principio a la borrachera al ausentarse el sol de nuestra vista. Juntáronse todos los caciques que se hallaban presentes de diferentes «regües» y parcialidades con Ancanamón y los de la suya, los cuales arimándose al palenque, donde bailando y cantando estaban los mocetones con la plebe y el común concurso, callaron los cantores y los danzantes suspendieron el ruido y en silencio quedó la muchedumbre.

Tomó Ancanamón la mano como dueño del convite, y estuvo un gran rato razonando, a modo de un sermón, entre nosotros. Los oyentes le miraban atentos, porque de verdad el indio era arrogante, discreto y desenfadado. Acabada su oración y discurso, entonaron los músicos sus romances, dando principio con uno en alabanza del gobernador, que ayudaron los caciques a cantar y a dar dos vueltas en el baile con las mozas y galanes. Y dejando establecida ya la fiesta, se retiraron los caciques principales a sus ramadas y ranchos, porque la noche helada y fría obligaba a solicitar abrigos y reparos. Quedáronse en el sitio la plebe y el común, con gran ruido de voces, tamboriles, flautas y otros instrumentos, comiendo, bebiendo, cantando y bailando sin cesar toda la noche.

Después de haberse recogido los caciques a sus ranchos y ramadas, convidó uno de ellos a Maulicán a que fuese a su choza a gozar del abrigo que ofrecía, la cual estaba como a una cuadra del bullicio.

Aceptó el ofrecimiento con Llancareu, su padre, y con ellos fuimos la familia solamente, porque nuestros compañeros y comarcanos quedaron en el baile entretenidos con el demás concurso, que sería de más de cuatro mil almas. Entramos en la casa del cacique, que era muy cercano y pariente de Ancanamón y tenían los ranchos tan vecinos y tan unos, que no se diferenciaban más que en las puertas. Aunque el de nuestro huésped era moderado, nos acomodamos todos arrumbados unos sobre otros, y como los más se hallaban privados de sus sentidos, no hicieron más que tenderse en aquellos rincones y quedarse dormidos. A este tiempo llegó el gobernador Ancanamón (cuya casa estaba tan

cercana, que lo que se hablaba en una se escuchaba en la otra fácilmente), hallándonos sentados al amor del fuego a mí y a Llancareu bebiendo un cántaro de chicha que el dueño nos había puesto delante para que nos fuésemos a dormir con los demás compañeros. Sentose Ancanamón a mi lado y le brindé con un «melgue» de chicha que admitió con agrado. Y después de haber bebido, brindó a mi viejo Llancareu, que ya estaba también de buena, y díjole:

-Déjame llevar a mi casa a este capitán para que vaya a cenar conmigo.

-Vaya en buena hora -respondió el viejo- que solamente a ti pudiéramos fiar nuestro español.

Levantose Ancanamón y llevome a su rancho, donde tenía tres fogones, por ser capaz y anchuroso. En el uno estaban bebiendo algunos caciques, mujeres y niños; en el otro, la familia de Ancanamón, con muchas ollas de guisados diferentes y asadores de carne, gallinas, perdices y corderos; en el otro solamente asistía una mestiza, hija de Ancanamón, y una de sus mujeres mocetonas, que debía ser la más estimada. A este fogón me llevó, y en una estera o tapete que ellos usan nos sentamos al fuego y mandó que nos trajesen de cenar. Al instante pasaron del otro fogón al nuestro los asadores y las ollas y nos pusieron unos platos limpios por delante y el asador de perdices, del cual sacó una el huésped y me la puso en el plato; pidió luego el de cordero y cortó por encima lo más bien asado y reforzó con él la porción primera y con unas tortillas sazonadas, platos de pepitorias, para que la perdiz y la carne comiese con aquella jalea y otros guisados de aves y hervidos a su usanza con legumbres de papas y porotos, y por postre unos buñuelos de viento muy bien hechos. Cenamos con gusto y alegría porque nos brindamos con extremadas chichas de frutillas que para mí eran el mayor regalo que se me podía hacer. En medio de nuestra cena, me preguntó por nuestro padre Álvaro, diciendo que no había conocido otra persona de tanta opinión ni que fuese tan temido de ellos, y por otra parte, bien querido, porque había muchos cautivos a quienes había hecho muy buen pasaje y solicitado sus rescates y puéstoles en libertad, con lo que mostraba su valor y generoso pecho, que los que son cobardes son naturalmente crueles y sangrientos.

-Tenéis razón -le respondí-, que eso lo tengo experimentado desde que estoy entre vosotros preso, pues los más valerosos y principales caciques, como vos, que sois conocido en toda la tierra, así de los vuestros como de nosotros, por gobernador de estas fronteras, valiente y esforzado capitán, me han defendido y amparado, perturbando intenciones depravadas que han solicitado por varios caminos quitarme la vida.

Proseguimos nuestra conversación y me volvió a preguntar qué es lo que decían de él entre nosotros, si tenía opinión de soldado y de valiente. Le respondí que entre ellos no había otra persona que sobresaliese ni otro nombre que en nuestras tierras fuese más conocido que el suyo, pues hasta las mujeres y los niños tenían en la memoria el de Ancanamón. Con esta relación que le hice tuve mucho placer y gusto, porque no hay ninguno a quien le pese ser alabado y aplaudido. Entonces me significó con gran amor cómo siempre había sido muy afecto a los españoles y a su traje y que a que a más no poder defendía sus tierras y seguía a los demás, y también porque en una ocasión tuvieron muy mal trato con él y le llevaron sus mujeres a Palcaví bajo conveniencias de paz y no se las quisieron devolver.

-En verdad -le dije- que he oído hablar de esa materia en que te culpan algunos de la muerte de los padres de la Compañía y otros abonan en tu causa por haberte quitado tus mujeres y cada uno habla conforme sus intenciones buena o no tal. Mucho me holgara ciertamente saber el fundamento de la muerte de esos religiosos.

-Pues, si tienes gusto que la historia te cuente -dijo Ancanamón-, te referiré lo que me pasó con un «patero» (que así llaman a los religiosos) que decían era gobernador y que traía del rey muchos negocios de importancia para nuestra quietud y sosiego.

-De mucha estimación y gusto será para mí -le respondí- que me refieras el caso como sucedió en aquel tiempo, para tener certidumbre de lo que varios informes han puesto dudoso.

-Habrás de saber, capitán -dijo el gentil valeroso-, que ese patero o padre tenido por gobernador nos envió a decir que venía enviado por el rey sólo a pacificar, poner en sosiego nuestra tierra y que nos estuviésemos en ella quietos, sin hacer guerra a los españoles, ni ellos a nosotros. Sin esta conformidad, permitimos que viniese un español lenguaraz con mensaje como embajador a mi distrito, por ser el fronterizo más cercano. Vino un alférez que se llamaba Meléndez con otro compañero, grande intérprete y ladino en nuestra lengua, a quienes recibí en mi casa con grande amor y agasajo. Regalándole con lo que tenía y sirviéndole mi persona, llamé a mis amigos y a los caciques de mi parcialidad y consultamos lo que debíamos hacer sobre la proposición que nos trajo el embajador del padre Luis de Valdivia, que así se llamaba este gobernador padre. Resolvimos que yo saliese acompañado de otro cacique a significar a las demás parcialidades de la costa hasta La Imperial las conveniencias y utilidades que reconocíamos en el trato de paces que nos proponía el padre. Abrazamos muy bien todos los de nuestra parcialidad este convenio, con que dispuse mi viaje a los seis u ocho días después de la llegada del alférez. Y al tiempo de mi partida se allegó a mí una de mis mujeres y me dijo en secreto que el embajador se había revuelto con la mujer española, a quien tuve buena voluntad y en quien tenía una hija. No dejó de darme algún cuidado y aun pesadumbre, pero, con simulación, no le di a entender a la que me vino con el aviso; antes le dije que callara la boca y no fuese bachillera ni divulgase tal cosa porque me enfadaría con ella grandemente y que no se maravillase de que la española mirara con buenos ojos a los de su nación y propia tierra, que lo propio haría ella si se viese entre los españoles y hallase ocasión de comunicar a los suyos. Con esto, la despedí sin hacer demostración de lo que tenía en el alma. Quedeme por aquel día con esta sospecha y con alguna mala intención de matar aquel español y vengar mi agravio, por no darle lugar a poner en ejecución lo que no pensé en mi casa. Volví en mí y entré conmigo en cuenta y pensé que si quitaba la vida a aquel español habían de colegir no bien de mi acción y, aunque se enterasen de mi razón y de la causa, que era justa, no habían de juzgar los españoles ser así, porque ya nos tienen por sospechosos y traidores y sin duda dijeran que por no admitir las treguas a paces que nos ofrecían, habíamos dado muerte al mensajero. Disimulé como pude mi pesar y suspendí mi apasionada intención, juzgando que llevado de mi agrado y cortesía, para en aquélla solamente su perversa inclinación y mala correspondencia. Y hallé que fue peor mi disimulo, porque el que es de natural maligno y no de esclarecida sangre, es ingrato y desconocido.

-Tenéis razón por cierto -le dije al cacique-, que el que es noble y de prosapia ilustre, es cuanto a lo primero temeroso de Dios, atento en sus acciones y reconocido al bien que se le hace. Proseguid con vuestra historia, que me tiene admirado y suspenso la disolución tan grande de ese hombre.

-¿Pues, de qué os maravilláis, capitán? No fue lo más insolente y lo que a mí me causó mayor disgusto lo pasado, porque yo ya tenía determinado que la española que se fuese a su tierra en asentando nuestro trato, admitimos de todo corazón y (por el que) salí a que se efectuase con los demás caciques de La Imperial y la cesta. Escuchad más adelante y veréis lo que hizo este hombre en mi casa. Salí otro día con el cacique mi compañero y mis criados y dejé al español en ella -a pesar de ir advertido de su mal trato- con orden de que lo regalase con lo que tenía y a un hermano mío que lo asistiese y acudiera a suplir mi falta. Así lo hizo, festejándolo con mucha chicha, perdices, corderos y terneras. Y en el tiempo que falté por estar haciendo la causa de los españoles y reduciendo a mi voluntad a los demás caciques de toda mi «regue» y parcialidad, el español mensajero estaba en mi casa haciéndome traición y disponiendo dejarla robada, como lo hizo. No habiéndose contentado con revolverse con la española, me inquietó dos muchachas a quienes quería bien, y tres o cuatro días antes que yo llegase previno sus caballos y una noche subió en ellos y me llevó la española y mis dos mujeres al fuerte de Palcaví.

«Cuando llegué, habiéndome avisado del destrozo que había hecho aquel mal hombre en mi familia, ¿qué sentiría mi alma y qué aflicciones tendría en mi corazón? Lloré como una criatura la falta de mis mujeres y en este tiempo llegaron mis suegros, padres de las muchachas, y me pusieron de suerte que no faltó sino matarme, diciéndome que era traza mía el haber enviado mis mujeres por delante para irme yo tras ellas a vivir con los españoles. Me vi en tan notable aprieto, que fue menester valerme de mi prudencia, de mi valor y esfuerzo, para no hacer una locura y desesperada acción. Traté de ponerme en camino para ir en demanda de mis mujeres al fuerte de Palcaví, juzgando que los españoles, luego que yo llegase, me devolverían mis mujeres y castigarían al que hizo conmigo semejante maldad. Rogué a mis suegros que me asistiesen y acompañasen, que por mis razones echarían de ver y conocerían mi inocencia y cuán ajeno estaba de lo que me habían acumulado. Aceptaron luego el convite y vinieron en ir conmigo por el deseo que tenían de ver a sus hijas.

«Salimos otro día por la mañana hasta veinte indios amigos y los caciques mis suegros y llegamos al fuerte de Paicaví a significar el agravio que aquel español me había hecho, diciéndoles que como permitían tan gran desafuero a quien iba a tratar medios de paces y conveniencias públicas; que los más y el común juzgarían haber sido trato doble fraguado entre todos ellos y que así estimaría grandemente que no frustrasen mis esperanzas, ni diesen lugar a que los caciques, mis compañeros y padres de las dos chinas que me habían robado, juzgasen en contra de los que le tenían informado, y asegurado de que volverían mis mujeres y castigarían severamente a quien en tan inhumano y mal correspondiente había procedido en mi casa. (Además les dije) que la española podía quedarse, pues se hallaba ya en su tierra y entre los suyos, que solamente pedía las dos hijas de aquellos caciques que se hallaban presentes para consuelo mío y alivio de sus padres. Estas y otras razones, salidas del corazón con todo sentimiento y pena les dije, sin que en ellos causasen efecto alguno. Me respondieron desabridamente que las chinas no

querían volver a nuestro poder porque eran ya cristianas. Pues, ¿por qué las cristianasteis con tanta brevedad, me volvía a decirles, sabiendo de la suerte que ese mal hombre las había traído sin aguardar el fin de mi viaje, que claro está que sabríais que estaba fuera de mi casa en ejecución y cumplimento de vuestra embajada? ¡Nunca yo la hubiera permitido, pues estoy experimentando vuestras traiciones y dobles tratos! Con negarme ahora mis mujeres nos habéis dado a entender que todos sois uno y sólo tratáis de destruirnos y acabarnos. Y luego decís que nosotros somos los traidores y los que vivimos con doblados pechos. Finalmente, nos volvimos desconsolados y tristes, mis suegros sin sus hijas y yo sin mis mujeres, rabioso de haber admitido aquel español en mi casa y deseoso de hallar ocasión de vengarme de aquel patero «apo» que nos envió a engañar y hacer burlas y chanzas de nosotros. En este tiempo, acabado de llegar a mi casa, tuve noticia cierta de que habían llegado al valle de Ilicura dos pateros o padres de la Compañía de Jesús enviados del propio padre que nos engañó. Y para que mis suegros entendiesen cuán lastimado volvía y para tener en alguna parte venganza de tamaña ofensa, convoqué hasta doscientos indios amigos y comarcanos, fui a donde ellos, estaban y los hice matar rabiosamente.

«Mirad ahora si tuve sobrada razón o no, después de recibidos los agravios que os he referido.

Atónito y suspenso me quedé, por cierto, habiendo escuchado la relación de este cacique, que nunca juzgué fuese tan verdadera hasta que, después de conseguida mi libertad, me informé del caso por algunas personas antiguas y de crédito y comprobé lo que el cacique me había contado. Y aun más me agregaron.

No supe qué responder a razones tan ciertas y agravios tan conocidos como los que me refirió este cacique, sino decirle que su indignación había sido justificada.

-Muchas cosas pudiera referiros -me volvió a decir Ancanamón- de lo que los españoles hicieron con nosotros en sus principios, pues, por no haber podido nuestros antiguos antepasados tolerar las vejaciones y agravios que les hacían, los obligaron a coger las armas y sacudir el yugo de su servidumbre, que tal vez al más cobarde suele la desesperación dar valor y esforzado atrevimiento.

-Decís muy bien -respondí al cacique- que esa verdad se ha experimentado en muchas ocasiones.

En el tiempo que estuvimos cenando y en buena conversación entretenidos, se armó un gran baile y jovial entretenimiento en el rancho de mis compañeros, desde el cual yo salí para el de Ancanamón. Y como estaba tan vecino el uno del otro, se fueron a él todos los indios y muchachos y muy gran parte de las indias, por cuya causa me provocó el dueño a que siguiésemos a nuestros compañeros y fuésemos a bailar con ellos un rato. Por darle gusto, fui en su compañía, bien forzado, porque más se inclinaba mi deseo a buscar la quietud y mi descanso que al bullicio y las voces de sus cantes roncós.

Entrome en medio de los que estaban en rueda dando vueltas y bailando, y luego que nos divisaron llegaron los unos y los otros a brindarnos con algunas bebidas fuertes y algo

espesas, de las que bebí muy poco y aun sin gusto, por haber tenido con la cena y bebida del cacique. Éste parece que advirtió lo desgano que me hallaba, porque me dijo que si tenía deseo de irme a descansar, que lo hiciese con mis compañeros, pues me habían venido a buscar los dos muchachos nietecitos de nuestro viejo Llancareu. Agradecile el favor y regalo que en su casa me había hecho y más el haberme dado licencia para ir a buscar el sosiego que solicitaba el fatigado cuerpo. Salí de aquel confuso laberinto y me acomodé gustoso en un rincón donde estaba con su familia Maulicán y di infinitas gracias a Dios Nuestro Señor por los favores que cada día experimentaba de su bendita mano, hallando entre mis enemigos tan corteses acciones y amorosos agasajos como los de Ancanamón y otros caciques principales con que fue mi prisión dichosa como feliz el cautiverio.

Salimos por la mañana con el gobernador Ancanamón los que habíamos dormido en sus ranchos, y nos llevó al lugar que el día antecedente habíamos tenido con mucho acompañamiento. Los que ayudaban al festejo nos llevaron de almorzar y que beber con abundancia para que los huéspedes se entretuviesen y alegrasen, porque la fiesta es comer, beber y bailar, cantando durante todo el día y toda la noche, como lo hicieron más de cuatro mil almas que se quedaron en los andamios con los cantores y en sus sitios y lugares otros. Llevaron a Ancanamón todos los caciques principales al centro del concurso, donde chicos y grandes, mujeres y hombres estaban bailando en rueda. Y cogiéndole en medio, lo recibieron con el romance que el día anterior cantaron en su alabanza. Después de esto salieron diez o doce mocetones desnudos y en carne, tiznados con carbón y barro hasta los rostros. Ya dije antes de esto que en medio del palenque estaba hincado o clavado un árbol de canelo muy crecido, y para que no se blandeara o hiciese pedazos al tiempo que fuese más necesario, por ser madera vidriosa y delicada, le tenían liado a otros dos árboles gruesos y fornidos, de donde pendían unas maromas gruesas cuyos extremos llegaban a fijarse en otros postes firmes y robustos que servían de estribos a los bancos del baile y al palenque. Estos danzantes ridículos traían ceñidas a la cintura unas tripas de caballo bien llenas de lana y más de tres o cuatro varas a modo de cola, colgando, tendidas por el suelo. Entraban y salían por una y otra parte bailando al son de los tambores, dando coladas a las indias, chinas y muchachos; que se andaban tras ellos haciéndoles burlas y riéndose de su desnudez y desvergüenza. Después de haber andado de la suerte referida por entre todo el concurso de hombres y mujeres, subieron a las maromas que a modo de jarcias estaban puestas; subían a lo alto y volvían a bajar; otras veces se paraban sobre los estribos de los andamios de los cuales pendían las puntas de las maromas y se ataban de las partes vergonzosas un hilo de lana de un dedo de grueso, de donde les tiraban las mujeres y muchachos, bailado los unos y los otros al son de sus instrumentos.

Ésta es la fiesta más solemne que entre estos bárbaros se acostumbra, imitando a la antigüedad, que usaban en sus convites bárbaros, para la solemnidad de sus banquetes, hacer otro tanto, emborrachando a algunos y poniéndoles en cueros para que sirviesen de risa y entretenimiento.

Volvimos, por segunda vez, Llancareu, Maulicán y su familia a los ranchos de Ancanamón, donde alrededor de los fogones se armaron diferentes bailes y convites que duraron hasta el otro día. Por segunda vez me llamó a su rancho Ancanamón, y fue tanto

el amor que me cobró, que lo manifestó con obras y agasajos, pues, además de ellos, me ofreció una nieta -que lo era también de la española que le llevó con las demás el fraudalento embajador-; propúsome y diome a entender con benévolo semblante la voluntad que me tenía y el gusto que recibiría si yo me quedara en su casa; que por mí daría a mi amo las pagas que quisiese y que me casaría con su nieta. Agradecile su oferta con extremo y le respondí muy a su satisfacción; lo primero, le signifiqué el amor que me tenía Maulicán, mi amo; los disgustos y pesadumbres que por mi culpa había tenido; los empeños en que se había puesto por defenderme, y que sin su gusto y beneplácito no parecía bien tratar de mis comodidades, que por tales juzgaba las que me ofrecía. Lo segundo que se me podía por delante era el que con brevedad aguardaba resolución de mi rescate, porque los caciques de la costa me habían remitido cartas de mi gobernador y enviado respuesta mía, con lo que tenía por sin duda que se efectuarían los tratos principales por aquella parte.

-Es verdad -dijo Ancanamón- que con mi permiso pasaron estas cartas y han vuelto las vuestras y esperamos rescatar nuestros caciques presos por vuestra persona. Pero si en el entretanto quisierais habitar conmigo, estaréis más cerca y será con gusto de Maulicán, a quien le daré aquí las pagas que quisiere.

-No quisiera -le respondí- que entendiésemos que yo solicitaba el dejar su compañía y faltar de su obediencia, porque, aunque estoy conociendo que vuestra compañía fuera para mí en gran conveniencia y para mis mayores medras, así por estar amparado en vuestra casa, como para librarme de los riesgos de la vida en que por allá me veo, porque han principiado a perseguirme los caciques de la cordillera y algunos de nuestros vecinos y comarcanos. Con todo eso, quiero más asistirle y no faltar a su gusto, que no que se persuada a que falto a la obligación de agradecido y verdadero correspondiente. Si yo estuviese cierto haber de ser dilatada mi asistencia entre vosotros, sin que hubiese persona alguna que se acordase de mí para rescatarme, ¿qué mejor suerte podía tener que la que me ofrece vuestra gracia y benevolencia?... Mas tener por cierto que si este verano no se efectúa lo tratado y mis esperanzas se malogran, he de solicitar el venir a serviros.

-Mucho gusto me han dado vuestra razones -me respondió-, que por todos los caminos manifestáis lo ilustre de vuestra sangre y la nobleza de vuestro pecho, ya que sabéis agradecer la voluntad de Maulicán y sus agasajos. Con todo eso, le daré una puntada, y le rogaré que os deje conmigo.

Estando en estas demandas y respuestas, se allegaron a nuestro fogón a brindarnos dos mocetonas solteras conocidas de Ancanamón. Y como estaban alegres con la continuidad de las bebidas, con facilidad mostraron lo liviano y jocoso de sus naturales. Abrioles la puerta el cacique -que también tenía los espíritus calientes y alborotados los sentidos, aunque no privado totalmente del juicio- con algunas palabras amorosas y de chocarrería, y echando los brazos sobre los hombros de la una, dijo a la compañera que comunicase conmigo y se me arrimase.

-Pues sí, al me allegaré a él -respondió la moza-, porque es para querer y de mi gusto.

Luego que oí semejantes razones, como avergonzado, miré a Ancanamón y me arrimé más a su lado.

-Bien puedes, capitán -me dijo-, dar gusto a esa «malguén», que yo te haré espaldas.

Esto era cerrada la noche y, aunque había luces en el rancho, algunos rincones estaban oscuros y tenebrosos, adonde se apartaban a comunicarse a solas los conocidos; además de que en aquellas ocasiones ninguno atiende más que a beber, a bailar y a cantar y también a encontrarse cada uno con la mujer que puede o desea. Yo juzgué que lo hacía el cacique por tentarme y por reconocer la inclinación que tenía al sensual apetito. Por esto le respondí, advertido, que estimaba en extremo la amorosa acción de la dama, pero que perdonase mi cortedad y el no poder servirla en correspondencia torpe y deshonesto, que aceptaba el brindis que me hacía y que a la voluntad que me mostraba quedaba bastante agradecido, porque nosotros los cristianos no podíamos ofender a Dios N. S. tan a las claras y más con mujeres infieles, porque era pecado doble y de mayor marca.

-Si lo hacer de vergüenza o de temor -me replicó el cacique-, bien puedes no recelarte, porque esa moza no tiene marido que la mire y es dueña de su libertad; quédate con ella, que yo me voy a despachar a esta otra y luego vuelvo.

Acercose la mocetona a mí y significome más despacio lo que el cacique me había dicho. Por no dejarla corrida, le dije que estimaba su voluntad y amor; que yo la solicitaría al descuido, cuando no nos viese ni pudiese notarlo persona alguna; ni tampoco tenía gusto de que el cacique supiese mi liviandad ni conociese mi flaqueza, y que así se fuese en buena, que después, en la bulla del baile, la solicitaría con cuidado. Bebí la chicha con que me brindó y le devolví la vasija. Con esto la eché de mí y quedé sosegado en compañía de mis dos camaradas, los muchachos, acabados de llegar en mi demanda para llevarme adonde estaba su abuelo Llancareu.

Llegó Ancanamón, estando con mis compañeros asentados al fuego, gozando de sus apacibles llamas, y la otra moza con él, preguntando por su compañera. Le respondí que luego se había mudado a otro fogón.

-Pues, para qué la dejasteis -me dijo el cacique-. No debió hallar buena correspondencia en vos y se iría corrida.

-No fue sino es con mucho gusto que me pareció burlona y desenfadada, y no hay que hacer aprecio de sus palabras, ya que con todos debe hacer lo propio. Y aunque no fuesen fingidas sus razones, ya te he significado, Ancanamón, que no podemos los cristianos cometer semejante delito.

-Pues ¿cómo otros españoles no reparan en esas cosas? Porque ha habido muchos entre nosotros muy demasiados y libres en solicitar mujeres ajenas, que de las que son sueltas y del trato no hay quien les pida cuentas.

-Esos serían -le respondí- hombres sin obligaciones que no temían a Dios ni se avergonzaban de las gentes.

-Decís muy bien, capitán. Y ahora os estimo, y quiero más porque sois atento y mirado en vuestras acciones.

-Luego, si yo me hubiese sujetado a vuestro parecer y a la que me facilitabais, ¿hubierais hecho diferente concepto de mí, amigo Ancanamón?

Claro está -me respondió- que no os tuviera por tan cuerdo, que en vuestros tiernos años es muy de notar vuestra prudencia. Pero en tales ocasiones como ésta de bailes y entretenimientos, antes se tiene por cortés y agradable al que se acomoda al tiempo y hace lo que ve hacer a los demás.

-Eso se entenderá de los que son dueños de su libertad y no con los que somos cautivos y rendidos a obediencia.

-Vos no os podéis tener por cautivo, capitán, pues vuestro amo os tiene como a hijo y yo de la propia suerte os estimo y amo, porque mi corazón se inclina a ello naturalmente.

-Decía muy bien por cierto -le respondí- que a no conocer yo mi dicha y buena fortuna en la estimación de mi persona, fuera muy falto de entendimiento.

Estando en nuestra conversación entretenidos, se levantaron los muchachos para irse retirando. Los demás de nuestra parcialidad estaban bebiendo y holgándose. Pedí licencia al cacique para ir a dar una vista a mi amo, la que me dio luego, diciendo que volviese después a visitarle y no le olvidase. Fuime en compañía de mis camaradas a donde estaban mis parciales y comarcanos, los cuales, fatigados ya de comer, beber y bailar, se habían echado a dormir. Por esta causa rogué a los muchachos que hiciéramos lo propio y sin repugnancia alguna vinieron en lo que les pedí, porque también lo deseaban ellos. Y al rumor y ruido de las voces de los danzarines y del agua que caía con precipitado viento nos quedamos dormidos.

Amaneció con bien después de la tormenta, más humano el tiempo y apacible el día, por lo que se determinaron Llancareu y su hijo Maulicán a volverse conmigo a su habitación. Habiendo traído los caballos, fuimos a despedirnos del gobernador y toqui principal Ancanamón, que en su casa estaba bebiendo con una tropa de caciques. Allí nos hizo asentar y poner adelante tres o cuatro cántaros de chicha y nos dio de almorzar con mucho gusto y abundantemente. Y por prisa que quisieron darse, eran más de las dos de la tarde cuando vinieron a despedirse los unos de los otros. Aunque hizo el cacique algunos aprietos porque me dejase con él, no lo pudo alcanzar de mi amo por haberle antepuesto algunos inconvenientes. Despidiéronse amigablemente. Yo me llegué a abrazarle, y él lo hizo con notable amor y pesar de que no quedase en su compañía, advirtiéndome de que si no me rescataban tan presto como me presumía, me había de volver a su casa, aunque fuese contra el gusto de mi amo. Y quitándose una camiseta de las mejores que tenía puestas, me la echó encima para que me sirviese de abrigo y me acordase de él. A mi amo le encargó mucho mi persona, haciéndole presente la estimación que haría de que me defendiera de todos mis contrarios y que si para el efecto y para la seguridad de mi vida fuera necesario oponerse con su autoridad y ayuda, que le avisase luego; ya que por su camino y parcialidad se había dado principio a los tratos y rescate de sus compañeros, también le tocaba a él defenderme y asegurarme. Agradecieron mis amos en extremo la oferta y resolución de Ancanamón y se consolaron mucho por llevarle de su parte y empeñado en mi defensa. Yo le volví de nuevo a abrazar, agradeciéndole las finezas que conmigo había hecho.

Salimos aquella tarde de las tierras del cacique nuestro bienhechor y amigo y volvimos al hacer noche al valle y estero donde el día de la borrachera llegamos a hacer tiempo los de nuestra parcialidad de Repocura. Llevamos por delante dos ovejas de la tierra, dos vacas mansas, tres terneras y veinte ovejas de Castilla y mucha carne cocida y cruda. Alojamos en aquel valle en diferentes chozas y ranchuelos que para el propósito hicimos con cuidado, porque nos amenazaba el tiempo con muestras de querer volver a continuar sus lluvias. Hiciéronse fogones muy copiosos con varios asadores de carne a la redonda, de los cuales cenamos en buena compañía y nos brindaron con algunos licores que las mujeres habían traído en su calabazos. Después nos acomodamos el viejo Llancareu, sus dos nietos y yo en una choza y los demás fueron haciendo lo propio en las que tenían dispuestas, con sus hijos y familias.

Al acostarnos, los muchachos me notaron el descuido que había tenido aquellos días en enseñarles a rezar. Les respondí que yo no sabía si tendrían gusto de rezar o no, o se enfadarían si continuamente les tratase de ellos. Respondiéronme con alegría:

-Pues, callad la boca, capitán. Ya veréis cómo os apuramos cada día porque no nos digáis otra vez eso.

-Mucho gusto recibiré siempre que me solicitéis para ese efecto. Decid, pues, ahora la lección y veremos lo que sabéis.

Y recitaron más de un tercio del Paternóster; de dos o tres veces que se los había repetido, tenían en la memoria gran parte de él, porque en la campaña, cuando salíamos por leña, ellos iban entre sí refiriendo las palabras que se acordaban y yo les corregía sus yerros y encaminaba sus palabras.

Al otro día salimos de nuestro alojamiento con toda prisa por haber amanecido con señales ciertas de volver a descargar sobre nosotros las preñadas nubes sus helados partos (!). Y aunque procuramos apresurar el paso, no pudimos, porque era forzoso seguir nuestra marcha conforme la que llevaban los ganados y algunas indias mayores, que por no saber andar a caballo iban a pie, o porque es costumbre entre ellos que en tales ocasiones caminen de esa suerte las mujeres por delante y su maridos por detrás encabalgados. Por esta causa, llegamos a nuestros ranchos con buen rato de la noche, bien remojados y helados de frío. Entramos al abrigo de las chozas, donde con prevención tenían las viejas guardianas extremados fogones y copiosas llamas. Habiendo secado nuestras vestiduras, comido y bebido de lo que llevábamos, nos recogimos al rancho del viejo Llaneare mis compañeros y yo. (Allí) me pidieron que les repitiese la oración que les iba enseñando, lo cual hice con mucho gusto. Y habiéndoles repetido el Páter Néstor tres o cuatro veces y ellos imitado mis palabras, nos quedamos sin sentir dormidos, por haber llegado fatigados del camino.

Pocos días después, cuando con más gusto me hallaba en varios entretenimientos y ejercicios, cazando pájaros, corriendo perdices y a ratos ayudando a sembrar y hacer chácara a las mujeres, me sobrevino una pesadumbre y disgusto repentino, que no puede faltar la parábola del sabio: «En medio del consuelo está el pesar mezclado y el llanto ocupa el lugar donde parece que hay más alegría».

Estando una tarde entretenido con los amigos y comarcanos de mi amo en una siembra de chacras; vino oculto un mensajero -como que pasaba a la costa a otros negocios- enviado de Calboche, aquel indio amigo en cuya casa quedó el soldado mi compañero. Con todo secreto habló con el toqui principal Llaneare y con Maulicán, hallándome yo presente, como a quien venía más encaminado el mensaje, significándonos la resolución con que estaban los caciques de la cordillera, nuestros enemigos, de venir a los ranchos de Maulicán una noche a maloquearlos por cogermes en ellos descuidados, llevarme resueltamente y poner en ejecución su intento a fuerza de armas. Para esto habían convocado más de doscientos indios con todo silencio y disimulación para que no se divulgara. Sin duda alguna, no pasarían cuatro noches sin que tuviese efecto lo que decía. Pero que no se diera por entendido ni se alborotara, sino que con toda brevedad procurase poner en cobro a su español, a quien, si no hallaban en su rancho ni en los demás comarcanos, habiéndolos registrado, se volverían sin intentar otra cosa en su daño. Esto era lo que se había dispuesto y consultado entre todos.

Agradeció Maulicán el aviso con extremo y yo de la misma suerte quedé tan reconocido que di dos abrazos al mensajero y le rogué que se los diese en mi nombre a Calboche y que no se olvidara de favorecer a aquel pobre soldado que dejamos en su compañía. Después de esto, habiendo regalado a nuestro nuncio con lo que se acostumbra entre ellos, pasó adelante hacia la costa.

Disimuló por entonces la embajada Maulicán, no dándolo a entender a ninguno de los suyos y encargándome a mí también el secreto. Con esto, nos volvimos donde los demás estaban cavando y sembrando las chacras.

Con la noche, acabamos nuestra faena, y cuando se pusieron a beber en el rancho de mi amo y a bailar, como se acostumbra después del trabajo, salió Maulicán con su padre del concurso de los demás y comunicaron despacio el mensaje que nos habían traído y acordaron manifestarlo a los otros caciques y compañeros en la cava. Hicieron así y resolvieron entre todos convocar en secreto a todos sus sujetos, amigos, deudos y parientes; que Maulicán se ausentase de su rancho y se fuese a casa de uno de los caciques que se hallaban en aquella ocasión con él, y que a mí me dejaran en el monte bien escondido, en parte donde aunque me buscasen no diesen conmigo. Con esta resolución, prosiguieron su fiesta y entretenimiento.

Gran consuelo recibí por haber reconocido en aquellos caciques natural afecto y con resolución valerosa, grande arresto en mi defensa, con lo que se aminoraron mis congojas.

Al cabo de algunas horas después de la medianoche, cuando más enfervorecidos y alegres se hallaban los compañeros, me llamaron Maulicán y el viejo Llaneare, y sacándome fuera del rancho, me dijo:

-Ya sabes, capitán, el aviso que hemos tenido de la resolución de los caciques de la cordillera y que sin duda alguna han de venir a maloquearnos sólo para matarte. Así, has de tener paciencia y sufrimiento, que quiero llevarte al monte, donde estés algunos días mientras pasa la furia de nuestros adversarios. Mis sobrinos irán de noche a dormir contigo y hacerte compañía y te llevarán de comer, sin que lo sepan ni entiendan más que

los de mi casa. Vamos a la montaña, que aquí cerca te pondré, donde; si estuvieses muchos años y te solicitasen hallar con todo cuidado; no habrían de topar contigo.

Yo le agradecí la prevención y el cuidado que ponía en asegurar mi vida y en defenderme de mis enemigos.

Salimos a aquellas horas Maulicán y yo y, en nuestra compañía, los dos muchachos que llevaban la cama en que nos acomodábamos los tres y nos fuimos adentrando en la montaña, la cual estaría de los ranchos cerca de dos cuadras. En nuestro favor llevábamos la claridad y resplandor de la luna, que estaba en víspera de su lleno, porque de otra suerte habría sido imposible penetrar lo denso y escabroso de las ramas. Llegamos al sitio que estaría como media cuadra de la entrada del monte. Había allí una espesura grande de árboles muy crecidos y empinados, tan vecinos de la barranca del río, que parecía que estaban pendientes de ella. Y entre dos de los mayores y más poblados de hojas, que conservaban todo el año, estaba armado un rancho o chozuela, en el que cabían tres o cuatro personas con apretura. Para llegar a él era necesario subir por uno que al pie suyo estaba descombrado y algo raso del sitio. Y para que no se entendiera que por allí subían al emboscadero, fuimos de rama en rama y de árbol en árbol caminando; después de haber atravesado diez o doce de la suerte referida, llegamos al que tenía la choza en medio de sus frondosas hojas emboscada. Allí nos quedamos los dos muchachos y yo, y Maulicán se volvió a su habitación, sin dar a entender a persona alguna de dónde venía ni el sitio en que me dejaba. Este ranchuelo y otros de la misma forma tenían los más fronterizos en quebradas y montes ásperos e inexpugnables, a donde en tiempo de verano y de alborotos de armas se recogían a dormir, temerosos de las malocas continuas con que eran molestados.

Allí, en aquel elevado emboscadero, estaba solo todo el día, porque los muchachos se retiraban al rancho. Al mediodía me traían de comer ellos y una chicuela, hija de mi amo, que me había cobrado gran amor y voluntad y solía buscar en diferentes ranchos legumbres de las de comer para llevarme. A veces, sin saber los de su casa, me llevaba de estos géneros cocidos y alguna poca de cecina que hallaba desmandada. La segunda vez que fue esta chica -que tendría cuando más doce o trece años- a llevarme de comer sola, le pregunté que quién la enviaba y me respondió que su voluntad y la compasión que le causaba el verme solo; que no dijese a su padre ni a persona alguna que ella continuaba el verme y tendría cuidado siempre de llevarme de comer lo que hallase. Le agradecí el amor que me mostraba y la lástima que me tenía, pero le rogué que viniese acompañada de mis compañeros y no sola cuando tuviese gusto de hacerme algún bien, porque no presumiesen que la llevaban otros fines.

No obstante lo que le dije, venía sola y otras veces con los muchachos a traerme de comer. En ocasiones o en las más me hallaban abajo del árbol, donde me solía estar recostado, porque tal vez iba el viejo Llaneare o Maulicán a verme cuando entraban a la montaña por leña. Esto fue a los principios, porque al segundo día que estuve en mi retiro se fue Maulicán a casa de un amigo suyo, distante como una legua, por consejo y acuerdo de los demás caciques.

A los cuatro días que estuve en aquel emboscadero y mi amo ausente, llegaron por la noche, al cuarto del alba, los caciques de la cordillera, mis adversarios, con tropa de más

de doscientos indios armados. Unos enderezaron a los ranchos de Maulicán y Llaneare y otros encaminaron al monte a registrarlos. Los muchachos y yo estábamos durmiendo, y al gran ruido de los caballos y de sus voces recordamos afligidos cuando dieron el asalto. Dije a mis compañeros que no hiciesen movimiento alguno, porque sin duda era la gente de la cordillera que venía en mi demanda.

-No deben ser sino los españoles que vienen a maloquearnos -dijo uno de ellos.

-Es imposible -les respondí- porque no es tiempo de eso, que están los ríos muy crecidos y muy dilatadas nuestras armas. Callemos ahora y no hagamos ruido, que parece que andan cerca de nosotros.

Con esto, nos sosegamos y oímos gran ruido de caballerías hacia los ranchos y en la montaña. Algunas voces y razones decían:

-Aquí anda gente; venid por aquí y volved por allá.

Otros en altas voces decían, como que divisaban algunas personas:

-Salid acá, que os hemos visto. Venid acá antes que vamos por vosotros.

Yo me quedé verdaderamente suspenso, juzgando que habían oído algún ruido desde nuestro bamboleo de los árboles. Con estos sustos y recelos nos estuvimos sin mover pie ni mano ni osar hablar una palabra, hasta que Dios fue servido que sosegase aquel tumulto y que al romper el día las oscuras cortinas de la noche viésemos pasar las cuadrillas y tropas enemigas por la otra banda. Se retiraban después de haber penetrado nuestro monte y registrado los ranchos de mi amo, a quien no hallaron (tampoco). Sólo hallaron al viejo Llaneare y las mujeres, quienes les dijeron que fuesen donde estaban Maulicán, que allí me tenían a mí; que bien cerca estaba; que fuesen a buscarlo, que él sabría defenderse y volver por sí y por su español. Y como no hallaron lo que deseaban, habiéndoles salido en vano su desvelo, al esclarecer el día se volvieron a sus tierras. Y con haberlos visto retirarse a toda prisa, no nos atrevimos a hacer ruido ni a hablar una palabra, hasta que salido el sol, al muy buen rato, vinieron Llaneare y un hermano suyo con su mujer y la chicuela que me solía traer de comer. Arrimándose al paso por donde subíamos al ranchuelo, nos llamaron repetidas veces. Conocidas las voces de los nuestros, bajaron mis compañeros y llamaron después, asegurándome del recelo y temor con que había quedado por el alboroto y tropel de aquella noche. Bajé con gusto de la garita, y como no estaba acostumbrado a descolgarme de las ramas como los muchachos mis compañeros, con tiento y recelo asegurándome venía por entre ellas como a gatas. De esto se originó grande risa y alborozo alegre entre los que me esperaban al pie de aquella escalera, a quienes ayudé a reír y a regocijar el gusto que tuvieron de verme atribulado y aferrado entre las ramas densas. Cuando bajé, ya habían comenzado a hacer buena candelada algo distante del árbol por donde bajábamos y subíamos. Allí nos sentamos al amor del fuego a almorzar muy despacio y a beber un cántaro de chicha que llevaron. Tratose de la maloca que nos habían hecho los serranos enemigos y de la importancia que tuvo el aviso que nos dio nuestro amigo Calboche, que a no haberlo traído, nos hubieran cogido sin duda descuidados y sin prevención alguna.

Acabábamos de comer y de beber en buena compañía y despidiéronse el viejo y los demás de mí, dejándome de comer en una olla y de beber en un cántaro para cuando el apetito me brindase, mientras todos ellos se iban a cavar y sembrar una chacrilla, que era faena de todo el día.

Quedeme recostado en una frazadilla que me dejaron, y a la sombra de aquellos árboles y la suavidad del fuego me quedé dormido y descansando, porque la noche antecedente me habían desvelado los cuidados y alborotos de mis contrarios y crueles enemigos, cuya determinación airada nunca juzgué por cierta hasta que los vi sobre nosotros.

Estando dormido en la montaña de la suerte que he dicho, como a las tres o cuatro de la tarde llegó la chicuela hija del amo a despertarme: me traía una taleguilla de harina tostada, unas papas cocidas y un poco de mote de maíz y porotos. Luego que la vi, despertando de mi sueño algo despavorido y asustado del repente con que me llamó, se empezó a reír de verme alborotado. Díjela como enfadado qué era lo que buscaba; que se fuese con Dios, porque no la viesen venir tantas veces sola y que fuese causa de que me viniera algún daño por el bien que me deseaba, dando que pensar a su padre que no era leal en su casa. Por eso le suplicaba que no viniera más a verme sola; que advirtiese que por donde juzgaba hacerme algún favor y lisonja, me daba un gran pesar, porque siempre que la veía venir me temblaban las carnes, pensando que ya la veían entrar o salir de donde yo estaba; que si fuese vieja y no de tan buen parecer como lo era, sobre muchacha, no tuviera tantos recelos ni su vista me alborotara tanto.

Estuvo a mis razones muy atenta la muchacha, y respondiome:

-¿Pues yo había de venir, capitán, de manera que me pudiesen ver y presumir que venía a donde tú estás? Créeme que cuando vengo, extravió el camino y aguardo a que todos estén en alguna ocupación embarazados, como lo está ahora en la chacra. Así, no tienes por qué recelarte.

-Con todo eso, puedes venir tantas veces, que alguna entre otras no puedes excusar el que te vean. Anda, vete, por tu vida, y no vengas más acá, porque me he de esconder de ti si no vienes acompañada.

Habiéndole dicho estas razones con algún desabrimiento, puso la taleguilla de harina y lo demás que traía junto a mí y me dijo:

-Capitán, si no quieres que yo vuelva más acá y me echas de esa suerte, no volveré sola ni acompañada, que yo entendí que agradecieras lo que hago por ti más de lo que lo haces.

Y esto fue volviendo las espaldas y retirándose a prisa.

Yo no quise satisfacerla ni desenojarla por no darle ocasión a que continuase sus visitas, por el riesgo y peligro en que podían poner la conservación del cuerpo y la salud del alma, que es lo principal. Porque el que no huye del peligro y se arroja en él con arrogancia, continuando la comunicación de las mujeres, es imposible que salga triunfante. Por eso me pareció conveniente desabrir a aquella moza, por no volver a verla a solas, que el amor entra por los ojos y en la soledad imprime con más fuerza sus ardores.

He narrado este amoroso suceso con todas circunstancias, por haber sido los informes que se hicieron en el Perú, a quien hizo una comedia de las cosas de Chile, muy a la contra del hecho, representándose estos amores, muy a lo poético, estrechando los afectos a lo que las obras no se desmandaron. Sólo pudo dar el motivo el haber cautivado a esta china después de mi rescate y, en presencia del gobernador, haber hecho llamar al capitán Pichi Álvaro, que así me llamaban en su tierra.

Habiendo llegado donde estaba, en un concurso grande de capitanes y soldados que se había allegado a la tienda del gobernador por oír hablar tan desenvueltamente a la muchacha, al punto que no me vio llegar acompañado de algunos amigos y camaradas, me representó los servicios que me había hecho cuando estuve cautivo bajo la potestad de su padre y de ella. Me dijo que bien sabía yo las finezas que había hecho conmigo en el tiempo en que sin libertad me hallaba; el amor entrañable que me tuvo; la lástima y compasión con que me miraba cuando me tuvieron escondido en la montaña y cómo andaba de rancho en rancho solicitando las papas, porotos y maíces para que comiese y no me fatigara de hambre; que ahora que ella se veía sin su libertad, en poder de mis amigos, trocadas las suertes, mostrase ser quién era y la correspondencia que le debía, rescatándola luego, porque no había de estar con otra persona que conmigo.

Dio mucho gusto al gobernador la resolución con que me habló la china, y le dijo que si quería estar con él, que la tendría en su compañía y la regalaría mucho. Respondió que no, de ninguna suerte, que pues ella había sido mi ama y señora, ahora le tocaba a ella estar bajo mi dominio y mando. Con esto, me fue forzoso el comprarla, dando por ella luego todo lo que me pidieron.

Y ya que he tocado esta materia y el cambio de nuestras suertes, no será bien dejar en blanco la que esa moza feliz tuvo para su salvación conocida.

Llevé a mi casa a esta china con deseos de volverla a su tierra y remitirla a su padre, por mostrarme agradecido a los favores que me hizo siendo su esclavo. Por esta causa excusé el hacerla cristiana, aunque en el poco tiempo que estuvo en mi casa sabía las oraciones principales, porque rezaba de noche con la gente del servicio. En esta sazón llegó a la ciudad de Chillán, donde yo tenía mi vecindad, un padre de la Compañía de Jesús, conocido y amigo, comisario del Santo Oficio, a ciertas diligencias de importancia. Alojose en mi casa, porque no había allí colegio ni fundación alguna de esta religión. Y dentro de tres o cuatro días se acercó la china al reverendo padre y le dijo que yo no quería que fuese cristiana, cuando ella lo estaba deseando en extremo. El religioso la examinó despacio y halló que sabía las oraciones necesarias para poder recibir el agua del santo bautismo y conoció en ella un fervoroso celo de admitirlo. Con esto, se acercó a mí, encargándome la conciencia y diciendo que no podía evitar que aquella chica fuese cristiana si ella lo deseaba con todo afecto. Díjele la causa que me movía, y que no me parecía que era cosa ajustada enviarla a su barbarismo prendada en los preceptos de nuestra religión cristiana, a lo que me respondió que no tenía ningún deseo de volverse a su tierra ni adonde estaba su padre. Hicimos llamar a la muchacha y dijo resueltamente que no tenía gusto de volverse a casa de su padre, sino de ser cristiana y conocer a Dios, pues ya tenía principios de ello.

Con esta determinación, rogué al padre que la industriase nuestra santa fe y la cristianase. Hízolo así el día de la Natividad del señor y, como yo la tenía en lugar de hija, festejé su bautismo con algunos regocijos y un espléndido banquete. Y estando con muy entera salud, gorda y colorada, amaneció el segundo día con una calentura recia y con una hemorragia de sangre que en dos días la puso mortal. Al tercer día hizo llamar al reverendo padre y le dijo que la confesase, lo que hizo con notable gusto del confesor y mío, por haberme dicho que una persona muy ejercitada en aquel sacramento no podía haberse confesado como ella. Por esta causa, mandó el padre que al día siguiente se le diese el viático. Así se la llevó Dios N. S. la víspera de Año Nuevo, con tan grande premisa de su salvación que nos dejó a todos muy consolados. El día de la Circuncisión, Año Nuevo, fue enterrada con la solemnidad que su dichosa muerte merecía y mi obligación forzosa demandaba.

Volvamos, pues, a nuestra historia.

Despidiose de mí la muchacha algo disgustada, porque di de mano su favores. Y verdaderamente me admiraba que no me hubiese salido a la cara el desdén que le hice. Porque una mujer picada suele buscar su despique por varios modos, como me sucedió con otra en los distritos de La Imperial.

Quedeme solo como antes. Y como el sol por aquella parte iba dando fin a su carrera y refrescaba la tarde, solicité algunos materiales que aumentasen el fuego que me acompañaba. Estando en este ejercicio gustosamente ocupado, llegaron mis compañeros con aviso de que mi amo había vuelto a su casa deseoso de verme y abrazarme, y que al echar la noche sus cortinas negras nos fuéramos al rancho, dejando nuestra cama en la garita como estaba, porque habíamos de volver a dormir en ella después de cenar, pues se hallaba Maulicán aun con recelos de la traición del cacique Lemullanca, que del ladrón de casa y del enemigo arrebozado es de quien se deben guardar los más leales.

Salimos de la montaña con los vislumbres de la luna que asomaba, aunque por entre nublados, que con sus obscuridades prometía volver a continuar sus aguas. Llegamos a los ranchos como ocultos, donde hallamos a Maulicán con Laneare y toda su familia. Recibiéronme gustosos, sentándome en medio padre e hijo, después de haberme abrazado. Maulicán me dijo con alegre semblante:

-¿Cómo te ha ido en la montaña y encima de aquellos árboles? ¿Cómo te acomodaste?

Respondile que sin su abrigo y amparo, cómo me podía ir sino mal y a mi disgusto, y más cuando tuve sobre mí aquel tropel y gran ruido de las armas de nuestros enemigos.

-Dígame de verdad -le repetí- que fue grande el aprieto en que me vi y lo más sensible en la ocasión fue el considerarte ausente y verme sin el abrigo de tu valerosa persona cuando me contemplé entre las ramas y garras de aquellas sangrientas fieras.

-Pues, ¿yo te había de dejar «vochum» si no fuese en parte tan oculta y segura como aquélla?

-Ahora me veo consolado en tu presencia -le dije- y fuera de los temores que me asustaban, estando debajo de tu sombra y de tu amparo.

Sacaron de cenar de lo que tenían y acostumbraban, y la hija del viejo a quien me había encargado me puso delante un cántaro de chicha de frutillas secas, que para mí era el regalo mayor que se me hacía. Con ella brindé a mi amo y al viejo Llaneare.

Acabamos de cenar con mucho gusto y volvimos a nuestra habitación mis compañeros y yo. Antes de acostarnos, me pidieron los muchachos que les enseñara otra oración, porque ya sabían el Padrenuestro. Les dije que lo repitiesen, que quería primero oírles y saber si lo tenían bien en la memoria. Recitolo cada uno de por sí escogidamente. Les alabé el cuidado y amor con que habían aprendido la lección y les di otra nueva del Ave María. Después de habérselas repetido tres o cuatro veces, les dije que tratásemos de dormir y desquitar el desvelo de la pasada noche. Con esta resolución, nos dimos con mucha brevedad al sueño.

Al cuarto del alba, cuando más sepultados en el sueño nos hallábamos, nos despertó el ruido del agua y del viento grande, que la embocada por entre las ramas con tal fuerza, que atravesaba las pajas de nuestro pequeño albergue y limitada choza. Como continuaban con fuerza el viento y el bamboleo de los árboles, nos hizo estar en vela y asustados hasta que dio principio a esclarecer el día, pues los truenos, relámpagos y rayos que caían, más atemorizaban nuestros ánimos.

Apenas descubrió la luz sus resplandores, nos descolgamos de las ramas con presteza, cargados de la cama en que dormíamos, y nos fuimos retirando a los ranchos. Como los de allí no habían experimentado tan de cerca como nosotros lo borrascoso de la noche, estaban en sus lechos durmiendo y sosegados. Cuando tan de madrugada nos vieron abrir las puertas y entrarnos, juzgó Maulicán que sin duda habíamos tenido algún alboroto del enemigo, pues asustado nos preguntó la causa de nuestro retiro tan al romper el día las tinieblas. Le respondimos que la borrasca grande de agua y viento, mezclada con granizos, truenos y relámpagos, y las goteras que atravesaban nuestro ranchuelo, sin haber parte alguna en que asegurarnos; nos habían desasosegado de tal suerte, que nos obligaron a desamparar el sitio apresuradamente.

-Verdaderamente -dijo- que presumí obra cosa de vuestra apresuración y madrugada. Hagan fuego -dijo a las mujeres- para que se calienten los mancebos y háganles de almorzar alguna cosa.

Se levantaron luego las más viejas y salieron al río por agua, de donde volvieron frescas y bañadas, como lo acostumbran de ordinario, y al punto se pusieron a hacernos de almorzar de lo que había.

Fue entrando más el sol y con él amainando la tormenta. Estuvimos en los ranchos aquel día, y, consultando Maulicán con su padre y su amigos que le parecía más acertado quitarme del tropiezo del peligro, vinieron a resolver que convendría pasarme dos o tres leguas más adelante, a casa de un amigo suyo llamado Luancura, cacique de mucho respeto, poderoso, rico y muy inclinado a los españoles.

Amaneció otro día y, como las cargas y aparatos que llevan se reducen solamente a un poncho o frazadilla, que es lo mismo, y ésta se lleva a la grupa o las ancas del caballo, no hicimos más que subir cada uno en el suyo y marchar a casa del cacique, que estaba a

orillas del río Cholchol, que por otro nombre llaman Tavón. Llegamos allí a medio día y fuimos recibidos con sumo gusto y regalados con extremo, pues este cacique era españolado y muy ostentativo: tenía en su casa muchas aves, carne fresca, tocino, longanizas y pan de maíz y trigo, y lo principal entre ellos, mucha chicha de diferentes géneros.

Después de haber comido muy a gusto, le significó Maulicán a lo que iba y las causas que le movían a llevarme a su casa. Dijo el buen Luancura que ya sabía y tenía noticias de lo que habían intentado y aun puesto en ejecución los de la parcialidad de la cordillera; y que le había pesado el que no le hubiera dado parte si llegó a tener antes algunas vislumbres del suceso, para que con sus amigos y comarcanos les hubiesen aguardado de emboscada, para que otro día no se atreviesen a maloquear parcialidades ajenas. Respondió Maulicán que el no haber hecho ruido ni avisado a sus amigos fue por excusar las controversias que se podían originar y por otros motivos que le movieron a ausentarse de su casa en ocasión semejante.

Dejome en la parcialidad de aquel cacique, y por obviar, excuso lo más que comunicaron acerca de mi quedada. Despidiéronse amorosamente y mi amo me dijo que muy de ordinario iría a verme, pues estaba tan cerca, y que no debía darme cuidado su ausencia, porque me había de hallar muy a gusto con aquel cacique, que era amigo de españoles y de condición suave y apacible.

Quedeme en aquella casa gustoso, porque el agrado del indio, no daba lugar a echar de menos los amores y agasajos de mi amo y porque era mayor el regalo que tenía.

Aquella noche, después de haberme dado de un ave bien aderezada y otros compuestos de carne, me hicieron la cama con muchos pellejos de carneros limpios y peinados, cosidos los unos con los otros, que los hombres principales y ricos usan de este género de colchones. Por sábana echaron encima una manta blanda, y para cubrirme una frazada nueva, gruesa y grande, y para cabecera una almohadilla o costalejo de manta estofada con lana. Después de dispuesto el lecho como he dicho, me encaminó a él el cacique y me dijo que porque no durmiese solo, me daba su hijo querido para que me acompañase y le enseñara a rezar, pues ya sabía algo.

Quedamos solos el muchacho y yo. Y era de tan buen natural como su padre: «agradable, apacible y amoroso. Al acostarnos le pregunté si quería saber rezar y me respondió que de muy buena gana, porque ya él sabía un poco que un español que había estado en su casa le solía enseñar.

-Decid, pues, lo que sabéis y lo que os enseñaba ese soldado que decís.

Principió a recitar el Padrenuestro en castellano y repitió hasta cerca del medio bien recitado. Preguntele si entendía algo y sabía lo que quería decir lo que había aprendido y me respondió que no.

-Pues, yo os enseñaré en vuestro lenguaje las oraciones, para que entendiendo lo que contienen, las aprendáis con gusto.

-Tendrello muy grande, me respondió, por entender lo que dicen vuestras oraciones.

-Decid, entonces, conmigo de esta suerte: «Inchi in ta inchao huenuneuta mileimi...», y así fui prosiguiendo con el Padrenuestro, y él, respondiendo con alegre semblante, mostraba el regocijo que tenía por ir entendiendo lo que rezaba.

Repetímoslo tres o cuatro veces, y por último refirió solo más de un tercio de él, diciéndome que al día siguiente le había de recitar entero si yo no me cansaba de enseñarle. Le respondí que me daba mucho gusto de ver la codicia y afición con que deseaba saber las oraciones, que en cualquier tiempo que tuviese gusto, me hallaría dispuesto a su doctrina y enseñanza.

Con estas razones, cerramos nuestra conversación y dimos al sosiego nuestros sentidos.

Apenas daba muestras de esparcir el sol sus rayos, cuando el muchacho me despertó rogándome con ansiosos deseos que repitiéramos la oración del Padrenuestro, porque toda la noche, dijo, había estado soñando con él. Concedí con su gusto por el que yo tuve de verle tan inclinado y con natural afecto a las cosas de nuestra santa fe católica. Después de habérselo repetido cuatro o cinco veces, refirió más de la mitad sin ayudarle y me encareció el consuelo que recibía con ir aprendiendo aquella oración en su lengua, porque iba entendiendo lo que rezaba.

-¿Cómo podéis entenderlo ni penetrar en el alma de estas razones? Entenderéis las palabras y no lo esencial de su contenido.

-Sí, entiendo también, porque el que decís que es nuestro Padre, está arriba en los cielos; es Dios, «Vilpepilbue», que todo lo hace y todo lo puede. Pues, ¿no es así capitán? ¿«Inchi ta inchao», no quiere decir Padre nuestro? ¿«Huenuneu ta mileimi», que estás en los cielos? ¿«Ubchigue pe tami igri», sea reverenciado tu nombre?

Lo demás que sabía lo fue refiriendo y explicando y verdaderamente me dejó el chicuelo suspenso y admirado, habiéndole preguntado si creía en Dios y en todo lo que decía el Padrenuestro. Y me respondió que sí, porque no podía ser menos de que hubiese un gran Pillán que sujetase a todos los demás pillanes y fuese su principio y estuviera sobre todos.

-Decía muy bien -le dije- que ese Pillán que presumes es el Creador de todas las cosas. Y no digas Pillán, sino Dios, que así se llama. Yo os iré explicando las oraciones con todo cuidado y desvelo, por que he reconocido en vos más entendimiento y capacidad que la que os pudo comunicar la naturaleza, pues la tenéis acompañada de verdadera fe.

Levanteme de la cama dando gracias a Nuestro Señor y salí afuera a continuar mis devociones. A poco rato llegó el muchacho en mi demanda, repitiendo lo que sabía de su lección y preguntando lo que no acertaba, de donde acabé de conocer su buena inclinación y natural afecto a nuestra santa fe católica. En ella le fui industriando con particular amor y le pregunté si quería ser cristiano e hijo de Dios por el bautismo. Dijo que de buena gana lo sería, porque con gusto aprendía las oraciones y deseaba con extremo hacerse capaz de las cosas de Dios.

-Primero habéis de saber rezar -le dije.

-Enseñadme, pues -me replicó-, que ya voy sabiendo el Padrenuestro y hoy lo tengo de saber sin errar.

Se lo volví a repetir y él a seguir mis razones con gran atención. En esto salió su padre que iba al río a bañarse y nos llamó para que fuéramos a hacer lo propio en su compañía. Aunque a los principios llegué a sentir el imitarles en aquella acción y costumbre, después me hice tanto al baño de por la mañana, que era el primero que acudía a él sin repugnancia, porque real y verdaderamente conocí y experimenté ser saludable medicina para la salud. En todo el curso de mi vida me he hallado tan fuerte y vigoroso como después que continué aquel ejercicio. Y el haber vivido después acá con buena salud (a Dios las gracias principalmente) lo atribuyo al haber quedado acostumbrado a refrescarme de mañana; porque ya que no puedo ejecutar el baño -por no tener a mano cuando me levanto un cristalino arroyo a que arrojarme-, me hago echar en la cabeza y en el cerebro un cántaro de agua serenada, de buen porte, después de haberme lavado los brazos y la cara.

Volvíamos al rancho frescos y limpios, y al punto mandó el cacique que nos diesen de almorzar de unas longanizas sazonadas, mientras llegaba el mediodía, porque como los días eran más cortos de todo el año, muy presto llegaba la hora de comer.

Después de haber almorzado nosotros, llegó un indio de tan mala figura, cuyo traje, perverso rostro y talle estaban significando lo que era. Lo habían mandado llamar el día antecedente para que curase a un indio enfermo que estaba en otro rancho muy al fin de su días.

Jamás juzgan estos naturales que salen de esta vida por ser natural la muerte, sino por hechicerías y por bocados que se dan los unos a los otros con veneno. Por esta causa acostumbran consultar al demonio por estos curanderos «machis», hechiceros y encantadores. Y en esto imitan también a los antiguos, que usaban de adivinos, los cuales por arte mágica resucitaban a los muertos.

Éste parecía un Lucifer en sus facciones, talle y traje. Andaba sin calzones, porque era de los que llamaban «hueyes», es decir, nefandos y de los que entre ellos se tienen por viles, por acomodarse al oficio de mujeres. Traía en lugar de calzones un «puño», al modo de las indias, y unas camisetas largas encima; traía el cabello largo, siendo así que todos los demás andan trenzados; las uñas tan disformes, que parecían cucharas; feísimo de rostro y en un ojo una nube. Muy pequeño el cuerpo, algo espaldudo y rengo de una pierna; de sólo mirarle, causaba horror y espanto.

Llegose la hora de comer, y lo primero, como se acostumbra entre ellos, le pusieron delante un cántaro de chicha, de la que fue brindando a los demás después de haber bebido. En medio de esto, fueron sacando de comer, y teniéndome el cacique a su lado, me decía:

-De esto comen en tu tierra y no lo extrañarás.

Y me pusieron por delante un guisado muy bien hecho de ave, con muchos huevos el caldo, un buen asado de cordero, longaniza, morcilla y tocino. Finalmente, una cazuela tan bien dispuesta y sazonada, que nuestras cocineras no podrían aventajarla.

Acabamos de comer y tratamos de ir al rancho a curar al enfermo. Esto fue ya sobre tarde y mientras fueron por algunos adherentes de ramos de canelo, un carnero, cántaros y ollas, fue acercándose la noche, con la cual se juntaron las indias y los indios vecinos y parientes del enfermo. Por no dejarme solo, me llevó el cacique en su compañía, habiendo preguntado al «machi» si estorbaría mi asistencia a sus ceremonias y habiendo respondido éste que no, que bien podía asistir en un rincón de la casa.

Entramos ya de noche al sacrificio del carnero que ofrecían al demonio. En medio tenían muchas luces y en un rincón del rancho al enfermo -parte entre clara y oscura-, rodeado de muchas indias con sus tamborilejos pequeños, cantando una lastimosa y triste tonada con voces muy delicadas. Los indios no cantaban porque sus voces gruesas debían ser contrarias al canto. Cerca de la cabecera del enfermo había un ternero liado de pies y manos, y entre unas ramas frondosas de laureles tenían puesto un ramo de canelo de buen porte, del cual pendía un tamboril mediano; sobre un banco grande, a modo de mesa, una quita de tabaco encendida, de la cual el «machi» sacaba a ratos humo que esparcía por entre las ramas y por donde estaban el doliente y la música. A todo esto, las indias cantaban lastimosamente, y yo, con el muchacho mi camarada, en un rincón algo oscuro estuve atento a todas las ceremonias del hechicero. Los indios y el cacique estaban en medio de la casa sentados en rueda, cabizbajos, pensativos y tristes, sin hablar ninguno una palabra. Al cabo de haber incensado las ramas tres veces y al carnero otras tantas, se encaminaron hacia el enfermo y le hizo descubrir el pecho y estómago, habiendo callado las cantoras. Con la mano llegó a atentarle y sahumarle con el humo de la quita que traía de ordinario en la boca. Después le tapó el estómago con una mantichuela y se volvió al carnero. Mandó que cantasen otra diferente tonada, más triste y confusa, y sacando un cuchillo, abrió el carnero por medio, sacó el corazón vivo y palpitando, y lo puso en una ramita que para el efecto había antes aguzado. Luego cogió la quita y empezó a sahumar el corazón, que aun se mostraba vivo. Y a ratos le chupaba la sangre que despedía. Después sahumó toda la casa; llegose luego al doliente y, con el propio cuchillo que había abierto el carnero, le abrió el pecho, en el que patentemente se mostraron los hígados y las tripas, y los chupaba con la boca. Todos juzgaban que con aquella acción echaba afuera el mal y lo arrancaba del estómago. Las indias, cantando tristemente, y las hijas y mujeres del paciente, llorando a la redonda y suspirando. Volvió a hacer que cerraba las heridas, que a mi ver eran apariencias del demonio; cubriole el pecho nuevamente y de allí se fue donde estaba atravesado el corazón del carnero, haciendo en frente de él nuevas ceremonias. Entre ellas descolgar el tamboril que estaba pendiente del canelo e ir a cantar con las indias, él parado, dando algunos paseos, y las mujeres sentadas como antes. Habiendo dado tres o cuatro vueltas de esta suerte, vimos de repente levantarse de entre las ramas una neblina oscura a modo de humareda, que nos la quitó de la vista por un rato, y al instante cayó el encantador por el suelo como muerto, dando saltos el cuerpo como si fuera una pelota. El tamboril, a su lado, saltando de la misma manera, a imitación de su dueño. Esto me causó grande horror y recogimiento, obligándome a encomendar a Dios.

Callaron los cantores y cesaron los tamboriles y sosegoose el endemoniado, pero de manera el rostro que parecía el mismo Lucifer, los ojos en blanco y vueltos al colodrillo, con una figura horrenda y espantosa. Estando de esta suerte, le preguntaron si el enfermo sanaría. Respondió que sí, aunque sería tarde, porque la enfermedad era grave y el

bocado se había apoderado de aquel cuerpo, de manera que faltaba muy poco para que la ponzoña llegase al corazón y le quitase la vida. Volvieron a preguntarle en qué ocasión se lo dieron, quién y cómo, y dijo que en una borrachera un enemigo suyo con quien había tenido algunas diferencias. Aunque se lo preguntaron, no quiso nombrar la persona. Y esto fue con una voz tan delicada que parecía salir de alguna flauta.

Con esto volvieron a cantar las mujeres sus tonadas tristes, y dentro de un buen rato fue volviendo en sí el hechicero. Se levantó, cogiendo el tamboril de su lado y lo volvió a colgar donde estaba antes; fue a la mesa donde estaba la quita de tabaco encendida; cogió humo en la boca e incensó o ahumó las ramas (por mejor decir) y el palo donde el corazón del carnero había estado clavado; del cual no supimos qué se hizo, porque no se lo vimos sacar ni apareció más. Después de esto, se acostó entre las ramas de canelo a dormir y descansar. Allí lo dejaron y nosotros nos fuimos con el cacique a nuestra habitación. Luego de haber cenado muy a gusto, me rogó el muchacho que le enseñara otra ración, porque ya sabía el Padrenuestro; le dije que lo repitiese, lo que hizo con primor, y como era tarde, le pedí que dejásemos para otro día el dar principio a otra oración.

Amaneció otro día bien cubierto el campo de escarcha helada, y por encima de sus cándidos tapetes fuimos todos a echarnos al estero, que aun el decirlo puede causar pavor a quien no ha visto y a los que no saben ser costumbre antigua de estos naturales.

Volvimos limpios y frescos a sentarnos al amor del fuego, donde las mujeres dispusieron de darnos de almorzar en breve rato, porque tenían que ir a resembrar una chacra en que se habían de ocupar hasta la noche.

Después de haber salido el sol claro y sereno, a poco rato se levantó una niebla cerrada y bien tupida, y acercándose más al mediodía su curso, se cubrió el cielo de nublados densos. Estos indios llaman a estos nublados «pirapilín», y de ordinario se convierten en agua. Las indias, habiendo reconocido el tiempo, se apresuraron en darnos de almorzar para salir luego a su faena, como lo hicieron, dejándonos en el rancho al cacique, a mí, al muchacho mi compañero y a otro pariente del caporal, casado, que alojaba también en la casa.

Estuvimos en buena conversación entretenidos, y rodeándose la plática, me preguntó el cacique si los españoles que asistían en nuestras fronteras eran como los pasados que estuvieron en aquellas ciudades antiguas. Le respondí que sí porque los más eran descendientes de ellos, y claro está que habrían de ser parecidos los hijos y los nietos a sus padres.

-Por ese camino habéis dicho muy bien -dijo el cacique-. No es eso lo que pregunto, sino es si son de tan malos naturales y de tan perversas obras como los que asistieron entre nosotros.

-Eso no lo podré yo saber -le respondí- por no haber tenido noticias ciertas de lo que fueron ni de sus acciones.

-¿Pues no habéis oído decir las causas y motivos que hubo para la desolación de estas ciudades, capitán amigo?

-Verdaderamente -le volví a decir-, que, como muchacho y de pocas experiencias, no he cuidado hasta ahora de saber nada de lo que en esos tiempos pasó.

-Pues si no lo sabéis, no quiero que de mí sepas sus procederos. Sólo os quiero decir -repitió el cacique- que si los que gobiernan hoy nuestras fronteras y los que tienen indios a su cargo son como los que por acá experimentamos, no han de durar mucho los amigos y vasallos que tienen entre manos y están bajo su obediencia. Y acordaos para lo de adelante de estas razones que os digo.

-Mucha siento, cacique Luancura, que habiéndose ofrecido hablar de esta materia, me hayáis dejado ayuno de ello.

-De otros más antiguos que yo que lo experimentaron y trataron más de cerca tendréis ciertas noticias -dijo el cacique-, que yo tampoco he llegado a saber más de lo que nuestros antepasados nos han dicho, si bien en La Imperial hallaréis todavía algunos ancianos que refrescan las memorias a los otros, para que tengan siempre muy presentes los agravios, molestias y crueldades que hicieron con nuestros padres. De ello se originaron las ruinas de vuestras casas y el sosiego de las nuestras. Eso basta por ahora, capitán, y vamos donde están nuestras mujeres a ayudarlas en algo para que acaben presto su trabajo.

No puedo dejar de ponderar las razones de este cacique prudente. Y haciendo memoria de los pasados tiempos en que he militado, en algunas ocasiones he hallado cumplida y verificada la profecía del cacique, pues en el discurso del tiempo que he continuado el servir a S. M. en esta guerra a Chile, he experimentado que algunos alborotos y alzamientos que ha habido en las fronteras se han originado todos por malos ministros y gobernadores codiciosos.

Salimos con el cacique y nos encaminamos para donde estaban las mujeres, a quienes ayudamos con deseos de que se ajustase brevemente la tarea.

A los últimos fines de la tarde dio principio el agua, aunque menuda, a dejarse caer sobre nosotros, por lo que abreviamos nuestra vuelta, llevando por delante nuestros hacesillos de leña seca, que es todo el ordinario ejercicio.

Llegamos al abrigo de la casa a tiempo que la luz del día se ausentaba y las lluvias crecían con el viento. Al instante, las indias aliñaron sus fogones y en el que hicieron aparte para el cacique nos sentamos los que salimos en su compañía. Allí nos trajeron de cenar después de haber pasado un buen rato y con sumo gusto y alegría nos brindamos con chichas diferentes. Nos quedamos después conversando al fuego y mi compañero y amigo me pidió que le enseñase otra oración, porque ya sabía la del Padrenuestro; la recitó muy a mi gusto y el padre lo mostró grande de haberle escuchado, pues me dijo que se hallaba muy pagado de que enseñase a su hijo con buena voluntad las oraciones. Le dije que yo estimaba más el haber reconocido en el más intención piadosa y natural afecto a nuestra doctrina, que el amor y agasajo que me hacían.

A esto se allegaron dos mujeres del cacique, las más queridas, a escuchar un rato lo que hablábamos, porque como las oraciones que enseñaba eran en su lengua, parece que gustaban todas de oírlas recitar al muchachuelo. Antes de dar principio a la oración del

Avemaría, pregunté a mi discípulo si le habían parecido bien las hechicerías y ceremonias del «machi» de la pasada noche. Me respondió que de ninguna manera se inclinaba a mirarlos, porque les tenía miedo, y más a aquel que parecía demonio.

Principiamos el Avemaría en su lengua: «Upchia cimi María», Dios te salve, María, y con gran cuidado me preguntó que quién era María. Le respondí ser hija y madre de Dios. Y nació de ella por ser tan santa, tan pura, tan limpia como las estrellas, quedando pura, intacta y doncella y siempre virgen.

¿Cómo puede ser eso -replicó el muchacho- que la mujer que pare, quede virgen?

Admirome la duda del muchacho y le respondí cuidadoso de satisfacerla. Y aunque quise explicarle el sacramento con las palabras del santo rey, David, no me atreví y me valí de la explicación de algunos santos doctores.

-Aunque habéis dicho muchas cosas -dijo el muchacho-, no os he entendido las más.

Y el cacique, habiendo estado muy atento, me dijo lo propio.

-Para que con más propiedad vengáis en este conocimiento -les dije-, os pondré un ejemplo a vuestro modo y veréis si sale mañana el sol en una batehuela de agua clara, penetrar con sus rayos los cristales y representarse en ellos de la misma suerte que están en el cielo.

-¿Y ahora no podréis, capitán, hacer la experiencia con la luz de la vela? Aquí os traeremos una batehuela de agua clara.

-Venga en hora buena -les respondí-, y veréis lo que digo, aunque no con la propiedad que con los rayos del sol.

Trajeron la batea de agua; dejela sosegar muy bien y puse luego la vela ardiendo a la vista del agua, y como en un espejo se representaba el resplandor. Estuvieron mirando con atención el misterio y confesaron que tenía razón, pues la vela estaba dentro del agua del mismo modo que la teníamos presente afuera.

-Pues así habéis de considerar el misterio de la encarnación del Hijo de Dios en las entrañas purísimas de María, Señora nuestra.

Esto que he referido les expliqué con el mejor modo y estilo que pude, con razones vulgares y ejemplares.

Proseguimos con el Avemaría, que repetí muchas veces en presencia de su padre y madre y de los demás que se habían agregado a nuestro fogón a escuchar las razones que al muchacho mi camarada refería, a las que todos estuvieron muy atentos. Después rogué al discípulo dejar para otro día la doctrina cristiana y que fuésemos a dar descanso a los cuerpos con el acostumbrado sueño, porque ya era tarde.

-Vamos, pues, capitán, y en la cama me volveréis a enseñar otro rato.

Con esto nos despedimos del padre y de los demás circunstantes. Fuimos a nuestro lecho, y después de habernos acostado y rezado yo mis devociones, repetí el Avemaría al compañero, a ruego suyo, tres o cuatro veces, porque no me dejaba sosegar un punto para que le enseñase a prisa.

Después de la medianoche, habiendo dormido sólo un sueño, me recordó mi compañero, juzgando que no estaría dispuesto, cuando me hallaba con discursos varios desvelado, por ser las noches más crecidas del año. Al instante le respondí con deseos de saber lo que me quería. Y me dijo muy alegre que me había llamado para contarme lo que acababa de soñar.

-Pues decid vuestro sueño -le dije-, que me alegraré escucharos en extremo.

-Habéis de saber, Pichi Álvaro amigo, que estando durmiendo a pierna suelta, me puse a rezar las oraciones que me vais enseñando. Y cuando llegaba a decir «Ipchia cimi María» se acercaba a mí un negro grande a querer taparme la boca. Túvele miedo verdaderamente, y aunque quería hablar y llamarte, no podía. Estando en esta aflicción y atribulado, se me paró delante, en lugar del negro, un «pichigüinca», muy blanco; muy hermoso y más rubio que el sol: cuando lo miraba me deslumbraban sus cabellos y su agraciado rostro. Púsose después de esto a jugar con el agua de una fuente clara y cristalina, cogiendo en un jarro de plata la que cabía y al punto la volvía a vaciar muy poco a poco. Llegaron otros niños a jugar con él, no tan blancos ni tan agraciados, que parecían indiecitos como yo. Subiose entonces el niño bonito (lo digo tal como él lo significó) a un árbol que estaba arrimado a la fuente. Y en medio de las ramas parece que estaba una señora, cuyo rostro era semejante al del niño. Y por encima de aquel árbol andaban muchos niños como volando, que me pareció que tenían alas. Cogió otra vez agua de la fuente, estando en lo alto, sobre las faldas de la señora, y empezó a rociar a los niños desde arriba, y ellos pasaban corriendo por debajo. Volvió a llenar otra vez el jarro y se lo dio a la señora, y ella fue echando poco a poco, de manera que caía el agua como la del chorrillo donde vamos a recoger la que tiene aquella canalcita de palo. Así caía. Y los niños iban pasando por debajo uno a uno y recibían el agua en la cabeza, y vi que luego que les caía sobre ella, se les ponía nevada. ¿No habéis visto la escarcha que amanece en los prados cuando hiela? De la misma suerte se les ponían las cabezas. Habiendo visto el entretenimiento que tenían, me fui a entrar entre ellos y pasé también por debajo, pero no caía agua sobre mí; levanté los ojos hacia arriba y entonces me cayó el agua en el rostro y bajando la cabeza me la bañaron toda. Recibí tanto gusto que no quise apartarme hasta ver si me volvían a echar más agua, y como se pasó algún tiempo, volví a levantar los ojos y no vi más lo que de antes. Con esto desperté, gustoso de haber visto tan lindas cosas, que me holgara de estarlas mirando hasta ahora. Éste es mi sueño, capitán. ¿Qué te parece? ¿No es muy bueno?

Le respondí que era mejor de lo que pensaba.

-¿Cómo así? -me preguntó.

-Yo os lo diré y explicaré: habéis de saber, amigo, que puede suceder lo que soñando se nos presenta eficazmente, y *más cuando tiene fundamento en lo que honestamente deseamos...* Así, vos habéis imaginado y deseado entre día ser cristiano y conocer a Dios

y sus grandezas, por cuya causa aprendéis las oraciones con afecto, según habéis mostrado.

-Es verdad, capitán -me respondió el muchacho- que he deseado con extremo ser cristiano y conocer a vuestro Dios y cada día estoy con mayores ansias y continuos deseos.

-Pues ése es vuestro sueño, que como habéis tenido esos fervorosos designios, se os ha representado en sueños de la manera que lo habéis de ser bañándoos la cabeza con el agua que os echaré en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Con ella se pone blanca y resplandeciente como se os presentaron las cabezas de los niños del sueño. Y aquella señora que visteis sobre el árbol sentada, era la madre de aquel niño hermoso que es nuestra Redentor. Y porque alabais a su Madre Santísima con el Ave María, ahuyentó y apartó de vos aquel negro, que era el demonio, que os quería tapar la boca; porque es nuestro común adversario y está perturbando siempre nuestros buenos intentos y propósitos.

-Decís muy bien, capitán, -me respondió el muchacho-, y me parece que habéis acertado con mi sueño; y así, por vuestra vida, os ruego que no dilatéis el cristianarme, pues habéis visto en mí sobrado afecto.

-Será menester amigo y camarada -le dije- que pidáis licencia a vuestro padre, que no será razón que sin su gusto mudéis de religión y de vuestro estado.

-¿Ya no sabéis -respondió- que mi padre gusta que me enseñéis a rezar? Claro está que también ha de querer que sea cristiano.

-Pues bien, podréis prevenirle y avisarle. Para mañana haremos una buena cruz y la pondremos cerca de aquel árbol copado que está en frente de nuestra casa, para que debajo de sus copiosas ramas recibáis el agua del Santo Bautismo.

-Mucho me habéis consolado, capitán amigo; yo se lo diré a mi padre y veréis el regocijo que muestra con mi determinación y vuestra enseñanza.

Apenas iba el sol dando principio al día, cuando mi compañero empezó a levantarse de la cama y a decirme que ya sus rayos estaban con nosotros; que nos levantásemos y fuésemos a hacer la cruz que había dicho pondríamos arrimada al árbol. Con ello me obligó a levantarme, dando infinitas gracias a Dios por las mercedes que me había hecho en dejarme salir con bien aquel día. Salimos llevando un hacha que le pedí, con la que nos encaminamos al monte. Escogimos una vara larga y gruesa, la más derecha que topar pudimos; la cortamos con mucho gusto, la sacamos de la montaña y la enderezamos, cortándole las ramas y gajos que de ella se esparcían. Con una azuelilla de las que ellos usan, hicimos las muescas o encajes para el travesaño y brazo de la cruz; a falta de barreno, la taladramos con un asador ardiendo y la clavamos con unos clavos de madera fuerte y entre los dos la llevamos al sitio frente al copado árbol referido. En este tiempo estaba ya el cacique Luancura, padre del muchacho, con otros dos mocetones casados, parientes suyos, a la resolana, arrimados a las espaldas del rancho. Luego que nos vieron llegar con la cruz a cuestras, se levantaron y fueron donde estábamos los dos cogiendo algún resuello y descansando, porque verdaderamente era de buen porte el madero, y no

dejó de fatigarnos algo. Y lo que me maravilló fue que siendo un muchacho tierno y delicado, pudiese soportar con esfuerzo la carga que a mis hombros, aunque más vigorosos y robustos, agobiaba.

Preguntanos el cacique nuestro intento y a qué se encaminaba nuestro trabajo. Respondió el muchacho que me había rogado varias veces que lo bautizase y que no había querido hacerlo sin su consentimiento y gusto. El cacique respondió con agrado y placentero que recibiría grande júbilo y alegría en verlo hacerse cristiano, porque él lo era antiguo y tuvo siempre buena voluntad a los españoles, aunque sus temeridades obligaron a aborrecer sus acciones.

-Pues, esta cruz que traigo -repitió el muchacho- la hemos hecho para ese efecto y la queremos poner al pie de ese frondoso «pengu» para que al pie de ella me bautice el capitán.

-Paréceme muy bien -dijo el cacique-; nosotros ayudaremos a levantarla, y se bautizarán todos los de la casa.

-Haced unos «pales» -dijo dirigiéndose a sus compañeros.

El muchacho estaba ya disponiendo uno de éstos con una azuela pequeña que había llevado al propósito, y los dos muchachones hicieron otras con las cuales se hizo el hoyo en que se había de poner la cruz; con la ayuda del cacique y de los demás que nos habíamos juntado la levantamos en alto y la pusimos clavada, derecha y bien proporcionada. Acabada de poner, nos hincamos de rodillas al pie de ella e hice a mi compañero que rezase las oraciones, que eran las del Paternóster y Avemaría, lo que hizo con mucho gusto. Y el cacique y los demás a nuestra imitación hicieron lo propio, poniendo las rodillas en el suelo, alegrándose de ver la cruz, que señoreaba toda la campaña, y de haber oído a su hijo recitar las oraciones. Yo quedé maravillado, cierto de la devota acción del cacique, de donde se puede colegir con evidencia que el dócil natural de esta bárbara gente no fue cultivado en sus principios con el azadón y reja del ejemplo eficaz que necesitaba un nuevo gentilismo, porque importaban poco las palabras a los que con cuidado atendían más a las acciones, que sin duda no debieron ser ajustadas pues tan breve se reconoció el fruto que se sacó de ellas con la destrucción y pérdida de sus vanas ciudades.

En esto se nos fue la mañana, porque, como los días eran los más pequeños del año, con el ejercicio que habíamos tenido, se nos fue el tiempo deslizándose y sin sentir se nos acercó el mediodía.

Llevonos, después de esto, el cacique a su rancho, y comimos con él de lo que las mujeres tenían dispuesto y sazonado: nos brindamos con extremados licores de manzanas, de frutillas y de maíz crudo, que es fuerte y de mucho sustento, y en el discurso de nuestros brindis platicamos largamente de los cristianos antiguos, cuyos principios no debieron ser tan ajustados a la doctrina cristiana y enseñanza que era conveniente para una nación bárbara, pues el cacique me dijo como admirado:

-Capitán, ¿sabéis lo que he reparado en vuestra doctrina y enseñanza? Que los antiguos españoles no siguieron en ella vuestro estilo: vos repetís muchas veces lo que enseñáis a

mi hijo y así aprende con facilidad. Los «pateros» sólo una vez enseñaban las oraciones, de año en año y de prisa, a las mujeres y a las muchachas y muchachos, porque los indios tributarios, pocos o ningunos asistían a sus casas, por lo que eran muy raros los que sabían rezar.

-Pero los muchachos y chinas que servíais dentro de las casas de vuestros amos, ¿no rezabais todas las noches? -le pregunté.

-En algunas partes -contestó el cacique- oí decir que solían hacerlo así en vuestro lenguaje castellano, por lo que ninguna llegaba a entender lo que rezaba; esto lo hacían algunas buenas señoras, que los «huincas», ya os lo he dicho, capitán, hacían algunas cosas no muy bien encaminadas, según las noticias que tuve de mis antepasados.

Bien creo -dije- que había algunos de malos naturales, porque nuestra humana naturaleza siempre está sujeta a obrar mal antes que bien. Y habéis de advertir, amigo Luancura, que el mundo se compone de malos y buenos y que es mayor el número de los que se dejan llevar del licencioso apetito que los que se sujetan a la razón natural. Pero no me negaréis que entre los malos que decís habría algunos buenos también.

-Muy pocos y muy contados -respondió el cacique- los que lo parecían; sólo decían los antiguos mucho bien de un «patero» o ermitaño que vivía solo en una ermita que tenía fuera del concurso de las gentes. Allí se sustentaba con yerbas del campo y con el pan que pedía de limosna, y lo más que traía lo repartía a los pobres indios y a los niños y muchachos que enseñaba a rezar; también oí decir que de noche se azotaba mucho dentro de su capilla. Así mismo tenían opinión de buenos religiosos los que llamaban «videpateros», que quiere decir los que tenían vestiduras de color de perdiz. Éstos -repetió el cacique- no buscaban oro ni plata, como los demás, y no tenían chacras ni heredades y se sustentaban de limosnas, como el ermitaño; a su convento y casa acudían a comer todos los pobres y los desamparados indios hallaban en ellos grande abrigo y consuelo. Pero dejémonos ahora, capitán, de estas pláticas, que, como era yo pequeño entonces, no pude llegar a tener tanto conocimiento, y así, tratemos de cristianar a mi hijo y a mis hijas, que yo tengo mucho gusto de que lo hagáis.

-Por la mañana, si os parece -le dije-, podremos bautizarlos. Y esta tarde rezaremos todo al pie de la cruz; enseñaré tu hijo las oraciones que sabe y dejaremos el sitio bien enramado y limpio el suelo.

-Está muy bien -respondió el cacique-; disponedlo, capitán, como es pareciere.

Salimos con esta determinación afuera, a tiempo que llegaron otros muchachos de la vecindad, hijos de los comarcanos camaradas del cacique y sus sujetos, que tenían sus ranchos a dos cuadras, a cuatro y a cinco el que más. Comunicáronse con el muchacho mi compañero, quien los aficionó a que también se bautizaran. Con esto, cogiendo un hacha, en buena conformidad nos fuimos todos al monte, de donde trajimos muchas ramas de laurel, de canelo y de otros vistosos árboles que conservan la hoja todo el año y enramamos la cruz; a modo de claustro, hicimos un cercado con las propias ramas y dentro de él esparcimos algunas hierbas olorosas de yerbabuena, y toronjil. Después de esto dije a mi camarada que repitiese las oraciones que sabía y las enseñase a los demás

muchachos, pues querían ser cristianos; hízolo así con sumo regocijo, y habiéndolas repetido y seguidole los demás, signifiqué a mi discípulo que era necesario, antes de bautizarse, llevar sabidas algunas razones del Credo, que era otra oración muy larga y muy especial para el verdadero conocimiento de Dios Nuestro Señor.

-Pues no tenemos que hacer -me dijo el muchacho-, por vuestra vida que me enseñéis luego.

Y aunque le aplacé para la noche, me hizo tantas súplicas e instancias, que le repetí gran parte del Credo, y hasta que supo seis u ocho palabras no me quiso dejar de la mano, porque era grande el ansia y la codicia que tenía de ser cristiano y conocer a Dios y sus misterios. Recogímonos al rancho, después de haberse puesto el sol, con los demás muchachos huéspedes y nos dieron de cenar y de beber muy a nuestro gusto; con que se fueron a sus casas los muchachos y quedaron aplazados para el siguiente día, que habían de volver, a ser cristianos.

Después de haber estado un rato al fuego en buena conversación y plática, porque las noches necesitaban de algún divertimiento para poderlas llevar, nos recogimos mi compañero y yo a nuestro lecho, donde sin dejarme dar fin a mis oraciones acostumbradas, me instó a que le volviese a enseñar la oración del Credo, a cuyas súplicas y ruegos concedí lo que me pedía y estuve grande rato repitiéndole más de un tercio de la oración del Credo y explicándosela. Estaba admirado de ver su capacidad y entendimiento para comprender y penetrar los más altos misterios de nuestra religión cristiana, en que manifestaba el muchacho muy singular auxilio y gracia de Dios Nuestro Señor. Bien manifestaba este chicuelo la luz sobrenatural que le alumbraba con las demostraciones que hacía de sus afectos y del entrañable amor que tenía a los divinos misterios. Entretenidos buen rato con este ejercicio nos quedamos con la oración del Credo en los labios y con los sentidos suspensos hasta el alba.

Apenas los resplandores y rayos de la luz del día penetraban los resquicios de la puerta y las ventanas del rancho, cuando mi compañero estaba recitando mucha parte de la oración del Credo en que habíamos estado entretenidos muy gran parte de la noche. Juzgándome dormido, me despertó con anhelos y ansias grandes de ser bautizado, manifestando con alegres razones el haber amanecido el sol sin los nublados que perturbaban de ordinario sus hermosos rayos.

-Mirad, capitán -me dijo-, que el sol está ya sobre nosotros y será razón que nos levantemos.

Muchas palabras trabamos sobre sus fervorosos deseos, y por no dilatarme en lo que no importa mucho, paso adelante con lo principal de nuestro intento. Salimos afuera y lo primero que hicimos fue encaminarnos a la cruz, hincándonos de rodillas al pie de ella, y rezamos las oraciones que sabía, y después le repetí todo el Credo. Salió en esta ocasión el cacique con toda la chusma de su casa a bañarse al estero, como lo tenían de costumbre y nosotros fuimos a hacer lo propio, porque yo ya me iba hallando escogidamente con los baños de mañana. Cuando nos volvimos hacia el rancho, mandó el cacique a sus mujeres que matasen tres gallinas y las aliñasen con los demás, para que comiésemos temprano.

A este tiempo venían los dos muchachos aplazados la noche antes con otros tres o cuatro compañeros de su porte, reducidos también a ser cristianos, y en buena conformidad nos fuimos todos al claustro o cercado de la cruz e hincados de rodillas al pie de ella hice que mi compañero enseñase las oraciones que sabía a los demás; y habiéndolas repetido muy bien, se las fui explicando y dando a entender más por extenso.

Estando en esta ocupación entretenidos, llegó el cacique con sus compañeros a preguntarme que cuándo había de bautizar a su hijo y a sus hijas, que también querían ser cristianas. Le respondí que luego lo haría, que para eso les estaba explicando las oraciones a todos aquellos muchachos; que no faltaba más que hiciese traer una mesita o banco con su sobrecama o manta, un cántaro moderado, nuevo y limpio lleno de agua y una botijuela en que cayese. Al punto mandó traer todo lo que le pedí y puse la mesita con su tapete o manta encima arrimada a la cruz y el cántaro de agua sobre la batea. Con esto se fueron juntando todos los del rancho, a tiempo que venía asomando a una vista mi amo Maulicán con mis dos primeros amigos y camaradas, los muchachos sus sobrinos. Aguardamos a que llegasen, y al apearse, salí a recibirle y abrazarle, como lo hice también con los muchachos. Llegó después el cacique dueño del rancho, y saludáronse con mucho amor y grande agasajo, y a las espaldas de la casa se asentaron a la resolana en unas esteras que para el efecto les pusieron. Después de haberle recibido a su usanza, con una cántara de buen porte de chicha, que se despachó con brevedad porque ayudamos todos al consumo, dijo el cacique Luancura a Maulicán que me había hallado ocupado en enseñar a los niños a rezar las oraciones y que estaba ya disponiendo el bautizarlos cuando le vimos venir.

-Pues andad, capitán, con vuestros camaradas antiguos -dijo, mi amo-, que también les enseñasteis a rezar y querrán ser, como los demás, cristianos.

A esto respondió el cacique Luancura:

-Mejor que vamos allá todos y veremos cómo los bautizan.

Se levantaron y fuimos en compañía a nuestro claustro, donde estaba la mesa con la batea y cántaro al pie de la cruz, todo muy limpio y aseado, lleno de yerbabuena, toronjil y otras olorosas yerbas. Llevaron las esteras al cercado, en las que se asentaron los caciques y algunas mujeres, y yo me arrimé a la mesa con los muchachos, a quienes hice hincar de rodillas y repetir las oraciones que sabían; después les pregunté si querían ser cristianos y respondieron todos que sí. Les expliqué lo esencial del Credo y llamé primeramente al que había sido el instrumento del festejo con que celebramos aquellos bautizos y quien con tanto fervor me había solicitado para ello: llegose a la mesa donde yo estaba e hice que se persignase y que rezase sólo las oraciones en voz alta, que era contento escucharle; acerquele a la mesa y en altas voces le pregunté tres veces si quería ser cristiano y seguir la ley de Dios, pues sabía lo que había de observar y guardar, según lo que le tenía enseñado; respondió de muy buena gana y que no faltaría a lo que yo le dijese, y de seguir mi doctrina; con que le hice bajar la cabeza, preguntándole cómo quería llamarse, habiéndole nombrado algunos santos, y advirtiéndole que era víspera del gran patriarca San Ignacio de Loyola, le dije, que pues le había cabido por suerte bautizarse en tal día, que se llamase Ignacio, porque era mañana su día (que fue esto a los 30 de Julio).

-Sea así, pues: llamareme Ignacio -dijo muy alegre-, que me ha causado mucho gusto el saber que es mañana su día.

Bajó la cabeza como se lo había ordenado y cogiendo el cántaro de agua en la mano le bauticé en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, bañándole la cabeza con el agua. Y después hizo una acción el muchacho que me dejó admirado, que fue llegar humillándose a abrazarme luego que se sacudió la cabeza, agradeciéndome la acción que con él había ejecutado, muestras patentes de su dócil natural y bien inclinado corazón. Llamé sucesivamente a mis antiguos y primeros compañeros y los hice recitar las oraciones que les había enseñado, el Paternóster, y el Avemaría, los que repitieron muy bien, y los bauticé poniendo al uno Diego, por haber pocos días que había pasado el del Señor Santiago, y al otro Francisco, porque dijo que había de tener mi nombre. A los demás chicuelos fui echando el agua de la misma suerte que a los otros. Llegáronse también los muchachones casados con sus mujeres, con quienes no hice más que la ceremonia, sin intención de bautizarlos, porque juzgué que no lo hacían más que por tener nombres de españoles, que era imposible poderles quitar el tener tres o cuatro y más mujeres, según su costumbre, y no ser capaces de la doctrina y enseñanza de los chicuelos, que ponían todo su cuidado en entender a mis razones y en admitir con gusto lo que les decía.

Acabamos así esta fiesta, que fue de sumo gusto para el cacique y no de menos consuelo para mi amo Maulicán. Con esto se volvieron a las espaldas del rancho, a donde llevaron los tapetes o las esteras, en que se sentaron. Fuéronse los viejos adelante y quedamos los muchachos y yo en nuestro cercado, abrazándonos los unos a los otros y platicando amorosamente, mis antiguos compañeros me decían que se hallaban muy solos sin mi compañía y que su abuelo el viejo sentía mi ausencia en extremo. En ésta y otras razones ocupados nos hallábamos cuando nos llamó el cacique para que fuésemos a comer a donde él y mi amo estaban a la resolana conversando y dando fin a un cántaro de chicha que por principio les había traído. Sentámonos en ellos a tiempo que traían de comer. Comimos espléndidamente varios guisados de ave y baitucanes de carne a su usanza, y sacaron tres cántaros grandes de chicha con que nos brindamos a menudo y nos regocijamos grandemente.

Acabado el convite, nos fuimos los muchachos y yo a jugar a la chueca, y dentro de una hora poco más o menos se despidió Maulicán del cacique, y a mí me llamó y me dijo en presencia de Luancura que de La Imperial le habían enviado a convidar para una gran fiesta que tenían y una solemne borrachera que se encaminaba solamente a ver al hijo de Álvaro y que así se hallaba obligado a llevarme consigo; que para ese día volvería por mí y me llevaría con licencia del cacique nuestro amigo y bienhechor. Éste le respondió que yo estaba siempre dispuesto a su orden y a su gusto. Con esto nos despedimos, enviando yo muchos recados al viejo Llaneare y a todas las mujeres de mi amo y a sus hijas; y llegando a abrazarme los muchachos, me dijeron que habían de volver con el viejo y Maulicán dentro de pocos días para pasar a la borrachera de La Imperial. Fuéronse con Dios y yo me quedé como antes con mi compañero Ignacio. Cada vez que le miraba me parecía otro en sus facciones: las tenía más hermosas y agraciadas, que con el agua del bautismo estaba resplandeciente como un cristal puro y limpio.

A los dos días que estuvimos ocupados y entretenidos en diversos ejercicios de gusto y pasatiempo, no olvidando en medio de ellos mi discípulo y ahijado sus fervorosos deseos, solicitando por todos caminos el hacerse capaz de las oraciones y de la explicación del Credo, en que mostraba tener sumo consuelo, cayó enfermo de un dolor de cabeza excesivo, con un calenturón tan extraordinario, que le hizo perder el juicio desvariar grandemente. Causome notable dolor y pena ver al nuevo cristiano tan afligido y apurado y hablar algunos disparates, levantándose de la cama a ratos y tirando a los rincones lo que topaba, que fue necesario tenerle por fuerza echado. Acongojeme con notable sentimiento de ver a mi amigo y compañero de la suerte referida y de considerar el cuidado y disgusto con que se hallaban su padre, madre y parientes, juzgando que atribuirían a mi doctrina y enseñanza sus achaques. Fluctuando entre estos pensamientos mi discurso, manifestó el alma por los ojos su congoja, y estando asido de las manos del enfermo se las regué con lágrimas salidas de lo más íntimo del alma. Estúvome mirando de hito en hito un buen rato y al cabo de él cerró los ojos y se quedó dormido, habiendo estado una noche y un día sin sosegar un punto ni comer bocado. Yo, de la propia suerte, fui compañero de su ayuno y el más participante de sus achaques.

-Dejémosle dormir -dijo el cacique- y ordenó a la madre que le pusiese algunas yerbas en las sienas para templar el ardor vigoroso de la calentura.

Hicieron así, y mientras dormía, me llamó el cacique y me consoló grandemente con decirme:

-Capitán, no lloréis de esa suerte, que me das más pesar con el que muestras que el que me causa la enfermedad de mi hijo, que ya es cristiano y se irá al cielo, como decís, si se muriese.

-Muy gran consuelo me has dado -respondí al cacique- con haber escuchado esas razones tan de cristiano. Este muchacho nació para el cielo, y el accidente que le ha sobrevenida tan de repente y con tanto aprieto no es para que vuelva en sí ni viva entre nosotros, porque no he visto en toda mi vida tal inclinación a las oraciones y al conocimiento de Dios Nuestro Señor como el que este angelito muestra. Y así te puedes tener por dichoso que, sin llegar a tener conocimiento de las cosas de este mundo, se vaya a gozar de la eterna gloria y a tener debajo de sus pies al sol, y a la luna, y a las estrellas, y a tener por sitio y asiento esos cristalinos cielos. La muerte es natural, todos hemos de morir, y lo que debemos desear es una vida quieta, honesta y ajustada a la razón, como lo deseaba este muchacho.

-Pues, ¿por qué lloras tanto -me replicó el cacique- si tienes por cierto el descanso y alivio de su alma?

-Decís muy bien -dije al cacique Luancura-; pero habéis de considerar y entender que es una cosa el espíritu, que es el alma, y otra el cuerpo, que es la carne; ésta es opuesta al espíritu, y lo que ella apetece y abraza es contrario al otro; y así mi espíritu se consuela y regocija por la contemplación del gozo que ha de tener el alma de mi amigo en la eterna gloria, y la carne o el cuerpo muestra el pesar con que queda sin la compañía del que ama.

-Pues tenéis razón, capitán -me respondió el cacique-, que por una parte parece que interiormente me hallo consolado y con gusto con las razones que me habéis dicho y por otra parte no dejo de sentir y lastimarme juzgándome sin la presencia y compañía de mi hijo; mas como vos decís es cierto, venid acá conmigo, que ha dos días que no os veo comer bocado y confortaréis el estómago mientras reposa mi hijo.

Arrimeme al fogón, donde se había sentado el cacique, a quien rendí las gracias por los favores que me hacía, diciéndole que sólo me podía servir de consuelo en el trabajo de su hijo y de mi amado compañero haberle oído sus discretas razones, muy conformes a quien era y ajustadas a la ley divina. Con esto me alenté a comer un bocado de cordero y otras cosas que nos pusieron delante las mujeres del cacique con un buen cántaro de chicha. Y habiendo dejado reposando a nuestro enfermo, después de haber comido y bebido, se quedó nuestro huésped al amor del fuego medio dormitando.

Dentro de breve rato despertó el enfermo quejándose dolorido y llamándome cuidadoso. Acudí al instante, con deseo de saber cómo se hallaba, y al punto que me vio, con notables ansias me pidió una cruz pequeña de madera curiosamente obrada que traía de ordinario conmigo pendiente al cuello, y habiéndosela puesto en las manos, la besó, como lo hacía otras veces cuando rezábamos. Consoleme grandemente de haberlo visto alentado y en su juicio y que con fervoroso afecto repetía las oraciones, abrazando la cruz y poniéndola en los labios y en los ojos, por haberme visto esta acción cuando me acostaba en la cama y al levantarme de ella. Cogí las manos con ternura al enfermo, dolorido de ver al amigo y compañero en aquel trance, y le hallé más fresco y aliviado del calenturón que le había privado de los sentidos; hícele traer una escudilla de caldo y por fuerza se la hice beber, sin haber podido pasar otra cosa en tres días que hacía que el achaque le tenía postrado. Sobre lo que padecía, se le recreció un humor corrupto de sangre, que se vaciaba muy a menudo y no le dejaba sosegar.

En medio de estos trabajos era contento oírle alabar a Dios y con rostro alegre decirnos que había visto entre sueños a aquella señora que la vez pasada se le apareció con el niño bonito y muchos pajaritos blancos volando alrededor de ella. Estando despierto, decía que hacia el rincón de la casa se le aparecían unos perros negros y oscuros bultos que le causaban algún temor.

-No os dé cuidado -dije al enfermo-, que teniendo esa cruz en las manos no os molestarán esas apariencias, que son ilusiones del demonio.

Dejele un rato en compañía de su padre y salí afuera a rogar a Nuestro Señor le diese al muchacho aquello que más conviniese a su santo servicio y al descanso de su alma. En esto me ocupé un breve rato y en hacer dos cruces de madera del altor de media vara. Entré con ellas y puse una en el rincón donde el muchacho dijo haber visto las figuras negras y los perros, y la otra en su cabecera; habiéndolas visto, las abrazó con grande júbilo y alegría. Así pudimos obligarle a que comiese un bocado de ave que le tenían aderezada y forzado de nuestros ruegos comió algunas cosas y bebió un poco de chicha espesa y tibia. Después de esto rogó que le dejaran reposar un rato y a mí me pidió que no me apartase de su cabecera; lo hice así y con la ropa que tenía le abrigué muy bien el cuerpo. Habiendo quedado solos, cuando juzgué que quería reposar la comida, me dijo y

rogó que le explicase el Credo, como lo había hecho las días antecedentes, que aquella oración no la había acabado de entender.

-De muy buena gana haré lo que me pedís -le dije-, porque el pesar con que me tiene vuestro achaque me le aliviáis con veros tan generoso en la inteligencia y en las oraciones y conocimiento de las cosas de nuestra santa fe católica, y en la impenetración ordinaria de la salud del alma, que por medio de las oraciones solicitáis cuidadoso.

-Con esto entretuve un rato al enfermo, y habiéndome escuchado muy atento, me dijo que rezásemos las oraciones. Con grande devoción dio principio al Padrenuestro y prosiguió con el Avemaría. Acabadas estas dos oraciones, me significó entenderlas bien, y que del Credo dudaba algunas cosas, y que estimaría se las fuese explicando. Fue repitiendo el Credo, y cuando llegó a Cristo Nuestro Señor que fue concebido por obra del Espíritu Santo, preguntome quién era el Espíritu Santo. Confieso que me vi confuso con la pregunta del muchacho y con verme obligado a significarle tan alto misterio; respondile que Dios era uno en esencia y trino en personas; que el Verbo Divino, hijo de Dios, procedía del Padre Eterno por el entendimiento; que lo que concibe, queda en su propia naturaleza, como la palabra inteligible, que sale de quien la dice y se queda en él: así lo enseña el angélico doctor. El Espíritu Santo procede de los dos, del amor del Padre al Hijo, a cuya causa en las divinas personas tiene nombre de amor el Espíritu Santo, como lo dijo San Gregorio; de la misma suerte, tiene nombre de Verbo el Hijo, que es nombre personal según San Agustín: con que en las personas divinas se dan dos procesiones, la una por el entendimiento, que es la procesión del Verbo, y la obra por la voluntad, que es la del amor, como lo resuelve Santo Tomás. Pero todo esto se viene a reducir (le dije a mi discípulo) a que hay un solo Dios en esencia y tres personas divinas, como os tengo dicho. Replicome el muchacho diciendo que si era Dios también el Hijo como el Padre Eterno, y el Espíritu Santo por lo consiguiente, que ¿cómo no había más que un Dios? A que le respondí que eso era lo que le acababa de explicar.

-Esa razón me cuadra, capitán -dijo el muchacho- que Dios no ha de ser como nosotros, para que podamos comprender sus grandezas, y me reduzco a lo que me decís y a creer solamente lo que me enseñáis.

Con esto me pidió la mano para levantarse, diciendo que le apretaban mucho los cursos de sangre que hacía, y al asentarse en la cama, se vació en ella; que por escucharme con atención, dijo había aguantado gran rato. Llegó la madre a mudarle mantas y frazadas, y en el entretanto salí afuera a que me diese el aire y sacudiese los vapores y anhelos del enfermo, que me tenían la cabeza tan desvanecida y dolorida, que juzgaba estar vestido ya del propio achaque. Encontré al salir por la puerta al cacique hablando con el «machi» o curandero, del que en otra ocasión manifesté sus ceremonias y encantos; lo habían llamado para que curase al muchacho, y luego que le vi, como si viese al demonio, se me alborotó la sangre y perturbaron los sentidos y por otra parte encaminé mis pasos. Habiéndome divisado el cacique, me llamó para decirme que aquel médico había venido a curar al enfermo y que cómo se hallaba. Respondile que la enfermedad que tenía no necesitaba de ceremonias ni de machitunes, como ellos dicen, sino era de algunas yerbas que le estancasen los ordinarios cursos, que le tenían debilitado.

-Yo le curaré -dijo el «machi»- y veré lo que ha menester para que cobre salud.

-Hagan traer un cántaro nuevo y una crecida rama de canelo y lo demás que sabéis - repitió el cacique.

Yo no quise replicarle porque no juzgase que contradecía el intento y perturbaba las diligencias que se pretendían para la salud del muchacho.

Entraron y yo me quedé afuera cogiendo el fresco, porque había salido medio mareado. Llegose a ver al enfermo el endiablado médico en compañía del cacique. El muchacho luego que le divisó le dijo que se fuese de su presencia, que no quería que le curase con aquellas ceremonias del demonio que acostumbraba; díjole su padre que por qué no quería dejarse curar, que cómo había de tener salud si no se sujetaba a las medicinas que querían aplicarle; respondió que no quería conseguir la salud por mano de aquel hechicero, que le tenía gran horror y miedo, y que de ninguna suerte lo quería ni aun mirar; y esto fue volviendo el rostro a otra parte y tapándose la cabeza; con ello obligó a su padre a decir al médico que no quería hacer cosa alguna contra el gusto de su hijo y que lo único que podía disponer era darle algún bebedizo para que se atajasen y minorasen los cursos, que era lo que le tenía debilitado fatigado.

-Pues por la mañana le buscaré las yerbas -dijo el «machi»- y se las daremos a beber; puesto que no quiere que le curemos de otra suerte, dejaré dispuesto el bebedizo y acá lo podrán dar.

En esto entré yo de afuera, y el cacique me llamó luego para decirme que mi camarada no había querido que le curase el médico y por no verlo se había tapado y vuéltole las espaldas; que procurase yo reducirle a que le hiciesen algunos remedios. Respondile que me parecía imposible, porque cuando vio curar al otro enfermo, me significó tener grande aborrecimiento al médico por las ceremonias mágicas que le vio hacer, y así tuviera por mejor darle algunas yerbas para que se le estancasen los cursos, que aun eso se le podía hacer beber.

-Por la mañana las traeré -dijo el «machi»- y enseñaré de la suerte que se las han de dar.

-Pues andad, capitán, a verle y a consolarle -me dijo el cacique-, porque quedó muy enojado y desabrido.

Con esto fui a donde estaba mi amigo Ignacio, que aún tenía el rostro vuelto a la pared o tabique del rancho; llamele por su nombre, y al instante que me reconoció la voz, volvió el rostro para mí, quejándoseme de su padre porque le había llevado aquel mal médico, que lo tenía por demonio, y preguntome si se había ido o adónde estaba; díjele que sentado al fuego con su padre, que por ser ya tarde y de noche se había quedado y que por la mañana se iría.

-Decidle, pues, a mi padre que no me lo traiga más acá porque yo no lo quiero ver.

Dijo esto con algún enfado, porque la enfermedad le iba apretando, de manera que lo tenía impaciente. En medio de sus congojas y aflicciones parece que hallaba algún alivio y consuelo en repetir las oraciones e invocar los nombres de Jesús y María, que para mí era de grande júbilo y alegría el oírle.

Finalmente, el muchacho se iba muy a prisa consumiendo y acabando con no comer y con la evacuación de sangre que cada día se le aumentaba. Al otro día fue el médico «machi» por la mañana a buscar las yerbas, y a medio día las trajo y dejó dispuesto el bebidizo, para que el siguiente día al alba se le diese de beber. En todo aquel día no le pudimos hacer que comiese bocado, sino fue un poco de caldo que bebió por fuerza. Aquella noche le velamos, porque ya no podía dormir ni sosegar, y sólo cuando rezaba parece que se hallaba más sosegado y estaba con el semblante más alegre, y lo más de la noche me tuvo entretenido en preguntarme de las cosas celestes, del sol, la luna y las estrellas y cómo se movían.

En estas conversaciones y en repetir a ratos el Credo, que era lo que más dudaba, pasamos la noche, y en ayudar al pobre muchacho a levantarse al servicio. Al amanecer, poco antes, vino su madre con el remedio que el hechicero médico había dejado dispuesto, y no lo quería beber de ninguna manera, hasta que yo le rogué que lo hiciese, que parece que en todo me mostraba más amor y más respeto que a sus padres, por serlo espiritual de su alma y amigo verdadero en su enseñanza y doctrina a que estaba bastante reconocido, *por estar fundada nuestra amistad en lo justo y honesto y encaminada al bien del alma.*

Luego que bebió el bebidizo que su madre le trajo, recrecieron unos dolores de estómago y del vientre al enfermo, y dando vueltas a menudo estuvo muy buen rato quejándose lastimosamente, lo que nos causó gran dolor y lástima, y en medio de sus aflicciones se nos quedó desmayado, o muerto por mejor decir, con un sudor frío que le cubrió todo el cuerpo. Lamentose la madre con descompuestas razones y desmedidos llantos; acudió el cacique, padre del enfermo, y aunque se enterneció de vernos a todos los circunstantes afligidos manifestando nuestro pesar y sentimiento con lastimosas voces, antes nos sirvieron de consuelo su valor, su prudencia y sus razones, pues dijo que de qué nos afligíamos y por qué llorábamos tan desmedidamente, siendo el morir natural en los vivientes; que antes era de envidiar la muerte que tenía su hijo.

Quedósenos (como he dicho) sin sentido, acezando y sudando; todo el día y la noche estuvo de aquella suerte, abriendo a ratos los ojos; y al cuarto del alba, o al salir el sol, levantó la cabeza y me llamó muy alegre, diciendo:

-Mirad, capitán, la señora tan linda, con su hijo en los brazos, y tantos pajaritos blancos que están volando por encima, y un hombre vestido de negro, blanco hasta la cabeza, hincado de rodillas.

-¿No lo veis? -y señalaba el techo de la casa.

Díjele que ya los veía, que se animase mucho con tan buena vista. Volvió a decirme:

-¿No veis cómo llueve, amigo? ¿Cómo una escarchita blanca está cayendo muy menuda?

Alegráronse todos de oír hablar al muchacho de aquella suerte y con tantos alientos, juzgando que se hallaba mejor con las yerbas que había bebido. Y en medio de estas palabras, dio principio al Avemaría, diciéndome que le ayudase, mirando con grande atención al techo y desmayando la voz. A los últimos fines de la oración le dio un fuerte hipo, y acabando con aquellas palabras que dicen: «Rogad por nosotros pecadores, ahora

y en la hora de nuestra muerte», expiró con tres boqueadas y en ellas el nombre de Jesús y María, ayudándole yo con todo afecto. Fue a gozar de la eterna gloria, según nuestra fe católica, pues a los seis días de bautizado, sin haber hecho acción que no fuese encaminada al conocimiento de Dios y de sus mayores misterios, mostrando sobrenatural auxilio y habiendo estado todo un día y una noche sin hablar, habérsela dado Dios para que muriese con el Avemaría en los labios y saliese el alma de aquel cuerpo de día y al salir el sol, que es particularidad grande, según lo nota el gran padre San Gregorio, y que es prenuncio y señal de predestinación.

Murió mi camarada y amigo, y faltome con su ausencia la alegría, y aun el alma toda me llevó consigo, porque el verdadero amigo es una misma cosa con el que ama.

Después del fallecimiento de Ignacio, mi amado compañero, todos los asistentes en la casa, padre, hermanos y parientes, se pusieron a llorar sobre el cuerpo, como yo lo hacía lastimosamente sin haberme apartado de su cabecera; lamentáronse todos juntos con unos suspiros y unos ayes tan lastimosos, echándose sobre el cuerpo, que me obligaban a hacer lo mismo, imitando sus acciones lamentosas; en cuya ocasión se me vino a la memoria ser esta nación muy asemejada a los hebreos y a aquellos de la ley antigua, que en esta forma se congregaban a celebrar sus exequias.

Pasó la palabra a los ranchos comarcanos, amigos y vecinos, de la aflicción con que se hallaba el principal cacique de la «regüe» y trajo cada uno su cántaro de chicha; entraron y nos hallaron con las acostumbradas ceremonias llorando sobre el difunto. Levantose el cacique a recibirlos, y acercándose al cadáver cuatro de los más ancianos y nobles, fueron cada uno de por sí echándole encima una camiseta y manta nueva, y las mujeres de éstos poniendo arrimadas al cuerpo frío las tinajas o cántaros de chicha que trajeron a cuestras, y como más tiernas y ceremoniáticas, las viejas dieron principio a dar tan tristes voces y alaridos, rasgándose las vestiduras y pelándose los cabellos, que obligaron a que los demás las acompañasen; con que chicos y grandes, con los gritos, sollozos y suspiros que daban, hacían tan gran ruido, que parecía más ceremonia acostumbrada que natural dolor por el difundo; en lo que se conoció hacerse más aquellos extremos por el fausto y honor de las exequias que por el pesar que les causaba la muerte de los suyos.

De esta suerte estuvimos toda el día y la noche, cantando a ratos unos como motes tristes, entre suspiros y llantos, y de cuando en cuando iban a encajarse sobre el cadáver helado y a cantar llorando sus acostumbrados versos, sin descubrirle el rostro, que tenía cubierto con las mantas y camisetas nuevas que le habían traído.

Amaneció otro día entre nublado y claro el cielo, y dispusieron llevar el cuerpo a un cerro alto donde había otros entierros señalados, a la vista de la casa, que debía ser de sus antepasados. Consultolo su padre el cacique conmigo, y yo fui de parecer que le hiciésemos la sepultura al pie de la cruz donde había sido bautizado y que le tendríamos cerca de casa. Respondiome que hablaría a los demás caciques por ver lo que les parecía, por no faltar a lo acostumbrado entre ellos.

-Mucho estimaré que lo reduzcáis -le dije- a que lo enterremos aquí cerca de la casa, pues murió cristiano y como un angelito.

-Pues voy a comunicarlo-dijo el cacique-, y veremos lo que me dicen, y conforme a sus pareceres dispondremos el entierro.

Salió afuera, llamó a los amigos y parientes más graves, y consultó el caso, de manera que resolvieron llevarlo al entierro de sus pasados, por no faltar de la costumbre de los suyos, que aun en esto muestran asemejarse a aquellos antiguos padres. Después de su consulta me llamaron afuera y me significaron la resolución que habían tomado, porque no podían hacer otra cosa.

-Pues ya que ha de ser así -les dije-, estimaré mucho que me permitáis que ponga una cruz grande al pie de su sepultura.

-De muy buena gana -respondieron todos- y os ayudaremos a hacerla y levantarla adonde vos despusiereis y gustareis.

Con esto fuimos todos adentro a tratar de llevar el cuerpo a su sepulcro, y hallamos descubierto el rostro del muchacho muerto, porque su madre y otros parientes suyos lo estaban vistiendo de nuevo con calzones colorados, camisetas listadas y una bolsa muy labrada pendiente de un cinturón ancho, a modo de tahalí, con sus flecos a la redonda. Hallamos a las indias muy admiradas cuando entramos, diciendo que no habían visto jamás en difunto lo que en aquel muchacho, que además de haberse puesto más hermoso y blanco de lo que era, lo que causaba mil gustos a sus padres y a los demás circunstantes que le asistían, tenía el cuerpo tan tratable y amoroso, que se dejaba doblegar a cualquiera parte que querían moverle. Llegamos todos a hacer la experiencia y lo atentamos como si estuviese vivo, doblándosele las brazos y las piernas a las partes que los querían encaminar. Y habiendo estado día y noche sin alma aquel cadáver frío, causoles notable novedad y a mí no menos, porque me pareció cosa que no sucedía jamás, y el verle tan hermoso, blanco y risueño como si estuviese en su cuerpo el alma. Preguntáronme la causa de la diferencia que hallaban en aquel cuerpo helado a los demás que habían visto difuntos, y respondiles que en eso echarían de ver la diferencia que había de los cristianos a los que no lo eran, que como iban a gozar de la presencia de Dios al cielo, participaba el cuerpo de la gloria y hermosura que se le comunicaba al alma.

Arguyéronme diciendo que habían visto en otras ocasiones morir a otros españoles cristianos entre ellos y quedar como los demás difuntos, y no con la hermosura y suavidad en el cuerpo que habían experimentado en aquel muchacho; que así, no era buena razón la que les daba. A esto les satisface con decir que entre los cristianos había malos y buenos, como en todas las naciones; que también ellos no me podían negar que entre los suyos había unos bien intencionados, de buen corazón, generosos y ajustados a su ley natural, y otros perversos, de mala inclinación, inquietos, ladrones, maldicientes, envidiosos y crueles. Me respondieron que tenía razón.

-Pues de esa suerte somos también los cristianos: algunos no tienen más que el nombre meramente, porque sus obras no son ajustadas a su profesión ni a la ley divina.

-Ahora sí -dijo el cacique- que nos habéis sacado de esta duda con habernos significado la diferencia que hay del que muere como bueno al que muere como malo; con lo que me habéis dado a entender que mi hijo está en el cielo, gozando de Dios, y que su cuerpo

helado y frío participa de la gloria y sumo bien que goza su alma; de que la mía se halla con grande regocijo, estimando y agradeciendo la enseñanza y doctrina que tuvo de vos, por cuyo beneficio me tendréis siempre muy propicio y dispuesto a todo lo que fuere de vuestro gusto.

Yo estimé mucho las razones del cacique; y porque nos habemos dilatado ya bastante, proseguiremos con las demás ceremonias que usan en sus entierros.

En el discurso de la conversación y plática que tuvimos, las mujeres se ocuparon en vestir al difunto con ropas nuevas, camisetas, mantas y calzones de diferentes colores y una bolsa muy curiosa (como tengo dicho) que sobre todo le pusieron, pendiente de una como faja ancha, a modo de tahalí, que no tuve curiosidad de saber lo que llevaba dentro, porque iba bien llena y cocida por la boca; después de haber salido del cautiverio, supe de algunos indios de los nuestros que lo que les ponían en la bolsa eran sus collares y «llancas», y esto se acostumbra con los hombres principales y de suerte. Acabaron de vestirle y trajeron unas andas a su modo, muy enramadas de hojas de laureles y canelos, y a falta de flores -que en aquel tiempo no las había en el campo por ser la fuerza del invierno- le hice una guirnalda de hojas de laurel, toronjil y yerbabuena, y se la puse al muchacho difunto en la cabeza, que parecía con ella un angelito, porque se había puesto blanco y hermoso. Pusiéronle en las andas y los más principales las sacaron en hombros, yo entre ellos, porque me convidé para el efecto, y los caciques estimaron mi acción, especialmente el padre del muchacho. Salimos en procesión más de cincuenta indios, que se habían juntado de los comarcanos de una cava que llaman ellos «quiñe lob», a más de otras cien almas de indios, chinuelos y muchachos, que llevaban de diestro más de diez caballos cargados de chicha, puestos en orden, marchando por delante. Salimos con el cuerpo por la puerta del rancho, y así como pusimos los pies fuera de los umbrales con las andas, se levantó un ruido de voces tan extraño, que por lo nunca acostumbrado en mis oídos me causó de repente algún pavor y espanto; porque las dolientes mujeres, la madre, hermana y muchachos lloraban sin medida y lastimados, rasgándose las cabezas y cabellos, y los demás, por ceremonia, se aventajaban a éstos con suspiros, sollozos y gemidos, y todos juntos despidiendo unos ayes lastimosos, acompañados con las lágrimas, gritos y voces de los niños, que penetraban los montes de tal suerte, que respondían tiernos a sus llantos. Parados estuvimos y suspensos mientras se sosegaron los clamores, que verdaderamente eran más encaminados al honor y fausto del entierro que a demostrar la pena que llevaban.

Llegaron los regentes del entierro y mandaron que prosiguiésemos nuestro viaje, habiendo caminado ya la vanguardia y entonado un canto triste y lastimoso, cuyo estribillo era repetir llorando: ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, ¡mi querido hijo!, ¡mi querido hermano!; y ¡mi querido amigo!; en llegando a este punto se hacía alto otro rato, a modo de posas entre nosotros, y se formaba otro grande llanto como el primero. A esta segunda suspensión llegaron otros caciques a mudarnos y cargaron las andas hasta el pie del cerro o cuesta donde se había de enterrar, que estaba a poca más de una cuadra de la casa. Lo más trabajoso era subir la cuesta. Prosiguieron con el mismo orden, cantando, como he dicho, lastimosos cantos, y cuando llegaron al pie de la loma, volvieron a hacer lo propio que en la primera posa. Para subir llegaron otros mocetones principales y forzudos y cogiendo las andas las subieron sin faltar del orden con que se dio principio a la

procesión. Llegamos todos a la cumbre, donde algunos principiaron a hacer el hoyo con tridentes, palas y azadones; los tridentes son a modo de tenedor, de una madera pesada y fuerte, y en el cabo arriba les ponen una piedra agujereada al propósito, para que tenga más peso, y con éste van levantando la tierra para arriba, hincando fuertemente aquellas puntas en el suelo, y cargando a una parte las manos y el cuerpo, arrancan pedazos de tierra muy grandes con raíces y yerbas; tras éstos entran las «hueullos», y con éstas van echando a una parte y a otra la tierra, para volverla a echar sobre la cara del difunto; y con los azadones ahondan todo lo que es menester, si bien no hacen más de ajustar unos tablones que sirven de ataúd. Llevaron hechos al propósito tres de estos para el plan y asiento del cuerpo que tendrían más de vara y media de ancho, que al propósito es el cajón espacioso y ancho por lo que le ponen dentro. Ajustaron los tablones en la tierra y pusieron al difunto dentro de la caja, y yo llegué a quitarle la cruz que le había puesto, que era la que me acompañaba de ordinario, y dentro del cajón me senté un rato a contemplar la dichosa muerte de aquel muchacho y el haberse puesto más hermoso, más blanco y agraciado que cuando estaba vivo. En el ínterin que hicieron el hoyo para ajustar las tablas, habían descargado la chicha, que llevaban más de veinte o treinta botijas y las tenían puestas en orden, unas por una parte y otras por otra, en hileras. Tras ellas estaban los caciques sentados, y las mujeres de la propia suerte tras de los varones, repartiendo algunas de ellas que andaban en pie, en medio de la calle que hacían las botijas, jarros de chicha a todos los sentados; y a los que habían trabajado en la sepultura les llevaron una botija antes que acabaran con su obra, la que despacharon en un instante, ayudados de otros muchos chicuelos y chinas. Avisaron al cacique que estaba ya el cuerpo en el sepulcro, y levantándose con los demás, llevó en la mano un cántaro pequeño lleno de chicha, y los otros caciques de la propia suerte, y arrimándose al cajón del difunto, llegó la madre a echarse sobre él y a pelarse los cabellos y echárselos encima. Esto con unas voces muy desacompasadas, mezcladas con suspiros y llantos, a cuya imitación se levantó un ruido lastimoso de sollozos, alaridos y lágrimas, porque como las de la madre eran verdaderas, obligaron a muchos a imitarla, como yo lo hacía, despidiendo las del alma por los ojos.

Sosegáronse un rato los clamores, y todos los caciques brindaron al muchacho muerto, y cada uno le puso su jarro pequeño a la cabecera: su padre, el cantarillo que llevaba; la madre, su olla de papas, otro cántaro de chicha y un asador de carne de oveja de la tierra, que se me olvidó de decir que llevaron en medio de la procesión y la mataron antes de enterrar al difunto sobre el hoyo que habían hecho para el efecto; sus hermanos y parientes le fueron ofreciendo y llevando, los unos platillos de bollos de maíz, otros le ponían tortillas, otros mote, pescado y ají, y otras cosas a este modo. Finalmente, llenaron el cajón de todo lo referido y después trajeron otras tres tablas o tablones ajustados para poner encima y taparle. Después de haberlo hecho, el primero que echó tierra sobre el sepulcro fue su padre, con cuya acción se levantó otro alarido como los pasados, y entre todos los dolientes y convidados cubrieron el hoyo en un momento y sobre él formaron un cerro levantado en buena proporción, el cual se divisaba desde la casa muy a gusto y de algunas leguas se señoreaba mejor.

Después de acabada esta acción, se sentaron a la redonda del cerrillo y pusieron todas las botijas de chicha de la propia suerte en orden, y como había más de doscientas almas, brevemente las despacharon. En el entretanto que bebían, me fui con cuatro amigos

mocetones al monte; escogimos una vara gruesa de roble fuerte de las más derechas que hallamos, de la cual formamos una cruz de muy buen porte y la trajimos al sitio donde los demás estaban acabando de beber. Con toda brevedad se hizo un hoyo al pie de la sepultura, donde la pusimos entre todos, con mucho gusto del cacique y de los demás circunstancias.

Con esto, fuimos bajando para los ranchos, todavía con algún sentimiento y tristeza; esta fue poco antes de ponerse el sol. Hallamos la casa del cacique con muy buenos fogones y en uno de ellos diversos asadores de carne, perdices, tocino, longanizas y muchas ollas con diferentes guisados de ave, para cenar, que como aquellos días de disgustos no se había comido bien, quisieron recuperar lo perdido. Luego que nos trajeron el asado, que aun. no habíamos empezado a cenar, llegó mi amo con su padre, el viejo Llaneare, sus nietos, mis primeros y antiguos compañeros y amigos, con algunos otros caciques, que serían hasta tres o cuatro principales, con sus compañeros o criados mocetones. Salí afuera luego que nos dieron el aviso, y el cacique conmigo, como dueño de casa salió a entrarle y a los demás sus compañeros. Diéronle el pésame de la muerte de su hijo, que ya había corrido la voz por los demás distritos comarcanos. Entramos todos, sentáronse los nuevos huéspedes por su orden, y cenaron con nosotros y bebieron muy a su gusto; porque el cacique doliente era muy ostentativo y siempre tenía mucha chicha, sobrada y abastecida la casa de todo lo necesario. Los caciques que se habían quedado a cenar y que tenían sus ranchos a dos y a cuatro cuadras, se fueron despidiendo con sus chusmas y nos dejaron solos con los recién venidos caciques.

Aquella noche nos recogimos temprano a nuestros lechos, porque como las pasadas habían sido de desvelo, nos obligaron el sueño, el trabajo y la aflicción a solicitar al cuerpo algún descanso, como lo hice yo, acomodándome con mis camaradas antiguos; después de haber rezado las oraciones que sabían y yo mis devociones, con facilidad pusimos en silencio los sentidos.

TERCERA PARTE

Al siguiente día que llegaron Maulicán y sus compañeros, salimos del rancho del cacique Luancura, quien repugnó mi salida con extremo por el amor y voluntad que me había cobrado y por la falta de su hijo, que parece que con mi asistencia la toleraba con algún alivio. Prometióle mi amo que de vuelta del convite, a que estaba obligado a llevarme forzosamente, me volvería a su obediencia, con cuya promesa consolado, y después de haber bebido y almorzado, cogimos la derrota para el festejo. Caminamos aquel día cerca de seis leguas, porque pasamos el río de La Imperial por la misma ciudad antigua y desolada, que cuando llegué a divisar sus muros abatidos, enternecidos el corazón, no pude dejar de decir lo que el gran profeta Jeremías dijo con dolorido ánimo, suspirando sobre los desiertos muros de Jerusalén: ¡Cómo están estos muros por el suelo, la ciudad desierta y solitaria! ¡Ésta que fue la principal señora de las gentes, cómo la miramos viuda y sin amparo! La que fue cabeza de las otras, hoy son sus habitantes tributarios.

Pasamos el río en una canoa que hallamos de esta banda. En los ranchos estaban solamente las viejas y los niños, porque los habitantes habían ya caminado aquel día a la

borrachera. Anochecieron dos leguas más adelante del río, a la vista de unos ranchos donde sólo habían quedado una vieja y un muchachuelo que guardaba el ganado, que divisamos dentro del corral que estaba arrimado al rancho. Alojamos a la vista de él como a distancia de seis cuadras, ya de noche, arrimados a un apacible estero y cristalino arroyo. Y habiendo hecho muy copiosas candelas y fogones, determinaron que fuésemos todos al corral de las ovejas y trajésemos cada uno la suya; como yo les replicara que para comer diez o doce personas que estábamos, bastarían tres o cuatro cabezas, que las demás, ¿qué habíamos de hacer de ellas?, me respondieron los mocetones que iban con los caciques, que cada uno de ellos se había de comer más de dos caneros. Y es verdad que al paso que saben ayunar y tolerar el hambre cuando es necesario, en hallando ocasión de desquitarse, como sea a costa ajena, es con tanto extremo lo que comen, que causa admiración al que los mira.

-Vamos, pues, amigos -les dije- que también traeré yo la que me toca para el viejo Llaneare, mi abuelo (que así llamaban al padre de mi amo).

Con esto salimos todos a la empresa, sin dejar más que al viejo y a los muchachos en guardia en nuestros fustes y caballos. Llegamos al corral de las ovejas, y al ruido y alboroto que hicieron, salió el muchachillo que cuidaba de ellas, a reconocer la causa del alboroto; y uno de los que iban con nosotros lo espantó con un amago, con lo que al instante se volvió a entrar; los demás en el ínterin cogimos cada uno una cabeza, la primera que topamos. Salió después la vieja dando voces y gritos desafortunados, diciendo que quiénes eran los atrevidos desvergonzados que a la casa de su hijo fulano, que le nombró cacique principal, no tenían respeto, que él lo había de saber y castigar. A esto levantó la mano uno de los que se hallaron más cerca y le sacudió las narices con dos golpes, con lo que tuvo a bien entrarse y cerrar la puerta, aunque gruñendo entre dientes. En aquel tiempo juzgué a los indios fronterizos de la misma suerte que los soldados de nuestro ejército: cuando bajan a los distritos de la ciudad de Santiago, son dueños de todo cuanto topan. Cargamos cada uno con la oveja o carnero que nos cupo, según lo que encontramos, y nos fuimos retirando a nuestro alojamiento, donde con toda brevedad, a orillas de aquel estero montuoso, degollamos lo que trajimos y lo desollamos, que fueron hasta diez cabezas. Los muchachos mis compañeros me ayudaron con presteza y no dejaron cosa de los menudillos que no comiesen de la suerte que salían, echados sobre las brasas, medio crudos. Aumentáronse los fuegos con extremada leña seca de aquel monte, que la ofrecía a la mano dadivoso, y de cañas bravas hicimos nuestros asadores, que ensartaba cada uno media oveja, demás de otros pedazos que se echaban sobre las brasas, los hígados, los bofes y las panzas, que decían era lo más gustoso y saludable. Después de haber comido lo necesario me recogí a descansar al abrigo y reparo de unas ramas tupidas, y para tolerar el frío, que era muy conforme al tiempo de agosto, en que las travesías y hielos continuaban, hice otra candelada tan cerca de donde puse mi frazada, que me sirvió de abrigo y de consuelo. Luego que mis camaradas se hallaron satisfechos, me fueron a buscar y a acompañarme, y el viejo nuestro abuelo muy poco después fue a entrarse en medio de nosotros, obligado de la escarcha y el hielo que caía. Recordamos al alba mis compañeros y yo a socorrer el fogón de leña que nos abrigaba, y a aquellas horas aun estaban comiendo algunos de aquellos voraces avestruces, que menos que teniendo los estómagos semejantes a sus ardientes buches, era imposible haber podido dar fin a tanta carne. Amaneció a poco rato y fuimos en demanda de nuestros animales, que

maneados habían pacido en el campo, el valle abajo, y antes que saliese el sol los teníamos ensillados para marchar en ellos. Habiéndoseme antojado almorzar un pedazo de carne después que llegamos de recoger las bestias, no hallé un bocado de que echar mano, porque toda se la habían comido aquella noche. Subimos a caballo a aquellas horas y fuimos en demanda del festejo que se hacía que nos aguardaba dos leguas adelante en donde nos alojamos, llegando antes del mediodía al sitio donde se iban agregando muchas parcialidades. Luego que llegamos a la vista de donde estaba el concurso, la plebe y mocetones dando principio a sus bailes y cantos, enviaron a Maulicán y Llaneare, su padre, a avisar al cacique Huirumanque, que era el dueño y «tuautem» de la fiesta y el que había enviado a convidarnos. Al instante envió el cacique cuatro embajadores, hombres principales y parientes suyos, a que nos allegasen a media cuadra del palenque y nos pusiésemos a vista de él para que no entrasen al sitio que nos tenía desocupados; nos acercamos con los embajadores, los cuales nos hicieron hacer alto a la vista de todo aquel concurso, que sería entonces, antes de haberse juntado otras parcialidades, de más de cuatro mil indios y más de seis mil mujeres, sin la chusma, que era grande. El distrito que ocupaban eran de más de dos cuadras a lo largo, cercado por dos lados en triángulo en unas ramadas a modo de galeras, cubiertas y cercadas, por la poca seguridad del tiempo. Estas galerías tenían sus divisiones y aposentos, donde los parientes y deudos del que hacía el festejo tenían las botijas de chicha, carneros, ovejas de la tierra, vacas y terneras con que ayudaban al cacique pariente al gasto de aquellos días; serían más de cuarenta divisiones, sin la muchedumbre de estos géneros que en su casa tenía el cacique para el gasto de aquellos días.

Vamos ahora a nuestra entrada. Salió el cacique Huirumanque (que para tales días guardaba los antiguos vestidos de los españoles) con unos calzones de terciopelo morado tan anchos y largos que parecían costales, llamados gregüescos, guarnecidos con un franjón de oro muy ancho, y una camiseta muy labrada, con sus flecos a la redonda, lo que le servía de colete; una bolsa colgaba con su cinchón, que parecía tahalí, y encima su capa de paño de Castilla azul oscuro que tiraba a morado, también con su franjón de oro por los cantos y por el cuello, y unas medias de seda amarillas puestas sin zapatos, pero con unas alpargatas a su modo y usanza. Otros que le acompañaron sacaron también sus vestidos antiguos de españoles, con sus sombreros largos de copa y cortos de falda, que parecían panes de azúcar. Algunos traían sus plumajes, y otros cintillos de oro a lo antiguo, y el cacique llevaba sus collares de piedras que tienen por preciosas y de los propios cintillos; llevaban por delante diez o doce chinas muy bien vestidas a su usanza, cada una con su jarro de chicha. Llegaron al sitio donde estábamos aguardando; cogió el cacique un «malgue», y brindó con él a mi amo y con otro a Llaneare, su padre; luego pidió un jarro de plata que traía aparte una hija suya, con un licor suavísimo y regalado de manzanas, que estando en su punto y no añejo es de las mejores bebidas que se hacen, con el cual me brindó diciéndome que por el deseo que tenían todos los de su distrito de La Imperial, su tierra, de ver al hijo de Álvaro, cuyo valor y nombre estaba tan temido y respetado, habían dispuesto aquel festejo y cagüín. Por esto habían enviado a convidar a Maulicán, a quien estimaban mucho el cuidado y puntualidad con que había acudido a su ruego, llevándome para satisfacer el gusto y el deseo de toda aquella muchedumbre que para el efecto se había congregado. Le agradecí el favor y honra que me hacía; y después de haber brindado a todas los demás caciques que venían en nuestra compañía, nos mandó apear, porque todo esto fue estando a caballo. Y aunque no acostumbran hacer

guardar los caballos de los que acuden a tales festejos, por habernos él convidado y llevado de diferente parcialidad, mandó a los criados de su casa los llevasen a un potrero y mirasen por ellos con cuidado. Cogió la vanguardia el cacique, a quien fuimos siguiendo todos los de nuestra parcialidad en un cuerpo, y llegamos al lugar que nos tenían señalado, inmediato al palenque y andamio del baile. Poco antes de llegar al sitio, salieron más de otros setenta indios principales a darnos la bienvenida, que éstos eran los que ayudaban al gasto de la borrachera, cuñados y parientes del cacique Huirumanque, dueño de aquel lugar y principal motor de aquel convite. Pusiéronnos, en suma, en el lugar en donde habíamos de asistir todo el tiempo que durase aquel festejo; en él nos tenían seis o siete esteras o tapetes en que sentarnos y, por principio de fiesta, seis tinajones de chicha de diferentes géneros.

Sentáronse todos a la vista de los que estaban cantando y bailando en las gradas y escaleras del andamio. Tenían por delante los seis tinajones referidos; y levantose el cacique con un criado y fuelos repartiendo a los recién venidos. Principiando por Maulicán y su padre, acabó por los demás caciques, habiendo hecho traer a una hija suya otro cántaro moderado para mí de chicha de frutillas, que es la que tiene el primer lugar en sus bebidas, de la cual me brindó amorosamente.

Tras esto, fueron trayendo tantos platos de diferentes viandas, guisados de ave, de pescado y de marisco, con diversos asadores de corderos, perdices y terneras, que sólo con la vista podían satisfacer al más hambriento. A esto se allegaban otros continuos brindis de otros particulares caciques, que los más venían encaminados a mí por conocer y mirar despacio al hijo de Álvaro. Fuéronse agregando tantos indios y muchachos, indias, mocetonas y chicuelas con pretexto de brindarnos, que apenas podíamos rodearnos en nuestro sitio. El cacique Huirumanque, advertido de otros que le asistían, dijo a Maulicán que me rogara que subiese arriba, a la grada más alta del andamio, donde estaba el común de la plebe bailando y cantando en altas voces, para que de abajo me divisasen todos más a gusto, porque lo deseaban en extremo. Respondió mi amo que él era dueño de todo y que me hablase a mí para el efecto. Llegaron el cacique y otros cuatro de ellos a donde yo estaba con mis compañeros y el viejo Llaneare repartiendo la chicha que nos habían traído, y con amorosas razones y corteses súplicas me pidió que le hiciese el favor de subir a la última grada del andamio, para que puesto en alto fuese más bien admirado de las «ilchas» y «malgüenes», como si dejese de las damas, que como a muchacho sin pelo de barba, se inclinaban a verme con agrado.

-Vamos muy en hora buena -respondí al cacique- si mi amo tiene gusto en eso.

-En el vuestro lo ha dejado -me repitió el cacique- que ya lo tengo hablado para el caso.

Con esto fuimos entrando por medio de aquellas muchedumbre de cantores y cantoras que estaban bailando al pie de los andamios. Luego que me divisaron, llegaron todos a darme muchos «mari maris», que son saluciones entre ellos. En particular se arrimó a mí una mocetona no de mal arte a brindarme con un jarro de chicha extremada. Dijéronme el cacique y los demás que iban en mi compañía que recibiese el favor de aquella dama, que como suelta y libre podía arrimarse a quien le diese gusto; que la pagase el amor que me mostraba con igual correspondencia, haciendo oficio de tercero él y los demás y diciendo a la moza que tenía buen gusto. Traía en la cabeza esta muchacha

una «mañagua», abierta la boca, manifestando los dientes y colmillos, y las orejas muy tiesas y levantadas para arriba, cubierta a trechos de muchas «liancas» y chaquiras de diferentes colores muy bien adornadas, que en tales festejos las tienen por gran gala las que entran a bailar entre las demás mozas. Yo traía puesto un sombrero viejo, y díjole al cacique la muchacha que había de bailar conmigo de las manos asida, como lo acostumbran, y que me pusiese aquella mañagua en la cabeza; díjola el cacique:

-Deja que suba primero a lo alto de las gradas para que lo miren todos y lo vean, que para eso lo traemos aquí.

-Pues ponédle esta zorrita en la cabeza, para que me la dé después cuando baje.

Cogió el cacique la zorra o mañagua, quitándosela a la moza, y díjome:

-Capitán, ponte la prenda de esta «ilcha» y estima el favor que te hace, que no lo hace a todos.

-De muy buena gana, por cierto -respondí al cacique alegre y placentero- que por obedecerte haré todo lo que me mandares y corresponderé con buenas cortesías a la voluntad y amor que me muestre esa hermosa dama.

Ésta, alentada de diferentes licores, había perdido el honesto velo que acompaña a las mujeres cuerdas.

-Púseme en la cabeza la venérea insignia y entregué el sombrero a uno de los muchachos mis compañeros (que nunca me dejaron de la mano) para que le tuviese en tanto que devolvía a su dueña la mañagua. Luego que me la vieron puesta, fue tanto el gusto que les causó a todas las circunstantes mocetonas que con otras insignias semejantes estaban dando vueltas en el baile, que se llegaron a mirar muy despacio, diciendo las unas a las otras:

-¡Qué bien le está la zorrita al capitán!

Y la que me la dio me dijo con encarecimiento que me asentaba bien su mañagua, que en bajando de arriba había de bailar con ella de la mano.

En esto me puso el cacique en la primera grada, que estaría del suelo una vara; sobre ella había otras cinco gradas, a distancia de tres cuartas poco más o menos las unas de las otras. Fueron dándome la mano con notable gusto los que estaban bailando encima de ellas, hasta llegar a la última y más alta, donde me pusieron dos galanes mocetones en medio, que con grande agrado me saludaron cortesés, y me rogaron que cantase con ellos y bailase. Les respondí que no sabía ni podría aprender aunque quisiese, porque como cautivo me faltaba lo principal, que era el gusto, y esto fue mostrándome algo afligido.

-Pues no te desconsueles, capitán -me dijo uno de ellos-, que esto que hacen contigo es para que puedan gozar todos de tu vista, porque es tan grande el nombre de tu padre Álvaro, que por ver a su hijo y conocerle ha venido mucha gente de muchas leguas de aquí.

Estando en esto, llegó el mensaje del cacique para que volviese el rostro hacia las espaldas, porque como el andamio y las gradas estaban en cuadro, no me podían divisar más que los que estaban dentro y en los andamios. Así, el mocetón que estaba a mi lado me volvió el rostro para que la muchedumbre que estaba a las espaldas de las gradas pudiesen divisarme y verme a su gusto. Dieron vuelta conmigo los dos acólitos que me tenían en medio a todo el distrito que cogía el andamio, bailando al son de los tamboriles, trompetas, flautas y cornetas, y cantando un romance a mi llegada, diciendo que allí estaba el hijo de Álvaro, que lo mirasen bien y lo conociesen, pues para ese efecto se habían juntado todos aquel día. Los circunstantes respondían afuera con el mismo romance, cantando y bailando, y puestos los ojos en mí con gran cuidado. Al cabo de muy buen rato -el sol se iba apartando de nosotros- me envió a llamar el cacique, que me estaba aguardando abajo de las gradas, y los dos compañeros que me habían tenido en medio no quisieron dejarme hasta entregarme a los caciques. Llegué a donde me estaban aguardando. Se levantaron luego a recibirme, y la moza con ellos, a brindarme y a decirme lo bien que parecía su prenda en mi cabeza.

-Más bien sienta en la tuya -le respondí-, que sin ella no me pareces bien; y esto fue quitándomela y poniéndosela encima por eximirme de que me buscara después. Paguele el brindis con otro que me había hecho el cacique al apearme a quien rogué nos fuésemos a donde estaba mi amo; y a una vuelta que dio la muchacha bailando con sus compañeras, nos desaparecimos de donde estaban y llegamos al sitio de nuestros compañeros: ya estaban Maulicán y Llaneare, su padre, muy privados de juicio. El cacique anduvo tan bueno y cortesano, que nos llevó a todos los de nuestro ahillo a su rancho, porque pasásemos la noche con algún alivio y sin riesgo de mojarnos, porque verdaderamente el tiempo era vario y a ratos el viento helado y frío nos sacudía con unos aguaceros demandados y violentos, efectos propios del mes de agosto.

Acomodamos a los dos viejos, Maulicán y Llaneare, en un rincón desocupado de la casa, para que durmiesen sosegados y quietos, y mis compañeros y yo nos sentamos al fuego un rato. Allí nos hizo el cacique dar de cenar y unos buñuelos bien hechos empapados con mucha miel de abejas. Después nos fuimos a descansar arrimados a nuestros viejos; y el rancho, como era tan capaz y espacioso, se ocupó con tres o cuatro tamboriles y bailes diferentes, a cuyo son nos quedamos suspensos y dormidos.

Estando ya con mis compañeros entregados al sueño, a la media noche llegó el cacique a recordarme, acompañado de la moza de la mañagua, diciendo que me levantase a bailar con ella, pues había venido en mi demanda. Asentose junto a mí la muchachona, haciéndose más borracha de lo que estaba, pareciéndole que de aquella suerte disimularía su deshonesto descoco. Persuadiome el cacique a que comunicase a la moza y bailase con ella de la mano; repugnelo con algunas instancias, haciéndome más dormido de lo que estaba. Y aunque quiso hacer la moza otros extremos en presencia del cacique echándose a mi lado, me levanté luego de la cama como enfadado. El cacique, que servía de tercero, me dijo que por qué me excusaba de dar gusto a aquella moza y de bailar con ella, cuando los «huincas» y españoles antiguos acostumbraban en sus casas bailes y deshonestos festejos, como los que ellos tenían. Le respondí que aquellos estaban en su libertad y eran dueños de sus acciones, y que yo me hallaba sujeto y cautivo, con que no hallaba gusto ni placer en cosa, sino era en el temor de Dios, que era el que me había de

conservar en su gracia. Con esto se levantó la moza medio enfadada y se fue al baile, y el cacique me dijo que me volviese a echar a dormir, que lo hice con mucho gusto por verme libre de tentación tan grande.

Toda aquella noche estuvieron la plebe y el común cantando y bailando en el palenque y en diferentes fogones más copiosos, con abundancia de manjares para el sustento ordinario de aquella muchedumbre, porque con particular cuidado los dueños de la fiesta tenían dispuesto el gasto de aquellos días por sus turnos, dando de comer y de beber lo necesario cada día entre seis o siete caciques de los parientes y amigos del principal promotor de aquella fiesta con tal concierto y orden, que por las mañanas salían de los ranchos donde de noche se recogían los caciques principales y se iban a sus lugares y asientos señalados, y allí les llevaban de almorzar y de comer a cada parcialidad, de que participaban todos los de ella. A los que estaban sustentando el baile en los andamios y gradas del ordinario concurso les llevaban aparte sus ollas de guisados y gran suma de asadores de carne, los cuales, puestos al fogón que tenían en medio, iban comiendo todo lo que querían y cuando les parecía. Atrás de esto les llevaban más de cuatrocientos «menques» o tinajones de chicha, para que fuesen repartiendo a todos los que llegaban y a los danzantes y cantores, que siempre estaban con los jarros o «malgues» en las manos, brindándose los unos a los otros; lo propio hacían con las demás parcialidades, si bien con más concierto y más regalo, porque a los caciques les daban de comer espléndidamente, varios guisados de pescados, mariscos, aves, perdices, tocino, longanizas, pasteles, buñuelos, tomates, bollos de porotos y maíces y otras cosas, poniendo a cada parcialidad, conforme la gente que tenía, ciento o doscientas cántaras de chicha, porque cuando más se suelen juntar en ordinarias borracheras y festejos veinte o treinta, parcialidades, y en ésta se juntaron más de cincuenta, con lo que el gasto que había cada día de chicha era de más de cuatro mil botijas. Y no era mucho para más de doce o catorce mil almas que se hallaron a aquel festejo, indios, indias, chinas y muchachos.

De esta suerte se continuaron seis días aquellos regocijos y fiestas, habiendo de ser ocho los dispuestos y señalados, porque el gasto fue grande. El tiempo, los dos últimos días fue tan riguroso, que fueron desamparados los andamios y recogándose a los ranchos y a los tabiques en que a los principios dije que estaban las botijas de chicha, el ganado muerto y todo lo demás necesario para el gasto de la fiesta.

Vamos ahora a los regalos que en particular me hicieron todos aquellos caciques, pues a porfía me llevaban cada uno a su casa o habitación, unas veces acompañado de Maulicán, mi amo, y de Llangareu, su padre, y otras solo, porque muy de ordinario en aquellos días estaban divertidos todos en la chicha, con el baile y con las mocetonas soteras y libres. Así, mi amo pocas veces me acompañaba ni me veía. Cada cual de aquellos caciques principales se esmeraba en darme algún regalo de los que antiguamente habían aprendido las cocineras que aun duraban de aquellas ciudades antiguas. Unos me daban pasteles, empanadas, , y buñuelos, tortillas de huevos con mucha miel de abejas que la tenían sobrada, y otros muchos géneros de guisados; con que parece que fui cobrando algún posada y deseos de asistir en aquellos países, y con el agrado y buena voluntad de aquellos caciques, que uno me decía tendría mucho gusto de tenerme en su casa. Yo lo deseaba con extremo, por estar apartado de la frontera, donde no tenía seguridad ninguna

de la da, por haber principiado a perseguirme los caciques de la parcialidad de la cordillera y otros comarcanos de mi amo y de su consejo y «regue», por cuya causa me siempre en diversas partes escondido, como vi que algunos deseaban con extremo tenerme en su casa y compañía, y entre ellos el que más lo manifiestan en el cacique Huirumanque, quien nos había llevado a aquel festejo, le rogué que se lo preguntase a mi amo, que yo tendría sumo consuelo en quedarme a servirle, por el riesgo que corría mi vida en las fronteras de guerra.

Acabada la fiesta los seis días, porque el tiempo no dio lugar a más, trataron Maulicán, su padre y los de su cuadrilla y comarca de irse retirando hacia sus tierras. Al despedirse, el cacique Huirumanque le pidió encarecidamente me dejase en su casa, que me tendría como a su hijo y miraría por mí con todo amor y cuidado; a cuya súplica se excusó mi amo poniendo algunos inconvenientes que le parecieron bastantes para no concederle lo que pedía. Despidiéronse del cacique a medio día, después de haber comido y bebido muy a su gusto, y cogimos el camino que nos pareció habíamos llevado. Pregunté a mi amo que por qué causa no había querido dejarme en casa de aquel cacique, cuando lo deseaba tanto y él me lo había prometido, por no llevarme a donde no tenía seguridad alguna, y era forzoso traerme oculto de rancho en rancho y a sombra de tejado, como dicen. Respondiome que le habían certificado que aquel cacique era muy celoso y que tenía en su casa algunas mujeres mozas y aviesas, y que yo era muchacho y me podían ocasionar, aunque yo no quisiera, a inquietarme de manera que el cacique me maltratase o me quitase la vida; excusando estos lances, le pareció por buen camino rechazar su súplica y ruegos, que otros muchos caciques habían deseado lo propio, y que antes de pasar el río de La Imperial hallaríamos ocasión en que se me cumpliese mi deseo, pues lo deseaba él tanto como yo.

-Mucho estimo el cuidado -le dije- que ponéis en lo que me importa; aunque, mediante el favor divino, no le diera ocasión al cacique a que tuviese ningún recelo ni disgusto, si él es tan delicado, has dispuesto muy bien en no dejarme con quien pudiera ser que mis acciones, aunque fuesen encaminadas, las mirase con ojos de celoso.

Con estas y otras pláticas entretuvimos el camino, y aun fue causa de extraviarnos del que habíamos menester, porque seguimos una vereda sin saber para dónde nos llevaba, porque ninguno de nuestros compañeros había continuado aquellos caminos. A pocos pasos que anduvimos, divisamos desde lo alto de una loma, en un valle muy ameno, donde un apacible estero ceñía por partes su contorno, un rancho de buen porte y espacioso, entre otros seis o siete que a distancia de una cuadra unos de otros se situaban a sus orillas. Llegamos con designio de saber el paraje o sitio en que nos hallábamos, para proseguir nuestro viaje, y al llegar a la casa del cacique, que era la mayor y más vistosa, al ruido de los caballos salieron los muchachos hijos y parientes suyos. Como habían asistido a la borrachera, me conocieron al instante, con lo que pasaron la voz y la palabra de que el hijo de Álvaro había llegado con su amo a sus puertas. A estas razones, salió el cacique a recibirnos; él también me había regalado en el convite y aun pedido a mi amo me dejase en casa, porque el viejo Llaneare, su padre, tenía amistad y comunicación antigua con este cacique, que se había vuelto a su rancho el día antecedente porque el tiempo fue riguroso los últimos días y los más cercanos se habían vuelto a sus casas.

Luego que nos conoció el principal anciano, rogó a Maulicán y a Llaneare se apeasen un rato, porque su intención era pasar de largo, por lo cual se estaban reacios a caballo; y aunque lo repugnaron al principio por el respeto que se tienen los caciques unos a otros y por ser tan principal aquel como lo era y venerable por sus canas, nos apeamos todos por darle gusto; entrados a su casa, nos hizo sentar al fuego en unas esteras que tienen al propósito y al instante nos pusieron delante tres cántaros de chicha y de los asadores de carne que tenían al fuego nos fueron repartiendo, habiéndonos traído antes unos tamales muy bien hechos de maíz y porotos en lugar de pan. Comimos y bebimos muy a gusto, porque el dueño de la casa era muy agradable y jovial, y como era conocido del viejo Llaneare, porfiaron un rato sobre quién era más viejo de los dos, que hay pocos que no sientan este común achaque.

Salió fuera del rancho en esta ocasión Maulicán con alguna necesidad forzosa, y en su seguimiento salí yo a significarle la oposición grande que hacía a mi espíritu el volver a la frontera, donde sabía que no podía tener hora segura mi vida. Viome salir en seguimiento de sus pisadas y me preguntó si se me ofrecía alguna cosa; con que tuve lugar de decirle que deseaba quedarme en aquellos distritos, y que si tenía gusto de verme libre de trabajos y seguro de sus enemigos, que me hiciese favor de dejarme en casa de aquel cacique, pues nuestra suerte nos había llevado a su casa, cuando también era de los que le habían pedido que me dejase en su compañía; a lo que me respondió que aquí me quedaría, porque era una persona de mucha estimación, venerable y de maduro consejo, y que ninguno se atrevería a perderle el respeto. Agradecí mucho a mi amo la promesa, y volvimos a entrarnos a concluir con los cántaros de chicha que nos habían puesto por delante. Estando a los últimos fines y en buena conversación entretenidos, dijo mi amo al cacique lo que le importaba no volver a su tierra a su español, y aunque se lo habían pedido muchos y rogado se lo dejasen en sus casas, por no tener la satisfacción que de él tenía no había concedido a ninguno lo que tanto le había pedido.

-En esta conformidad os ruego -dijo al buen viejo-, que miréis con todo cuidado por éste; capitán, que le tengo en lugar de hijo y se ha de rescatar este verano, y aunque vengan por él en mi nombre (que puede usar de esta traza mis enemigos), no lo entreguéis de manera alguna si no es a mí o a algún pariente mío con la seña que yo os enviare o cartas que le traigan.

-En mucho estimo vuestro favor -respondió el viejo cacique-, porque estoy enterado de que ha habido algunos que han deseado la asistencia de este capitán en sus casas por servirle y regalarle, que verdaderamente, como es niño, se lleva la voluntad de todos. Yo os agradezco la lisonja que me hacéis, prefiriéndome a tantos pretensores; lo que os podré asegurar es que lo tendré como a hijo y atenderé cuidadoso a su resguardo y seguridad.

-Pues, por entenderlo así -dijo Maulicán-, no me pareció dejarlo en otra parte, porque quiero bien a este capitán y deseo con extremo su rescate y sus conveniencias, que se están ya tratando para este verano -y volviéndose a mí, que me tenía a su lado, enternecido me dijo con grande amor-: «Bochun», aquí te puedes quedar hasta que sea tiempo de que te vuelvas a tu tierra, que harto siento el apartarte de mi lado; mas bien conoces que lo hago por tu seguridad y por tu bien: quédate en buena hora y procura servir a Tereupillán, nuestro amigo y patrón tuyo, con todas veras, dándole gusto en todo lo que te mandare.

Levantose con esto diciendo que era tarde, que quería llegar a hacer noche al río de La Imperial, por poder otro día llegar a su casa temprano; despidiose del cacique, y al salir por la puerta me dio un abrazo tiernamente, y aunque el cacique le había rogado que se quedase aquella noche, se excusó, y saliendo afuera, salimos todos con él. El viejo Llaneare y sus nietos mis compañeros y amigos se pusieron a llorar conmigo muy de veras, ya que, aunque me quedaba de buena gana, no dejé de enternecerme, por el sentimiento que mostraban con mi ausencia. Abrazáronme con amor y ternura, y aunque pobres, me dejaron dos camisetas o tres de las que tenían y otra frazada nueva para mi abrigo, porque era el tiempo más riguroso de frío de todo el año. Dándonos muchos «mari maris» y abrazos, se fueron con Dios y yo me quedé adonde deseaba.

Cogieron, pues, su derrota mis compañeros y dueños de mi voluntad para su tierra de Repocura, dejándome en la otra banda del río de La Imperial, en casa de Tureupillán, anciano al parecer de más de ochenta años, aunque estaba más ágil y alentado que el viejo Llaneare, padre de mi amo, que juzgué la diferencia que había entre los dos sería de un año, más o menos, por las memorias que hicieron, en la competencia de edad, de cosas antiquísimas. Y siendo iguales en el tiempo, parecía Llaneare padre de Tureupillán; en que se confirma que no son los años los que imposibilitan la naturaleza ni apresuran las canas, sino los trabajos, enfermedades y desasosiegos, con incomodidad de la vida humana.

Al cabo de tres o cuatro días que me comunicaron sus hijos, me cobraron tan grande amor y voluntad, que no se hallaban sin mi compañía ni un punto. Eran cuatro hermanos, los dos muchachones ya casados, y los otros dos pequeños de diez a doce años, sin otros pequeñuelos de tres y de cuatro poco más o menos, y otros de teta que estaban mamando; por todos eran siete u ocho de diferentes madres, porque el cacique había tenido muchas mujeres si bien entonces no se hallaba más que con cuatro, dos de ellas ya viejas y las otras mocetonas. De estas últimas eran los dos muchachos medianos de diez a doce años, como dije. Eran éstos los que me acompañaban de ordinario y en la cama, que luego que llegué me dio el cacique un colchón de los que usan los principales, además de treinta pellejos muy limpios y encarmenados, cocidos los unos con los otros; una frazada nueva, que con las que yo tenía, cómodamente me reparaban de los hielos y fríos que en aquellos tiempos nos molestaban. Además de esto, me dio dos mantas, la una blanca, que me servía de sábana y cabecera, y a sus dos hijos medianos, para que durmiesen conmigo y me acompañasen, encargándome que les enseñase a rezar. En aquella parcialidad todos los más sabían alguna cosa de las oraciones, y estos dos muchachitos y compañeros míos tenían el Padrenuestro en la memoria, que de las mujeres españolas ancianas y cautivas habían aprendido; repetíanle muy bien cuando nos íbamos a acostar y por las mañanas al levantarnos.

Estando una noche, al cabo de algunas, rezando en la cama, les dije que si entendían algo de lo que rezaban, y me respondieron que no.

-¿Pues, cómo -les dije- deseáis que os enseñe las demás oraciones, si no las habéis de entender?

-Con todo eso -me dijeron- tenemos gusto de saberlas, porque dicen los «huincas» y las señoras que son palabra de Dios, y por eso gustamos de saberlas y oírlas, aunque no las entendamos.

-Está bien -les dije- mucho consuelo me han causado vuestras razones: yo os enseñaré de muy buena gana, y en vuestra lengua las habéis de aprender, para que con más facilidad y gusto os hagáis capaces de los misterios de Dios, entendiendo lo que rezáis.

Alegráronse infinito de haberme oído decir les enseñaría las oraciones en su lengua, y con notable regocijo me dijeron, sentándose en la cama, que les enseñase luego, porque se les había aumentado el deseo de saber con haberles significado se las repetiría en su natural idioma.

-Repitan, pues, conmigo -dije a mis compañeros, y con mucho gusto obedecieron, siguiendo con las suyas mis palabras.

Después de haberlas recitado tres o cuatro veces la oración del Padrenuestro, me repitieron más de un tercio de ella, con notable alegría porque eran señores y dueños de lo que aprendían. Finalmente, en tres o cuatro días supieron el Padrenuestro y pasó la palabra a los demás muchachos que estaban en los ranchos vecinos. De este modo, todos los días se me agregaban más de catorce o quince chicuelos, cuyos padres los enviaban para que fuesen adoctrinados y bautizados, en lo que me ocupé muchos días. Y porque una india se vino a hacer cristiana y me trajo una gallina, todos los demás la fueron imitando. En breve tiempo me hallé con cantidad de gallinas que comer, muchos huevos, papas, bollos de maíz, rosquetes y otras cosas que me traían de regalo, que aunque yo lo repugnaba y les decía que no era menester nada de aquello para que yo les enseñase y bautizase, me respondían que ellos lo hacían por su gusto, por regalarme, y también porque los cristianase de buena gana. Y es de notar una cosa en estos bárbaros (que juzgo que la tengo en otra parte advertida): que cuando están en su libre albedrío y son dueños de su voluntad, sin hallarse señoreados de los españoles, muestran mayor afecto a nuestra santa fe católica.

Ocurrían a mí para el efecto de muchas parcialidades, y reparé con cuidado que en algunas había españoles antiquísimo entre ellos y no los solicitaban para este sacramento. Inquiriendo la causa, me sacó de ésta duda un indio antiguo, y en nuestro lenguaje ladino, que me mostraba amor y buena voluntad. Me dijo que los españoles que habían quedado entre ellos no eran cautivos, sino de los que por su gusto entre ellos estaban viviendo a su usanza, y no como cristianos, gozando del vicio y del ocio como los demás infieles. Por esta causa no querían ser bautizados por sus manos, y por haber dicho algunos cautivos españoles que eran herejes los que asistían por su gusto entre ellos y que no éstos podían bautizar a ninguno. Y juzgaban bien estos naturales, que aquellos apóstatas de nuestra religión cristiana no podían hacer cosa bien encaminada a ella.

En estos ejercicios virtuosos me entretuve, y en visitar los ranchos y casas comarcas de los parientes y amigos del cacique, que los tenían a una cuadra y media; y estando un día en casa del indio que significué me mostraba más afición y voluntad que otros ladinos de los antiguos, llamado Pedro, me causó gran compasión y lástima el ver a su mujer muy achacosa y afligida, y el marido más lastimado, porque la quería bien, por ser moza y de

buen parecer, además de no tener otra que le acompañase ni quien le hiciese un bocado que comer. Preguntome el camarada Pedro, después de haberme mostrado el achaque de la mujer, que tenía un pecho apostemado, que si acaso sabía o tenía noticias de algunas yerbas para curar a su esposa y compañera, ya que entre nosotros había muchos médicos herbolarios que curaban con ellas y eran acertados. Le respondí, que era verdad que había personas entendidas en la materia y con conocimiento de yerbas medicinales; que yo conocía algunas para postemas, juzgando que sería alguna hinchazón que fácilmente pudiera curarle.

-Mucho me huelgo, capitán amigo -dijo el indio-, que los españoles suelen ser acertados, y curaréis a mi mujer, pues me ha parecido que habéis de acertar con la cura.

Volví a mirarle el pecho, que le tenía mayor que una botijuela, y tan endurecido que me causó admiración y espanto, de tal suerte que me pesó infinitas veces haberle dicho que conocía de yerbas medicinales; y aunque me quise eximir con decirle que aquella era enfermedad antigua y que me parecía incurable por ser en parte peligrosa y delicada, no pude salir del empeño en que me pusieron mi inadvertida razón y el deseo de dar gusto a quien me mostraba amor y natural afecto, porque me dijo el amigo con resolución, enternecido, que yo había de curar a su mujer y buscar las yerbas que conocía para el efecto.

En suma, me vi apretado del doliente amigo y en obligación de buscar las yerbas que no conocía, con harto dolor y sentimiento de haberme ofrecido a hacer lo que no entendía.

Finalmente me resolví a decir que saldría a buscar las yerbas y que me holgaría hallarlas por darle gusto, pero que me parecía dificultoso, porque de ordinario se hallaban arrimadas a la costa del mar.

-Pues iremos a la costa-dijo el amigo- si por aquí cerca no las halláis mañana.

Con esto me vi por todos caminos cercado y con la obligación de salir a buscar lo que no sabía ni conocía y traer las primeras que encontrase.

Fuime desconsolado a casa del cacique aquella noche y encomendeme a Dios y a la Virgen Santísima del Pópulo, con todas veras y fervorosas súplicas, después de haber rezado con mis compañeros la oración del Padrenuestro (que ya sabían) echándonos en la cama. Apenas el sol rayaba entre confusos nublados, cuando estaba conmigo el indio Pedro solicitando el que saliésemos al campo en demanda de las yerbas. Todo esto con ruegos amorosos y ofertas grandes de agradecimiento.

-Yo saldré a la tarde -dije al camarada- y me alargaré lo posible por ver si en alguna quebrada de éstas comarcas me depara la dicha lo que habemos menester.

-Pues, volveré a acompañaros -dijo el indio- si gustáis que nos vamos paseando.

Le respondí que no faltase del lado de la enferma, porque podría ser me dilatase más de lo que quisiera; que los dos muchachos mis camaradas y compañeros bastaban para hacerme compañía.

-Pues quedaos a Dios, amigo -me dijo Pedro-, que en vos tengo puesta mi esperanza y en vuestras manos la salud de aquella pobre enferma.

Dichas estas razones me dejó en el rancho, más pesaroso que antes y con más cuidado e imaginaciones Salí a las orillas del estero a encomendarme a Dios y darle gracias por haberme dejado amanecer con bien aquel día, aunque con algún disgusto por el empeño en que me hallaba con aquel indio Pedro. Esto fue hincado de rodillas dentro de un bosque donde solía continuar mis devociones, diciendo con David: En ti tengo, Señor, puesta mi esperanza; por tu divina bondad me has de oír, Dios y Señor nuestro.

Volví con esto al rancho, donde el cacique estaba esperándome para almorzar; los muchachos habían ido por otra parte en mi demanda, y antes de entrar me encontraron, preguntando por el lugar o sitio en que me había ocultado y escondido, porque no habían podido dar conmigo toda la mañana.

-En el estero estuve -les dije- divertido un rato, rezando mis devociones, algo distante de la ordinaria vereda por donde solemos encaminarnos.

-Por eso no pudimos encontrarnos con voz -me dijeron los chicuelos-; vamos adentro, que os está aguardando el viejo para comer.

El almuerzo servía de comida entre las nueve y las diez. A este tiempo salió el viejo cacique a las espaldas del rancho a coger el sol y a comer a la resolana, en cuya compañía fuimos platicando hasta llegar al sitio reparado del aire y descubierto al sol; allí nos trajeron de comer y de beber muy a gusto, puesto que los más días me guisaban una ave de las que me habían ofrecido los ahijados y ahijadas, sin otros regalos que me hacían el cacique los comarcanos parientes suyos. Acabamos de comer, como el rancho de Pedro era el más cercano, al instante estuvo con nosotros y significó al cacique lo mucho que deseaba que yo saliese al campo en busca de unas yerbas que le había dicho que conocía para curar el achaque que padecía su mujer.

Díjome el cacique mi huésped:

-Capitán, mucho me huelgo que conozcáis yerbas medicinales, porque curarás nuestras enfermedades.

-Yo no entiendo de eso -dije al cacique- que las yerbas que conozco son unas con que vi curar una postema, y no sé si han de ser a propósito para tan antigua enfermedad como la que tiene la mujer de mi amigo Pedro; con todo eso, saldré a buscarlas, y si las hallare, haré todo lo posible por sanarla.

-Mucho estimaré de mi parte -me dijo el viejo- que pongáis todo cuidado en la salud de mi parienta, que ha muchos días y meses que la tiene afligida aquel penoso achaque, sin que haya habido persona que haya acertado a curarla, aunque se han hecho muchas y varias diligencias. Salid con esos muchachos a pasearos por esas campañas, que hace apacible tarde sin viento ni frío, y buscaréis con cuidado las yerbas que habéis dicho; lleven unos bollos de maíz para merendar allá, que de vuelta les tendremos de cenar muy bien.

-Yo también quiero ir con el capitán -dijo Pedro-, por hacerle compañía y guiarle.

-No es menester, amigo y camarada -le dije-, que estos muchachos solos son bastantes para acompañarme en este paseo, porque hemos de ir rezando las oraciones y a ratos cantándolas, que de esa suerte se aprenden más bien y con más facilidad.

-¡Ea, pues!, capitán amigo -dijo Pedro, apadrinado del viejo-, id en buena hora con vuestros compañeros, y quiera Dios que volváis con el despacho que deseamos.

Salimos de la posada los muchachos y yo, y habiendo pasado el estero que nos ceñía la casa, cogimos el camino que se enderezaba al río de La Imperial; y preguntando a mis camaradas cuánto habría de adonde estábamos a él, respondieron los muchachos:

-Allí tras aquella loma está no más, muy cerca es.

El «cerca» de los indios suele ser de dos leguas, poco más o menos, si bien en esta ocasión no fue media legua la que había; y como la loma estaba a poca distancia de nosotros, díjeles:

-Pues lleguemos a divisar el río de aquel alto.

-Vamos, capitán -me respondieron-, y llegaremos a casa de mi tío que está a la orilla del río.

Fuimos caminando poco a poco, rezando las oraciones y cantándolas a ratos, hasta que llegamos a la cima del cerro, de donde descubrimos un hermoso valle que hacía el río, y en frente de él, la otra banda, sobre una loma rasa que señoreaba a otro valle por aquella parte, se divisaban los paredones antiguos de la ciudad Imperial que como los más eran de piedra, estaban todavía muy enteros. Descubrimos también por aquellos llanos de tan apacible valle muchos ranchos fundados en sus orillas, con muchas sementeras y árboles frutales. Todo nos provocaba a bajar a verlos y a gozar de la amenidad de aquellos prados; los muchachos estaban con más deseos que yo de llegar al rancho de su tío, por lo que fue menester muy poco para conformarnos y bajarnos a la falda del cerro, donde nos sentamos a descansar un rato y a merendar los bollos de maíz que llevábamos. En esto, nos divisaron los muchachos que estaban entreteniéndose al juego de las chuecas como a dos cuabras de nosotros; llegaron a reconocernos, y aunque después de haber conocido a sus primos me rogaron que llegásemos al rancho y a donde su padre estaba, me excusé diciendo que habíamos salido a buscar unas yerbas y que era forzoso andar por aquellas montañas solicitándolas y no detenernos.

Estando en esto, llegó un hijo mayor del cacique, de buena traza, con recaudo de su padre, en que rogaba que me llegase a su casa; que por aviso que le dieron de que estaba allí un «huinca», coligió no podía ser otro que el que estaba en casa de su hermano. Obedecí al ruego y mandato del cacique y a los agasajos del mensajero. Llegamos al rancho del cacique Neucopillán, primo hermano de Tureupillán, con quien yo asistía.

Nos sentamos a la resolana, donde él estaba cogiendo el sol sobre tarde, y al punto me pusieron delante un cántaro de chicha, que es la honra y agasajo que hacen a los

huéspedes principales. Y como ya yo estaba diestro en lo que acostumbran, brindé luego al cacique. Bebió la mitad de lo que había en el jarro y me brindó con lo que quedaba:

-«Llag paia cimi», a la mitad habemos de beber.

Fui luego repartiendo a los demás circunstantes, después de haber bebido lo que el cacique me dejó en el vaso; luego de haber hecho con los mayores y principales la ceremonia del brindis, pasé el cántaro al muchacho mayorcito que me acompañaba para que brindase a los demás muchachos. Sacáronme luego un plato de frutilla pasa, unos bollos de porotos y maíz mezclados con la semilla que en otra ocasión he dicho la calidad que tiene, que es el «madi». Mientras comía me preguntó el cacique que para dónde iba encaminado; le respondí que por aquellas quebradas y vegas buscábamos unas yerbas que en mi tierra conocía y por acá no podía encontrar; que a ese efecto había salido de casa con aquellos muchachos, por orden y ruego del cacique mi huésped, y habiéndonos alargado hasta lo alto de este cerro, de donde se divisan las riberas apacibles de este río, pobladas de tan hermosos ranchos y vistosos jardines de olorosas flores, tuvieron gusto mis compañeros de que bajásemos a gozar de ellos y que de esta suerte nos habíamos acercado a su casa y habitación.

-Mucho me huelgo que hayáis llegado a ella -dijo el cacique-, porque desde que os vi en la borrachera, donde nos juntamos todos los comarcanos sólo por ir a conoceros y a ver al hijo de Álvaro, naturalmente me incliné a quereros bien y a miraros con buenos ojos, pues llegué a brindaros algunas veces. Y ya que habéis llegado a mi casa, me habéis de hacer el favor de quedaros en ella esta noche, porque el cacique Aremcheo tiene grandes deseos de conoceros, que por estar tan viejo e impedido no pudo ir a la borrachera y tiene ya noticia de que estáis aquí cerca en casa de mi hermano; le enviaremos a llamar, que aquel de abajo es su rancho, y tendrá mucho gusto de conoceros.

Yo le respondí que me holgara mucho ser dueño de mi voluntad para obedecerle al punto; que no pareciera bien, sin gusto del cacique que me tenía a su cargo, faltar de noche de su casa.

No os dé cuidado eso -dijo Neucopillán-, que yo enviaré a mi hijo a avisarle, para que no esté con cuidado.

Hízolo así, con que fue fuerza darle gusto, y en el entretanto que dábamos fin al cántaro de chicha que teníamos presente, se levantó y fue adentro a disponer el rancho y a mandar hacer de cenar espléndidamente, y a hacer traer el ganado, que por allí cerca paseaba el campo. Cogieron cuatro o seis corderos gordos y otros tantos carneros, gallinas, diez o doce pollos y capones; hicieron además muchos fogones en el rancho, porque ya refrescaba la tarde y necesitábamos de abrigo. Con esto envió a avisar al cacique viejo Aremcheo y a otros tres o cuatro comarcanos, parientes y amigos, de los que tenían sus casas más cercanas. Llegaron al ponerse el sol, y a un mismo tiempo el mensajero que había enviado el cacique a avisar a mi huésped.

-El rancho era muy grande y anchuroso, con tres fogones, bien proveídos de ellas, asadores y sartenes en que freír buñuelos y rosquillas y sopaipillas de huevos y pescado fresco, regalos todos éstos que me hizo aquel cacique en este espléndido convite.

Después de haberme saludado el cacique Aremcheo, el viejo, y regocijándose con mi vista, y los demás caciques que ya me habían visto en la borrachera, cenamos aquella noche abundante y regaladamente, y después se armó el baile, que es el complemento de la fiesta entre ellos, con la mujer y familia de aquel cacique viejo y con las de los otros que fueron convidados. Gastáronse muchos cántaros de chicha, con que los caciques y demás se fueron alegrando. Estando yo sentado al fuego con el viejo Aremcheo y otros dos caciques también ancianos platicando algunas cosas de los primeros conquistadores de este reino, llegaron a mí los hijos del cacique dueño de aquel festejo, acompañados de algunas muchachonas con sus jarros de chicha, a brindarnos y a rogarme a mí que fuese a bailar con ellas, pues a mi llegada era aquel convite y regocijo. Les respondí que no sabía sus romances, que cómo querían que fuese a estarme parado y mudo; entonces se levantaron los viejos y me dijeron que fuésemos a holgarnos, pues habían venido aquellas «ilchas» a convidarme. Por el respeto de los viejos y sus agasajos, me levanté con ellos y fuimos a la rueda en que estaban bailando, dando vueltas a la redonda del tamboril, y a su imitación hice lo propio; fue ésta la primera vez que me pudieron obligar con regalos, con cortesías y agradados a hacer lo que no sabía. Quedaron muy pagados de mi acción los caciques y los demás muchachos y muchachas, porque me mostraba con ellos alegre, placentero y agradable; aunque el corazón y el espíritu se hallaban repugnantes a aquel ejercicio, que por urbanidad y buen respeto ejercitaba, que es prudencia y cordura en ocasiones mostrar el rostro alegre teniendo sentimiento el alma.

Al cabo de un buen rato que hubimos entretenido la noche con dar vueltas en el baile y brindarnos a menudo, y entreverando platos de mariscos, rosquillas fritas, sopaipillas con mucha miel de abeja y otros regalos (porque toda la noche los que bailan están comiendo y con eso no se les sube tan presto lo que beben a la cabeza; así, han menester mucho para que las bebidas los postren en el suelo), me dijeron los viejos que nos fuésemos a descansar a otro fogón que estaba separado del bullicio y del concurso entretenido. Retirámonos a él, y el cacique Neucopillán, que fomentaba la fiesta, nos hizo hacer las camas, para que los tres viejos se acomodasen, y yo con mis compañeros en otra; hízonos llevar después dos cántaros de chicha, para que con gusto el sueño nos rindiese.

El cacique Aremcheo era muy viejo, criado entre españoles y ladino; tenía escogido natural, agradable y apacible, ajustado en su vivir a lo cristiano, sin haber querido tener más mujer que la legítima por la Iglesia (que, según el aspecto de ella, se debió de casar muchacha, siendo él ya mayor), quitado de ruidos de pleitos y disensiones; no salía de su casa, sino era tal vez a aquellos ranchos de sus vecinos y comarcas que le servían de paseo; sabía este cacique rezar el Padrenuestro y Avemaría, y me certificó que todos los días rezaba aquellas oraciones. Finalmente, era un indio que se acordaba mucho de los españoles y principalmente de un ermitaño que asistía cerca de su casa. Éste fue quien le enseñó a rezar, y con su ejemplo y buena vida permaneció con buenas costumbres este indio; porque las acciones ajustadas y obras virtuosas son las que más bien encaminan a los ignorantes infieles, que las palabras y sermones aunque sean eficaces.

En buena conversación estuvimos haciendo memoria de los pasados conquistadores.

-Yo os contaré -dijo uno de ellos- una cosa que os causará mucha admiración.

-Mucho me holgaré escucharos -respondí al cacique-, porque deseo grandemente enterarme de lo que hicieron y obraron los españoles antiguos a los principios de esta conquista.

-El cacique Aremcheo -dijo este anciano- os podrá dar mejor noticia de la entrada de los españoles en nuestra tierra, que era mayor; nosotros éramos muy niños, y en estos tiempos no pienso que haya otro más antiguo.

A esto respondió el buen viejo, muy conforme a su natural bueno y el amor que mostraba a los cristianos, que entre ellos también hay algunos de buenos corazones, sufridos y pacientes; que si todos fuesen de esta calidad, hubieran conservado la paz admitida en sus principios.

-Yo tampoco me acuerdo bien de los principios -dijo Aremcheo-; sólo las noticias de mis padres tengo presente. Decían que cuando entraron los españoles, fue haciéndonos la guerra y peleando, y en las primeras batallas que tuvieron, como estaban los nuestros ignorantes de los efectos que causaban los arcabuces, murieron muchos, y atemorizados los demás, se sujetaron fácilmente y dieron la paz. Lo que sé decir; es que a mí me parecieron bien los españoles después que fui abriendo los ojos y teniendo uso de razón, porque mi amo nos hacía buen tratamiento y los muchachos que servíamos en su casa éramos adoctrinados y enseñados con cuidado, bien vestidos, bien comidos y tratados.

Mucho gusto recibí de haber oído a este cacique, que entre tantos que había comunicado, ninguno se había movido a decir bien de los pasados conquistadores.

Respondióle uno de los otros caciques viejos:

-Vos sólo podéis hablar de esa suerte de vuestro amo y los de su encomienda porque tenían diferente tratamiento; que nosotros y los más del reino no podemos decir eso, porque no nos dejaban sosegar en nuestras casas, ni gozar de nuestros hijos y mujeres.

-Es verdad -volvió a decir Aremcheo- que los que servíamos de pajes y éramos muchachos, no podemos juzgar de lo que pasaban los indios tributarios, si bien me consta que los de mi amo no se quejaban de otra cosa sino era de que la señora quería tener todas las chinas en su casa, sirviéndose de ellas.

-¿Pues, no sabéis -le volvió a decir el otro cacique -que era tanta la codicia que tenían, que cada mes cobraban el tributo de nosotros, y al que no podía enterrar el oro que le tocaba le quitaban las mantas y camisetas con que se abrigaban y defendían de los fríos rigurosos del invierno? ¿No sabéis que al que era pobre y no tenían que quitarle le daban cien azotes amarrado a un rollo y tal vez le quitaban el cabello? ¿No sabéis que nuestras mujeres e hijas eran también tributarias, pues las tenían en sus casas hilando, tejiendo y en otras faenas ordinarias? Esto es lo que experimentamos nosotros, si vos tuvisteis la dicha de encontraros con buen amo y que algunos, aunque pocos, había también buenos.

-No hay que dudar de eso -dije al cacique- que habría entre malos otros buenos, y aunque los más se portasen ajustadamente, con la razón en la mano y con el celo cristiano que debían, son de tal calidad el vicio y la costumbre mala, que se señorean y sobresalen entre las virtudes.

-Vamos ahora, cacique amigo -le dije- a lo que al principio apuntasteis, que me habéis tenido cuidadoso por saber lo más perjudicial y atroz que obraron nuestros pasados o de lo que os pareció más inhumano.

-Yo os lo diré -dijo el viejo- y no lo que oí a otros, sino es lo que yo vi y experimenté. La mujer de mi amo era muy andariega y codiciosa, y de ordinario tenía sus tratos y conchabos con las indias de la ranchería, y aún con los indios y muchachos; y entre los conchabos que tuvo en la ranchería, fue el haber conchabado una china de muy buen parecer por ciertas sospechas que tuvo, por ser de otra encomienda (que las que eran de la suya, todas las que quería tenía en su casa ocupadas). Llevola a su casa, donde dio principio a tratarla con más rigor que si fuese esclava, porque todos los días la desollaba a azotes y la pringaba hasta las partes vergonzosas, teniéndola presa en un cepo; últimamente, llegó a tanto su pasión, que le cortó las narices y las orejas, encerrada en su prisión, adonde con tan inhumanos castigos murió la desdichada como un perro, y dentro de la propia prisión la enterró. Esto yo lo vi, porque la señora, fiándose de mí, me llamó para hacer el hoyo y enterrarla, y habiendo reconocido aquel espectáculo sin narices ni orejas, me quedé tan suspenso y asombrado, que no acertaba a hacer el hoyo para enterrarla. ¿Qué os parece, capitán? ¿No es peor esto que lo pasado?

-Y tan peor -le respondí-, que a no haberme dicho que fuisteis testigo de la acción, no sé si diera crédito al caso.

A eso respondí el viejo Aremcheo que era verdad, que había sido público entre todos; y por ser indio de tan buen natural y amigo de españoles como lo mostró, pude dar crédito a tan grande atrocidad. Y más añadió ese viejo para confirmar la crueldad de las mujeres: que las señoras eran peores que los hombres, porque su amo muy de ordinario tenía disgustos con la mujer, porque era de malísima condición.

-Yo estoy admirado y suspenso -dije a mis compañeros caciques, con quienes tuve larga conversación- de haber escuchado una cosa fuera del uso cristiano tan horrible, atroz y lastimosa, que no sé qué deciros. Suspended por vuestra vida las razones, que con lo que habéis referido basta para colegir lo más que pudierais contarme.

Suspendimos la conversación trabada y nos recostamos en las camas que al amor del fuego nos habían dispuesto, y habiendo rezado mis devociones y con mis compañeros las oraciones que sabían, dormimos lo restante de la noche.

Amaneció otro día con rebozo el cielo, dando ciertas señales de rociar el campo con sus lluvias, por cuya causa solicité al cacique el retirarme luego con mis compañeros, antes que el viento Norte, que soplaba lento, apresurase más las densas nubes. Diéronnos de almorzar con toda priesa, y con grande regocijo entre los viejos nos brindamos y comimos regaladamente; para el camino nos dieron algunos bollos de maíz y porotos, que es el ordinario pan de aquella gente, y algunas rosquillas de huevo fritas que la pasada

noche habían sobrado. Después de haber dado fin a dos cántaros grandes de chicha con los demás caciques que se hallaron al festejo, nos despedimos los unos de los otros, con amorosos abrazos, citándome para otras ocasiones en que nos habíamos de ver muy de ordinario, en las cavas y sementeras de chacras, que era tiempo de ellas.

El cacique Neucopillán, como dueño del rancho y de nuestro festejo, tenía dispuesto tres caballos ensillados y enfrenados para que con más comodidad y priesa, llegásemos a nuestra habitación. Saliendo con nosotros a la puerta, hizo que subiésemos a caballo a los dos muchachos y yo, poniendo a las ancas de uno un hijo suyo para que volviese las cabalgaduras. Al despedirse de mí salieron a la puerta sus mujeres, hijos e hijas. Cogimos el camino con alguna priesa y al emparejar una quebrada montuosa, honda y áspera, de donde descollaban unos crecidos robles, les dije a mis compañeros que me tuviesen por la diestra el caballo, porque en aquella montaña me parecía que había de hallar las yerbas que buscaba y que no era bien que volviésemos sin ellas; los achos respondieron que tenía razón, puesto que a eso solamente habíamos salido de casa.

-Pues aguardad un rato -les dije- aquí al reparo del viento, que yo abreviaré lo posible, porque conocidamente el tiempo va arreciando y dándonos priesa.

Entré por el bosque adentro, encomendando a la Virgen Santísima el buen suceso, para que me deparase algunas yerbas extraordinarias, que ni ellos ni yo las conociésemos; fui tendiendo la vista por todas aquellas faldas del monte, cogiendo unas y desechando otras. Y al llegar a un pradecito verde que hacía la quebrada, debajo del cual tenía sus raíces un anciano roble tan descollado y robusto como cubierto de barbas largas y canas, me puse humilde y arrodillado, pidiendo a Dios Nuestro Señor me ayudase y favoreciese en aquella aflicción en que me hallaba por medio de la Virgen sacrosanta María, y con lágrimas de los ojos di principio a mi oración deprecativa, con ciertas esperanzas de ser admitidas mis súplicas. Levanté los ojos al cielo con aquel verso deleitable, suave y amoroso de «*Monstrate esse matrem*», que en otra ocasión fue mi mayor refugio y amparo; y habiendo puesto la mira en aquel despojado árbol que el rigor del invierno tenía desnudo de sus verdes ropas, que más parecía estar de todo punto infructífero y seco que con esperanzas de volver a verse matizado de ellas, descubrí por entre sus cortezas y secas ramas unas tan verdes y empinadas yerbas, que al punto que las divisé me causaron gran consuelo y alegría, y habiendo considerado que yerba que en un árbol tan seco, macilento y deshojado se conservaba fresca, verde y sin la sujeción al tiempo que otras plantas, me pareció sin duda que sería de conocida virtud para mi intento. Subí al árbol gustoso y apresurado y cogí un buen golpe y cantidad de yerbas con las raíces de adonde procedían y se empinaban, que eran a modo de lagartijas que estaban en las cortezas brutas abrazadas. Después supe, cuando salí del cautiverio, ser una yerba extremada y medicinal llamada polipodio, que jamás había visto ni oído nombrar. Bajé con toda prisa de aquel árbol barbado que fue para mi desvelo algún alivio; salí afuera del bosque y a breves pasos encontré a mis compañeros, que al reparo del monte me aguardaban, quienes mostraron grande regocijo de haberme visto cargado con las yerbas que solicitábamos, las que repartí entre los demás muchachos, por ser de buen porte la carga que traía. Subí a caballo a tiempo que cernía el cielo menuda escarcha, que en breve tiempo se trocó en deshecha nieve. Apresuramos el paso y de un galope largo nos

pusimos en nuestra posada. El hijo del cacique que había ido con nosotros a llevar sus caballos, como vio que el tiempo iba arreciando, no quiso apearse; sólo pidió le marcarnasen los caballos y se los echasen por delante. Hicieron así los compañeros, y después de haberle brindado con un buen jarro de chicha, partió con toda prisa a su posada.

Apenas nos recogimos al rancho y saludamos al cacique, nuestro huésped, cuando estuvo nuestro amigo Pedro con nosotros, cuidadoso de saber si habíamos traído las yerbas para curar su mujer enferma. Saludome con todo agrado y cortesía y me preguntó si había hallado lo que había salido a buscar a ruegos suyos. Le respondí que las yerbas que había encontrado no eran las principales que conocía, pero que también eran muy medicinales y que en el entretanto que no encontrábamos las otras, daríamos principio a la cura con aquéllas.

-Pues, ¿cuándo queréis, capitán -me dijo Pedro-, que curemos a la enferma?

-En hallando lo que es menester más forzoso -le respondí, juzgando que no hallaría los géneros que le signifiqué ser necesarios.

-Pues, ¿qué es lo que es menester para la cura?, -volvió a decirme- que yo lo buscaré al instante.

-Son menester -le dije- muchos trapos de camisas viejas y un pedazo de puerco gordo que no tenga sal, un cabo de vela de cera grande, un jarrillo de aceite, unas malvas y un poco de levadura, y para hacer el conocimiento, una olla de buen porte nueva en la que no hayan cocido ni guisado cosa alguna.

-Pues voy a buscar todo lo que me habéis dicho -respondió Pedro- porque no dilatemos esta cura.

El viejo Tureupillán, que estaba sentado al fuego, le dijo que para qué se quería ir a mojar ni salir de su casa con tiempo tan riguroso, que aguardase a otro día. No quiso él aguardar a más razones y diciendo:

-No son estos aguaceros de dura, que luego pasan -nos dejó con la palabra en la boca, por el deseo que tenía de ver a su mujer puesta en cura.

Después de haber salido nuestro amigo Pedro con toda priesa, nos sentamos al fuego con nuestro viejo huésped, quien al punto mandó que nos trajesen un cántaro de chicha y alguna cosa que comer y luego nos pusieron delante los guisados que más ordinariamente acostumbran. Estuvimos en buena conversación mientras comimos, preguntando el viejo lo que habíamos hecho en casa de su primo. Y le dije cuán agradecido había vuelto de los agasajos y festejos que me hizo; los chicuelos dijeron con mucha risa y contento:

-«Chau» (que quiere decir padre), también bailó el capitán.

Porque como no me habían visto hacer otro tanto, aunque se me habían ofrecido algunas ocasiones de baile en nuestros vecinos ranchos, tuvieron a gran favor el que yo había hecho a aquel cacique, y como celoso, el viejo me dijo:

-Pues, ¿cómo, capitán, no nos quisisteis dar ese gusto el otro día cuando nos entretuvimos y nos holgamos en casa de Millalipe? (que así se llamaba un cacique vecino de nuestro rancho, tres o cuatro cuadras dividido).

Yo me disculpé con decirle que por recién llegado a su distrito y estar en casa ajena, no me había dado lugar el velo vergonzoso que me acompañaba y el encogimiento que tenía a venir en lo que en aquella ocasión me habían pedido sus amigos y comarcanos, además de no habérmelo ordenado él, como dueño de mi voluntad. Quedó con esto muy pagado el viejo y me dijo que me tuviese por convidado para la primera ocasión, que dentro de pocos días nos habíamos de juntar en casa de cierto cacique que asistía cerca de una legua de nuestro rancho a hacerle sus chacras, y que por la noche se festejaba el trabajo del día con grandes bailes, banquetes y entretenimientos, y que este cacique era muy regocijado y ostentativo, que allí habíamos de holgarnos todos.

-De muy buena gana -respondí a mi huésped-, que por daros gusto seré yo el primero que coja el tamboril en las manos y solicite a los demás para el efecto. Y os puedo asegurar una cosa: que todo el tiempo que asistí en las fronteras, no pudieron hacer conmigo que bailase en ningún festejo, porque aunque me hacían los caciques muchos favores y agasajos, parece que con los disgustos que tenía y los sobresaltos que de ordinario me asistían con andar emboscado ya en los montes, ya en las casas ajenas, no me daban lugar a consolarme. Hoy me hallo entre vosotros apartado de los que me solicitaban la muerte, y del peligro ordinario que me servía de tormento, el cual tengo vuelto en gusto, habiendo experimentado vuestro agrado, vuestra cortesía y noble trato. Así estaré siempre dispuesto a obedeceros en esto y en todo lo demás que me mandareis y fuere de vuestro placer.

Acabado de decir estas razones, le brindé con la mitad de lo que tenía el jarro, que es brindis de amistad entre ellos beber en una misma vasija, la una parte el uno y la otra el otro. Volvió a preguntar el viejo que si habíamos bailado toda la noche o en qué la habíamos entretenido; repetile el espléndido banquete que nos habían hecho su primo y el regocijo con que a mi llegada habían tenido todos aquellos comarcanos, principalmente el anciano Aremcheo, por no haber estado en la borrachera pasada, donde los demás me habían visto; signifíquele también de la suerte que las «ilchas» y los hijos del cacique me fueron a convidar para el baile, estando en conversación con él, Aremcheo y los demás caciques viejos, los cuales se levantaron y, cogiéndome de la mano, me llevaron al empeño en que las mozas me habían puesto, siendo los primeros que bailaron los buenos viejos para obligarme a hacer lo propio, de modo que no pude excusarme de hacer lo que ellos hacían y aun de coger de la mano a una de las que fueron a brindarme, porque ella llegó con resolución a bailar conmigo.

Doy infinitas gracias al Señor, que habiendo asistido en compañía de lasciva gente y en festejos deshonestos y torpes solicitado de los propios caciques, agasajado de las mujeres, y aun incitando algunas veces, podré asegurar muy bien, no quiero decir que me faltasen, como a muchacho, diversos pensamientos malos e interiores tentaciones, que el más justo no está libre de ellas, que todo el tiempo que asistí cautivo entre naturales, no falté a la obligación de cristiano procurando parecerlo también en mis acciones, sin que de ellas pudiesen echar a mano para calumniar nuestra religión cristiana, como lo hacían con las memorias de los sucesos pasados que adelante iremos

manifestando. Yo confieso que el recelo con que andaba y el temor de perder la vida me oprimía a ratos el juvenil orgullo, porque, aunque muchas me abrieran la puerta para que las comunicase en secretos lugares, juzgaba a los principios que fuesen echadizas de algunos mal intencionados, por tener ocasión de hacer chanza y escarnio de mi recato y compostura y pasar más adelante con molestias y daños que pudieran hacerme. Así, por esto, como por la ofensa de Dios principalmente, me valía de la oración mental y de la interior contemplación, poniéndola por muralla y escudo de mi flaqueza.

Proseguimos nuestra conversación el cacique viejo y yo, y entre otras cosas que fuimos platicando, le referí algo de lo que me dijeron de los primeros conquistadores aquellos antiguos viejos, sin tocar el caso atroz de la mujer, que fue para mí de mayor admiración. Le signifiqué cuán maravillado había vuelto de las atrocidades e inhumanas acciones que de ellos me refirieron. Esto fue por sacarle a barrera, como dicen, para ver si conformaba con lo que los otros me habían dicho. Me respondió:

-Ninguno sabe más bien que yo esas cosas y lo que los españoles obraron en sus principios.

-Mucho estimaré saber -dije al cacique- de vuestra boca lo que en otras me ha parecido dudoso.

-¿No os contaron aquellos viejos -preguntó- el estilo que tuvieron en cobrar sus tributos de nosotros? ¿Con el rigor que lo hacían, castigando al que cada mes no le satisfacía? ¿No os dijeron que los dejaban morir en esas campañas como bestias, sin hacer caso de ellos más que de un perro, sin dejarles oír misa ni confesarse? ¿No os manifestaron que las señoras eran tan crueles y codiciosas, que de ordinario tenían en su casa a nuestras mujeres e hijas trabajando y velando todas las noches para sus tratos y granjerías? ¿No os dijeron que hubo algunas tan feroces e insanas que no se contentaban con hacer anatomías de sus criadas, cortándoles las narices y las orejas y quemándoles sus vergonzosas carnes, sino es que de esta suerte les daban inmunda muerte en las prisiones y las enterraban dentro de ellas? ¿No os refirieron también que había algunos españoles tan codiciosos y tiranos que ocultamente hurtaban los muchachos y chinas de las rancherías y las iban a vender al puerto de Valdivia por esclavos? ¡Qué de cosas pudiera deciros, capitán! Que puede ser que os la hayan dicho aquellos viejos con quienes platicasteis la pasada noche, que están muy bien en ellas y las tienen tan presente como yo y otros.

-Lo más de lo que me habéis referido -respondí al viejo- supe por los informes de aquellos ancianos caciques, y entre ellos el más viejo, llamado Aremcheo, que me pareció indio de mucha razón y ajustado a la verdad.

-Aun ése -dijo- no puede contar lo que nosotros, porque su amo era el mejor español que había en nuestro distrito y trataba a su servicio de diferente modo que los demás; pero bien sabría lo que pasaba con los otros. Parece que os veo muy atento y que gustáis oír lo que os refiero: ¿Queréis que os cuente otras cosas más de las que habéis oído?

-Muy atento me tendréis -le respondí-, porque deseo con extremo saber todo lo que os pasó con los españoles a los principios de su entrada.

-Yo no os podré dar razón tan por extenso -dijo el viejo- de los primeros españoles que pisaron nuestras tierras, que era muy niño entonces y sin ningún uso de razón; de lo que vi y experimenté cuando fui abriendo los ojos de mi entendimiento si os podré referir muchas cosas, y del primer gobernador que oí nombrar, que fue Valdivia.

-Pues, ése dicen que fue el que pobló estas ciudades de La Imperial, Valdivia, Villarrica y las demás -le dije.

-Yo no me acuerdo haberle visto -respondió el viejo-, pero tengo en la memoria el alboroto y ruido que causó su muerte en toda nuestra tierra.

-Mucho estimaré saber de vos ese suceso. Si fue su muerte en batalla campal o en otro accidental reencuentro, y en qué paraje, y cómo le quitaron la vida, porque hay en eso varias opiniones.

Entonces dio principio el buen viejo a su historia.

-Habéis de saber -capitán- repitió el viejo-, que ese gobernador Valdivia dicen que entabló los tributos y pesadas cargas a nuestros antepasados que entonces, como os he dicho, era yo muchacho, y no me acuerdo de haberle conocido sino tan solamente de nombre, que entre los españoles y los indios era muy nombrado. Tenía grande opinión de codicioso y avariento y entre las reparticiones que hizo de las «regües» se quedó con cinco o seis de las más opulentas de indios y de minas de oro conocidas, por cuya causa cargó la mano en los tributos, que fueron intolerables.

-Pues ésa fue la causa y origen de su desastrada muerte -dije- porque los príncipes que gobiernan y está a su disposición y cargo entablar tributos y pensiones, ignoran que mientras más tributos y cargas ponen a sus ciudadanos, mayores daños y ruinas acarrear para su pueblo o para su reino. Proseguid, amigo, con vuestra historia, que esto se ha ofrecido de paso.

-Tenía este gobernador las parcialidades de Arauco, Tucapel, Lebu, hasta Purén todas las cuales le estaban de ordinario sacando oro, de que dicen tenía ya cantidad considerable, como todos las de los vecinos de estas ciudades. Con esto dieron principio a levantarse a mayores y a tratarnos como antes, trocando el nombre que a principios nos dieron de vasallos del rey, en el de miserables esclavos y aun peores. Afligidos y apurados los araucanos, como gente belicosa, y altiva, dieron principio a sacudir el yugo de su servidumbre y a querer restaurar lo que antes era suyo, para gozar de su antigua libertad, que es amable. Convocaron éstos otras parcialidades de la costa, y hasta Tucapel, Ilicura y Paicaví pusieron cerco a los fuertes y poblaciones que por aquella parte tenían, y aun mataron algunos españoles y embistieron a la estacada.

«A la nueva de este alboroto y alzamiento, dicen que salió el gobernador de la Concepción al reparo de aquellas fronteras levantadas, y fue atravesando por Purén, donde le estaban sacando oro, y aunque halló toda la tierra alborotada y algunos españoles colgados en el camino de los que había despachado por delante a reconocer la tierra, además de haber tenido aviso cierto de algunos indios -que por aquella parte habían permanecido fieles- de que le aguardaba una gruesa junta de los rebelados en los confines de Paicaví o Tucapel, no quiso dar bastante crédito ni volverse, juzgando que no

serían tantos los traidores alzados, por no dar a entender que el temor le acobardaba, cuando su valor era conocido, y aunque le aconsejaron los que con él iban que se retirase, pasó adelante en demanda de su desdichada muerte.

«Marchó este gobernador con su gente y en las faldas rasas de Tucapel descubrió al ejército enemigo, que era pujante y numeroso. El suyo dicen que sería de poco más de doscientos hombres, *si bien de crédito y de opinión constante de valerosos y esforzados*; comenzaron la batalla luego que se divisaron, porque ni los unos ni los otros pudieron excusarlo (aunque reconocida la ventajosa fuerza, que era de más de seis mil indios), ni los otros dejar de gozar de la ocasión que buscaban de tan limitado número de españoles; nunca juzgaron que iba en él el gobernador y presumieron llevarse luego por delante el pequeño escuadrón de los soldados, pero les salió tan al revés, que de la primera embestida mataron más de cien indios. Embistieron tres o cuatro veces, y aunque derribaron algunos españoles de las primeras hileras que estaban en escuadrón, no pudieron atropellarle, antes salieron con pérdida de otros docientos y heridos los más valerosos. Después de haberse retirado a una vista, con pérdida de gran suma de los nuestros y mucha sangre derramada de ambas partes, estaban determinados a no volver a embestirles ni proseguir la batalla, cuando un criado del gobernador, paje suyo, se hizo a la banda de los nuestros -que no pudo dejar de tirarle el natural-, y fue tan grande el esfuerzo y valor que les puso con razones y parlamentos, significándoles cuán desmayados y mal heridos se hallaban los españoles, que volvieron a embestir de nuevo al pequeño número de soldados con tal valentía y osado atrevimiento, a caiga el que cayere y venza el que tuviere dicha, que a pocos lances, cayendo unos y levantándose otros, atropellaron el escuadrón y degollaron todos los más soldados de él. Al gobernador lo cogieron vivo, muy maltratado y cubierto de heridas peligrosas y penetrantes. Y aunque hubo varias opiniones, unas de que lo acabasen de matar, otras de que le otorgasen la vida, prevaleció el voto y parecer de Lautaro, su criado, que se hallaba agraviado de él, a quien la mayor parte del ejército seguía, deseosa de beber chicha en su cabeza y hacer flautas de sus piernas, que dicen que era bien dispuesto. Así, determinaron matarlo luego con un género de tormento penosísimo: llenáronle la boca de oro molido y con un garrote ahuzado de las macanas que llevaban, se lo iban entrando por el gznate adentro, como cuando se baqueta un arcabuz, y le iban diciendo que pues era tan amigo del oro, se hartase y llenase el vientre de lo que tanto apetecía. Pero, en lugar de oro que presumen algunos, no fue sino tierra que cogían del suelo.

«Éste fue el desastrado fin del primer gobernador que nos puso el pesado yugo en las cervices con tributos y cargas tan extrañas, que pudieran desesperar los ánimos de los más humildes y cobardes naturales.

-Tenéis razón, por cierto -dije al cacique-, que ese suceso fue castigo conocido de la divina justicia.

-Habéis de saber, capitán -continuó el indio-, que cuando entraron los españoles en nuestras tierras, con facilidad y gusto se sujetaron nuestros antepasados a ellos, porque naturalmente nos llevan los corazones y el afecto el traje y la bizarría de los «huincas», a quienes servíamos a los principios con amor y buena voluntad. Aunque las cargas y tributos que nos pusieron fueron grandes y en extremo onerosas, eran al fin tolerables con dejar quietas nuestras mujeres, nuestros hijos y nuestras casas, para que pudiesen acudir

al servicio de nuestras personas y a la conversación de lo poco que teníamos en nuestros ranchuelos. Principiaron a poco tiempo las señoras a llevar nuestras mujeres, nuestras hijas y muchachos a sus casas para servirse de ellos como de nosotros lo hacían. Esto fue lo que nos comenzó a desabrir y aun a desesperar, con las demás cosas que os he referido.

Después que el cacique acabó de referir la desdichada muerte del gobernador Valdivia, quedamos sosegados y sujetos al sueño nuestros sentidos, hasta que los resplandores de la aurora dieron principio a ausentar las confusas nieblas de la noche. Apenas el sol comunicó sus rayos, cuando estuvo con nosotros el indio Pedro, que había vuelto a deshoras de la noche con todo lo que dudé que hallase entre los suyos para la ejecución de mi oferta, bien excusada y bastante sentida de mí, diciéndome placentero que había traído lo que había dicho era necesario para la cura de su mujer. Con ello, me vi obligado ya a dar principio a lo que no sabía. Respondí a mi amigo Pedro que me alegraba infinito que hubiese hallado lo que pretendíamos. Y como me parecía imposible que hallase lo cera y el aceite que cuidadosamente pedí, procuré inquirir cómo y dónde había descubierto aquellos géneros, ya que los demás no era difícil hallarlos. Me respondió que el cacique Melillanca, cuando rescató al capitán Marcos Chavarri -español de los antiguos que estuvo muchos años cautivo entre ellos-, le encargó una botijuela de aceite, lo que hizo con mucha puntualidad y tenía de ella todavía alguna cosa. Juzgué ser esto así, porque cuando me rescataron, fue lo primero que me pidieron mi amo y el cacique viejo en cuya casa asistí en los distritos de La Imperial. Ellos han experimentado ser éste un licor contra veneno, y como juzgan siempre que cualquier achaque o enfermedad que padecen se origina y proviene de él, solicitan tenerle muy de ordinario por este camino o por otro. La cera me dijo haberla encontrado en casa de un antiguo español criado entre ellos y connaturalizado en sus costumbres, que era medio zapatero y remendaba zapatos para salir calzados a las borracheras.

-Ya que tenéis dispuesto todo lo que os he pedido, amigo Pedro, a la tarde haremos el cocimiento de las yerbas y daremos principio a nuestra curación en el nombre de Dios. Y puesto que sois cristiano, antiguo, poned el corazón en Él y tened buenas esperanzas de ver a vuestra mujer libre de la penalidad y achaque que la afligen. Disponed la vasija nueva para el cocimiento y los demás adherentes, que, en acabando de comer, me tendréis en vuestra casa y no saldré de ella hasta haber curado a la enferma.

Con esto, se despidió muy consolado y yo salí al estero a ejecutar el ordinario baño de por las mañanas con los demás y después de encomendarme a Dios como lo acostumbraba. Entrándome por la montaña, di principio a mi oración, encaminada al buen acierto de la medicina y cura que entre manos tenía, considerándome ya indigno de levantar los ojos al cielo.

Salimos Pedro y yo, y en nuestra compañía los dos muchachos mis camaradas, y fuimos al rancho de la enferma. Allí me tenía muy bien de comer mi amigo, a quien dije que después de haber curado a su mujer merendaríamos con gusto de lo que había dispuesto. Apartaron las ollas y los demás trastes del fuego, dejándolo desocupado. Luego hice poner la olla nueva de buen porte que estaba prevenida con los demás adherentes, la cual henchí de agua y de las yerbas ya conocidas y como milagrosamente descubiertas. Cociéronse de manera que menguó el agua, de las tres partes, las dos, quedando la restante de color tinto. Entretanto, estuve disponiendo de una camisa vieja que había

traído Pedro una como talega o bolsa en que poner el pecho lastimado. La primera cura que le hice fue hacer que recibiese en aquella parte inflamada el vapor

del cocimiento, que con extremo humeaba la vasija en que estaban hirviendo las yerbas. Con esta diligencia estilaba el pecho agua como de una fuente; luego vacié las yerbas con el cocimiento de una batehuela limpia, y estando tibia el agua, le di con ella unos baños, entrándole a ratos el pecho en la batea. Al fin de ellos, envolví la inflamación con las yerbas bien molidas y sobre ellas puse la bolsa o funda para que no diese lugar a que se despegasen; con unas tiras del mismo ruán, unas por debajo del brazo y otras por encima del hombro, daban vueltas para atrás, donde se las enlacé, de manera que tenían firmes las bolsas y las yerbas. Abriguele aquella parte con paños calientes y mantas, y quedó descansada por entonces y con algún consuelo por las esperanzas que le di de que, mediante el médico celestial, había de quedar con buena salud; que se encomendase a Él con todo afecto y prometiese ser cristiana, pues su marido lo era; que de esa suerte nos ayudaría nuestro Dios a todos: a mí que tuviese acierto en la cura, a ella para que consiguiese la salud, y a su marido el gusto y consuelo que deseaba.

A estas razones respondió la buena india que desde luego estaba dispuesta a ser cristiana con muy buena voluntad. Le contesté que me alegraba infinitamente de reconocer en ella tan fervorosos deseos.

-Y puesto que estamos despacio -le repetí-, será bien que aprendáis a rezar primero las oraciones que sabe vuestro marido. Si las queréis aprender en vuestra lengua, os las enseñaré de muy buena gana.

Me dijo, entonces, con grande alegría que lo estimaría mucho, y el marido, Pedro, me significó con más fervor el deseo que tenía de oírlas: -Mientras se calientan los asadores y los guisados, podréis recitarnos el Padrenuestro y el Avemaría.

Hícelo así, como me lo pidió Pedro dos veces, y quedó la enferma grandemente aficionada y deseosa de aprenderlas luego y él por lo consiguiente para enseñarlas a su mujer.

En tres o cuatro días continué la asistencia a su rancho con los muchachos mis compañeros, que ya sabían el Padrenuestro, lo iban enseñando a la enferma y a Pedro, hasta que lo supieron escogidamente. Con esto, me apretaron su marido y ella a que la bautizase luego, porque lo deseaba mucho. Al tercer día bauticé a la enferma, con gran consuelo suyo y regocijo común de todos los vecinos, pues para el efecto vino el viejo, mi huésped, y todos los del rancho y otros comarcanos, con los que comimos y bebimos muy a gusto en alegre concurso. Después volví a repetir la cura, bañándole como antes el pecho, con las demás circunstancias referidas. Con esto quedó algo descansada, aunque aquella mañana del tercer día me había dicho haberle punzado con extremo el pecho. Le respondí que era buena señal, porque lo empedernido y duro de aquella parte se había morigerado y ablandado mucho. Quedó la enferma consolada y más alegre, y nosotros nos retiramos a los ranchos, de donde determinamos salir en demanda de más yerbas de las que habíamos reconocido en los más ancianos robles. Agregose a nosotros otra tropa de chicuelos, pues la serenidad de la tarde convidaba a salir a gozar de los templados y apacibles rayos del sol. Salimos en compañía entreteniéndonos con una pelota y nos

acercamos al sitio donde la primera vez tuve la dicha de encontrarlas, porque no en todos los árboles, aunque fuesen robles, se podían hallar. Volviome a dar aquel sitio abundantemente lo que buscaba, de cuyas hojas y raíces llevamos más de las necesarias, porque por vía de entretenimiento llevamos todos nuestra carguilla. Cuando volvimos, era cerca de ponerse el sol, y aunque habíamos merendado muy a gusto, llegamos a nuestra habitación con muy buenas ganas de comer o de cenar. Hallamos al viejo que nos estaba aguardando sentado al fuego, con la cena caliente y un buen cántaro de chicha. Después de haber brindado a les chicuelos con agasajo y amor, se retiraron a sus ranchos, porque sus padres los estarían esperando. Sentámonos al fuego cerca del cacique, quien ordenó luego a sus mujeres sacasen de cenar para todos. Después nos pusimos a rezar las oraciones los muchachos y yo y las indias; y habiéndonos acomodado la cama una hija del cacique, que por su orden cuidaba de mí, nos acostamos, y por haber llegado fatigados del camino, con facilidad nos rendimos al sueño.

La tarde antecedente, como ya dije, habíamos bautizado a la enferma con grande regocijo, que yo tuve así por esto, como por haber reconocido la sujeción que con el medicamento mostraba el empedernido achaque. Así, pues, estaba descansando a sueño suelto, bien ajeno al susto que me sobrevino de repente a más de la medianoche. Fue el caso que los baños y las yerbas habían ablandado la dureza y reducido a corrupción lo empedernido, por lo que las materias afligieron a la enferma de tal suerte, que la obligaron a dar voces desmedidas. Con este desasosiego lo tuvo mayor el marido, quien llegó tan lastimado a donde yo asistía, que juzgué que su mujer estaba muerta, pues me decía a voces:

-Capitán, capitán, ya se muere mi mujer; llégate allá por vida tuya, que te está llamando muy apriesa.

Alborotose la casa de mí huésped, fueron al instante las parientes, mujeres e hijas del cacique a ver cómo estaba la enferma. Y yo, más muerto que vivo, como dicen, no acertaba a levantarme de la cama.

Sin embargo, con firmes esperanzas de ser socorrido y amparado de la protección divina, salí del rancho bien afligido y triste, y como que iba a algún natural ejercicio, me hincé de rodillas a espaldas de la casa y con suspiros y tiernos sollozos hice mi deprecación. Con esto, fui al instante donde la enferma, y con muchos desahogo -como si entendiese lo que hacía-, hice arrimar la vela al lecho de la dolorida, a quien consolé y animé mucho a que tolerase aquel penoso dolor. Luego traté de desenvolver el pecho y quitar las ataduras y yerbas con que había estado envuelto y liado, reconociendo en ellas lo que los días antecedentes no había visto: con la fuerza del ardor del pecho, estaban hechas una yesca y aun quemadas. Despeguelas como pude y hallé la inflamación reducida a materias; por la parte más flaca, que parecía manifestaba boca, con una manezuela de arcabuz, que también había prevenido, bien caliente y hecha una ascua, le di un botón de fuego, porque no me atreví a abrirle herida con cuchillo ni otro instrumentos de hierro por parecerme más peligroso. Después de esa diligencia pedí una callana limpia y en ella puse muchas yerbas de las referidas, malvas machacadas, el unto sin sal y la cera. Con todos estos compuestos hice un emplasto griego, nunca visto ni aun imaginado, y como yo había oído decir que la levadura era muy a propósito para ablandar y madurar postemas, después de mezclados al fuego los dichos adherentes, los volví a incorporar con la levadura e hice un

parche que le cogía toda la parte más empedernida, la cual lié de manera que no se pudiese caer. Con esto descansó algún tanto la enferma y se recogieron los parientes a sus ranchos. Yo me quedé acompañándola, juntamente con los muchachos, y en compañía de la doliente rezamos las oraciones. Pedro hizo traer a su rancho nuestra cama, en la que nos echamos a dormir hasta que con sus resplandores el mayor planeta dio principio a esclarecer los más oscuros y retirados rincones de nuestra habitación. Me levanté, dejando dormidos a los compañeros, y habiendo reconocido que la enferma se había quedado un rato postrada al sueño, después de haber pasado lo más de la noche con doloridos ayes, salí afuera a rezar mis oraciones en el sitio acostumbrado del más tupido bosque. Al fin de este forzoso y principal ejercicio me encaminé al estero, donde estaban ya el cacique viejo y los de su casa, a quienes imité en el ordinario baño de por la mañana.

Volvimos a los ranchos frescos y limpios, que verdaderamente es parte para la salud y vida este ejercicio.

El viejo fue conmigo, deseoso de saber cómo seguía nuestra enferma, a la que hallamos continuando el sueño y su reposo, y a Pedro sentado al fuego, cebándolo con leña para aumentar sus llamas y efectos calurosos. Arrimamos a él nuestros helados cuerpos, porque era el tiempo más riguroso de fríos y escarchas de todo el año, y estuvimos consolados de ver que la enferma reposaba con sosiego y sin fatiga. Entretanto, dispuse unos trapos o lienzos limpios para curarla y previne a Pedro que hiciese aliñar un ave bien guisada para la enferma. Hízolo y sin dilación alguna llamó a una mujer española que asistía una cuadra de nosotros, la cual era gran cocinera, de las antiguas que cautivaron, para que dispusiese lo que había de comer la enferma y también nosotros. En este espacio de tiempo despertó la dolorida con mejor semblante del que solía, diciendo que sentía mojada toda aquella parte envuelta y emplastada, que el dolor no era tan intenso como antes, ni las punzadas tan continuas en el pecho como solían.

-Ahora veremos cómo está la inflamación -le dije-, y conforme estuviere, así obraremos.

Dispuse otro parche o emplasto como el pasado, y estando prevenido lo necesario, me puse a desliar el pecho: por la parte del botón de fuego había reventado toda la materia y llenado todos los lienzos de aquel humor corrupto, y aun había salido y esparcido por la cama. Con esta evacuación se había hallado sosegada y dormido un rato; apreté por los lados la inflamación reducida y por ser pequeña la boca que había abierto, no podía salir copiosamente la corrupta sangre. Por esto me determiné a romperla y acrecentaría con la punta de un cuchillo bien afilado, con cuyo beneficio pude exprimir el pecho de manera que quedó totalmente descargado; volví a poner el parche, o por mejor decir, emplasto sin concierto, y después de liado como antes, quedó la enferma quieta y sosegada. Acabada la cura, comimos y bebimos todos juntos con mucho regocijo y alegría de ver a la doliente comer de buenas ganas y a Pedro haciéndome mil halagos y brindándome a menudo con diferentes chichas de varias frutillas y legumbres, unas mejores que otras, que las amigas y parientes de su mujer le traían para su sustento y regalo.

Acabamos de comer, y dentro de breve rato dijo la enferma que quería dormir y reposar un rato, por haber pasado trabajosamente la noche anterior. Nos despedimos, entonces, los unos de los otros y nos recogimos a nuestros ranchos.

Finalmente continuando aquel medicamento por la mañana y de noche, en quince días quedó buena y sana la que hacía más de un año que padecía de aquel penoso achaque. Con esto quedé opinado en toda aquella tierra y parcialidad de insigne «machi». Como yo estaba enterado de que había sido obra sobrenatural y divina fui a dar infinitas gracias a nuestro Dios y Señor al lugar donde por las mañanas me recogía a tener algún consuelo.

El tiempo de las cavas y de hacer sus chacras es por septiembre, octubre y noviembre, conforme a las sitios y lugares secos y húmedos, por lo que algunos se adelantan a sembrarlos y otros aguardan a que se oreen y estén tratables. El cacique Quilalebo convidó a su cava a los de su contorno, de cuya parcialidad era mi huésped, el cacique Tereupillán, deudo y amigo de este Quilalebo, que era enemiguísimo de españoles, habiéndose criado con ellos desde muchacho. Me aseguró el viejo mi camarada que no se probaría que hubiese llegado a hablar a ningún español cautivo de cuantos habían pasado a sus tierras desde que las ciudades antiguas se despoblaron hasta el tiempo en que nos hallábamos, y me advirtió que yo no le llegase a hablar si no es que viniese primero él a hacerlo. Con esa advertencia, fuimos a su casa, donde se juntaron más de sesenta indios con sus arados e instrumentos manuales, que llama «hueullos», a modo de tenedores de tres puntas unos, otros a semejanza de una pala de horno de dos varas de largo, tan anchos de arriba como de abajo y el remate de la parte superior disminuido y redondo, para poder abarcarlo con una mano y tomarlo con la otra de la asa que en medio tiene para el efecto. De aquella suerte se cava la tierra muñida y hacen los camellones en que las mujeres van sembrando. Estos días son de regocijo y entretenimiento entre ellos, porque el autor del convite y dueño de las chacras mata muchas terneras, ovejas de la tierra y carneros para el gasto. La campaña en que estaban trabajando, cada uno donde le toca su tarea, estaba sembrada de cántaros de chicha y diversos fogones con asadores de carne, ollas de guisados, de donde las mujeres les iban llevando de beber y comer a menudo. Y aunque a mí no me mandaban trabajar, antes bien, cuando me entretenía por mi gusto en ayudarles y por divertirme en casa de mi huésped cogía el arado manual, por no estar ocioso, me decían que para qué trabajaba ni me ocupaba en aquellos ejercicios; que aunque fuese por entretenimiento, juzgarían algunos pasajeros o caminantes que me lo ordenaban o que era compelido a lo que de mi bella gracia y por pasar tiempo ejercitaba. No obstante este respeto que conmigo usaban, yo me convidaba siempre a coger mi tarea como los demás, con lo que obligaba, a que todos los vecinos y comarcanos me mirasen con amor y benevolencia. Aun el rebelde cacique daba muestras de no seguir conmigo el camino que con los demás cautivos había observado, pues habiendo llegado a brindar a mi camarada Tereupillán, a quien estaba yo ayudando a cavar lo que le tocaba de tarea, después de haber dado fin a la mía, me brindó también a mí, sin hablarme más palabra que decir que bebiese. Yo recibí el jarro de chicha con un «mari mari», con tanta cortesía y sumisión, haciéndole una reverencia y acatamiento no acostumbrados entre ellos, que ayudó mucho para que el odio y malquerencia que mostraba a los españoles los fuese trocando en interior afecto, como después en lo exterior y público lo significó a todos. Tanto como esto pueden la cortesía, la humildad y mansedumbre.

Proseguimos nuestra cava, y, al medio día nos acogimos a la sombra de unos crecidos árboles llamados «pengus». Regaba sus raíces un arroyo cristalino y abundante, al que todos fuimos a refrescarnos, fatigados del sol y del trabajo. Tenían en el fogón las

mujeres las ollas con diferentes guisados y varios asadores de carne y gran cantidad de cántaras, y botijas de chicha, de que bebimos y comimos sin medida. En breve rato volvimos a dar fin a nuestras melgas o hileras de camellones que a cada uno de nosotros nos pertenecían. Estando a los últimos tercios de nuestras tareas, como a las tres o cuatro de la tarde vimos bajar por una loma rasa y descubierta, donde en concurso alegre estábamos cavando, a un grave cacique de los distritos de Villarrica, con dos compañeros deudos y amigos suyos y otros dos criados, que traían de diestro dos caballos cargados. Al acercarse a nosotros, salió el principal cacique y dueño de aquel valle a saber quiénes eran los que venían y para dónde caminaban. Y habiéndole dicho de dónde eran y cómo se llamaban, dijo el principal de ellos que iban encaminados a la casa de Tereupillán, sin decir otra cosa por entonces. Le respondió Quilalebo que entre su demás amigos y compañeros estaba cavando sus chacras. Llevolo al sitio donde habíamos sestado, y le recibió con la cortesía y agasajo que acostumbran, haciendo tender unas esteras o tapetes en que sentarse y poniéndole delante tres o cuatro cántaras de chicha. Después envió llamar al viejo Tarcupillán y a otros tres o cuatro parientes para que asistiesen al recibimiento del cacique forastero. Yo quedé acabando la tarea de mi compañero con los dos hijos suyos que me asistían siempre.

Fuéronse agregando al sitio en que estaban los recién venidos los que iban dando fin a sus pertenencias y melgas señaladas, y aunque dentro de breve tiempo concluimos con nuestras faenas, nos fuimos mis compañeros y yo hacia el estero a lavarnos las manos y los rostros. En este intermedio estaban los caciques bebiendo y festejando la llegada de aquel forastero, príncipe y curaca de la Villarrica, a quien preguntaron cuidadosos la causa de haberse movido a alargarse tanto de sus distritos, cuando nunca le habían visto por aquellas parcialidades, ya que por lo menos habría catorce o quince leguas de una parte a la otra, lo que viene a ser, como ellos dicen, diferente «utanmapu». Respondió el cacique que la noticia que tenía de un español cautivo, hijo de Álvaro, le traía por aquellos distritos, por haber sabido que estaba en casa del cacique Tereupillán.

-Es verdad -dijeron los caciques circunstantes-, y aquí asiste entre nosotros con mucho gusto y contento.

Me hicieron llamar a toda prisa, y no dejó de alborotárseme el espíritu, porque el que se halla con ordinarios recelos, pocas veces se asegura de infortunios.

Fui al cónclave de los caciques, resignado en la voluntad del Señor, con mi acostumbrada humildad y compostura, y llegué a donde estaban. Llamado de mi huésped Tereupillán, me senté a su lado y él me recibió brindándome con un jarro de chicha que bebí con gusto, partiendo con los muchachos lo que quedaba, porque la vasija era de buen porte y tenía para todos.

Al instante que me vio el recién venido, preguntó si yo era el hijo de Álvaro, a quien buscaba y deseaba ver en extremo. Habiéndole respondido que sí, se levantó de su asiento y dijo en altas voces:

-Con vuestra licencia y beneplácito, caciques magnates y amigos, tengo de ir a abrazar a este capitán y hablar con él cuatro palabras.

Y diciendo esas razones, se fue acercando al sitio en que junto a mi cacique viejo me hallaba sentado. Levanteme también, y arrimándose a mí, me echó los brazos amorosamente, preguntándome si le conocía o me acordaba de él. (Los demás caciques del concurso, atentos y suspensos, miraban las acciones del forastero príncipe y lo que en su presencia razonaba.) Respondile con humildes y agradables razones que no me acordaba haberle visto. Repitió, preguntándome si yo era el hijo de Álvaro Maltincampo y si tenía otro hermano mayor entre los que éramos. Le satisface, diciéndole que no tenía otro hermano, ni mi padre haber tenido más hijo varón que a mí, aunque tenía otras hermanas. Con esta razón que le di, se volvió a los circunstantes, que estaban sentados atendiendo a sus acciones y palabras, y les dijo las siguientes, sentándose al lado de mi cacique viejo, cogiéndome de la mano y poniéndome en medio de los dos:

-Bien os acordaréis, «ilmenes» amigos, que en tiempos pasados, siendo muchacho orgulloso y atrevido (en los primeros años de la juventud hierva la sangre y el ánimo se halla inquieto), a pesar de estar distante de la frontera de guerra, con otros amigos y compañeros me determiné a ser soldado y seguir los pasos de los que se muestran más valerosos. Quiso mi fortuna que fuese en ocasión a la parcialidad de Tirúa, cuyos habitantes aguardaban al ejército de los españoles, para cuyo efecto había convocado la más gente que asistía en aquel contorno. Tuvimos aviso de que venía marchando el escuadrón cristiano, y en un paso montuoso y estrecho aguardamos de emboscada más de mil infantes, entre los cuales me cupo a mí la suerte de quedar, y otros tantos serían los de a caballo que se mostraron al ejército español. Lo que estaba dispuesto entre nosotros era que nuestra caballería se fuera retirando a toda prisa, hasta pasar la estrechura de paso montuoso. A un costado, entre las más tupidas y escabrosas ramas de aquel monte, estábamos los infantes encubiertos, para que luego pasasen los españoles tras nuestra caballería, les cogiésemos las espaldas y los nuestros revolviesen contra la vanguardia. La disposición habría sido con buen arte y militar acuerdo, si el Maltincampo Álvaro no fuese tan gran soldado y no estuviese tan adelante de nuestros pensamientos y designios. Al punto que llegó a aquel sitio, como si le hubieran avisado de nuestro cauteloso trato, habiendo su caballería querido arrojarle tras la nuestra, la mandó detener con toda prisa y, poniendo en escuadrón su poca gente, hizo registrar nuestra montaña con la mosquetería que traía siempre por delante. Y como las pelotas (balas) penetraban lo más oculto del bosque, haciendo gran daño en los que por aquella parte tenían cogida la frente, fue forzoso el descubrimos y salir a campaña abierta, resueltos a morir antes peleando que volver las espaldas al peligro manifiesto. Hicimoslo así, embistiendo por tres partes al escuadrón armado; la caballería nuestra acometió por otra parte. Y cuando juzgamos a los primeros lances llevarnos los españoles por delante, porque eran pocos, nos salió muy al contrario, pues trabose una batalla sangrienta, de manera que tuvimos el escuadrón desbaratado y muertos algunos españoles. Llegó entonces Álvaro el Maltincampo con un trozo de caballería y empezó, dando voces, a animar a su gente y a atropellar nuestra infantería con tal furia y valor, que dio lugar a su infantería a ponerse en orden y disparar sus arcabuces y mosquetes. Con eso nos obligaron a ponernos en huida, procurando ganar la montaña de donde habíamos salido, y nuestra caballería por otro cabo, a rienda suelta, solicitando escaparse a toda prisa. De los nuestros quedaron más de doscientos indios tendidos sin vida en aquella campaña, y algunos de los españoles también, porque verdaderamente, a la primera embestida, llegamos a ajustarnos de manera que de una y otra parte cayeron algunos. Fuimos, a toda prisa, ya

desbaratados, ganando la montaña, hasta llegar parte de los nuestros a abrigarse de nuestra caballería, que por la ceja del monte se iba retirando. Juzgando algunos de mis compañeros que con mayor seguridad nos libraríamos quedando en lo más áspero del monte, nos sucedió muy al revés de lo que imaginamos, porque, habiéndolo cercado de postas, entraron los «puconas» con cien arcabuceros; disparando por entre las más espesas ramas y escudriñando los más secretos bosques, me sacaron en compañía de más de otros cientos, que por todos los cautivos fuimos más de doscientos y los muertos serían otros tantos.

«Con esta victoria revolvió el Maltincampo su ejército para Arauco, a donde llegamos despojados, desnudos y en carnes, sólo con un trapo por delante.

«Pidieron los indios amigos a los más principales de la tropa para matarlos, en sus parlamentos, a nuestra usanza. Entre los que señalaron, fui yo el uno, porque supieron que era hijo del toqui principal de la Villarrica: Naucuate, mi padre. Cuando me tenían ya dedicado para el primer parlamento, llegó este capitán con otros españoles a ver la multitud de prisioneros que estábamos en la guardia, o la vista de ella al sol, y como era hijo del Maltincampo, traía muchos soldados tras sí y sus muchachos. Sería entonces este capitán de siete u ocho años, poco más o menos, y habiéndome visto maltratado, lleno de sangre de una herida que me habían dado en la cabeza, desnudo, llorando amargamente mi desdicha -que como yo era muchacho también, sentía en extremo el saber que me pedían los indios amigos para darme muerte-, me preguntó la causa de mi aflicción y llanto. Al darle razón de mi trabajo y pena, me consoló grandemente, diciéndome que no moriría, porque me tenía mucha lástima; quitó a su muchacho una manta nueva que llevaba, y me la hizo poner encima, con lo que me pude abrigar. Al instante fue a su padre Álvaro y le pidió que me sacasen de entre los otros cautivos, como lo hicieron luego y me pusieron aparte. Los caciques y toquis de Arauco porfiaban en pedirme, y por apartarme del tropel de sus instancias, mandó Álvaro que me llevasen a la ciudad de la Concepción a la cadena, donde había otros ocupados en varios ejercicios. Esto fue mientras el Maltincampo iba a la dicha ciudad para pasarme a su casa y a su hacienda, que así me lo tenía prometido por intercesión de este niño. Mirad ahora, «ilmenes», mis amigos, al es razón que tenga en la memoria tan grande beneficio como el que este capitán me hizo en su tierra siendo tan tierno y delicado.

-Por cierto que sí -le respondieron todos-, y no sin bastantes causas se granjea las voluntades de los más extraños.

-Proseguid vuestra historia -dijo el cacique Quilalebo-, que estamos deseosos de-saber en qué paró vuestra fortuna.

-Aunque es tragedia larga, -dijo el forastero-, pues gustáis de escucharme lo restante de mis infortunios, los referiré despacio.

«Llegué a la ciudad de la Concepción -prosiguió-, y después de algunos días que estuve con los compañeros, ocupado en varios ejercicios, se ofreció ocasión en que me mandaron con otros cinco prisioneros a ayudar a cavar una viña de las que estaban sobre los altos y cerros de la ciudad, desde la cual nos podían estar atalayando. Continuamos dos días este trabajo, habiendo salido en compañía de un español viejo que nos alquilaba,

y dos chapetones soldados que servían de guardia. Éstos se iban a pasear y dejaban al viejo solo, juzgando que bastaría su asistencia y cuidado para los que estábamos aprisionados. Con esta advertencia, dispusimos hacer fuga el cuarto día, como en hecho de verdad pusimos en ejecución nuestros designios. Y fue de la suerte que os referiré.

«Salimos al tercer día con intención de ejecutar lo comunicado, y parece que no se nos dispuso tan bien como deseábamos, por haber asistido los dos soldados con el viejo y comido con él aquel día, por lo que salieron tarde a su paseo. El cuarto día salimos ya resueltos a poner en obra lo dispuesto, aunque fuese a costa de las vidas de todos los tres guardianes, que a esta resolución nos indujo el haber visto que los dos soldadillos, desarrapados y sin espadas, dejaban al viejo solo, principalmente uno de ellos que se iba a pasear, y los otros se echaban a dormir sin cuidado ni recelo alguno. La confianza de vernos aprisionados y con cormas, les aseguraba del hecho que emprendimos. Llevaban de comer al viejo de su casa y a nosotros de la misma suerte a mediodía. Aquel día, quiso nuestra fortuna sernos propicia y favorable, por habernos llevado de comer más temprano que otras veces. Los muchachos solían hacerlo poco antes de tocar las campanas a vísperas, cuando empezaban a cruzar mucha gente por las calles y caminos que hubiera podido divisarlos. Como se adelantaron aquel día, se volvieron a tiempo que al de la siesta nos quedamos solos, de tal suerte que no aparecía alma. Uno de los chapesillos y guardianes se echó a dormir, luego que acabó de comer, debajo de unas ramas que para reparo del sol habían subido a lo alto de la viña, y el otro, al instante se fue a pasear como solía, de modo que no paraba un momento con nosotros. Sólo el viejo nos asistía, con un chuzo o lanzón en la mano, el que más le servía de bordón para afirmarse, que de arma para su defensa. A éste lo engañamos con astucia, diciéndole que cavando en una cepa habíamos descubierto una «huaca», en la cual parecía haber algún tesoro sepultado. Pusímonos como admirados, a la redonda del hoyo o socavón descubierto, y cuando el viejo nos vio de aquella suerte, solícito y cuidadoso que fue allegando a nosotros, preguntando la causa de nuestra admiración. Todo esto dijimos por hallarnos juntos para matarle, porque no se nos escapase. Dijímosle lo referido de la cueva, y el pobre inocente se acercó a mirarla. Luego que estuvo entre nosotros, le cogió por la espalda uno de los más atrevidos y alentados, y otro le descargó en la cabeza tan grande golpe con uno de los azadones con que cavábamos la viña, que lo dejó sin sentido. Al segundo quedó privado de la vida. Uno de los nuestros estaba advertido de que cuando el viejo se fuese arrimando a nosotros, él se acercase al dormido, y en descargando el golpe sobre el anciano, ejecutase también en el inadvertido chapetón la sentencia de muerte pronunciada. Sucedióse a medida del deseo y como lo pintamos, y con un machetón que traía el viejo y con los azadones que teníamos, hicimos las cormas treinta mil pedazos. Había entre nosotros dos valerosos indios, baqueanos de toda la tierra y expertos de los caminos de la cordillera, por haberlos pisado algunas veces. Entrando en consulta, resolvieron encaminarse hacia la costa por el propio camino de las chacras y estancias de los españoles. Así lo hicimos, y en unas serranías y barrancas que estaban cerca del lugar, que las olas del mar combatían, nos emboscamos. En ellas estuvimos hasta más de la media noche. Quiso también nuestra dichosa suerte que hasta ponerse el sol no nos echasen de menos, porque el soldado que se iba a pasear, volvía siempre a aquellas horas, y hasta entonces no pudo dar aviso de lo que pasaba. Habiendo hallado a los compañeros muertos y las cormas por el suelo hechas pedazos, fue a tocar arma a prima noche a los de la ciudad y a sus oficiales militares, por lo que no pudieron echar gente en demanda de

nuestros rastros sino muy tarde y a deshora de la noche obscura. Enviaron a coger todos los caminos, juzgando, claro está, que habíamos de tirar para nuestras tierras; mas los baqueanos y astutos compañeros se fueron caminando por el camino real de las estancias de los españoles. Con esto, era imposible cogernos el rastro, porque era forzoso que ellos tirasen hacia nuestras tierras a cortar los caminos, y nosotros a la contra, nos encaminábamos a las suyas. Aquella noche salimos de las barrancas del mar, y en algunas estanzuelas, cuyas plantaciones estaban arrimadas a sus orillas, encontramos los caballos que hubimos menester, dos aquí y otros tantos en otra parte, con los que nos aviamos muy a gusto. Pasamos aquella noche el río que llaman Itata, camino para Santiago, y sin recelo alguno nos fuimos arrimando a la cordillera nevada. Por un camino de los «puelches» -que son indios serranos de diferente lengua y traje- a orillas de un río que llaman Longaví, nos entramos a un valle que se nos mostraba ameno entre dos cordilleras. Antes de entrar en estas serranías, y ásperos despeñaderos, nos pertrechamos de corderos terneros, legumbres de las chacras y otros caballos que encontramos con qué aliviar los primeros; los unos y los otros nos fueron de mucha importancia para la brevedad de nuestro viaje por entre aquellas serranías y pedregales. En mi vida había visto mi aun imaginado que pudiesen ser tratables tan empinados cerros, por muchas partes cubiertos de cuajada nieve, pasando por encima de ella en diversas estrechuras, ya que lo áspero de sus veredas nos obligaba a de ordinario a pasarlas a pie, con los caballos de diestro.

«Con esto, dejamos burlados a los que nos asechaban por las fronteras del Bío-Bío, que es el camino común para nuestras tierras; y aunque el que trajimos fue trabajoso y dilatado, aseguramos con eso nuestras vidas. Dejo las penalidades, miserias y desdichas que padecemos, porque al referirlas parecerían, increíbles a los que no han experimentado sus rigores. Sólo diré que al cabo de treinta días penetramos los más ásperos rincones de esa sierra nevada y vinimos a salir junto a Lirquén, de donde eran naturales dos de mis compañeros, que fueron los que nos guiaron por aquel derrotero. Llegamos a unos ranchos de sus parientes y conocidos, los que por muy buen rato se quedaron suspensos y atónitos de habernos visto de repente en sus tierras y en sus casas, cuando nos tenían por muertos y olvidados. Con notable júbilo y alegría volvieron en sí, abrazándonos una y muchas veces, y a nuestra llegada se hizo aquella noche gran festejo, con un gran convite y baile. Como yo estaba con grandes ansias de pasar a mi casa por ver a mi amado padre, madre y parientes, me fui otro día caminando por entre los nuestros, con aplauso común de toda aquella «regüe», principalmente de los amigos de Naucuanche, mi padre; los más vecinos de Villarrica, mi patria, deudos y conocidos, me llevaron a mi casa, habiendo antes enviado a avisar a mis padres, que con toda prevención y regocijo me aguardaron.

«Dejo a la consideración de cada uno los convites que con mi llegada harían mis parientes y vecinos, juntándose en nuestro rancho más de doscientas almas, con lo que los bailes y entretenimientos duraron más de ocho días, y cuán gustoso me hallaría yo de verme entre los míos, regalado, celebrado y aplaudido.

«Toda esta tragedia de mis sucesos os he referido, para venir a acabar en ella con decir os que a este capitán, hijo del Maltincampo Álvaro, debo la vida que tengo, los regocijos, los aplausos, y los gustos que hoy poseo. Y no cumpliera con la obligación de mi sangre ni saliera bien de los empeños en que me puso, si luego que supe de la llegada de este

capitán hijo de Álvaro, que tan nombrado y conocido es en toda nuestra tierra, no solicitase con todo esfuerzo buscarlo y descubrirlo, para agradecerle el bien y el agasajo que en trance tan peligroso me comunicó de niño. Como sé lo que es estar cautivo, juzgo al pobrecito temeroso, triste y disgustado. Y puesto que sois mis amigos, con todo encarecimiento os ruego y suplico muchas veces me ayudéis a estimar y a agradecer a este capitán la acción que conmigo hizo, en que se manifestó ser de ilustre sangre, de buen corazón y generoso pecho. Regaladle, defendedle y consoladle, que al tanto os ofrezco hacer en que se ofreciere y tuviereis gusto de mandarme.

Apenas acabó de pronunciar estas razones, cuando se levantó de su asiento el cacique Quilalebo, y se vino a donde yo estaba, diciendo en altas voces con notable regocijo:

-Abrazadme, capitán, que de hoy en adelante habéis de ser mi íntimo camarada y amigo verdadero.

Yo me levanté con toda sumisión y reverencia a abrazarle, obedeciendo su mandato. Después, cogiéndome del brazo, me sentó junto a sí, y prosiguió sus razones de esta suerte:

-Bien os consta y sabéis con evidencia, caciques amigos y compañeros -nombrando por sus nombres a los más antiguos y principales, que es lo que acostumbran en sus parlamentos-, que desde que despoblamos antiguas ciudades y de nuestras tierras aventamos a los españoles, no he podido reducirme a hablar a ninguno de cuantos cautivos han estado entre nosotros; ni aun a mirarlos a la cara me he inclinado, por las malas obras y vejaciones que experimenté en los primeros españoles, no habiendo podido tolerarlas, y aún ahora, repetidas y traídas a la memoria, me lastiman y ofenden. Ésta fue la causa de que me hubiese quedado tal horror y aborrecimiento a sus acciones; mas os aseguro de verdad que con ser así lo referido, luego que vi a este «pichihuinca», naturalmente, en lo interior de mi corazón tuvo lugar su agradable aspecto,-su humildad y su compostura. Ahora, con lo que vos, Lepumante (que así se nombraba el cacique de Villarrica), habéis dicho, acreditando el concepto que de este capitán tenía, no me tendréis a liviandad que haga con él estas y muchas finezas más.

Y volviendo a echarme los brazos, me dijo que había de ser su «quempo», ofreciéndome una hija mestiza que tenía, de muy buen parecer, y otras cosas notables que en su lugar se irán manifestando después.

Volvamos ahora al cacique forastero Lepumante. Preguntome si me acordaba de él y de lo que había referido. Le respondí que de haber hecho la acción tenía memoria, pero que me faltaba el conocimiento de la persona en quien la había obrado, y que así no estaba cierto si fuese él u otro el beneficiado.

-Pues yo era, capitán -repitió-, y me acuerdo bien que traías un vestido azul con muchos pasamanos de plata, y la manta que me diste era verde, con listas amarillas, blancas y azules; la traje a mi tierra y siempre que la miraba me acordaba de ti y del bien que me hiciste. Y al punto que supe que estabas de esta banda del Imperial, te mandé labrar una manta, dos camisetas y unos calzones, para que tengas con qué mudarte y andes limpio.

Si nuestras alhajas fueran demás lucimiento y costo, ten por sin duda que igualarán a mis deseos cuando no a lo que mereces.

Con esto, llamó a uno de sus criados que estaba viendo las cargas y le mandó que las trajese a mi presencia; hízolo así el criado y trájome el repuesto a donde yo estaba, en presencia de todos los demás caciques, quienes me daban muchos parabienes, haciéndome cada uno de ellos grandes agasajos. El regalo fue compuesto de lo que referiré:

Primeramente, cuatro botijas de chicha regalada; dos de frutilla pasa, que es de las mejores que se beben y el género que más dura sin acidarse, y que no es común como las demás, las otras dos de manzana, que, como no esté pasada de punto, es cordial y de lindo gusto. Lo segundo que me pusieron delante fueron dos zurrone de frutilla seca y bien pasada, y otros de harina tostada de maíz, vuelta con quinua y made, con unos bollos de porotos en medio, linaza tostada y otras legumbres gustosas de que ellos usan por regalo; dos docenas de rosquetes de huevos y otras dos de panes de maíz que llaman «umintas» y nosotros tamales; dos docenas de gallinas y capones y una botija de miel de abeja clara y de extremado gusto. Después de esto, desenvolvió un lío o fardillo, en que me traía una manta muy bien labrada, dos camisetas, la una pequeña, cerrada por los lados y flocada a la redonda, que así las usaban los caciques debajo de las demás camisetas grandes, que sirven como a nosotros de coletos de gala o armadores; ésta era muy curiosa, labrada y listada de varios colores; otra camiseta colorada que parecía un terciopelo carmesí, con unos calzones de la misma tela, guarnecido por los cantos y costuras de un galón amarillo con azul entretejido. Y al fin de todo esto que mi amigo Quilalebo encargó a su mujer y a su hija, me echó al cuello una bolsa muy curiosa que se quitó de encima, la cual usan también los caciques pendiente de una curiosa faja a modo de tahalí entre nosotros, y en secreto me dijo que guardase aquellos panecitos que estaban dentro para llevar a mi tierra, que allá servirían de algo, porque los españoles antiguos decían que era el género de mayor estimación que se hallaba entre ellos y de precio más elevado.

Le agradecí como era justo su regalo y presente, y mucho más la acción pública que conmigo hizo, pues de ella se originó que los que no me comunicaban, lo hicieran con agrado y cortesía, y los que me tenían buena voluntad; la continuasen con mayor afecto.

Aquella noche estaban dispuestos el baile y regocijo que acostumbran en sus cavas y en el trabajo de sus sementeras. Por haberse el sol ya trastornado, se quedó con nosotros mi correspondiente, y el cacique Quilalebo, dueño del festejo, celebró su llegada con algo más de lo prevenido, porque verdaderamente era ostentativo y galante en sus acciones. Después de haber cenado espléndidamente y bebido de la chicha regalada en el obsequio, nos fuimos al fogón, donde se había principiado el baile, los caciques viejos y el de Villarrica conmigo, quienes me rogaron que bailase con ellos, como lo hice por darles gusto. En medio de este entretenimiento, cogió de la mano Quilalebo a su hija, que estaba entre las demás bailando; la trajo acompañada de las otras a donde nosotros estábamos, y le dijo que me cogiese de la mano y bailase conmigo, porque ya me la tenía dada por mujer. Los demás caciques se acomodaron con las otras que venían en su compañía y empezaron a bailar con ellas de las manos. Yo, a persuasiones de Quilalebo y de los demás principales ancianos, hice lo propio. Antes de esto, brindáronnos las mozas, que es

lo que acostumbran las solteras cuando quieren que la correspondan los que no tienen mujeres o cuando quieren hacer alguna lisonja a los caciques ancianos, y de esta suerte suelen casarse en estas fiestas o bailes que llaman ellos «gñapitún».

Jamás me vi más atribulado ni más perseguido que en demonio que en esta ocasión forzosa e inexcusable, porque era aplaudido de los caciques y solicitando con amor y voluntad a sensuales apetitos. Si en otras ocasiones me pusieron en semejantes empeños, no fue con tantos aprietos ni demostraciones tan afectuosas como las de Quilalebo, padre y dueño de las acciones de su hija.

Puesto ya en el empeño, con la moza de la mano, con buenas razones le dije que eran de grande estimación para mí los favores que su padre tan a banderas desplegadas me hacía; que estaría toda mi vida con el reconocimiento debido a tamañas honras y agasajos, porque las muestras que me había dado de su afecto con acción tan generosa y tan del alma, entregándome una prenda de tanta estimación como lo era su hermosura, no era para menos que para confesarme por humilde esclavo suyo y de ella. Sin embargo, le suplicaba, como tan cuerda y entendida, perdonase la cortedad y encogimiento que hallaría en mis acciones -y esto fue quitándome mi mano de la suya-, porque la deseaba servir con más fundamento y con más seguridad de mi alma. Además, como no era cristiana y profesaba diferente ley que la mía, no podíamos los cristianos quebrantar nuestros institutos en ofensa de Dios Nuestro Señor; esto era lo principal para mi reparo. Lo otro, el estar aguardando la primavera el trato de mi rescate, y que sentiría en extremo prendarme de su amor para no ser por muchos días;

que le prometía con toda verdad que si por algún camino se perturbase mi rescate y no tuviese efecto el verano siguiente, trataría de quedarme con su padre y de ajustarme a vivir entre los suyos. Respondió la moza cortésmente y con agrado que ella no había de hacer más de lo que su padre le ordenase.

A todo esto, estaban cantando y bailando los demás caciques, mis padrinos -que ya me juzgaban casado-, dando vueltas con las otras compañeras a la redonda del tamboril; en medio de todos, el que les tocaba, sirviendo de maestro de capilla, al que seguían los circunstantes en los altibajos de su voz y tonada.

En esta ocasión llegó la madre de esta muchacha al sitio en que nos hallábamos parados, metidos en nuestra conversación. Me brindó con un jarro de chicha dulce y clara de las botijas que me había traído Lapumante, tratándome ya como a su yerno, diciéndome el gusto que tenía de que Quilalebo, su marido, me hubiese dado a su hija; ella era de las señoras principales de Valdivia, y aquella niña, nieta de uno de los conquistadores antiguos que me nombró, y como cosa que importaba poco -estando ella connaturalizada con aquellos bárbaros-, no encomendé a la memoria su apellido. Hallé blanco cómo decirle los inconvenientes que por entonces se me ofrecían para no empeñarme en el amor de su hija, repitiendo lo propio que antes con razones corteses y agradables. Como mujer de entendimiento, aunque abrutada en el lenguaje, traje y costumbres, me respondió que le parecía muy ajustada mi razón, pero que no obstante lo propuesto, Quilalebo tenía voluntad de que yo la festejase y bailase con ella de la mano y cogiéndosela a la hija, me asió la buena vieja a mí de la otra, y en medio de las dos, mostrándome alegre y placentero, hice lo que los demás circunstantes en concurso común

ejecutaban. Y aunque corporalmente asistía, a más no poder, en medio de estos combates, el espíritu y el corazón estaban ante la presencia de Dios, solicitando su ayuda y eficaz auxilio.

Gran felicidad es la de un cautivo cuando preso y esclavo, se arrastra del común concurso los aplausos y en los mayores enemigos halla vinculada su defensa y no solicitada dicha. Entonces ponía yo mayor freno a mis acciones y con doblado recato me portaba.

Recogime con el cacique de la Villarica a descansar del trabajo de aquel día, para mi bien penoso, si para ellos alegre y regocijado. En breve rato nos quedamos con el sueño privados de nuestros sentidos, y los demás del concurso, continuando sus voces y cantos con tamboriles y bailes, comiendo y bebiendo con gran gusto lo restante de la noche.

Amaneció otro día para nosotros más tarde, por haber sido la noche entretenida y haber estado lo más de ella desvelados. Despertamos del sueño el sol bien alto, si bien las mujeres de Quilalebo madrugaron juntamente con él, como quienes tenían a su cargo el regalarnos. Poco después de los dueños de casa me levanté del lecho, dejando en él al compañero, y con un mesticito, hermano de la moza contenida en el tratado casamiento, salimos al estero a repetir el continuado baño de mañana. Allí encontramos algunas muchachonas desnudas en el agua sin rebozo. Entre ellas, la mestiza hermana de mi compañero -que también por su parte me insistía y solicitaba que la comunicase más a lo estrecho- se señalaba y sobresalía por blanca, por discreta y por hermosa. Confieso a Dios mi culpa, y al lector como humano, que no me vi jamás con mayor aprieto, tentado y perseguido del común adversario, porque aunque quise de aquel venéreo objeto apartar la vista, no pude; al punto que nos vieron las compañeras que con ellas estaban, nos llamaron, que en estos entretenimientos y alegres bailes, como solteras, sin dueños ni maridos, suelen servir de bufonas. Porque no me juzgasen extraño y descortés a sus razones, respondí con agrado y buen semblante, diciendo que a otro cabo nos íbamos a bañar con toda prisa. Y aunque nos convidaron con el sitio en que ellas desnudas asistían, pasamos de largo a otro emboscadero y lugar más oculto, excusando el convite con palabras de chanza y respondiendo conforme nos hablaron.

Veamos por un rato la tentación tan fuerte que en semejante lance el espíritu maligno me puso por delante: a una mujer desnuda, blanca y limpia, con unos ojos negros y espacuosos, las pestañas largas, cejas en arco que del dios Cupido tiraban flechas, el cabello tan largo y tan tupido que le pudo servir de cobertura tendido por delante hasta las piernas, y otras particulares circunstancias que fueron suficientes por entonces a arrastrarme los sentidos y el espíritu, que al más atento y justo puede turbar el ánimo una mujer desnuda. A este propósito, dijo un poeta los siguientes versos:

*«Porque la mujer desnuda
cosa perniciosa es,
ha de estar entre vidrieras
porque el aire no la dé».*

Mas, después de haber experimentado lo que es la mujer en carnes, trocara yo los versos de esta suerte:

*«Porque la mujer desnuda
cosa perniciosa es,
ha de estar entre paredes
porque no la pueden ver.»*

Y esto sería lo más seguro para no poner tropiezos a nuestra fragilidad humana.

La mejor gala y hermosura en la mujer son, en mi opinión, la limpieza y la frescura, y ésta es la que lleva y arrastra el apetito, más que la gala, el ornato y el afeite, porque hay algunas que salen de los límites de este antiguo abuso de tal suerte, que por donde piensan granjear aplausos y favores, son objetos de risa a los más cuerdos.

Salimos del estero mi compañero y yo, y volvimos al rancho alegres, limpios y frescos. En la puerta encontramos al cacique Quilalebo, en su opinión y voluntad mi suegro, quien me recibió con los brazos abiertos, y echándomelos al cuello amorosamente, me dijo:

-«Mari mari, quempo», ¿cómo os ha ido esta noche? -juzgando que yo había tenido más familiar trato y amoroso empeño con su hija.

Respondí que me hallaba gozoso, estimando en extremo sus favores, que eran muy propios de quien era. En este tiempo salía con otros caciques el de Villarrica, y antes de encaminarse al río para el acostumbrado ejercicio de la mañana, rogó a Quilalebo que le hiciese traer sus caballos, porque deseaba volver a su casa a concluir también sus sementeras, porque el año al parecer daba muestras de ser seco. Respondióle mi «suegro» que no quería que se fuese tan aceleradamente de su casa, porque se habían de holgar y entretener muy despacio una vez que había aportado a sus distritos, además de que sus caballos no aparecían. Y todo esto fue en chanza y con burlesco modo, porque el viejo era de humor alegre, jovial y entretenido. Replicó el de Villarrica que no le hiciera mala obra en detenerle, porque como ya sabía el camino para su casa, volvería a verle más despacio a él y a su amigo el capitán.

Envió con esta resolución por los caballos y mandó hacer de comer con toda prisa, aunque ya las mujeres lo tenían dispuesto. Volvieron los caciques de su baño y sentáronse al sol en unos tapetes o esteras a la usanza. Allí les sacaron cuatro cántaras de chicha de buen porte con sus botijas de madera, que llaman «malgues», con las cuales sacan la chicha para repartirla y brindar a otros. Entregáronme una cántara de aquéllas y las demás repartieron a los compañeros, quienes fueron brindando, como lo hice yo también, dando principio por el huésped y acabando por los demás que estaban sentados con nosotros. En medio de estos brindis, fueron trayendo de comer y dentro de breve rato dieron principio al baile, por ver si podían detener al cacique forastero con la variedad de instrumentos que tocaban.

En esta ocasión llegaron los caballos, que habían salido a ayudar a buscar sus dos criados, porque no los conocían bien los muchachos de Quilalebo. Y luego trató el huésped de ponerse en camino, sin que pudiesen detenerlo un punto. Dejo algunas circunstancias que pasaron, por no dilatarme en lo que no hace muy al caso ni es lo más esencial. Despidiose de mí con gran ternura y rogó a Quilalebo y a Tereupillán, con quien yo asistía, que mirasen por mí y me regalasen y que de su parte también solicitasen el rescate; que él

procuraría dar la vuelta en breve, y que con su licencia me había de llevar entonces por diez o doce días a su casa. En esta conformidad quedaron los unos y los otros y se despidieron con mucho amor y gusto de haberse comunicado y conocido, que los que son de parcialidades diferentes y tan dilatadas no se comunican todas veces ni aun se conocen. Abrazome dos veces, el buen cacique, dejándome con su vista consolado y con la acción que hizo.

Quedaron ocupados los vecinos, y comarcanos en dar fin a su tareas algunos, y a la tarde se fueron despidiendo los unos de los otros, habiendo trabajado, entreteniéndose con banquetes y bodas extraordinarios. Despidiose también Tereupillán, y Quilalebo no permitió que me llevase, rogándole me dejara en su casa por algunos días, pues era lo propio estar en ella que en la suya. Aunque yo sentí no volver con mi viejo camarada, disimulé por entonces y a solas le rogué que dentro de tres o cuatro días enviase por mí con pretexto de haber tenido un mensaje de Maulicán, en que avisaba no me dejase de la mano, ni me entregase a otra persona que a él o algún pariente suyo, porque sus enemigos solicitaban por mil caminos cogirme solo y llevarme a un parlamento que se estaba disponiendo para quitarme la vida. Y cuando se despidió de mí y del viejo, le previno todo lo referido. Hice esta diligencia por apartarme de la ocasión y peligro en que quedaba, con riesgo de caer en desgracia de Dios Nuestro Señor, habiendo de dar gusto al que me mostraba amor y entrañable voluntad.

CUARTA PARTE

Dejome pues, Tereupillán en aquella parcialidad, en casa de su amigo y deudo Quilalebo, y en mi compañía uno de los chicuelos, hijo suyo, que me asistía de ordinarios y con grande oraciones. Agregáronse a mí luego el mestizo hijo de Quilalebo con otros muchachos vecinos, que como todavía yo lo era, fácilmente se allegaban a comunicarme. Salíamos a la campaña a entretenernos unas veces a la pelota, otras a la chueca, y a ratos íbamos a ayudar a las mujeres a sembrar lo que habíamos arado. Asistimos con ellas una tarde, ayudándoles más a beber que a trabajar; nuestro viejo Quilalebo, hallándose solo, vino en nuestra demanda y nos halló dando fin a un cántaro de chicha y comiendo unos bollos de maíz y porotos muy bien sazonados. Convidamos al viejo luego que llegó, y él se sentó a mi lado, echándome los brazos y diciéndome:

-Capitán, muy enojado me tenéis porque no habíais a mi hija, habiéndoola dado para que os sirva.

-Ya le dije a vuestra mujer, y a ella por lo consiguiente -respondí- al cacique-, que no podíamos los cristianos tener cohabitación con las mujeres que no lo eran nuestras y profesaban diferente ley. Esto es lo que me acorta para no extender mis acciones a lo que mi agradecimiento debe y la voluntad se inclina.

-Pues, si no es más que esa la dificultad -dijo el viejo-, fácil es cristianarla, que eso lo podéis hacer cuando tuvieres gusto.

-Síguese mayor inconveniente de esta acción -repliqué-, por quedar ligado en parentesco muy cercano, de tal suerte que vengo a ser padre espiritual, como lo sois vos por

naturaleza; y como es cosa torpe y fea mezclarse los padres con las hijas, fuera mayor mi delito.

-Callad, capitán. ¿Yo no soy cristiano también, que me he criado entre españoles y los conozco más bien que a mis manos? ¿Para qué me decís a mí eso?

-Pues, si sois cristiano, como decís, y os habéis criado con ellos, ¿no sabéis que hay Dios que castiga nuestros pecados, porque aborrece la maldad y la insolencia, Quilalebo amigo?

-Eso debe ser así, pero yo no lo he visto. No me hagáis hablar, capitán, que os diré tantas cosas que os admiraréis de escucharlas.

-No me maravillaré -dije-, porque somos hombres frágiles y estamos sujetos a todas las desdichas, si nos deja Dios de su mano.

-En aquellos tiempos -prosiguió el viejo- no vimos que a ninguno castigase Dios.

Bien pude decirle cuán castigados habían sido sus primeros dueños, como después se lo advertí. Pero como teníamos trabada conversación, no quise cortar el hilo de su discurso, antes le fui abriendo la puerta para que prosiguiese con materia que deseaba saber y hacerme capaz de aquellos antiguos alzamientos y alborotos. Así, le respondí que me holgaría de saber algunas cosas mal hechas que le parecieran a él dignas del castigo de Dios, porque había oído ciertas cosas exageradas.

-Ahora, pues, capitán amigo, ya que me sacáis a barrera, os contaré la causa de nuestros alborotos y de haber quedado yo con tan mala querencia a vuestros antepasados.

-Mucho gusto tendré en escuchar vuestras razones, porque verdaderamente hay varias opiniones que se encaminan unas a culpar a los españoles, otras a la inconstancia de vuestros naturales.

-Pues, escuchadme un rato, por vuestra vida repitió el viejo-, y juzgaréis después lo que os pareciere.

«Los pateros en quienes teníamos puestas nuestras esperanzas de que hallaríamos segura protección y amparo cierto eran peores que los propios seglares nuestros amos. Como nuestras poblaciones y rancherías estaban de ordinario sin la asistencia de indios tributarios, por estar trabajando en sus tareas, los contenidos padres doctrineros, con pretexto de enseñar a rezar a los muchachos y chinas, se entraban en las casas con descoco y hacían de las mujeres lo que querían por engaño y dádivas; y cuando se resistían constantes, las mandaban ir a la iglesia para que aprendiesen a confesarse, y en las sacristías las atemorizaban y les decían que en aquel lugar en que estaban, si no consentían con lo que el patero les decía, que el «Pillán algue» las había de castigar severamente, y que si hablaban palabra o lo que al oído les decía, y lo que hacían, las había de quemar vivas. De esta suerte, dentro de las iglesias violentaban muchas doncellas, forzaban casadas y reducían a su gusto a las solteras. Algunas mujeres casadas comunicaron con todo secreto a sus maridos el caso, encargándoles encarecidamente el silencio y que no lo publicasen.

«Resolviose uno de los lastimados a llegar a solas a su amo, que le mostraba voluntad, a decirle que por vida de sus hijos y mujer se sirviera escucharle dos razones, con cargo de que habían de ser sólo entre los dos. El amo le aseguró todo silencio, deseoso de saber alguna novedad, creyendo que podría ser el aviso de algún alboroto o rebelión entre ellos. Díjole el indio.

«Habéis de saber, capitán y señor, que vengo a deciros una cosa que desde que la supe me ha tenido el corazón entre dos piedras, y tan lastimado y dolorido, que me ha sido forzoso significaros mi pesar.

«Y refiriéndole lo que arriba queda indicado, le preguntó si lo que hacían aquellos padres con sus mujeres era antigua costumbre entre los españoles, y si con sus mujeres hacían lo propio.

«El amo de este indio sin duda era discreto y entendido, como lo mostraron sus razones. Respondiolo suspenso y admirado, haciéndose cruces en el rostro, con grandes demostraciones de sentimiento:

-«No puedo creer que eso sea así de ninguna suerte. Y mirad que es caso grave el que me habéis dicho, que si averiguase por algún camino que algún sacerdote ha cometido delito semejante, lo quemarían vivo, y por lo consiguiente, si alguien levantase testimonio el sacerdote o revelase lo que no era, por hacer daño, tendría el mismo castigo. Así callad la boca y averiguaremos el caso de secreto. Si tuviere fundamento lo que me habéis dicho con todo secreto, sin que lo sienta la tierra, veréis cómo es castigado con toda severidad y rigor. Por vuestra vida, que no publicuéis esto, que a todos importa; traed esta noche a vuestra mujer a mi casa, que quiero examinarla con cuidado. Hízolo así el indio; el amo se informó de ella y citó a otras, con cuyas declaraciones quedó manifiesta la del indio. Con esto, encargó a todas el silencio, dándoles a entender que con todo recato y disimulo se había de castigar a aquel sacerdote y llevarlo a parte donde purgase su pecado. Y el castigo que le dieron fue enviarlo a Santiago, donde supimos que se estaba paseando. Y ésta fue la pena que tuvo maldad tan grave, ¿Cómo decís los españoles que las iglesias no son más que para rezar y decir misa en ellas? Sois unos embusteros, aunque perdonéis, capitán.

-Con admiración he escuchado vuestras razones -respondí al cacique- y ahora no me maravillo de que fuesen asoladas, destruidas y abrasadas estas ciudades antiguas; que aunque os parece, amigo Quilalabo, que no tuvieron castigo de la mano de Dios semejantes excesos y maldades, las propias ruinas de estas poblaciones y edificios abatidos, las muertes y cautiverios de tantos españoles y españolas nos están insinuando con manifiestas acciones la recta justicia de nuestro Dios y Señor.

Quedamos con el fin del día recogidos en el rancho de mi amigo y suegro Quilalebo, o por lo menos en demanda de su abrigo, caminando a aquellas horas a gozar del sosiego y descanso que con su descanso la noche nos ofrece. Estando en los segundos tercios de ella, cuando las voces ni humanos ecos se escuchan, y aun cuando las de los canes más vigilantes se suspenden, como dijo Ovidio, llegó un mensajero de Tereupillán con aviso de que habían bajado algunos valentones del distrito de la cordillera con pretexto de comprar algunos bastimentos, siendo au principal intento ver si me podían haber a las

manos y, como aves de rapiña, arrebatarme súbitamente y llevarme a un parlamento que se estaba disponiendo para quitarme la vida; porque, como dije más atrás, quedaron los caciques serranos corridos y avergonzados por no haberles cumplido Maulicán la palabra que en el camino les había dado. Por esta causa, se habían convocado con un toqui principal llamado Lemullanca, de la parcialidad y territorio de Llaneare y Maulicán, mis amos, quien hacía todo esfuerzo y ponía todo su poder en dar trazas y modos para conseguir su pretensión y la de sus aliados. Además de haber esparcido más de veinte indios en cuadrillas de a seis y de ocho, envió dos mensajeros al cacique Tereupillán, en cuyo poder me había dejado el dueño de mi libertad, para que me sacasen con fraudulento mensaje.

Luego que el cacique Quilalebo oyó el mensaje que Tereupillán le había enviado, no dejó de alborotarse, por haber sabido dos días antes de cómo habían llegado una legua de su casa algunos de estos compradores, con achaque de comprar maíz, pescado y otras legumbres. Receloso de lo que podía sucederme, se levantó de la cama a aquellas horas y me dijo que quería llevarme a una cueva que tenía oculta y muy secreta, mientras pasaba aquel rumor y también en qué paraba el parlamento que estaban disponiendo en Repocura. Le respondí que para qué me quería llevar a padecer penalidades y trabajos en soledad desierta, lóbrega y triste; que de qué se recelaba, estando en su tierra y en su casa, acompañado de sus hijos, parientes y amigos; que quién se había de atrever a mirarme a la cara, estando bajo su amparo y favor; que esos indios que decían no habían de andar en parcialidades ajenas con armas en las manos, sino como tratantes y mercaderes de lo que tenían necesidad. Y aunque hubieran venido con el designio que nos aseguraba el mensajero, sería por si podían cogerme solo o con algunos muchachos en la campaña, como los días pasados en que nos alargamos hasta el río de la Imperial, y puede ser que hubiesen tenido ciertas noticias de nuestro paseo y viniesen a buscar otra ocasión como la pasada.

Habéis pensado bien, me dijo Quilalebo. Estaos en casa, que aquí tendremos a nuestros parientes y amigos con toda prevención para lo que se pueda ofrecer.

Mandó a hacer fuego y sacar un cántaro de chicha para el recién venido mensajero, del que entre todos bebimos. Sosegados con las razones que me oyeron, volvimos a continuar el sueño, habiendo antes enviado a prevenir que vinieran con sus armas los comarcanos, deudos y amigos que en distrito de una cuadra o poco más tenían sus ranchos. Al amanecer estuvieron con nosotros más de veinte indios con sus lanzas y flechas a saber del cacique lo que había de nuevo. Con su llegada nos levantamos todos, y el cacique Quilalebo, agradecido de su puntualidad y cuidado, los festejó con ocho o diez cántaros de chicha y con un espléndido almuerzo, porque el viejo era magnánimo, ostentativo y agradable, causa por la cual todos los comarcanos, lo estimaban con respeto. Retiráronse luego a sus casas, habiéndoles dado a entender el aviso que había tenido. Respondieron todos que no tenía que darle cuidado lo propuesto, que como yo no me desmandase en andar solo por esas campañas de donde me pudiesen arrebatarse al vuelo, de lo demás que recelábamos me podía asegurar, porque ellos no podían faltar a mi defensa y a todo lo que les ordenase y fuese de su mayor gusto. Con estas razones se despidieron, dejando a Quilalebo agradecido y gustoso y el mensajero se volvió a casa de Tereupillán de quien había sido despachado.

Habiendo despedido a nuestros huéspedes, las mujeres y chusma de la casa se fueron a sus chacras a resembrarlas, limpiarlas y asistir las.

Quedamos solos Quilalebo y yo a las espaldas del rancho, gozando de los apacibles rayos del sol, que en aquella altura la primavera tiene más frescos efectos que aun el mismo invierno. El abrigo y lo templado del día nos convidaron a suspender un rato los sentidos, y si a mí me solicitaba el deseo de haber visto al buen viejo dormido y sosegado, por otra parte me desvelaban los cuidados con que me hallaba.

Al cabo de dos horas, el viejo Quilalebo con alegre semblante despertó del sueño, llamándome apresurado, y significándome lo que en mi favor había soñado.

-Habéis de saber, capitán, me dijo, que acabo de llegar de vuestra tierra con una capa azul que me habíais dado, habiéndoos dejado con gusto entre los vuestros, que con grande aplauso y regocijo os recibieron. Mirad que esto no puede faltar, porque nunca mis sueños han salido en vano.

-Yo os agradezco, le respondí, el consuelo y alivio que con vuestras proféticas palabras dais a mis pesares y congojas. En ellos se conocen los verdaderos deseos que tenéis de mi rescate y de que vuelva gustoso, a gozar de mi libertad perdida, porque el sueño no es otra cosa que una representación viva y eficaz de lo que en el discurso del día se continúa en la memoria. Así, juzgo que habéis soñado lo que vuestro amor y buena voluntad me desean.

-Es verdad, me respondió, que todo lo que os toca y es de vuestra conveniencia y encaminado al seguro de vuestra vida, os lo deseo y solicito. Y tened por cierto lo soñado.

-Quiéralo Dios así, amigo Quilalebo, que cuando se cumpla vuestra profecía, no os podrá faltar la capa azul y lo que más fuere de vuestro gusto.

-Mucho estimo vuestro ofrecimiento, capitán, me respondió el buen viejo; y porque conozcáis cuánto es lo que os estimo, aunque veo cargado de muchos años, no os tengo que dejar de la mano hasta que con todo seguro os ponga entre los vuestros. Y tomad esta palabra de mí, que la cumpliré a ley de quien soy, y no se pasarán muchos días sin que veáis ejecutado lo que es he dicho.

Agradecí al cacique la oferta que me hizo y proseguimos nuestra conversación, que fue de varias cosas.

Las causas que justifican las guerras que contra infieles jamás vistos ni adoctrinados, se emprenden, son el haber estorbado o impedido que nuestra fe católica entrase en su tierras o distritos, habiéndola querido entrar por buenos y apacibles medios, o habiéndola blasfemado con persecuciones patentes o perversas persuasiones. Habiendo permiso declarado del príncipe, se les puede hacer guerra, bien manifiestas y averiguadas estas causas.

Reconocida por los efectos la intención con que entraron guerreando nuestros primeros conquistadores, no se hallará que ninguna de estas referidas causas concurriese en los

principios de esta conquista. En la bula de Alejandro VI, pontífice sumo de la Iglesia, concedida a nuestros Reyes Católicos, tampoco he hallado cosa que contradiga a la opinión probada, ni que expresamente diga que se entable entre los infieles nuestra fe católica a fuerza de armas; que se reduzcan si conforme a la piedad cristiana y a la ley suave y amorosa del Evangelio, sobre lo cual dice estas razones en la parte final:

«Y allende esto, os mandamos, en virtud de santa obediencia, que así como también lo prometéis y no dudamos por vuestra grandísima devoción y magnanimidad real que dejaréis de hacer, procuréis enviar a las dichas tierras firmes e islas, hombres buenos, temerosos de Dios, doctos, sabios y expertos, para que instruyan a los susodichos naturales y moradores en la fe católica y les enseñen buenas costumbres, poniendo en ello toda diligencia que conviene.»

Éstas son las palabras de la bula cuyo sentido penetró más bien nuestro católico Rey Fernando que los que han querido interpretar y dar otro viso a sus claras razones, pues ordenó al primer descubridor de las Indias lo que por cédula siguiente aparece:

CEDULA REAL

Por ende, Sus Altezas, deseando que nuestra santa fe católica sea aumentada y acrecentada, mandan y encargan al dicho almirante, virrey y gobernador, que por todas las vías y maneras que pudiere, procure atraer a los moradores de las dichas islas y tierra firme a nuestra fe. Para ayuda de ello, Sus Altezas envían allá al devoto padre fray Buyl, juntamente con otros religiosos, que el dicho almirante consigo ha de llevar; los cuales, por mano e industria de los indios que acá vinieron, procuren que sean bien informados de las cosas de nuestra santa fe, pues ellos sabrán y entenderán ya mucho de nuestra lengua, y procurando de instruirlos en ella lo mejor que se pueda. Y porque esto mejor se pueda poner en obra, después que en buena hora sea llegada allá la armada, procure y haga el dicho almirante que todos los que en ella van y los que más fueren de aquí adelante traten muy bien y amorosamente a los dichos indios, sin que les hagan enojo alguno, procurando que tengan los unos con los otros conversación y familiaridad, haciéndose las mejores obras que ser puedan. Y asimismo el dicho almirante les dé algunas dádivas graciosamente de las cosas de mercadería de Sus Altezas que lleva para el rescate, y los honre mucho, y si acaso fuere que alguna o algunas personas tratasen mal a los indios en cualquiera manera que sea, el dicho almirante, como virrey y gobernador de Sus Altezas, lo castigue mucho, por virtud de los poderes de Sus Altezas que para ello lleva, etc.»

Estas palabras y las de la bula más se encaminan a que con razones y con el ejemplo y santa vida de personas expertas y sabias sean reducidos los indios infieles, que no a que sean compelidos ni obligados con violencia a entrar en el gremio de la Iglesia, ni que para esto sean despojados de sus tierras, de sus haciendas y casas, ni arrebatados sus hijos ni mujeres para aprovecharse de ellos, como lo han hecho en estas conquistas.

Proseguimos con la conversación trabada Quilalebo y yo, sentados a las espaldas del rancho. Pasó en esta sazón un español cautivo con su amo que se encaminaban para la costa en demanda de algunas legumbres, mariscos y pescado, de lo cual teníamos en abundancia los que nos hallábamos vecinos a una laguna que estaría de nuestros ranchos poco más o menos de una cuadra. A ésta la bañaba la mar y tenía sus crecientes y menguantes como ella; y como era tan apacible y sosegada, había adentro cantidad de embarcaciones, balsas, canoas y piraguas, en que los muchachos y chinas andaban de ordinario, por vía de entretenimiento, mariscando y pescando con redes y trasmallos. Con gran facilidad sacaban choros, erizos, ostiones, pejerreyes, robalos y otros géneros en abundancia, así para comer como para feriarlos a los que de la cordillera y otras partes distantes venían en su demanda. Entre éstos llegó, como he dicho, este indio valeroso y soldado con su cautivo, que él quería bien, y lo mostraba el buen tratamiento que le hacía. Apeáronse de sus caballos y se sentaron a las espaldas del rancho donde nosotros estábamos platicando. Al punto, como acostumbran los principales caciques, les sacaron dos cántaras de chicha, algunos bollos de maíz y panes de lo mismo y un guisado de ave que teníamos para merendar. De ello comimos todos en buena compañía y en la mía el soldado cautivo, después de habernos abrazado con sumo gusto y amor, porque era de los prisioneros que conmigo cautivaron y de mi propia compañía. Luego que me vio, se le cayeron las lágrimas de los ojos y yo no pude detener las mías. Enternecidos nuestros amos, nos consolaron grandemente, diciendo que no todos los cautivos tenían la dicha de encontrar amos de tan buenas entrañas y apacibles condiciones como los que teníamos, que mañana u otro día se ofrecería ocasión de rescates y que sin duda seríamos los primeros y los más bien librados. Acabaron de comer y de beber, y trató luego el forastero de proseguir su viaje para la costa, donde tenía un amigo conocido. Al despedirnos, fue forzoso volver a enternecernos, rogándome el soldado que no le olvidase cuando me hubiese de rescatar; que en la frontera de donde él venía daban por cosa cierta que no estaría yo muchos días entre ellos, porque ya se habían principiado los rescates, los que sólo por mí se habían abierto. Yo le prometí que haría todo lo posible por llevarle conmigo, lo que cumplí, como se verá después. Con esto, se despidieron de nosotros.

Y lo restante de la tarde quedamos conversando Quilalebo y yo sobre la pasada del indio con su español cautivo, bien tratado y bien querido, de lo que se originó decirme el viejo las siguientes razones:

-Veis aquí, capitán, los más cautivos españoles que andan entre nosotros y el tratamiento que tienen: comen con nosotros, beben con nosotros, visten de lo que nosotros, y si trabajan, es en compañía nuestra como lo habréis experimentado en vuestro compañero y otros. No quiero yo entraros a vos en ese número, porque corréis por diferente camino, por quien sois, por capitán y por vuestro agrado, que naturalmente os lleváis las voluntades de todos. ¿Por qué los españoles nos tienen por tan malos como dicen que somos? En las acciones y en sus tratos se reconoce que son ellos de peores naturales y crueles condiciones, pues a los cautivos los tratan como a perros, los tienen con cormas, con cadenas y grillos, metidos en una mazmorra y en continuo trabajo, mal comidos y peor vestidos, y como a caballos, los hierran en las caras, quemándolas con fuego. Si acá hiciéramos eso con vosotros, no habría que maravillarse, cuando seguíamos vuestro camino.

Verdaderamente que no dejé de quedar avergonzado, porque todo lo que dijo era así. Respondí al cacique que en algunas cosas tenía razón y que era cierto lo que había dicho; pero que era imposible tener entre nosotros a los cautivos sin prisiones ni guardias, a causa de que al instante se ausentaban y a cualquier descuido se desaparecían de entre las manos, como perdices.

-Y al quemarles las caras, capitán, ¿por qué lo hacen? ¿No es porque naturalmente nos quieren mal y porque quieren vernos consumidos y abrasados? Nosotros, ¿qué es lo que hacemos? Defender nuestras tierras, nuestra amada libertad y nuestros hijos y mujeres. Pues, ¿no es peor sujetarnos a padecer desdichas, miserias, vejaciones y agravios? Los tenemos tan en la memoria, que es imposible que la tierra vuelva a sujetarse a los españoles y deje de haber guerra, porque aunque no quede más que un indio solo, ése ha de andar con las armas en las manos y perecerá con ellas, antes que vivir sujeto.

Yo no supe realmente qué responder a las razones que con tanta justicia y verdad el viejo me proponía. Sólo respondí que no me maravillaba que tuviese tan presente los antiguos modos con que fueron maltratados y oprimidos; que aunque a presente corrían por otro estilo el agasajo y amor con que eran tratados los indios amigos en sus reducciones, no dejaba de haber algunos mal contentos y desabridos. Esto fue por disculpar en algo nuestras acciones, de lo que el cacique no quedó muy satisfecho.

-Vuestras quejas, camaradas, agregué, son tan justificadas, que no me dan lugar a decirnos más de que lo malo y perjudicial que tenemos es el estar sujetos y subordinados a sólo una voluntad y al gusto y apetito del que nos gobierna; que si éste obra mal y es llevado de la codicia, no hay quién pueda irle a la mano, con que todos venimos a ser culpados en sus acciones cuando son mal encaminadas. Entre nosotros hay muchos ajustados a la razón, piadosos, apacibles y de excelentes naturales, y que sienten semejantes excesos como los que me habéis referido; aunque los más ministros superiores del ejército se van con la corriente y gusto que gobierna.

-Me dijisteis, capitán, que era diferente el tratamiento que hoy hacían a los indios amigos, y con todo eso, vemos que se vienen muchos a vivir entre nosotros, y no los de menor esfera mi menos cuenta, como Calboche, gran soldado de la cordillera, y Lientur, que gobierna hoy las armas y es caudillo principal de la guerra por su valor y sagacidad; y según he entendido, el uno se vino porque inquietaban sus mujeres las de sus compañeros, y el otro porque resueltamente se las quitaron, siendo la cosa de mayor estimación que tenemos nosotros. Éstos no son buenos agasajos, como decís, ni lícitos tratamientos.

-Si eso es así, Quilalebo, no puedo decirnos otra cosa más que entre los que son buenos hay malos españoles y no puede un superior que gobierna llegar a saber todo lo que pasa y se hace en las reducciones, a menos de que se quejen las partes lastimadas. Y al habiéndolo hecho, el cabo o capitán a cuyo cargo está el remediarlo no castiga severamente esos atrevimientos, hacen muy bien en dejar nuestra comunicación y trato.

Lo que hemos experimentado es, en esta chilena nación, entre los principales y hombres nobles, gran agradecimiento a los beneficios que reciben y ser contumaces en extremo en perdonar las molestias y los agravios que les hacen. El común y la plebe tienen su más y

su menos, y los otros son más hijos del rigor que del halago, si bien es conveniente mezclar el uno con el otro, de manera que no les obligue el demasiado amor a ser altivos, ni la severidad, acompañada de ira cruel, les solicite alientos desesperados para ejecutar cautelosos lo que el valor y esfuerzo no intentaran, que la angustia y opresión en el humilde siervo, suele hacer animoso al más cobarde.

Por singular y célebre, referiré la victoria que tuvieron en el río Bueno, que fue bien malo para nosotros, pues de aquel suceso se originó el año siguiente la total ruina de las fronteras y de nuestras haciendas y heredades.

Estando sosegado todo lo más de la tierra hasta la de los Cuncos, que estaba confinante con las armas y ejército de Valdivia y distante de los nuestros más de setenta leguas, por codicia de las piezas y esclavitud de esta nación, se ponía en campaña el ejército con toda incomodidad y trabajo, marchando estas setenta leguas y más un año y otro sucesivo. El enemigo, considerándose acosado y perseguido, por una parte del ejército de la población de Valdivia, como más inmediata, y por otra de las armas de Chiloé, ciudad de Castro y por las nuestras del ejército de Chile, aunque alejadas, determinó aguardarlas en la otra banda del río Bueno, con resuelta intención de morir o vencer desesperadamente, antes que volver las espaldas al peligro con descrédito de sus personas, menoscabo de sus haciendas y pérdida de su mujeres e hijos. Así lo ejecutaron los Cuncos. Habiendo llegado nuestro ejército a las orillas de aquel caudaloso río -memorable en nuestro daño- y solicitando pasarlo, se puso de la otra parte el escuadrón enemigo con las mujeres e hijos a su lados, manifiestamente y a la vista de los nuestros. Con esto, se aumentó de nuestra parte la codicia perniciosa, y teniendo a sus ojos el blanco de sus deseos y jugando muy de su parte la victoria, se arrojaron al peligro, valerosos, por encima de unos puentes de madera que a modo de balsas habían fabricado de prisa y sobre falso para el intento. Bien lo repugnaron los soldados más antiguos viendo que el riesgo era con evidencia conocido; mas quisieron, como leales vasallos del rey, perder antes con crédito las vidas que manchar, contumaces, la militar obediencia. Fueron pasando, pues, a pura fuerza y maña y como era imposible arrojar a un tiempo considerable número de gente que pudiese resistir el ímpetu feroz de la muchedumbre enemiga, embistió ésta con violencia a los primeros, los cuales, con indios amigos, serían poco menos de doscientos. Atropellados fácilmente, quedaron muertos en las riberas del buen río más de cien españoles, capitanes valerosos y soldados, y de los indios amigos, más de treinta. Los demás, se libraron como pudieron, arrojándose al río, donde muchos malheridos acabaron sus días.

Estos fines resultan de una intención avara y codiciosa; y de la congoja y opresión del enemigo, se originan efectos valerosos, con valerosas resoluciones y más que de hombres.

He referido este suceso -que pudieran acompañarle otros- por dar a entender que no es buen gobierno usar de todo rigor con los siervos amigos y reducidos a nuestra obediencia, porque de ello resultan y han resultado en este reino semejantes infortunios, como el pasado.

Volvimos a coger entre manos la hebra de nuestra conversación, porque verdaderamente deseaba tener muchas noticias de los acontecimientos antiguos. Así todas las veces que podía abrir la puerta al camarada, no excusaba hacerlo.

-Habéis de saber, capitán, continuó el viejo, que cuando mataron al gobernador Loyola, se levantó nuestra tierra y se despoblaron las ciudades que entre nosotros había.

-Tened por vuestra vida, dije al cacique, que habéis llegado a tocar una materia que deseaba en extremo saber, y me haréis grande favor en contármelo antes que paséis más adelante.

-Aunque no podré con todas circunstancias, respondió el viejo, deciros de la suerte que fue ese suceso, con todo os referiré por mayor lo que alcancé a saber por algunos que se hallaron en su muerte.

-El gobernador Loyola, prosiguió según la voz común, era muy buen «apo». Y verdaderamente que había venido a estas ciudades antiguas a remediar muchos excesos y malos tratamientos que por los vecinos y encomenderos padecían los naturales. Con su asistencia, aunque por poco tiempo, experimentaron su piadoso celo y generoso corazón. Determinó volverse a las fronteras con harta repugnancia de los pobres, que con su presencia y amparo tenían algún consuelo. Estando, pues, para salir de esta ciudad de La Imperial y subir en su hacanea, oí decir por cosa cierta que se le cayó el freno a su caballo; otros dijeron que un lebrél que le acompañaba, al poner pie en el estribo, embistió al caballo y con los dientes hizo presa en las cabezas y se lo quitó rabioso, cosa que con admiración ponderaron todos, rogando al gobernador que suspendiese su viaje por algunos días, mientras aquel prodigio manifestaba con el tiempo efectos contrarios a los que daba a entender en su partida. Atropelló valeroso el gobernador del común concurso, deseoso, de volver a sus fronteras, entonces molestadas solamente por los Purenes y sus contornos. Porque lo restante de la tierra estaba sujeta a los españoles, si bien algunos de grado y otros a más no poder y a fuerza de armas. Estos daban paso y aviso a los rebeldes de los designios que los españoles entre sí maquinaban. Salió pues, el gobernador con sesenta capitanes -que a los hombres de valor y reformados les daban ese título- y con otros muchos de la ciudad que le acompañaron a la primera jornada y a la segunda los despidió, quedándose sólo con los sesenta, poco más o menos. En esta sazón, algunos corsarios de los enemigos Purenes asechaban solícitos los caminos o por algún aviso secreto buscaban la ocasión que deseaban. Otros dicen que salieron sólo con designio de vaquear en las montañas para llevar carne a sus habitantes, y que inopinadamente reconocieron al gobernador, que al segundo día venía a alojarse al valle de Curalaba; que estos vaqueadores dieron aviso a Pelantaro, gobernador de aquellas «ayllareguas». Éste determinó salir con doscientos indios en su demanda y gozar de la ocasión que el tiempo les ofrecía.

-Ésa es la más contante opinión, dije a Quilalebo, entre otras que dicen que le fueron siguiendo los enemigos y que antes de llegar a visitar las ciudades, ejecutaron su intento con la muerte lastimosa del gobernador y los suyos.

-Ésta es verdad infalible, replicó el viejo, porque a mí me consta que le vi en esta ciudad de La Imperial, después de haber corrido y visitado las otras. Salió Pelantaro con los

doscientos indios referidos, y al romper el día las tinieblas llegó sobre los altos del río y valle de Curalaba, donde sin prevención alguna ni militar vigilancia, estaban a rienda suelta y tendida, ocupados del sueño y del descanso, bien ajenos de la mala fortuna que les aguardaba. Fuéronse acercando al sitio, y como amaneció nublado y la tierra cubierta de una niebla oscura, se pudieron acercar, de manera que de manos a boca se encontraron con un muchacho que salía a buscar los caballos. Éste les dio razón del descuido y sosiego con que todos estaban reposando, sin que hubiese persona que velase. Con este aviso, acometieron, seguros de no hallar resistencia, y en breve rato dieron fin a las vidas de aquellos valerosos españoles, que sin lugar a levantarse, al ponerse en pie, hallaban sobre sí el golpe fiero de la macana que riguroso les pasaba el alma. Entre ellos, pereció desdichadamente el gobernador Loyola sin poderse valer de los suyos, ni tampoco sus valerosos capitanes defenderle por el descuido en que estaban todos. Éste fue el desastrado fin de este buen gobernador, con que estaréis satisfecho y enterado de lo que tanto deseabais saber y yo habré cumplido con la obligación de daros en lo que tan anheloso me pedisteis.

-Y yo os estimo mucho el favor que me habéis hecho, respondí a mi amigo.

Y le rogué que continuara, lo que hizo el buen viejo con las siguientes razones:

-Con la muerte de Loyola, pasó la flecha de los de Purén a todas nuestras parcialidades, las más de las cuales hubieron menester poco para alborotarse. Así, con el aviso del lastimoso caso para los españoles, como para nosotros bien afortunado, en breve tiempo se unieron las voluntades de los vejados vasallos, que fácilmente ejecutaron la ira y enojo que tenían contra sus señores y encomenderos. Unas ciudades fueron asoladas y otras estuvieron algunos días sitiadas, hasta que al cabo la necesidad y el hambre trajeron algunas a nuestras manos; entre éstas, la ciudad de Osorno. Pasados algunos días, hallaron ocasión los nuestros de embestir el fuerte donde se habían recogido los sitiados, por haber apresado a los centinelas, bajo cuya vigilancia se encontraban seguros. Por esta causa, habían salido del fuerte las mujeres y criados a buscar de comer porque perecían: lo que solicitaban eran algunas hierbas del campo y cosas inmundas. Embistieron al fuerte, como he dicho, matando y cautivando a los que hallaron fuera. Y fueran dueños de todo lo demás que había adentro si la codicia del pillaje no los hubiera cegado. Ocupados en él y en la presa de las mujeres, que tenían por suyas, dejaron de acudir a lo principal, que era acabar de rendir el fuerte y sujetar los pocos españoles que quedaban dentro. Éstos, habiendo visto a los nuestros embarazados con la presa que tenían, se determinaron, valerosos, y embistiendo concertados, desbarataron a los nuestros y recuperaron lo perdido, quitando las mujeres que ya tenían por suyas nuestros soldados. Sin embargo, entre éstas tres o cuatro quedaron presas porque sus dueños se adelantaron y se vinieron con ellas. A una de estas monjas la trajo a su casa un indio principal y valeroso soldado, hijo de un cacique viejo y estimado de todos por su consejo, sagacidad y astucia. Habiéndola elegido por su mujer, llevado de su pasión y apetito, me contó varias veces que quiso llegar a la ejecución de su deseo, y queriendo cogerla de los brazos, se hallaba como impedido y maniatado sólo con mirarle la señora, cubiertos de lágrimas los ojos, sin hablarle palabra. Llevaba un saco de jerga sobre su cuerpo y en lugar de camisa me significó que traía puesto a raíz de sus carnes un jubón de cerdas de caballo. Todo esto dijo que le obligó a tenerle tanto respeto, mezclado con un temor

originado del alma, que no le daba lugar a forzarla, aunque se inclinaba a ello, porque es de ánimos generosos lastimarse de los afligidos.

«Redújose entonces a lo dicho y aguardó a que la monja se sosegase y enjugase las lágrimas que la afligían, por ver si la hallaba de diferente semblante que al principio. Llegó cuando pensaba que estaría más consolada y fuera del pavor del asalto y con palabras amorosas, blandas y corteses, le dijo:

«-Bien sabéis, señora, que sois mi esclava y como tal debéis estar sujeta a mis mandatos; éstos se encaminarán tan solamente a que os ajustéis a hacer mi gusto, admitiéndome de grado por vuestro esposo y con buena voluntad para que yo os lo agradezca y estime más, pues sabéis que con violencia y a pesar de vuestro gusto pudiera yo obligaros a lo que, humilde y manso, os estoy rogando.

«A esto respondió, con severo rostro y religiosa autoridad, que siendo esposa del Rey de cielos y tierra, cómo podía admitir en su pecho a otro ninguno para que ni aun con el pensamiento manchara su corazón; que primero perdería mil vidas, si las tuviese, que faltar a la obligación de verdadera esposa de Cristo, a quien estaba consagrada con voto inviolable; y que así, no se cansase ni se persuadiera de que había de hallar en ella la menor flaqueza del mundo; y que cuando él quisiese tener con ella tal atrevimiento, queriendo poner en ejecución sus torpes deseos, que tenía por muy cierto que había de quedar muy rigurosamente castigado y aun muerto de la mano de Dios.

«Estas razones le obligaron a no proseguir con su pretensión con su pretensión, porque, dijo, le causaron temor y espanto su severo rostro y su traje penitente. Antes bien, fue tanto el respeto y reverencia con que después la miraba, que la puso en casa aparte con criadas que la sirviesen y regalasen, y viendo que la buena señora todos los días continuos suspiraba por su quietud y clausura, no mostrando consuelo ni alegría, por más que procuraba regalarla, solicitó entregarla a los españoles. Para esto, aguardó a que el ejército entrara a sus tierras o cerca de ellas, y sin temor ni recelo se entró con su cautiva por medio del cuartel y sus tiendas, hasta llegar a la del gobernador, a quien se la presentó para que la llevase a su convento. Esta acción fue tan agradecida de los españoles, como estimada y premiada con muchos dones que le hicieron.

Esto que me refirió el cacique llegué a averiguar y saber con evidencia, después que estuve libre entre los nuestros, por algunos naturales antiguos y españoles prácticos. El padre Diego Álvarez de Paz añade más sobre este caso, diciendo que este tal indio se quedó entre nosotros, pidiendo bautismo encarecidamente, y que se fue siguiendo a esta religiosa y le sirvió de esclavo toda su vida, con notable ejemplo y edificación de todos.

Estando entretenidos el cacique Quilalebo y yo en los referidos sucesos, llegó un mensajero del «utanmapu» de este cacique viejo con flecha de convocación. Un cacique fronterizo hacía junta y ejército para nuestras fronteras, y aunque para los indios de adentro y de La Imperial no era obligación acudir al llamamiento, con todo esto, estaban obligados los caciques guerreros a dar parte a sus distritos de las juntas y convocaciones que se hacían para la guerra, porque había muchos que naturalmente eran inclinados a ella y de su voluntad y bella gracia acudían con gusto a semejantes concursos.

En el rancho de este cacique asistía un bizarro mocetón, dispuesto y de buena traza, que debía salir a estas facciones militares. Por esa causa, sin duda, se encaminó a este rancho el mensajero, a quien hospedaron aquella noche por ser tarde, con grande agasajo, dándole de cenar, de beber y cama en que dormir. Al amanecer, pasó con su flecha a otras parcialidades, dejando hechos nudos en un hilo grueso de lana por el término señalado de ocho días, en el último de los cuales habían de estar juntos en las tierras de Ecol.

Luego que fue aplazado este valeroso soldado, ordenó a su mujer que le hiciese cama aparte y no quiso dormir más con ella. Juzgando yo que aquella noche lo hacía por dormir con el mensajero, como lo hizo, no fue tan grande el cuidado que puse en la división de la cama y divorcio que con la mujer hizo, como el que tuve en las demás noches, hasta el tiempo de su partida, en que continuó durmiendo sin su compañía.

Después de haber partido el buen soldado a cumplir con la obligación de puntual guerrero, conversando a solas con mi viejo, solicité cuidadoso la causa de mi reparo. Me respondió el prudente anciano que era costumbre entre los suyos, siempre que salían a jornada los soldados, no dormir con las mujeres, principalmente los que eran capitanes y caudillos en sus «regues».

Más confuso y suspenso me habéis de dejar -dije- si no me dais a entender el fundamento que tuvieron los antiguos para entablar por buena esa costumbre.

-Yo os lo diré, capitán -respondió el viejo; y prosiguió-: Habéis de saber, Pichi Álvaro amigo, que en los tiempos pasados, más que en los presentes, se usaban en todas nuestras parcialidades unos «huecubuyes» que llamaban «renis». Éstos andaban vestidos de una manta larga con los cabellos largos, y los que no los tenían los traían postizos de cochayuyo o de otros géneros para diferenciarse de los demás indios naturales. Acostumbraban estar separados de las gentes, y por tiempos, no ser comunicados, aislados en diversas montañas; allí tenían unas cuevas lóbregas donde consultaban al Pillán, a quien conocen por Dios los hechiceros y endemoniados «machis». Como os he dicho, por tiempos señalados estaban sin comunicar mujeres ni cohabitar con ellas. De esta costumbre sacaron y alcanzaron con la experiencia que se hallaba con más fuerzas el que se abstenía de llegar ni tratar con ellas, y de aquí se originó esta costumbre. Como el sustento que llevan a estas facciones militares es sólo una taleguilla de harina tostada, por no embarazarse con más cargas -como hacen los españoles-, a pocos días quedarán sin vigor ni fuerzas si las llevarán gastadas, porque no hay cosa que más las minore y menoscabe que la cohabitación con las mujeres. Ésta es la causa por la que mi camarada, luego que fue avisado de la entrada que se hacía a tierra de los españoles, apartó cama y se excusó de dormir con la mujer, con lo que ya os habré dado gusto y satisfecho vuestra duda.

Que unos infieles bárbaros alcancen y conozcan que el vicio torpe, lascivo y deshonesto de la concupiscencia los afemina, los debilita y deja sin valor ni fuerzas, y que sepan sujetar sus pasiones, ¿no es para maravillarnos, y aun para avergonzar nuestras costumbres; acciones y libidinosos apetitos? Pues no pueden marchar nuestros ejércitos cristianos sin éste tropiezo de mujeres en las entradas y campeadas que se hacen. Que entren con sus maridos las criadas, parece que puede permitirse, pero ha habido veces en que los ministros han agorado las jornadas emprendidas, por llevar en su compañía, en

hábito de hombres, a sus amigas. Y hubo ocasión en que los indios bárbaros amigos vituperaron semejante acción y pronosticaron, antes el adverso suceso, diciendo que el superior había hecho un «perimol» muy grande. Y fue así, pues perecieron en aquella ocasión más de cien capitanes y soldados de los más lucidos, sin muchos indios amigos.

Al cabo de algunos días, volvió de la jornada el indio camarada de mi amigo Quilalebo, maltratado del viaje y mal herido de una pierna. Entre otros derrotados, heridos y muertos, se escapó él a nado por gran dicha, arrojándose al río Bío-Bío, en cuyas orillas tuvo nuestro ejército una considerable suerte, de la cual se originó la brevedad de mi rescate. Cautivaron en esta ocasión a tres caciques principales, entre ellos, uno comarcano y vecino de Maulicán, mi amo, quien, enamorado de una hija de este Taygüelgüeno --que así se llamaba el vecino-, recibió en primer lugar, entre las pagas que por mí le dieron esta prenda deseada, que era el primer objeto de su gusto, con lo que se facilitaron nuestros trueques y cambios.

Volvió de la guerra, como he dicho, este soldado joven y arrogante, y sus mujeres y parientes tenían para su recibimiento muchas cántaras y botijas de chicha. Con esta prevención, se juntaron otro día después de

su llegada todos los deudos y parientes, así los suyos como los de su mujer y comarcanos amigos, que harían en total un número de más de ciento y otras tantas y más mujeres, sin la chusma de muchachos y chinas. Comieron y bebieron con grande regocijo y consolaron al amigo guerrero que ya se encontraba en mejoría de su lastimada y herida pierna. Para mayor fausto del festejo, antes de resonar los tamboriles y dar principio al baile acostumbrado, le dieron con trompetas y clarines el sermón y parlamento que acostumbran en tales ocasiones. Dieron la mano a un retórico, discreto en su lenguaje, de buena proporción y gentil hombre, compositor de tonos y romances, por cuya causa era aplaudido de mayor concurso. Parló éste por más de media hora con bizarra energía y buen desgarró, aunque con palabras tan oscuras y encrespadas, que fueron muy pocas las que pude dar a la memoria, porque también entre bárbaros hay predicadores cultos que se precian de no ser entendidos ni entenderse.

Después de haber dado fin a su oración el galante y presumido predicador, se levantó un anciano, a poder de años y experiencias docto, y en breves razones, claras y de mucho más peso que las del otro, habló, teniendo a todos atentos.

El asunto principal del viejo fue alabar y engrandecer a los soldados que por defender sus tierras y sus patrias, no excusaban poner la vida en peligro, como lo acostumbraba el bien venido varón y caudillo de aquella parcialidad, a quien todos debían dar muchos parabienes, como se los daba él, y otros tantos agradecimientos en nombre de su amada patria, pues, como verdadero hijo de ella, solicitaba su defensa, la quietud y el descanso de sus habitantes, quienes debían imitar las acciones de tan gran soldado, etc.

En otra ocasión he anotado con razones ponderativas la estimación y aprecio que estos bárbaros hacen de los que son soldados valerosos, y profesan el militar ejercicio. Y presumo ser ésta la causa principal de haber sustentado tantos años esa prolija guerra inacabable, oponiéndose con esfuerzo y valentía a nuestra nación española con armas desiguales e interiores a las nuestras. Porque también sus consejos no son de estado ni de

hacienda; el de guerra es el único que se practica y allí se consultan y prefieren los que son más a propósito y están más ejercitados en las armas. A éstos dan la mano, a éstos respetan y a éstos obedecen, porque no hay letrados que soliciten para sí y para sus deudos las medras, los oficios y las dignidades, que fuera de mucha importancia a nuestra real corona no franqueárselas tan a manos llenas.

Después del sermón, plática y razonamiento exhortativos del anciano prudente, a quien todos brindaron y dieron honrosos parabienes, principiaron los tamboriles con otros instrumentos de alegría a dar bastantes muestras de contento, pues saltaron y ocuparon toda la noche en comer y beber, cantar y bailar, con grande regocijo.

Otro día, por la mañana, llegó un mensajero de casa de Tereupillán. Habían llegado a Maulicán cartas del gobierno para mí y mensaje del cacique preso Taygüelgüeno con un cuñado suyo llamado Molbunante, indio de buena razón y retórico en su lengua y de arrogante resolución, pues luego que llegó a su noticia la prisión de su cuñado, entró en nuestras tierras, debajo de la real palabra, a verle y a consolarle y a tratar con el gobernador de su rescate. Y como se deseaba el mío con efecto, se efectuaron fácilmente los conciertos y quedaron los tratos asentados. Por esta razón, me escribía el gobernador que lo comunicase con los caciques de mi devoción y parientes de los presos y amigos de mi amo, para que con toda brevedad me trajesen al fuerte de Nacimiento, donde estarían los caciques que se habían de trocar por mí y todo lo que yo pidiese de caudal y fuese necesario, en lo que no pondrían límite ni tasa.

Grande fue el regocijo y alegría que recibí con la carta del gobernador y con la embajada de Maulicán, quien antes de venir a verme Molbunante, el mensajero que la trajo, pasó por donde yo estaba, y dejando asentada mi salida y trueque con él, y satisfechas las pagas que a su usanza dieron por mí, me envió a decir que ya había llegado la hora de cumplir su palabra de buscar ocasión de rescatarme y de enviarme a ojos de mi padre a gozar de mi libertad y de los bienes y hacienda que en mi tierra y amada patria me esperaban. Este mensaje me despachó con un pariente de mi amo, que vino en compañía del mensajero a lo del cacique Quilalebo, mi amo. El dicho Molbunante, embajador principal y solicitador de estos tratos, se quedó a esperarme en casa de Tereupillán.

Con este aviso, se regocijaron todos mis amigos, principalmente Quilalebo, que con gran amor y muestras de placer regaló al mensajero y festejó su llegada con muchos cántaros de chicha y un gran almuerzo. Después nos hizo levantar a todos para que con él fuésemos al baile, como lo hicimos, dando algunas vueltas entre las mujeres y muchachas, las cuales cantaban en voz alta un romance y tono que hicieron a mi llegada, cuando fuimos convidados a aquella gran borrachera que ya tengo narrada.

Dentro de un breve rato, deseoso ya de ver a Molbunante, dije al mensajero que tratase de que nos fuéramos, pues había venido en mi demanda. Con estas razones, se determinó a decir a Quilalebo que, con su licencia, quería volverse y llevarme a casa de Tereupillán, donde me aguardaba Molbunante, para que respondiese al gobernador con toda brevedad, porque quedó de estar con la respuesta dentro de diez días y ya se habían pasado cuatro. Respondió Quilalebo que le parecía muy bien que abreviásemos nuestro viaje; que él también me había de acompañar por el amor que me tenía y por la obligación en que estaba de entregarme al cacique Tereupillán, cuyo permiso y buena voluntad había

asistido algunos días en su casa. Hizo al punto que trajese cabalgaduras para él, para un hijo suyo y para mí, y habiéndolas traído el criado con toda presteza, montamos en ellas y cogimos el camino era la mano... Por abreviar, dejó la despedida de todo aquel concurso, que suspendiendo el canto y los tambores, llegaban a abrazarme y a despedirse de mí, algunos tan tiernamente, que a veces perturbaban el gozo que tenía con las esperanzas que llevaba de ir a ver con brevedad a mi amado padre. Principalmente, cuando llegaron la mujer española de Quilalebo, y su hija a echarme los brazos, porque, como en profecía estaban dedicadas la una para suegra y la otra para esposa, mostraron sentimientos muy del alma y prometieron casa de Tereupillán antes de que me despachasen a los míos.

Poco antes de ponerse el sol, llegamos a la casa del cacique Tereupillán, habiendo caminado cerca de tres leguas que había de distancia de una parte a la otra. Allí fuimos muy bien recibidos y festejados aquella noche, ya que como rico y poderoso, este cacique mi huésped siempre tenía su casa provista de lo necesario para semejantes ocasiones. El mensajero Molbunante hízome grandes agasajos y trató de que la respuesta y su despacho quedasen aquella noche hechos. Entre todos se consultó lo que al gobernador había yo de responder y el tiempo en que Taygüelgüeno y Licanante, sobrino de Paylamacho y otro habían de estar en el fuerte de Nacimiento, para que luego que el mensajero volviese con la respuesta, me llevaran con toda puntualidad y cuidado. Escribí, pues, aquella noche al gobernador, agradeciendo su desvelo y solicitud y diciéndole que esperaba en su divina majestad, mediante sus buenas diligencias, que en volviendo el mensajero y trayendo razón de que los prisioneros quedaban en Nacimiento, iría sin duda a ojos de su señoría a gozar más de cerca sus favores y a agradecer humilde sus acciones, echándome a sus pies, como esperaba.

Por la mañana, al salir el sol, tenía Molbunante, sus caballos ensillados, que eran el suyo el de su compañero, pariente de mi amo, y el del criado o confidente que le servía. A estas horas, tenían ya las mujeres de Tereupillán, en tres fogones, dispuesto el almuerzo que nos dieron con los brindis acostumbrados y abundantes; mas como el mensajero se hallaba con prisa y con grandes deseos de poner en libertad a su cuñado con la mayor brevedad que pudiese, se apresuró con el desayuno.

QUINTA PARTE

Estando en grande regocijo, celebrando mis amigos los tratos principados de mi rescate, llegaron aquella noche dos embajadores de Lemullanca, el cacique confederado con los de la cordillera contra mi amo Maulicán, por solicitar por todos caminos quitarme la vida. En esta ocasión, quiso el traidor, con capa de amistad y de buen celo, ver si podía lograr lo que deseaba. Después de haber recibido a estos mensajeros con muchos cántaros de chicha, antes de cenar les preguntaron que para dónde caminaban y qué ocasión les había traído por aquellos distritos. A estas razones, el principal de ellos dijo:

-Si me dais licencia y tenéis gusto de escucharme un rato, daré mi embajada y sabréis a lo que he venido.

Respondió el cacique Tereupillán como dueño del rancho y principal señor de aquella «regüe», que bien podría referir su mensaje, seguro de que sería escuchado y atendido.

Levantose el mensajero y conforme acostumbran, captó a todos la benevolencia y dio principio a su oración con los ordinarios preámbulos y términos retóricos que para tales ocasiones tienen estudiados. Al final de su discurso, vino a decir que el cacique Lemullanca y el cacique Namoncura, toquis principales de Repocura con otros caciques de la misma parcialidad, habían hecho junta de guerra en casa de Maulicán y de Llaneare, su padre, de donde había salido el acuerdo de que enviasen por mí, para comunicar conmigo algunas cosas que al bien y quietud de su patria y tierra conviniesen; que puesto que estaba ya asentado mi rescate en trueque de Taygüelgüeno y de otros a quienes deseaban ver libres, querían que me acercase a la frontera y asistiera en casa de mi amo, mientras que el mensajero Molbunante volvía con la resolución que se esperaba. Para más asegurar su engaño, les dijo que aunque estaban los caciques de la cordillera de contrario parecer y repugnaban mi salida, importaban poco sus deferencias, cuando las de los demás se encaminaban a la libertad de Taygüelgüeno, a la de los otros caciques presos y a la mía.

Con esto, Tereupillán, Quilalebo y los demás amigos se regocijaron de nuevo y volvieron a darme parabienes; sacaron más cántaros de chicha y nos brindamos los unos a los otros con sobrada alegría. Acabamos de cenar, y para mayor aumento del regocijo, se armó luego el baile con tamboriles, flautas y otros instrumentos alegres, porque sin estas circunstancias no son completos los gustos. Pasaron lo más de la noche en estos ejercicios, y al cuarto del alba nos recogimos todos a los lechos, porque los embajadores, juzgando tener ya bien dispuesta su engañosa traza, solicitaron abreviar la fiesta para madrugar al otro día y llevarme al suplicio para el señalado plazo.

Aquel resto que quedaba de noche estuve a solas vacilando sobre mi viaje, porque con el regocijo que a los principios tuvimos todos, no hice el reparo que después me ofrecieron el sosiego y la quietud de la noche.

Apenas el sol daba indicios de comunicar sus rayos, cuando los embajadores estuvieron de pie, con conocidos anhelos de cargar con mi persona, y yo con el mismo cuidado de no seguir sus pasos. Al punto que los vi tan solícitos y diligentes ensillando sus caballos, disponiendo sus grupas y atropellando razones, no queriendo aguardar a que les diesen de almorzar, me puse en pie y me fui a donde estaba mi amigo Quilalebo. Éste, sentado en su cama, estaba disponiendo el levantarse, y en secreto le dije que teníamos que hablar un negocio de importancia y que llamase afuera a nuestro huésped Tereupillán, que yo salía hacia el estero a esperarlos.

-Caminad, pues, capitán me dijo Quilalebo, que yo voy por el viejo y como que vamos a bañarnos, allá nos encontraremos.

Con esto me fui adelante, y dentro de breve rato llegaron los dos viejos, y con un semblante risueño y amoroso me preguntaron qué era lo que les quería decir. Agradeciles el favor y la merced que me hacían y luego les propuse mi reparo.

Primero les pregunté si estaban resueltos a enviarme con aquellos embajadores de Lemullanca, y me respondieron que sí, porque deseaban con extremo el que yo tuviese gusto y se abreviasen los tratos de mi rescate. A esto les salí al encuentro diciéndoles que advirtiesen una cosa: entre los enemigos y en la guerra es muy asentada costumbre usar

de fraudes para la consecución de lo que desean los unos contra los otros. Y propuesta esta verdad, les dije:

-Amigos y camaradas, bien sabéis que ese cacique Lemullanca es la voz y el eco de los otros serranos, y no había de haberse trocado ni ser de contrario parecer. Esto lo uno. Lo otro que me pone en mayor cuidado para no dar crédito a sus fingidas razones es el haber tenido mensaje particular de mi amo con un pariente suyo que yo conozco, el cual vino en compañía del embajador Molbunante. Según dicho mensajero, Maulicán decía que yo corría ya por cuenta de Molbunante, por haber ajustado con él sus pagas, de las que estaba satisfecho. Esto bien os consta a vosotros a quienes juntamente vino encaminado este mensaje. Y ahora venir esos embajadores sin tener noticias del concierto que ha tenido Maulicán con Molbunante, me da mucho que pensar. Por esto juzgo que su embajada es falsa y sin fundamento, así por lo que os he dicho como por no conocerlo ni haberlo visto nunca en casa de Maulicán, de quien dice que es pariente; además de que mi corazón es muy leal y hace gran repugnancia a este viaje, que os ruego con todo esfuerzo evitéis si pretendéis darme gusto, como mis amigos que sois y mi amparo.

Después de haber oído con atención mi propuesta se estuvieron mirando el uno al otro, y dijeron reducidos:

-«Mupicha», tiene mucha razón el capitán y nos ha advertido muy bien, cuando nosotros no habíamos hecho tal reparo. Diremos, pues, a los mensajeros que repugnáis ir con ellos por las razones que nos habéis propuesto y que hemos determinado que no vais con ellos hasta que no llegue Molbunante, vuestro embajador y nuevo dueño de vuestra persona, quien dispondrá lo que le pareciere.

Caminamos luego para el rancho, donde estaban aguardando los embajadores con los caballos ensillados, deseando ya abreviar con su viaje. Mas, los viejos, con grande sosiego y reposo, luego que llegaron a su presencia, les dijeron que almorzasen un bocado y una cántara de chicha porque no se fuesen en ayunas. Y aunque repugnaron el convite, llevados por el respeto y cortesía que se tienen, se sentaron con los viejos. Una vez que nos hubimos brindado los unos a los otros, tomó la mano Tereupillán y dijo a los dolosos mensajeros:

-Con vuestra embajada y venida tuvimos al principio sumo gusto y estuvimos resueltos a que el capitán Pichi Álvaro fuese en vuestra compañía, en conformidad a lo que nos habíais propuesto, por parecernos que le hacíamos algún servicio y buena conveniencia. Consultado con él nuestro dictamen, se ha resuelto a no seguiros por causas que nos han parecido justas.

-Pues, ¿qué razones son esas que halla el capitán, dijo el mensajero, para no ir donde su amo, cuando de su parte viene mi compañero?

-Él dirá, respondió Tereupillán, y podrá hacerlo mejor que pudiéramos nosotros.

-Yo me holgaré de escucharlas, contestó el mensajero, para llevar en el alma sus palabras.

Y esto fue mostrándose sentido grandemente y aun como enfadado, con lo que parece que me hallé confuso y algo receloso, mirando a mis amigos y camaradas, los cuales me

dijeron que bien podía decir sin ningún empacho lo que sentía. Habiendo reconocido en mí cortedad y encogimiento, Quilalebo me dio ánimo:

-Bien podéis, capitán, hablar lo que quisieréis, sin que se os ponga cosa por delante, que cuando no haya más causa para excusaros de este viaje que ser contra vuestro gusto, eso sólo basta para que no salgamos dél un punto y estos «ilmenes» se vuelvan de la propia suerte que vinieron.

También fueron estas razones con algún sacudimiento, por lo que respondió el mensajero que no sería razón ni buena cortesía enviarlos disgustados y sin el cumplimiento del principal fin de su embajada.

-Y si el capitán no quiere ir con vosotros, ¿quién le ha de hacer fuerza ni obligarle a lo que no tiene gusto?, repitió Quilalebo.

-Claro está, dijo Tereupillán, que si no tiene gusto, no lo habéis de llevar por fuerza. Escuchad sus razones, que ellas os podrán satisfacer y servir de respuesta a la embajada que habéis traído.

-Diga, pues, el capitán, dijo el mensajero, lo que le parece.

-Yo diré lo que siento, con licencia vuestra, «ilmenes», dije hablando con todos. Ya sabéis que entre vosotros tenéis por cosa cierta los vuestros que os da el corazón en ocasiones dudosas, y los latidos de piernas y de brazos: si éstos son en los lados izquierdos, son contrarios a lo que deseamos. Esto me ha sucedido varias veces desde que llegasteis aquí con pretensión ansiosa de levantarme. Después les repetí las razones conocidas y terminé diciendo:

-Mirad ahora vosotros, caciques y compañeros, lo que os parece determinar, que yo estoy dispuesto a obedeceros con rendimiento.

-Ya habéis escuchado al capitán, dijo mi amigo, Quilalebo, y me parece que no tenéis qué replicar, cuando sus razones nos han convencido a todos.

-A mí no, repncó el mensajero, porque todo lo que ha dicho ese español es imaginado y concebido de su cabeza. Aunque dice que Lemullanca es capital enemigo de su amo y amigo muy del alma de los caciques de la cordillera, ¿por qué juzga el capitán que no haya podido Lemullanca haberse trocado y mudado de parecer?, siendo así que los caciques que se tratan de rescatar por él son de su misma parcialidad y con algún parentesco de por medio, que también son causas públicas y convenientes a su distrito. Con esto, quedan desvanecidas y bastantemente atropelladas sus razones.

-Yo quiero que sea así como lo pintáis, volvió a decirle Quilalebo, como quien hacía mis causas con afecto y entrañable amor-. ¿No bastará que el capitán no vaya, porque no tiene gusto ni voluntad de ir en vuestra compañía? Además de que nos consta que Molbunante es el dueño de este capitán, y sin su beneplácito no podrá Tereupillán, que lo tiene a su cargo, entregarlo a otro.

-Dice muy bien Quilalebo, respondió el buen viejo, nuestro huésped. Yo no podré entregar a otro que a Molbunante. Y así, no tenéis que cansaros, amigos en hablar más palabra en la materia.

-Pues si vosotros os cerráis en eso, ¿quién podrá contrastar con tantos? Yo me iré con lo que me habéis respondido, que con haber dado mi embajada, habré cumplido con la obligación de mi oficio.

-Idos muy en hora buena, respondió Tereupillán, que ya habéis escuchado al capitán, cuyas razones podréis llevar como respuesta.

Levantáronse los mensajeros y dijeron:

-Aquí no tenemos qué aguardar.

Y despidiéndose aceleradamente, se salieron por la puerta, manifestando el sentimiento que llevaban; subieron al instante al caballo y marcharon apresurados a su tierra.

Quedamos adentro los caciques y yo, celebrando el enojo y enfado de los mensajeros.

Aquella tarde, se despidió de nosotros mi íntimo amigo Quilalebo y rogó a Tereupillán le avisase al punto que llegara el mensajero Molbunante con la resolución de mi viaje, porque él estaría dispuesto para ir en mi compañía hasta el fuerte de Nacimiento, como me lo había prometido. Tereupillán prometió hacerlo con toda puntualidad y cuidado.

Grande fue la felicidad y buena suerte que entre estos bárbaros infieles tuve afortunado, así por el amor con que me trataban los principales caciques, como por la dicha que me acompañó en las traiciones de los que anhelosos solicitaban el último y desastrado fin de mis días.

Juzgando Lemullanca que los mensajeros me llevarían infaliblemente para el tiempo que tenía aplazado, había enviado a convidar a los caciques y soldados de la cordillera, significándoles que para el día que llegasen, sin falta ninguna, tendrían en el lugar del parlamento al capitán hijo de Álvaro. Y habiendo llegado más de trescientos indios con los caciques referidos, no hallando lo que buscaban y la promesa de Lemullanca frustrada y vana, se enfadaron con él, de manera que anduvieron a lanzadas y flechazos los unos con los otros, y fue necesario que los más principales y ancianos entrasen de por medio a apaciguar el incendio que se había levantado. Esto supimos al tercer día y con ello, mis camaradas y amigos me dieron muchas gracias por la advertencia que ellos no tuvieron.

Vuelto mi amigo Quilalebo a su casa y quedado yo con mi antiguo huésped Tereupillán, aquella misma tarde nos fuimos paseando hasta el monte, habiéndose echado el hacha de cortar leña al hombro, díchome con amor y respeto:

-Capitán, vamos a traer un poco de leña, porque todos los mancebos y criados de casa están maltratados de la pasada noche y se han entregado al sueño y al descanso.

Encaminamos los pasos a la montaña, por cuya ceja y faldas se paseaba un abundante y apacible estero, cuyas amenas orillas solicitaron al gusto gozar sus frescas alfombras algún rato. Sentámonos en ellas a divertir la vista en aquellos tapetes, matizados de

diversas flores. Y estando en buena conversación entretenidos, me pareció conveniente, para mi mayor crédito, decir al buen viejo lo que pocos días antes había averiguado en una junta de cavas en donde se congregaron los vecinos y comarcanos.

Estaba en casa de este cacique una muchacha de muy buen parecer, casada con un hijo suyo que andaba con la salud a pleito, de tal suerte que a más andar se iba consumiéndose. Esta chicuela, habiendo reconocido en mí que no la correspondía, cuando a solas me hablaba, por el recelo en que vivía de no ser visto, ni aun imaginado en semejantes actos, dio en publicar entre las demás mujeres que me había hallado a solas con una hija del mismo cacique, su suegro, la cual por haberse disgustado con su marido se había vuelto a casa de su padre y estaba como divorciada, puesto que el marido no quería volver con ella, ni ella tenía gusto de estar en su compañía. A ésta, es verdad que comunicaba, con la compostura que mi estado requería, por haberla mandado su padre, luego que llegué a su casa, que me sirviese y diese de comer a las horas que yo quisiera y también de hacerme la cama y tenérmela limpia, y lo demás que yo la mandase. Mas, nunca fue la comunicación tan estrecha y amorosa como significó la indiezuela a las demás compañeras, porque picada de mi descortesía o desdén, quiso deslustrar el crédito y buen nombre que entre aquellos naturales había adquirido. Estando, pues, en buena conversación con el cacique, le di mi queja, agregándole que ya en todos los ranchos, entre las mujeres, hablaban descocadamente de esta materia, que por pública y por bien parlada, sin duda había de llegar a su noticia, si es que ya no la tuviese. Por esta causa, le suplicaba que me enviase a casa de Quilalebo, mientras llegaba el mensajero Molbunante, porque sentiría en extremo que por mi causa llegase tener disgusto alguno.

Acabadas estas razones, me respondió el buen viejo:

-Muy mal pagáis, capitán, mi conocida afección, y no correspondéis a vuestras obligaciones ni al respeto y cortesía con que os he procurado servir y regalar desde que asistís en esta pobre choza.

Cierto de verdad que cuando le oí estas palabras tan sentidas y graves, me hallé pesaroso de haberle referido lo pasado, juzgando que el disgusto que mostraba era por haber sabido el chisme y tenerlo por verdadero. Pero, fue muy al revés, pues prosiguió de esta suerte:

-¿Por más amigo tenéis a Quilalebo que a mí, capitán, que queréis dejar mi compañía por la suya, sin más razón que la que me habéis referido?

-Pues, ¿eso juzgáis de mí, respondí sumiso y cortés, sabiendo que tengo esculpidas en el alma vuestras acciones, vuestros respetos, vuestros agasajos y favores? El haberos pedido retirarme a casa de Quilalebo, ha sido por no daros pesadumbre, que, claro está, que la tendréis, sabiendo que a vuestra hija, por mi causa, la murmuran y la hacen entreojos. Y yo en vuestra presencia no podré aparecer sino avergonzado, considerándoos airado siempre que volváis a mí la vista. Y si por alguna causa o desabrimiento, os oyera algunas desabridas razones, estaría juzgando siempre ser yo el instrumento de vuestro enfado y enojo.

-Bien parece, capitán, me respondió el anciano, que sois niño todavía y no tenéis conocimiento de lo que son las mujeres, pues no sabéis que de su naturaleza son habladoras, embusteras, ambiciosas, entrometidas, y envidiosas. Como han visto que mi hija os regala y os sirve, como yo se lo tengo ordenado, habrán querido presumir de vos lo que yo no he imaginado. Y cuando lo que dicen fuera así, tendría muy buen gusto mi hija, y a mí no me pesara de su empleo, pues os la tengo donada para que os sirva y hagáis de ella lo que os pareciere. En esta conformidad, no tenéis que hacer caudal de lo que hablan las mujeres. Son ellas tales como he dicho, y tan entrometidas en todo, que aun desde sus fogones nos quieren gobernar. Y desdichados de aquellos que se sujetan a sus gustos y apetitos y se dejan gobernar por ellas, que yo las conozco ya en muchos años que con ellas lidio. Cuando mozo, llegué a tener veinte mujeres y todas de diferente condición; las unas, celosas en extremo; otras, mal acondicionadas; otras, insufribles entre mansas y apacibles, algunas aviesas y no bien inclinadas, y sobre todo, otras necias e impertinentes. Mirad si estaré bien experimentado y capaz de lo que son. Y así, capitán amigo, nunca hagáis tanto aprecio de lo que hablan las mujeres, porque jamás les ha de faltar qué decir, aunque sea de sí mismas.

Oídas las razones de mi amigo, hallándome indigno de tantos favores, pensé lo que la peregrina viuda a Booz: -«¿De dónde me ha venido a mí, forastera y pobre, tanto bien?».

-Mucho me habéis consolado, Tereupillán con vuestras palabras, tan corteses como amorosas, tan discretas como prudentes, y tan ciertas. Sólo una cosa os quiero preguntar, que no sé de qué género son las impertinentes que dijisteis había.

-Yo os lo diré, capitán. Esas impertinentes son unas mujeres que sólo sirven de mayor enfado, de mayor tormento a los hombres cuerdos y apacibles, porque sin razón ni fundamento con ceño y pidiendo celos de lo que no ven, armando caramillos con los de casa, disensiones y pleitos con los de afuera. Si sus maridos son alegres y joviales, y a lo burlesco parlan con algunas, es para levantar treinta quimeras; si salen fuera de ordinario, que por qué salieron y a dónde encaminaron sus pisadas; si en casa son continuos y asistentes, que por qué son caseros y poltrones. Finalmente, no hay acción que no emulen, ni paso bueno o malo que no midan. De esta calidad son las que llamo impertinentes: mirad si con justo título tienen ese nombre merecido.

-¿Es posible, Tereupillán, respondí admirado, que haya tales mujeres y quien con prudencia quiera y pueda sufrir sus locuras?

-Ahí veréis, capitán, lo que padecen y sufren los que quieren tener muchas mujeres, que es forzoso que tengan varias condiciones, y con todas es bien acomodarnos, porque las malas nos sirven, las buenas nos consuelan, y las unas y las otras, nos visten, sustentan y regalan. Pero, verdaderamente, después que tuve más maduro el juicio, y fui reconociendo que la muchedumbre de mujeres en una casa eran una confusión continua y un desasosiego grande, me reduje con el tiempo a no tener ni sustentar más de cuatro o cinco, y en mi vejez, sólo a una muchacha que me abrigue, como lo habéis visto. Las otras tres ancianas que me asisten, son las madres de mis hijas y sólo sirven hoy de gobernar la casa. Tal vez, con dormir con ellas les agradezco su trabajo, y de esta suerte vivo con descanso, porque son las celadoras de la moza y la guardan más bien que yo pudiera, porque como es muchacha y yo viejo, no puedo satisfacer sus apetitos, y es

mucho que con eso sea honrada, quieta y de buen natural. Es hija de buen padre y de buena madre y desde sus tiernos años fue enseñada a estar recogida y ocupada, sin saber lo que fuese estar ociosa, que de estarlo las mujeres, se originan varios pensamientos y el salirse las hijas de casa de sus padres con el primero que encuentran o las habla.

-Esto os he dicho de paso, capitán, porque si acaso os casareis, no escojáis mujer que con demasía exceda vuestros años; ni queráis sustentar varias mujeres, porque gastan la vida, apresuran las canas, debilitan los miembros, quitan las fuerzas y perturban los sentidos.

Con esto, se fue levantando el viejo y me dijo:

-Vamos, Pichi Álvaro, por la leña que hemos menester para que nos hagan de cenar, porque la tarde refresca; el sol se va trasponiendo y la noche nos va llamando.

Hicimos nuestros haces de leña con toda brevedad, porque abundante nos la ofrecía el monte, y con ella nos fuimos retirando poco a poco a nuestros ranchos.

Al cabo de algunos días, llegó nuestro embajador Molbunante, acompañado de diez o doce amigos comarcanos, deudos y parientes suyos y de los caciques por quienes me había yo de rescatar. Esto fue al amanecer a las veinte y cuatro de noviembre, víspera de Santa Cathalina, virgen y mártir, y día de San Chrisónogo, mártir, cuyos días son hasta hoy para mí de gran consuelo y de mi devoción', en memoria del gusto que fue Dios servido enviarme en aquellos días, pues recibí carta del gobernador en que me decía que con el portador me aguardaba con toda brevedad y que hiciese con puntualidad lo que me ordenase, que en eso consistía el ver logrado sus intentos y el dichoso fin de mi libertad. Y es el caso que los caciques de la cordillera, como siempre solicitaron con todas veras el quitarme la vida y haberme a las manos para ejecutarlo a su gusto, tenían determinado salir al camino y a fuerza de armas arrebatarme, luego que llegaron a entender que trataban de liberarme en trueque de los caciques presos que estaban entre nosotros. Ésta fue la causa de que me encargase el gobernador que no saliera un punto de lo que Molbunante dispusiera, quien, también por este recelo, caminó de noche, porque, aunque sabía los contrarios que iban y venían mensajeros, no supieron cuando me habían de llevar de casa de Tereupillán.

Con la llegada de nuestro nuncio, se regocijaron todos los de la casa de mi huésped, quien con toda diligencia despachó al instante a dar aviso a mi buen amigo, y suegro en los deseos, Quilalebo, y a los demás caciques vecinos, para que con todo gusto y aplauso se regocijasen en mi despedida. Y aunque el mensajero quiso apresurar nuestro viaje y volver a salir aquella noche siguiente, no lo permitió el cacique, rogándole que aguardase a los caciques comarcanos, principalmente a Quilalebo, que estaba dispuesto a ir en mi compañía hasta ponerme entre los nuestros.

-Mucho me huelgo, dijo Molbunante, que se determine el viejo a ser nuestro compañero, que con su autoridad y con sus canas obligará otros a que le sigan y serán nuestras fuerzas más copiosas, ya que por lo que pueda suceder, no es malo que vamos muchos.

Con esto, dieron principio a sacar muchos cántaros de chicha y a brindarse unos a otros. Yo lo hacía con gran festejo y alegría, y en el entretanto que se disponían las ollas y se hacía hora de comer, pedí licencia al camarada para ir al estero, donde por las mañanas

acostumbrábamos el baño, llevado del deseo de dar infinitas gracias a Dios por tantos beneficios y mercedes. Dejé a los compañeros entretenidos y me encaminé al bosque, y allí, las rodillas hincadas en tierra, comencé mi oración.

Causome algún pesar, en medio del mayor consuelo que tuve, el haber dicho nuestro mensajero que los de la parcialidad de la cordillera estaban resueltos a salirnos al camino y a fuerza de armas perturbar la intención de mis parciales y defensores, arrebatándome de en medio de ellos para ejecutar a salvo sus dañadas intenciones. Con estos cuidados y recelos se mezclaron mis alegrías y mis gustos, y con más fervorosos afectos proseguí mi oración, con lo que alienta mi esperanza y lo más eficaz para mis súplicas, que es tener por sin duda el auxilio y protección de la Virgen Santísima del Pópulo, Señora Nuestra, cuya imagen desde mis tiernos años fue el principal asunto de mi devoción, con un particular modo de respeto, de temor y reverencia. Así lo he continuado desde aquel tiempo, y por no ser ordinaria la causa que me movió a esta devoción, la referiré en breve.

Estando gobernando los estados de Arauco de maestre de campo general, mi padre -que Dios tenga en su gloria- me hizo llevar a ellos luego que quedé sin madre, y fui de tan pocos años, apenas tendría siete. Entrame en el convento que allí tenían los padres de la Compañía de Jesús. Al cabo de algunos días que empecé a perder el miedo a aquellos benditos padres que allí estaban -que así los puedo llamar, porque fueron conocidos por siervos de Dios-, entraba y salía sin temor alguno a sus celdas y a los demás rincones de la casa, aunque a la iglesia con algún recelo, porque estaba en ella una imagen de la Virgen Santísima del Pópulo pintada en un lienzo con tal perfección y arte, que luego que se entraba por la puerta, ponía los ojos fijos y miraba a todos de hito en hito. Un día, sobre tarde, con otros niños que asistían, concertamos entrar a la iglesia a ver a la Señora, que miraba a cada uno con notable admiración nuestra. Hicímoslo así, y con temor más que con reverencia, nos hincamos de rodillas frente al altar donde estaba, y aunque divididos los unos de los otros, a un tiempo a todos nos miraba cuidadosa y atenta. Y con admiración nos decíamos: «A mí me está mirando con sus serenos ojos fijos en los míos». De esta suerte, anduvimos mudando lugares, y siempre sus hermosas luces tras nosotros. Yo, con más curiosidad que mis compañeros, me fui a los rincones de la iglesia, de donde me asomaba poco a poco, y al punto que llegaba a descubrir su sereno rostro, hermoso y grave, hallaba sobre mí puestos sus lucientes ojos. Volví a hacer otra prueba de muchacho, que me pareció imposible que en el lugar que me puse pudiese mirarme; y fue entrarme debajo de un escaño que estaba en la capilla mayor con otros bancos. Saqué por un lado la cabeza, y apenas pude mirarla, cuando con más ahínco y más cuidado, parece que con la vista quería sacarme del lugar en que me había escondido. Retireme al instante, y por un resquicio del escaño, segunda vez puse los ojos, y de la misma suerte que si frente a frente estuviese en su presencia, hallaba sus divinos luceros en mí fijos.

De aquí se originó la devoción fervorosa que a esta Santísima Señora del Pópulo tengo desde tan tiernos años, bajo cuya protección y amparo he vivido seguro, atropellando infinitos trabajos y peligros de la vida en esta guerra.

Acabé mi oración con los siguientes medidos renglones que a los principios de mi cautiverio ocurrieron a mi memoria y con los cuales todos los días solía dar principio a mis devociones:

ROMANCE Y ORACIÓN

*Gracias os doy infinitas,
Señor del empíreo cielo,
Pues permitís que un mal hombre.
Humilde amanezca a veros.*

*En este pequeño bosque,
Las rodillas por el suelo,
Los ojos puestos en alto,
Vuestra grandeza contemplo.*

*Consolado y afligido
Ante vos Señor, parezco,
Afligido por mis culpas,
Consolado porque os temo.*

*Diversos son mis discursos,
Varios son mis pensamientos,
Y luchando unos con otros
Es la victoria por tiempos.*

*La naturaleza flaca
Está siempre con recelos
De los peligros que el alma
Tiene entre tantos tropiezos.*

*El espíritu se goza
En medio de mis tormentos,
Porque es docta disciplina
Que encamina a los aviesos.*

*Dichosos son los que alcanzan
Tener aquestos recuerdos,
Guiados por vuestra mano
Para que no andemos ciegos.*

*Trabajos y adversidades
Entre inconstancias del tiempo
Padezco con mucho gusto
En este feliz destierro.*

*En mí las tribulaciones
Han sido un tirante freno
Que ha encaminado mis pasos
Y refrenado mis yerros.*

*Todos son, Señor, favores,
Y de vuestro amor efectos,
Que atribuláis al que os huye.
Porque en vos busqué el remedio.*

*¡Oh Rey de cielos y tierra!,
¡Oh piadoso Padre eterno!
¡Oh Señor de lo criado!,
¡Oh Dios de Sabaoth inmenso!*

*Vos, Señor, sois mi refugio,
Vos sois todo mi consuelo,
Vos de mis gustos la cárcel,
Vos mi feliz cautiverio.*

*Lo que os suplico rendido
Y lo que postrado os ruego,
Es que encaminéis mis pasos
A lo que es servicio vuestro,*

*Que si conviene que muera
En esta prisión que tengo,
La vida que me acompaña
Con mucho gusto la ofrezco.*

*En vuestras manos, Señor,
Pongo todos mis aciertos,
Que nunca tan bien logrados
Como cuando estáis con ellos.*

*Merezca yo por quien sois
Lo que por mí no merezco
Y por la sangre preciosa
De vuestro hijo verdadero.*

*Y por los méritos grandes
De María, cuyos pechos
Fueron de Jesús bendito,
En su humanidad sustento.*

*Y vos, purísima Reina,
Escogida de ab eterno.
Para hija de Dios Padre
Y para madre del Verbo.*

*Del Santo Espíritu esposa,
De las tres personas templo,
Corona de lo criado,
Señora del hemisferio,*

*Patrocinad al que os llama
Socorred con vuestros ruegos
Al que os invoca afligido
Y al que está cautivo y preso.*

Acabada mi oración, oí hablar a las dos muchachos mis camaradas que estaban aguardando, al amor de los rayos del sol, que yo los llamase para ir también a rezar al bosque, donde teníamos una cruz muy bien hecha entre unas ramas de arrayán, y donde por las mañanas acostumbraba enseñarles las oraciones. Diles una voz y al punto estuvieron conmigo, y me dieron razón de cómo habían llegado ya los caciques con cántaros y tinajones de chicha y algunas aves para mi viaje, los cuales preguntaban cuidadosos por mí.

-Pues, recemos presto, les dije, que ésta me parece que será la postrera vez que os acompañe. Os ruego que no os olvidéis las oraciones que os he enseñado y que os acordéis de Dios, que podrá ser que haya ocasión de que esto venga a ser de cristianos y vosotros tendréis eso andado. Enternecieronse los muchachos conmigo, significándome el pesar que tenían por quedar sin mi compañía, y aun me dijeron que si su padre les diese licencia, se vinieran de buena gana conmigo. Yo les agradecí la voluntad que me mostraban y les correspondí con otras amorosas razones; nos hincamos luego de rodillas y rezamos las tres oraciones que sabían. Después nos encaminamos al rancho, donde me estaban aguardando los caciques.

Al punto que llegué, me llamaron los caciques Tereupillán y Molbunante, que estaban sentados juntos, y me pusieron en medio de ellos. Los recién venidos me saludaron y me presentaron unas gallinas para mi viaje, unos bollos de maíz que llaman tamales y dos tinajuelas de chicha de frutilla seca o pasa, que es lo mejor que se platica y de mayor regalo. Presenté una de ellas al solicitador de mi rescate y diligente nuncio; repartí entre todos de los tamales y con grande regocijo nos brindamos los unos a los otros. Ya en este tiempo estaban sazonados los guisados, por lo que nuestro huésped pidió de comer. Ya he referido en otra parte de la suerte que comen, si bien se diferencian mucho los fronterizos de los que han sido criados con españoles y se hallan con más sosiego retirados en las ciudades antiguas o en sus contornos, como son La Imperial, Villarrica, Valdivia, Osorno, ya despobladas de los españoles. Después que yo llegué a casa de Tereupillán, hice una mesita a modo de banco para comer en ella los dos y ésta nos traían siempre con una camiseta blanca encima que servía de mantel, porque nunca me pude acomodar a comer en el suelo. De esta suerte comíamos, y el viejo estaba ya tan hallado, que de otro modo no podía acomodarse a comer. Trajeron la mesa a los tres y tras ella los guisados y viandas de varios géneros, y por postre, sazonadas manzanas, que en aquel tiempo eran estimables, porque en los árboles estaban otras ofreciendo su jugo deleitoso. Después de haber comido, como a las tres de la tarde llegó mi amigo fiel, el buen viejo Quilalebo,

con la mujer española, su hija, la mestiza que con todo amor me había ofrecido y aun entregado, y un mesticito, gran amigo mío, hermano de la moza; en su compañía vinieron diez o doce mocetones para que juntamente con él nos acompañasen. Salí de los primeros a encontrarme con mi amigo, quien luego que me vio me echó los brazos con grande amor y regocijo, y su mujer de la propia suerte, diciendo a la hija que se llegase también a abrazarme, porque como corta y muchacha, se contentó con darme los «mari maris», saludándome benévola.

Luego que se hubieron saludado los caciques, sentaron a Quilalebo al lado del mensajero que estaba a mi mano derecha, siguiendo el orden que teníamos antes. Sacáronle luego una cántara de chicha y yo le brindé con la otra compañera de la que presenté a Molbunante del regalo que me hicieron mis vecinos caciques. Probola, y me dijo:

-La que traigo del mismo género la aventaja en lo dulce y picante. Y será para que tú sólo bebas de ella.

-Pues, ¿tanta os parece que tengo que beber?, respondí.

-Brindarás a las «ilchas» que han venido a verte, me dijo muy risueño, porque era chancero y decidior.

Mientras estuvimos en esta conversación y brindándose los unos a los otros, asaron un ave y algunos pedazos de longaniza que había traído Quilalebo para nuestro viaje y se lo pusieron delante. En este tiempo, se fue acercando la noche y los fogones aumentándose de ollas y asadores, de sartenes para freír pastelillos, empanadillas y buñuelos, bien envueltos de mucha miel de abeja, que nos iban enviando acabados de salir del fuego.

Después de nuestra cena, sacaron el tamboril, y estando al fuego los caciques, principiaron el canto los más mozos y respondían los más viejos; las mujeres, que estaban en diferente corro y en división aparte, como más fáciles en desvanecerseles las cabezas, tenían adentro gran algazara y alboroto, cantando unas y riéndose otras. Levantose en esto Quilalebo, que era viejo de buen humor y de buen gusto, cogió el tamboril entre las manos y dijo a los compañeros:

-¡Ea!, levántense todos los amigos, que nos hemos de holgar esta noche por la venida de Molbunante y el buen viaje de nuestro capitán Pichi Álvaro; salgan afuera las mozas y «malgüenes» y quédense las viejas allá adentro.

Y esto dijo con tan buena gracia y donaire, que causó gran risa entre los circunstantes. Estaban algunas viejas, mujeres de aquellos caciques comarcanos, afuera del aposento, en otro fogón, y respondieron, allegándose a Quilalebo:

-Por eso seremos nosotras las primeras.

Salieron del aposento la señora, su hija y otras diez o doce muchachonas asidas de las manos, cantando y bailando al son del tamboril y de las flautas; hiciéronles espacio para que entrasen en medio del corro de los caciques, y así se armó el festejo y gran baile.

A todo esto, estaba yo sentado con mi viejo huésped, que era muy cuerdo, sagaz, prudente y de gran reposo, junto con el mensajero, platicando, bebiendo y comiendo de unos choros y erizos, con extremado pescado fresco.

Habiendo, pues, llegado al baile las mozas, me llamó Quilalebo, repetidas veces, y Tereupillán y Molbunante me aconsejaban que fuese, a lo que les respondí que fuésemos juntos. No les pareció mal mi respuesta y dijeron a Quilalebo que por qué no venían a brindarnos las «ilchas», para que fuésemos a acompañarlas, que de esa suerte iríamos todos a festejarlas. Ya en este tiempo venían algunas con sus jarros de chicha encaminadas para nosotros. Las detuvo Quilalabo diciéndoles que aguardasen a su mujer y a su hija que iban a brindar al capitán Pichi Álvaro; llegaron a brindarnos a mí la señora con su hija y las demás a mis compañeros, con lo que nos obligaron a levantarnos de nuestros asientos y, después de haber bebido y hecho la razón, nos fuimos con ellas de la mano del modo que ellos lo acostumbran. Nos quedamos en la última hilera del círculo que hacían los danzantes, porque es antigua costumbre que los caciques y los indios más graves cojan la retaguardia, y también algunos mocetones solteros que llevan de las manos a las «ilchas», por tener ocasión de hablarlas cuando tratan de casarse. La española y su hija me cogieron de las manos y llevaron en medio hasta el sitio donde al son de sus instrumentos cantaban y bailaban; y a su imitación, repetimos un romance que a mi despedida había compuesto -según supe- mi amigo Quilalebo en nombre de su hija, estando de la mano con ella, me dijo haber sido suya la compostura de la letra, porque mi ausencia le era de gran pesar. Y para que se reconozca que en sus joviales voces, algunos de sus romances constan de medidas sílabas, pondré la letra que cantaban:

*Abcuduam in, ema
Amotualu gatu, pichi Álvaro emi
Chali tuaei mi a
Güi maya Guan mai ta pegue, no el mi.*

Y para los ayunos del lenguaje, me pareció explicarlo en castellano idioma y a su imitación, en media lira, que es como sigue:

*Muy lastimado tengo
y triste el corazón porque me dejas;
a despedirme vengo
Álvaro, de tu vista, pues te alejas,
y a decirte cantando
que he de estar, en no viéndote, llorando.*

Este es, en suma, el sentido literal de este mote chileno, que unos con semblantes tristes, por acercarse mi ausencia, y otros con licores suaves, placenteros, cantaban y bailaban, mudando a ratos tonadas diferentes y romances varios.

En medio de su ruido y algazara, sacaban las mujeres asadores de carne de gallinas, longanizas y abundancia de mariscos, entreverando pastelillos fritos, empanadillas, rosquillas y buñuelos. Y estos refrescos fueron ordinarios en el curso de la noche, la que pasaron en continua boda, comiendo, bebiendo y cantando, que ésta debe ser la causa de

no privarse del juicio con la facilidad y presteza que los fronterizos «aucaes», los cuales comen poco y beben mucho, por lo que a los pocos lances desvarían y tienen entre sí mil disensiones y pesados ruidos. Esto no vi jamás entre los caciques ni indios imperiales, sino holgarse con mucha paz, conformidad y concordia.

En medio de estos entretenimientos, pasada la medianoche, pedí licencia a los caciques, principalmente a Quilalebo, que había dejado el tamboril a otro compañero cuando mudaron el romance. Habiendo venido en mi demanda, me dijo:

-Vamos primero a mi aposento, y verás lo que te han traído mi mujer y mi hija para el camino, y cenarás de algunos regalos que están haciendo para mí.

Contra todo mi gusto, fuimos adentro, donde me hizo manifestación de lo que me había traído. Y verdaderamente que solicitaba yo apartarme de su lado, parece que con más ahínco me buscaba. Me hizo sentar a su lado para que le ayudase a comer de una tortilla de huevos que le trajo su mujer, con mucha miel encima; le ayudé a tomar un bocado, y tras él, vino su hija a brindarme con un buen jarro de chicha de frutilla. Habiendo bebido ella antes y estando con nosotros, le dijo el viejo que me hiciese la cama en un rincón del aposento y que ella me fuese a acompañar por la despedida. Y como estaba más alegre el suegro y era de jovial condición, le dijo otras razones a más que humanas. Al instante que oí sus liviandades y que con todas veras deseaba que comunicase a lo estrecho a su hija, me valí de mi ordinario patrocinio, que es poner el espíritu y el alma en Dios y los demás sentidos en sus manos. Eché a chanza sus palabras y con mucha risa y muestras de contento le dije que estimaba en mucho sus favores, pero que primero habíamos de volver al baile un rato y alegrarnos con los demás amigos; que ya se me había pasado el sueño y quería volver a cantar el romance que su hija había compuesto a mi despedida, porque estaba agradecido a su amor y buena voluntad.

-Vamos, pues, capitán, me respondió el viejo, que tras nosotros irán nuestras mujeres; que ahora están enviando de comer a todos los danzantes.

Salimos del aposento y en nuestra compañía mi amigo el mestizo hermano de la moza. Al llegar al baile, dije a Quilalebo que me apretaba una necesidad forzosa, que luego volvería a acompañarle, a lo que me respondió que fuese muy en buena hora, en compañía de su hijo Millayeco, que así se llamaba el mesticito. Salimos del rancho y dejamos a nuestro viejo en medio del tropel y jovial bullicio; estando ya fuera, dije a mi compañero que me aguardase a las espaldas del rancho, en donde con toda brevedad me tendría en su compañía. Me aparté hacia unos arbolillos que estaban esparcidos detrás de la casa y, poniendo las rodillas por el suelo, levanté los espíritus al cielo, y pedí a nuestro Dios favor y ayuda para librarme de aquel empeño en que me hallaba.

Por haberse pasado algún tiempo más del que juzgó mi compañero que pasase, pues me llamó dos veces, puse fin a mi oración y salí de mi retiro con algún consuelo, encontrando a mi amigo medio dormido. Con esto nos fulos para adentro en demanda de Quilalebo, a quien encontramos sentado al amor del fuego con Tereupillán y el mensajero Molbunante. Nos recibieron con un buen vaso de chicha, algo fuerte para mí, de la cual brindé a mi camarada Quilalebo, que estaba ya algo dormido. Yo rogaba a Dios que se acabase de privar de su sentidos por eximirme de su compañía; y parece que oyó Nuestro

Señor mis súplicas, porque después del brindis que le hice, quedó con la cabeza tan pesada, que estando en buena plática con los demás caciques, se quedó dormido cabizbajo. Juzgo que fue permisión del cielo, porque jamás lo vi en los demás convites en que con él me hallé tan cargado ni tan ajeno de su juicio. Como lo viera Tereupillán de aquella suerte, mandó que le trajesen una frazada y un cojinetete para echarlo sobre él, hasta que lo llevarsen a su cama, y yo quedé con sumo gusto, por recogerme a un rincón de su casa a hacer lo propio. Esto fue ya al cuarto del alba, muy cerca del día, de modo que hallé ocasión de decir a mi huésped que me hallaba desvanecido y con la cabeza pesada, por cuya causa me mandó hacer la cama algo distante del fogón. Convidé al mesticito con la cama, y me respondió que por qué no iba a dormir a su aposento, pues allí me habían dispuesto en qué dormir y que su hermana me aguardaba.

-Ya me veis, amigo, cómo estoy, le dije, que no puedo ni aun abrir los ojos de tanto que he bebido, y no quiero que me vea de esta suerte.

En esta ocasión -que es justo y conveniente a veces fingirse dementado y parecer privado de juicio- di a entender a mi compañero que las bebidas varias y continuas me habían perturbado los sentidos de tal suerte, que ni atrás ni adelante podía dar un paso. Así, le rogué que me llevase a la cama y él me asió de un brazo y me puso de pie, y arrimado a sus hombros, me acerqué al lecho, donde me dejó caer como desgobernado y sin fuerzas. Y habiéndole dicho que se acostase conmigo, respondió que más quería irse al baile, de modo que me dejó solo y de la suerte que yo deseaba.

Después de haber el sol esparcido sus lucientes rayos, recordé cuidadoso por ver el estado en que se hallaban mis compañeros y amigos y los que habían quedado entretenidos en el baile. Levanté la cabeza y hallé cerca de mí a los dos muchachos hijos de Tereupillán, tan postrados y vencidos de sueño, como rendidos y fatigados del continuo ejercicio de la noche. A su imitación, estaban los caciques sosegados, pues con la luz de la aurora habían cesado los joviales instrumentos y sólo algunas viejas con las mujeres del dueño de casa asistían el fuego, disponiendo las ollas y asadores para el regalo de los forasteros. Luego que vi la casa sosegada y sin ruido, me levanté del pobre lecho en que yacía, y encaminé mis pasos al acostumbrado bosque donde todas las mañanas daba su alimento al alma. Allí, con toda devoción, hincadas las rodillas en tierra ante una cruz que tenía puesta entre las ramas verdes, recé mis oraciones, principiando con un salmo del profeta rey, que dice así: «Señor de cielos y tierra, ¿quién ha de poder asistir en tu sagrado templo, o quién en tu monte santo podrá tener alivio ni descanso?»

Cuando salí del bosque, era más tarde de lo que presumía, pues hallé a mis amigos los dos hijos de mi huésped y al mesticito bañándose en el estero con mucho gusto; me refresqué también con ellos y juntos nos volvimos al rancho.

Ya estaban los caciques sentados al fuego, después de haberse bañado en el estero; otros, a las espaldas del rancho, se abrigan debajo de unos árboles frondosos, reparados del frescor del aire que corría. Llegué a donde estaban platicando y disponiendo la marcha de nuestro viaje; sentáronme en medio de Quilalebo y Molbunante y sacáronme de almorzar unas longanizas y un capón bien asado, y en otro asador un cuarto de carnero que, estilando por todos lados su jugo mantecoso, convidaba su vista al gusto más postrado. Comimos el regalo entre los circunstantes y los huéspedes se fueron aumentando con los

que estaban afuera retirados, de manera que Tereupillán, dueño y caporal del rancho, mandó que todos sacasen de comer de lo que hubiese y los rezagos de chicha que habían quedado. Acabaron de comer a más de las cuatro de la tarde, habiendo principiado entre las diez y las once. Entonces dijo nuestro mensajero, que ya era tiempo de ir previniendo el viaje, porque, en poniéndose el sol, era forzoso el marchar. Salimos al reparo de los árboles, que a las espaldas del rancho estaban frescos y apacibles.

Después que todos estuvieron fuera, así varones como mujeres, sentados en tapetes o estereras, trajeron un ramo de canelo y se lo entregaron a Molbunante para que con él en la mano diese principio al parlamento y fin alegre y ostentoso de nuestro convite. Levantose éste y, poniéndose en medio del círculo que los demás hacían sentados, formando otra a las espaldas las mujeres, razonó con elegancia, pues como era fronterizo y de buen arte, todos estaban pendientes de sus labios. A los fines de su parlamento significó el estar muy agradecido a mi amo Maulicán, no tan solamente por la liberalidad con que había entregado para el rescate de su cuñado Taygüelgüeno y de otros caciques que estaban presos, sino también porque con todo esfuerzo me había defendido de la furiosa intención y rabiosa ira de los caciques y soldados de la parcialidad de la cordillera; y que no menos lo estaba de Tereupillán, de Quilalebo y de los demás caciques imperiales, que con todo amor y regalo me habían tenido seguro, quieto y defendido. Por esta causa, se hallaban todos como obligados a servirles, lo que prometía darían siempre que quisieran experimentar sus voluntades. Otras razones que al intento pronunció fueron de todos bien escuchadas y aplaudidas con los vítores que acostumbran. Entregó el ramo de canelo a Tereupillán, quien se puso en el sitio que había ocupado Molbunante.

Dio principio el viejo venerable a su razonamiento con estilo retórico, sólido, macizo y grave, y por sus varoniles voces y maduros años, tenían todos los oyentes suspensos los sentidos y los ojos fijos en sus palabras y blancas canas.

Por abreviar, dejó muchas razones que dijo a Molbunante, encaminadas a que no fuesen los fronterizos tan crueles ni tan inclinados, pasada la refriega, a derramar sangre de españoles; que la fortuna era varia y se trocaban los tiempos por instantes. Volviéndose a hablar conmigo, prosiguió su discurso para despedirse de toda su parcialidad, en donde había sido mi comunicación y asistencia más continua:

-Voz, capitán, amigo y compañero, que os ausentáis de nosotros y nos dejáis lastimados y tristes, no nos olvidéis, significando a los españoles que no somos tan malos ni de inclinaciones tan perversas como nos hacen, pues no podréis decir que haya habido alguno que perdiéndoos el respeto, os haya dicho una mala palabra, ni aun mirado con malos ojos. ¿No es así esto, capitán?

Y yo le respondí, como los demás, el «veillichá», diciéndole:

-Es verdad lo que referís, y yo estoy y estaré toda mi vida con el reconocimiento debido a vuestros favores y al amor y voluntad que he experimentado en todos los caciques principales y especialmente en mi «quempo» y amigo verdadero Quilalebo.

-Claro está, capitán, que habéis de obrar conforme a vuestra sangre y obligaciones. Lo que os ruego de mi parte es que cuando estéis entre los vuestros, os compadezcáis de los

cautivos; no permitáis que los vejen ni que a sangre fría los ahorquen ni entreguen a los indios amigos, como suelen hacerlo, para quitarles la vida atrozmente, y que solicitéis sus rescates. Haced con ellos, finalmente, lo que con vos hemos hecho, y cuando no con tantas finezas, por lo menos que reconozcan los pobres que habéis estado cautivo y atribulado en ocasiones. Imitad a vuestro padre Álvaro, que aunque es tan gran guerrero y ha muerto a muchos de los nuestros, peleando en las batallas, jamás a sangre fría ha quitado la vida a ningún cautivo; antes se hallan muchos que por su piedad y buen corazón están libres en sus tierras, gozando de su quietud y descanso. Y con esto, capitán, no tengo que deciros sino que tengáis buen viaje y os lleve Dios con bien a vuestra tierra y a los ojos de vuestro amado padre.

Así dio fin a su razonamiento y todos dieron voces de alegría; soplaron con la boca y el aliento el aire y estremecieron la tierra con pisadas, que es lo que acostumbran al final de sus parlamentos.

Ya en este tiempo se había traspuesto el sol y tenían los caballos prevenidos, por lo que Molbunante trató de apresurar nuestro viaje, porque antes que amaneciese, habíamos de llegar a emboscarnos todo el día en su casa para volver a caminar de noche. Mi camarada Quilalebo dispuso todo lo que habíamos de llevar para nuestro regalo; me ensilló el caballo de camino que para mi viaje había traído y, como no acostumbran más carga que las gurupas, en breve espacio se dispuso todo. Llegué a despedirme de las mujeres de mi huésped y de la española y su hija, que se habían entrado al rancho mientras ensillábamos los caballos. Encontrándolas en medio de la casa, les dije que se quedasen con Dios; que ya se había llegado el plazo de mi partida, y que mirasen lo que me mandaban y lo que se les ofrecía de su gusto. Con estas razones, que pronuncié con alguna ternura, respondieron las viejas con lágrimas en los ojos y ayes y suspiros en los labios, diciendo:

-¡Ay!, ¡ay!, que se nos va nuestro capitán y compañero.

A su imitación, las muchachas, principalmente la mestiza, con mis amigos los muchachos, levantaron de punto los sollozos y voces lastimadas, de manera que me obligaron a llorar con ellos y a decirles que si no tuviera padre, a quien amaba tiernamente, y no fuese entre los míos tan solicitado con repetidos mensajes como lo habían visto, que tuviesen por cierto que no dejara su amad. compañía, porque me habían obligado sus agasajos, sus cortesías, amores y regalos, a corresponderles con voluntad y afecto. Con esto, fui abrazando a las mujeres y a la mestiza, pues, como las veía llorar sin medida, no acertaba ya a hablarles palabra. Y volviendo el rostro para salirme, me sucedió lo propio que al poeta profano:

*Tres veces toqué el umbral
con los pies torpes y tardos,
y otras tantas mis cuidados
me volvieron al portal.*

Animé como pude el corazón lastimado y volví adentro a despedirme de nuevo, como si no lo hubiera hecho.

Volví a decirles, que me mandasen y mirasen lo que gustaran que les enviase, y sólo una vieja me pidió una bacinilla de las ordinarias de azófar. Las demás me dijeron que lo que

yo quisiera enviarles recibirían por tener con qué hacer memorias de mí. En esto, me dieron prisa mis compañeros, porque la noche abrochaba ya su obscuro manto. Salí de la casa con hartos dolor y sentimiento, pues cuando me puse a caballo, se asieron de mí los dos muchachos mis compañeros y el mesticito, llorando y diciendo a voces que se querían venir conmigo, con lo que volvió a formarse adentro, y aun en todos los circunstancias, mayor llanto.

De la misma suerte, con mi ausencia y partida se entristecieron todos, muchachos, varones y mujeres, de modo que hasta en los más ocultos rincones de la casa no había más que lágrimas y voces confusas y lastimosas. No digo otras acciones que pasaron, no refiero otras circunstancias, porque no parezca encarecimiento ni exagerado decir. Sólo diré que cuando llegué a echar los brazos a Tereupillán, no pude hablarle palabra, porque al buen viejo le regaron las lágrimas el rostro.

Despedidos salimos de nuestros amigos imperiales cuando el sol dio sus veces a la luna, con cuyos resplandores caminamos a buen paso Molbunante con sus diez compañeros; Quilalebo, con otros tantos mocetones; un hijo de mi camarada Tereupillán, de muy buen arte, con otros de su ahillo y en su edad iguales; entre unos y otros seríamos si no treinta, muy cerca de este número. Marchamos toda la noche a más que ordinario paso y llegamos a casa de Molbunante, que estaba conjunta con la de su cuñado Taygüelgüeno, a los últimos fines de la noche. Sus mujeres, hijas y parientes me hospedaron con gran agrado y regocijo, por ser yo el trueque y rescate de su marido. Diéronnos de almorzar regaladamente a todos, y Quilalebo, por su parte, sacó las longanizas, empanadas y tamales que traía dispuestas para nuestro viaje. Sentados a la redonda de muy buenos fogones, comimos y bebimos, y al descubrir el sol sus claras luces, dimos al descanso los fatigados cuerpos.

Más de las dos de la tarde me pareció que serían cuando me recordaron mis compañeros y dieron aviso de haber llegado Maulicán con otros seis o siete caciques de su parcialidad, amigos, vecinos y paniaguados, ya que los unos y los otros eran también amigos y aficionados de Taygüelgüeno, Licanante y Huichuvilo, que eran los caciques que se hallaban presos y por quienes se había de efectuar mi rescate y el de Diego Zenteno de Chávez, que en la misma ocasión fue cautivo, siendo soldado de mi compañía y de mi propia edad y aspecto.

Recordé de mi sueño deseoso de ver al que fue dueño de mi persona y vida, y también por juzgar que con ellos había llegado mi soldado, compañero y amigo, a quien tanto deseaba llevar en mi compañía. Con estas esperanzas, salí fuera del rancho con Quilalebo y los otros que habían entrado a darme el parte. Llegamos al sitio donde estaban sentados a orillas de un estero deleitable, brindándose los unos a los otros con más de veinte tinajones de chicha. Luego que Maulicán vio que me iba acercando, se levantó a gran prisa a abrazarme y yo le extendí los brazos con gran regocijo y alegría; los demás caciques, a su imitación, me saludaron y en medio de mi amo, de Quilalebo, y Molbunante me hicieron sentar. Después de haberme puesto por delante un cántaro de chicha, me trajeron un plato de buen porte de frutillas frescas, y sin exageración había algunas que de dos bocados no les podíamos dar fin, porque de la suerte que entre nosotros se benefician las viñas, de la propia y aun con más cuidado labran ellos sus frutillares, de que hacen mucha cantidad de pasa para sus bebidas. Tras este regalo, que

fue para mí de gusto, nos enviaron de comer aunque no con la abundancia y sazón que en La Imperial teníamos. Estando entretenido en este ejercicio, trató Molbunante de que aquella noche prosiguiésemos nuestro viaje, y como no vi que apareciera el soldado Diego Zenteno, dije cuidadoso que dónde estaba el español que habíamos de llevar en cambio y rescate de Licanante, sobrino del cacique Pailamacho. Respondió mi amo que se habían hecho las diligencias, y aunque su dueño quedó, a los principios, de entregarle por sus pagas, cuando enviaron a traerle, no le hallaron en casa, por haber salido para la costa a negocios que se le ofrecieron. Estas razones fueron para mí de gran disgusto, ya que deseaba en extremo llevar a este soldado, por haberle prometido hacer de mi parte lo posible por librarle de trabajos y peligros cuando Dios fuese servido de que se tratase mi rescate. Así, me resolví a decirles que yo no podía irme sin soldado Diego Zenteno, por haber escrito al gobernador que le llevaría, en mi compañía, por lo que ellos me dijeron que escribiese y que no sería razón que faltasen a lo que con él y conmigo habían quedado. Con esta mi resolución, entraron en consulta y determinaron enviar aquella noche por él y traerlo sin dar parte a ninguno de los que con él asistían, ya que el amo había de ser pagado en volviendo. Les agradecí grandemente el arresto que hacían, diciendo que sería muy estimada su acción, así de los españoles como de los caciques presos. Con esto, despacharon al instante por mi soldado y aquella noche le acecharon a que saliese por agua al estero como lo acostumbraba, y encontrándose con él, le significaron lo que le importaba callar la boca, no hacer ruido y seguir a los que habían ido en su demanda. El mancebo obedeció gustoso y sin pesar halló lo que deseaba. Subieronle a las ancas de un caballo y a toda prisa cogieron el camino, y al recibir las aves con sus sonoras voces a la aurora, llegaron con el deseado cautivo a nuestra presencia. Fue recibido con aplauso común y alegres demostraciones y yo llegué a echarle los brazos; él, sin poder hablarme, prorrumpió en lágrimas y ambos quedamos un buen rato abrazados, con lágrimas de alegría en el rostro, producidas del amor y cristiano afecto de nuestros corazones.

A los primeros rayos de la aurora entramos todos juntos en el rancho; allí las mujeres de Molbunante tenían bien dispuestos los fogones y nos dieron de almorzar a aquellas horas, después de lo cual volvimos a dar al pasado sueño rienda suelta.

Muy cerca del mediodía, recordamos los unos y los otros, y como Molbunante estaba cuidadoso de no faltar al plazo señalado, dispuso que comiésemos temprano, que habían de hacer a mi despedida los caciques. Por no dilatarme en repetidas ceremonias, daré por despedidos los amigos y predicados los sermones, en que me pusieron por delante el agradecimiento que debía tener a sus agasajos, especialmente Maulicán, por haber contrastado con valor y esfuerzo con toda la parcialidad y distrito de la cordillera y con otros comarcanos suyos.

Salimos para tierra de cristianos a los veinte y siete días de noviembre, año de 1629. Agregáronse al número que salimos de La Imperial más de cincuenta lanzas, de modo que fueron en mi compañía más de ochenta indios, todos bien armados y resueltos a defenderme de los enemigos serranos. Y aunque a mí me armaron con coselete y lanza y a mi compañero de la propia suerte, lo que teníamos dispuesto era que cuando llegase la ocasión -que rogábamos a Dios que no llegase-, procuraríamos evadirnos de en medio, del tropel de su contienda y abrigarnos del bosque más cercano. Toda la noche

marchamos a muy buen paso con los resplandores de la luna, con gran vigilancia y orden militar, echando por delante corredores muy ligeros y por los costados y retaguardia de la misma suerte, para que fuesen explorando las montañas y los pasos más estrechos. Al descubrir el sol sus resplandores, que fue a los veinte y ocho del citado mes y año, nos hallamos muy cerca de Curaupe, estero que llaman de Los Sauces, a donde llegamos como a las ocho o nueve del día a refrescarnos y a dar algún alivio a los caballos. Aunque ya estábamos fuera de los caminos y pasos que nos causaban recelo, con todo eso nos ocultamos algo separados del camino y sobre el árbol más crecido pusieron su atalaya o centinela. Ataron a sogas largas nuestras bestias a las orillas del estero, donde nos pusimos algo separados del concurso Quilalebo, Molbunante y Diego Zenteno. Hice descargar el matolaje que traía y que había hecho guardar, y del cual comimos todos, porque como aquella noche siguiente habíamos de amanecer en el fuerte y presidio de Nacimiento, le dije a Quilalebo que convidásemos a todos nuestros aliados y «digüeños». Hízolo así mi amigo y todos participaron de lo que comíamos, cual del pedazo de empanada, cual de la longaniza, de la carne, de los bollos y rosquetes. Tras esto, para refrescarnos, dimos tras las bolsas y talegas de harina tostada, y en unas «guámparas» hicimos la bebida acostumbrada entre ellos y aun entre nosotros los soldados muy bien recibida, porque los que tienen comodidad de mezclarla con azúcar, chocolate molido y canela, hacen una bebida bien sazónada, fresca y de mucho sustento, principalmente para estos indios, que para una jornada de quince o veinte días no llevan más sustento que el bolsillo de harina a la gurupa, la cual desleída con agua en sus «guámparas» les sirve de vianda y de bebida. Después mudaron al que estaba atalayando y le dieron de comer como los demás, con lo que quedamos debajo de la sombra a reposar la comida y a dar alivio al fatigado cuerpo.

A las seis de la tarde, poco más o menos, tuvieron los caballos ensillados, y estando ya todo dispuesto, me despertaron mis amigos, me ayudaron a subir al caballo y proseguimos nuestra derrota poco antes de ponerse el sol. Caminamos a trote largo y a ratos a galope por las faldas de Guadaba, que son unas lomas rasas y en partes escabrosas, y salimos por la quebrada que llaman del ají. Como la luna nos era favorable por estar muy cerca de su lleno, alargamos el paso a media rienda, y al amanecer nos hallamos esguazando el estero del Vergara por arriba del fuerte, a distancia de una legua algo más o menos. Y al descubrir el sol sus hebras de oro, a los veinte y nueve de noviembre, día del ínclito mártir San Saturnino y víspera del señor y glorioso apóstol San Andrés, llegamos a los muros del fuerte de Nacimiento con bandera de paz de un blanco lienzo, que habíamos puesto en una caña brava, para que yo en las manos la llevase. Habiendo dejado las armas que traían como a distancia de una cuadra, nos acercamos todos a la contramuralla que tenía el fuerte. Adentro estaba la muralla, de otros más gruesos y firmes postes, y por dentro, sus festones y parapetos, sus cubos y baluartes en las esquinas, con sus piezas de artillería que barrían los lienzos de la fortaleza.

Hablaron los caciques por entre los maderos y preguntaron si estaban los caciques prisioneros dentro del fuerte; respondieron que sí, que sólo se aguardaba el barco para que llegase Licanante, por quien se había de rescatar Diego Zenteno.

-Pues, hagamos luego el trueque, dijo Molbunante, que después, si llegare Licanante, se efectuará el trueque del soldado.

-Sea muy en hora buena, dijo el capitán y cabo de la gente de guerra del fuerte, vengan a la puerta con nuestro capitán bien deseado, y entrando por las puertas de estos muros, saldrán los caciques prisioneros. En el ínterin que se apearon los que se habían de allegar conmigo, Molbunante, Quilalebo, Millalipe, hijo de Tereupillán, y otros seis o siete principales, salieron a la contramuralla el capitán bien armado y todos sus soldados, que serían hasta setenta u ochenta, de la propia suerte, con sus picas, mosquetes y arcabuces, y se pusieron en ala al son de la caja y otros instrumentos bélicos. No dejaron de recelarse mis compañeros, diciéndome que para qué salía el capitán con las armas en las manos, cuando ellos estaban sin ellas. Les respondí que aquello se usaba entre nosotros y que bien sabían ellos que no podíamos hacer traición alguna con los que entraban bajo la real palabra.

-Y voz, Molbunante, bien sabéis que esto es así, pues habéis entrado y salido entre los nuestros todas las veces que os ha parecido, sin que hayáis experimentado ningún doble trato.

-Es verdad, respondió Molbunante, y así, nos podemos allegar a las puertas con todo seguro.

-Vamos, pues, dijo Quilalebo, que yo iría con el capitán a cualquier parte que quisiera llevarme, con toda confianza sin recelar ni temer peligro alguno.

-Mucho me alegro, Quilalebo, de que estéis tan satisfecho y asegurado de lo que os estimo, pues cierto que primero permitiera que a mí me quitasen la vida que veros atribulado por mi causa. Y no tan sólo por vos -a quien he tenido en lugar de padre- hiciera estas manifestaciones, sino también por el más mínimo de vuestros soldados, que con sobrado amor han venido en mi compañía explorando los caminos y asegurando mis recelos.

Con esto, nos arrimamos a las puertas de la contramuralla; las abrieron con gran regocijo, y el capitán advirtió a Molbunante que apartasen los caballos, porque habían de disparar la artillería y hacer la salva a mi recibimiento; hicieron así, y al entrar yo y salir los caciques prisioneros, después de habernos abrazado con notable regocijo de los unos y los otros, dieron una muy buena carga de mosquetería y arcabucería y luego con las piezas de artillería que estaban en los cubos para la guarnición de todo el fuerte.

Salieron los caciques rescatados y yo me quedé entre los míos, después de haber recabado con súplicas con todos mis amigos que aguardasen el barco que traía a Licanante para el rescate de mi compañero Diego Zenteno y algunos de ropa que repartirles. Y ellos con gusto se dilataron aquel día.

No sé cómo significar el placer que manifestaron aquellos pobres soldados, abrazándome unos y otros, cual por los brazos y cual por las piernas, unos por delante y otros por las espaldas, dándome infinitos parabienes. Y yo, con lágrimas de alegría en mis ojos, no les acertaba a hablar palabra; muchos me miraban con ternura por verme lastimado y en diferente traje del que solía tener en mis prosperidades, pues me veían descalzo de pie y pierna, con unas mantas largas sobre las carnes no acostumbradas a aquel traje. Entramos a la fortaleza, dejando con llave las puertas de la contramuralla, y encontrándonos con el

cura y vicario de aquella plaza, que salía a la puerta a recibirme, nos fuimos todos a la iglesia, donde con rendidos corazones alabamos a nuestro Dios y Señor.

Después me dijo el capitán que fuésemos a su casa a mudar de traje y almorzar un bocado en el entretanto que llegaba el mediodía; le respondí que, con su licencia, no había de salir del templo sin oír misa, que era lo que más deseaba, por hacer muchos días que carecía de tan gran consuelo. Pusieron luego por obra el cantar misa y yo la oí de rodillas con toda la devoción que pude y con gran consuelo del alma.

Llevome el capitán a su casa, habiendo aguardado a que se desvistiese el sacerdote, que fue con nosotros y los demás soldados reformados y soldados del presidio. Me entró luego en su aposento, en donde troqué las viles vestiduras que llevaba y salí mudado en quien solía, con un vestido nuevo bien obrado, un colete guarnecido de ante, espada y daga al cinto, y lo demás que era necesario para adorno y lucimiento de un cautivo liberado.

Salimos, al rato después, a dar vuelta a las murallas, lo que yo deseaba hacer por ver a mi compañero para consolarlo y por volver a rogar a mis amigos que esperasen un día para llevar por delante al sobrino del cacique Paylamacho, quien lo agradecería mucho. Nos arrimamos a la muralla a conversar con los indios, que por la parte de afuera estaban alojados con el pobre y afligido soldado, quien me significó que los caciques decían que no podían aguardar más de aquel día y que a la noche se habían de ir sin falta alguna. Saludé a los amigos y convidé a comer a Quilalebo, Molbunante, Millalipe, a los dos caciques que se habían rescatado por mí y a otros seis caciques de los principales. Antes de entrar, rogué al capitán que llevase para los demás un quintal de cecina, una fanega de pan y una botija de vino... Les hice poner la mesa y darles de comer muy a su gusto, con asistencia del vicario, del capitán, la mía y muchos otros soldados. Habiendo dado fin a su comida, salieron de la muralla muy gozosa y cerraron las puertas. Con esto, nos sentamos a comer, en el aposento del cabo, el cura, el capitán Marcos Chavari -que había sido despachado con los caciques presos a efectuar con brevedad mi rescate y era persona muy conocida entre los indios por haber estado muchos años cautivo-, el capitán, yo y otros dos o tres camaradas suyos.

Cuando acabamos de comer, los soldados tenían dispuestos unos saraos, entremeses y danzas, y porque gozasen de ellos nuestros amigos huéspedes, salimos fuera de los muros, y entre ellos y la contra estacada nos pusimos bajo unas sombras que al propósito tenían dispuestas.

Volví a convidar a Quilalebo y a los demás caciques dentro del fuerte; los sentamos en medio de nosotros, donde con comodidad y gusto pasaron la tarde entretenidos. Yo la tuve muy alegre de haber visto a los caciques y a los demás compañeros, que asomados por entre las estacas, unos risueños, otros mesurados y algunos con las bocas abiertas, parecían suspensos y elevados de ver la variedad en las figuras, unas ridículas, otras bien compuestas y algunas formidables, entre diversos bailes y entremeses.

Acabada la fiesta sobre tarde, hicimos que cenasen los caciques; enviamos a los demás pan, carne y vino y antes que saliesen les rogué que aguardasen el barco hasta las nueve

del día siguiente, que si para ese tiempo no hubiese llegado, no los molestarían mis súplicas.

Después de puesto el sol entramos a nuestra fortaleza y nos fuimos a la iglesia a rezar el rosario, y después de haberlo acabado llamé al vicario y, con la mayor devoción que pude, confesé mis culpas y pecados. Salimos de la iglesia el cura y yo, después de haberse confesado otros penitentes, y hallamos al capitán que nos esperaba con la mesa puesta. Después de otras circunstancias que dejo por no dilatarme, me llevó a la cama, muy limpia y aseada, que me tenía dispuesta, por no haber llegado la mía ni la ropa que se aguardaba en el deseado barco. Me acosté, dando infinitas gracias a Dios porque me hallaba entre sábanas limpias y colchones, los que verdaderamente extrañé por algunos días. Y si voy a decir en puridad lo que siento, aquella primera noche, aunque venía fatigado del camino, no pude dar rienda suelta al sueño, porque lo más de ella se me pasó en dar vueltas a menudo, sin poder hallar sosiego en parte alguna, que el cuerpo estaba ya acostumbrado a los pellejos y mala frezadilla.

Amaneció otro día, el cielo entre nublado y claro, y al dar los buenos días a su capitán el sargento de guardia, le oí decir que corría Norte picante y claro, que era lo que necesitábamos para que el barco subiese río arriba. Consoleme infinito y di los buenos días al capitán, quien me respondió desde la suya diciendo que, por creerme todavía dormido, no me los había enviado a dar con el sargento, el que luego fue a darme parte del tiempo que corría. Signifiqué al sargento y al huésped el desasosiego grande que aquella noche tuve, por haber extrañado la cama, razón por la cual ya me estaba vistiendo al salir el sol. Mi desvelo y el haber desconocido los colchones les causaron mucha risa. Levanteme con bien y con algún gusto de ver que soplaban el Norte apresurado; salí a la plaza de armas y encaminé mis pasos a la iglesia. En este tiempo, se levantaron el capitán y cabo de aquel fuerte, el cura y vicario, el capitán Marcos Chavari, el alférez de la compañía y otros reformados de ella, y unos y otros fueron en mi demanda, a darme aviso de cómo los indios trataban ya de hacer su viaje y llevarse consigo al pobre Diego Zenteno.

Salimos afuera y por entre las estacas de la contramurallas hablamos a los caciques, dándoles a entender que Dios había enviado el viento Norte que corría para que con toda brevedad llegase el barco que tanto deseábamos todos.

Con la palabra que nos dieron los caciques de aguardar hasta el mediodía, nos fuimos a la iglesia a dar consuelo al espíritu, y yo recibí al Señor de lo criado con gran regocijo de mi alma, en compañía de los capitanes Juan Quesada, cabo de dicho fuerte, Marcos Chavari, muchos soldados y reformados del fuerte, que fueron los más dél, y las mujeres, porque con el ejemplo de su mayor y cabeza, los más de ellos imitaban sus pasos.

A las diez del día, salimos de la iglesia y volvimos afuera a ver el estado en que se hallaban los detenidos caciques. Y cuando creímos que por habernos dilatado en nuestros devotos ejercicios estarían a caballo o a pique, por lo menos, de poner los pies en los estribos, los hallamos sosegados almorzando en diferentes fogones y los caciques durmiendo a la sombra de unos árboles frutales que estaban replantados fuera de los muros. Hablamos con el soldado Diego Zenteno y dimos algún alivio a la aflicción y pena que tenía, diciéndole las diligencias que habíamos hecho con el Señor, que todo lo

puede, para que los caciques no se apresurasen y el barco llegase con toda brevedad. En esto, nos divisaron los caciques, y al punto se allegaron a donde estábamos y me representaron la fineza que por mi causa habían hecho en haber aguardado todo un día más, en el que estaban hasta aquellas horas, y que ya no podían dilatar más tiempo su viaje.

-Está muy bien lo que decís, respondí a Molbunante, que fue el que me propuso estas razones.

Y le signifiqué cuán deseoso estaba de corresponder a ellas con algunos dones y regalos, para cuyo efecto les había suplicado que aguardasen el barco, que juzgaba muy cerca, por haberle sido favorable el viento. Pero que ya no tenía que pedirles ni suplicarles más que una cosa, y era que mientras entraban a comer un bocado en nuestra compañía, que enviasen a caballo dos o tres amigos mocetones a la punta del cerro que enfrente de nosotros poco más de media legua se mostraba, de la cual divisarían el río abajo más de tres leguas, y si puestos en la cumbre no lo descubriesen, al punto que ellos llegasen pondrían en ejecución sus intentos y darían principio a su viaje.

-Muy bien lo ha dispuesto el capitán, dijo mi amigo Quilalebo, que cuando de aquí no salgamos hasta la tarde, importa poco, pues de noche y con luna ha de ser nuestra marcha más segura.

En esto convinieron todos y llamaron al instante tres mancebos de los más diligentes.

Salieron los exploradores, después de haberles dado de comer, y entraron los caciques a ser nuestros convidados; enviamos de comer a los de fuera y al atribulado cautivo le enviamos desde la mesa, aunque con el susto que le acompañaba no podía pasar bocado. Sentamos a los caciques a la mesa y los acompañamos, entreverados los unos con los otros. En medio del placer y gusto que mostrábamos, nos tenían cuidadosos los espías y la posta que estaba en la garita. Acabamos de comer, dimos gracias a Dios por sus beneficios y nos levantamos de la mesa. Apenas salimos a la plaza y nos sentare al fresco, cuando el soldado de la garita dio voces a los de abajo y dijo cómo nuestros exploradores estaban dando vueltas de escaramuza sobre el cerro.

-Buena señal, dijo Molbunante, que sin duda han descubierto el barco.

-¡Quéralo Dios así!, dijimos todos.

Y con gran regocijo salimos a divisarlos por entre las estacas de la contramuralla; cuando llegamos a descubrir nuestros centinelas, venían ya bajando a muy buen paso la ladera. Antes que llegasen a darnos parte de lo que habían visto, volvió a decirnos el de la garita que asomaba el barco por la punta del cerro y a poco espacio lo divisamos todos; y como el viento le era favorable, dentro de una hora dio fondo en el estero de Vergara, bajo una loma o eminencia en que estaba fundada nuestra fortaleza. Puesta encima nuestra mosquetería de mampuesto, se aseguraba la condición dél, como lo dispuso el cabo en el entretanto que se desembarcó todo lo que traía, se subió a los almacenes, y el barco quedó en el río con su arráz y marineros, con sus anclas dando fondo en el medio del río. Éste, en aquella parte, es tan hondable y peligroso, que desde que entran hasta que salen nadan los caballos, y con gran riesgo de ahogarse, como ha acontecido a muchos, a causa de

que, dicen, viene muy de remanso y con cantidad de raíces correosas y largas debajo, en que acontece enredarse los caballos.

Con la llegada de nuestro deseado barco, llegaron también Licanante y un capitán amigo y confidente de mi padre con otros de casa, que me traían la cama, vestidos, ropa blanca y más de ochocientos pesos en ropa y géneros que yo había enviado a pedir para mis amigos y enviar a las mujeres que me agasajaron en sus tierras. Trajeron también treinta botijas de vino para brindarles; los convidé que entrasen a merendar un bocado y, después de haberlo hecho muy a su gusto todos los ochenta indios dentro de las murallas, les entregué cuatro botijas de vino y les repartí la hacienda que me habían traído, conforme las calidades de cada uno y según la amistad que les debía. A Quilalebo, como más amigo, le di un vestido entero de paño azul -que es color que apetecen mucho-, calzón, capotillo y capa con sus vueltas de tafetán carmesí, sombreros, medias y zapatos, que aunque no los acostumbra, los guardan para sus borracheras y festejos, que es cuando se visten en traje de españoles. Llevó también para su mujer y su hija veinte varas de listones de diferentes colores, media docena de peines, muchas chaquiras, punzones y topes de plata, algunas agujas y todo lo que me pidió y tuvo gusto de llevar. Finalmente, no hubo ninguno que no llevase alguna cosa de los géneros que he referido.

Entre los que venían de La Imperial, había participado de los géneros menudos, deseaba mucho uno llevar una capa. Llegose a mí en secreto y me dijo que le diese una capa por un tejillo de oro que traía marcado, y que se acordaría de mí toda su vida. Le respondí que no había quedado ninguna, pero que le daría paño o le buscaría entre los soldados. Llamé al sargento que estaba presente y le encargué la diligencia porque aquel indio fuese consolado; éste me trajo al punto la capa por el paño, se la entregué al indio y volvíle su tejo de oro, diciéndole que entre los soldados podría conchabarlo por lo que quisiese. Agradeciolo en extremo y con él conchabó otras cosas entre los del fuerte.

Con esto, los despedimos, ya que el sol iba cubriendo sus rayos y abrazándolos a todos; salieron de la muralla, enfrenaron los caballos, y dando muchos «mari-maris», se fueron en paz y con mucho gusto.

Otro día por la mañana, que fue primero de noviembre, fui oír misa, que rogué a nuestro cura fuese por mi intención; y por ser pobre, le dejé cuarenta pesos de ropa buena de Castilla y dos tejillos de oro que había traído, que eran del porte de un real de a ocho cada uno. Él me pidió encarecidamente una manta que sobre otras camisetas traje puesta, la cual verdaderamente parecía de terciopelo carmesí muy fino. Aunque la tenía dispuesta para hacer memoria de mis pasados trabajos -como los calzones de campana que traje puestos y otra camiseta pequeña que tuve muchos años en mis cujas-, se la di de muy buena gana porque fue de su agrado y estimación.

Después la misa cantada de Nuestra Señora, habiéndose confesado mi compañero Diego Zenteno y recibido al Señor, salimos de la iglesia; el capitán nos llevó a almorzar a su casa a todos los que habíamos de hacer el viaje y aquellas pobres mujeres casadas del fuerte me regalaron con más de lo que sus fuerzas podían permitirles, por cuyo agradecimiento fui a visitarlas y a despedirme de ellas con agrado y cortesía, habiéndoles dejado algunas cosas de las que me sobraron en la repartición. Al capitán y cabo no tuve

con qué agradecerle y recompensar sus favores más de con dejarle hasta veinte arrobas de vino de las que sobraron, cuatro o cinco quintales de cecina y otros pocos de dulces.

Salimos del fuerte los que habíamos de embancarnos: el capitán Pedro de Ayala, camarada y amigo de mi padre; el capitán Marcos Chavari, el sargento Juan Ángel; un confidente de mi casa, a cuyo cargo vinieron la ropa, mi cama y los vestidos; mi camarada Diego Zenteno, yo, los indios, marineros y el arráez del barco. Me despedí de todos los soldados que habían salido a la contramuralla a ponerse de mampuesto, con sus armas en las manos; abracelos a todos y al capitán, quien me dijo que no podía bajar por no poder desamparar su fuerte ni salir de sus muros; que a mi padre le diese un abrazo en su nombre y le dijese cuán en la memoria tenía las honras y favores que de su mano había recibido. Con esto, nos fuimos a embarcar, acompañados de algunos reformados que envió el cabo con sus armas, quedando los demás soldado y la mosquetería de mampuesto hasta que nos embarcásemos y volvieran los reformados a su fuerte. Entramos en el barco, y al salir del puerto o surgidero, nos dieron el buen viaje los de arriba, y los de abajo, imitando sus voces, respondían. El barco a punto de navegar, nos hicieron la salva con una buena descarga de mosquetería y arcabucería, y con los sombreros hicimos las cortesías debidas al capitán, que desde lo alto de su fuerte estaba con su sombrero correspondiendo a nuestras acciones. Así, el río abajo, dimos principio a nuestra navegación.

Las diez del día poco más o menos serían cuando salimos del puerto y fuimos surcando el agua con toda comodidad, y aunque no faltaron tropiezos, que suelen ser ordinarios cuando el río viene bajo de verano, por un banco de arena movediza que tiene, con facilidad se atropellaron, pasando por encima de ellos, a causa de que el barco era chato y sin quilla y de ir en favor nuestro la corriente.

Entre tres y cuatro de la tarde, dimos fondo en la playa del fuerte de San Rosendo, donde hallamos dos compañía de a caballo que el gobernador había despachado para escoltarme, por hacerme aquella honra o porque los capitanes lo pidieron por ser amigos míos y de mi padre. Uno de ellos era el capitán Pedro Fernández de Córdova, gran soldado y de los capitanes de opinión que tenía el ejército, y a quien, después de la pasada derrota e infeliz suerte nuestra, pasaron al estado de Arauco a aquel tercio de San Felipe de Austria; el otro era el capitán Alonso Cid, soldado antiguo, de sobradas experiencias y de valor conocido. Saltamos a tierra, y al poner los pies en ella nos hicieron la salva los soldados. Los capitanes, con algunos reformados, estaban en la playa a pie, con caballos ensilados para que en ellos montásemos, lo que hicimos, porque hasta el sitio donde el fuerte estaba fabricado habría más de dos cuerdas de un arenal prolijo y enfadoso. Llegamos a los muros del pequeño fuerte, que sólo servía de tener bastimentos para subirlos arriba al Nacimiento, en él no había más de quince o veinte hombres con un cabo; y aunque estuvimos resueltos a pasar de largo sin apearnos, éste no quiso permitirlo hasta que merendásemos un bocado que su mujer tenía dispuesto. Por darle gusto y ver a la señora su esposa y no dejarla corrida, entramos y fuimos bastante regalados. Agradecemos al cabo sus agasajos, volvimos a dar rienda a los caballos y por disposición de los capitanes fuimos aquella noche al fuerte y reducción de San Cristóbal. Cogimos el camino de la vega a orillas del río Laja, y luego que los indios amigos, que los capitanes habían dejado de centinelas nos divisaron se dejaron caer por una loma abajo, que daba

gusto verlos descender, más de ciento cincuenta indios bien armados y en caballos ligeros salieron al encuentro a nuestra caballería. Antes de llegar, como obra de dos cuadras, dieron principio a unas vueltas de escaramuza en señal de alegría, haciendo que unos con otros peleaban; cuando nos fuimos acercando a ellos, nuestros capitanes hicieron dar una descarga de arcabucería y también salieron algunos de los nuestros a escamucear con ellos. Hicimos un alto y llegó el capitán Diego Monje con los principales caciques de su reducción a darme la bienvenida. Proseguimos nuestra marcha y al ponerse el sol llegamos al fuerte de San Cristóbal, donde fui recibido con sumo consuelo de todos los soldados y del cabo, y después de haber hecho la salva dispararon la pieza de artillería con que tocaban arma cuando se sabía que el enemigo entraba a nuestras fronteras. Y esto fue por obra del gobernador, para saber con certidumbre cuándo y a qué hora llegaba yo a aquel fuerte, porque se oía con toda claridad -n el tercio de San Felipe, a dos cuadras de él.

Todas estas honras y favores bien considero que no se me debían y que el permitírmelas el gobernador era por la estimación que hacía de los grandes méritos y servicios de mi padre y por lo que todo el reino le debía, así soldados españoles como indios amigos. Porque yo entonces era muchacho sin más conocimiento de las cosas que el me habían dado los trabajos y penalidades del cautiverio.

Entramos en el fuerte a aquellas horas y las compañías de a caballo se alojaron fuera de la muralla, habiendo echado antes centinelas y postas a lo largo, en los vados del Laja, por asegurar de los enemigos de la campaña y por ser obligación de los indios amigos de aquel fuerte tener aquellos pasos guarnecidos.

El capitán Luis de Toledo, Mejía era cabo y gobernador de aquella fortaleza, en cuya guarnición asistía una compañía de infantería con ochenta hombres pagados y más de doscientos indios reducidos que estaban también bajo muralla con su capitán y dos a tres tenientes y cabos de cuadra.

Otro día por la mañana, después de haber oído misa y almorzado regaladamente, subimos a caballo, y en nuestra compañía salieron los indios amigos que llegaron hasta cerca del cuartel. Media legua antes de llegar a él, vimos venir hacia nosotros una tropa de caballería en la que acercándose más reconocimos al capellán mayor del gobernador, que era un fraile grave y presentado de la orden de Nuestra Señora de las Mercedes, y otro religioso, tío mío, predicador y presentado de la religión sagrada de nuestro padre San Agustín, que asistió con el gobernador desde que se iniciaron los trámites de mi rescate hasta que se efectuaron; el vicario y cura del tercio de San Felipe y otros muchos capitanes vivos y reformados, amigos de mi padre y camaradas míos, que salieron a recibirme y a hacerme aquella honra.

El capellán mayor, de parte del presidente, me dio un recado cortés y amoroso, después del cual, y de haber abrazado a todos, proseguimos nuestro viaje con grande regocijo, corriendo los unos, escamuceando los otros, dando voces y gritos de contento. Llegamos al cuartel y, al entrar por las puertas de la muralla, encontramos por fuera de ellas muchos pobres soldados que con las bocas, con los ojos y sombreros me daban mil parabienes, y las mujeres desde las murallas imitaban sus acciones manifestando el placer y júbilo que con mi llegada tenían. Entramos y, al emparejar la compañía de a caballo que

iba de vanguardia, dio una carga de mosquetería la de infantería, que estaba formada en ala en la plaza de armas, y respondieron las compañías de escolta que venían conmigo. Con esto, llegamos a la casa del gobernador, que salió a recibirme a la puerta, acompañado del sargento mayor del reino y de algunos capitanes que le asistían. Luego que llegué a su presencia, me eché a sus pies con todo rendimiento; el gobernador me levantó con todo respeto, amor y cortesía, significando el consuelo y gusto que había recibido con verme ya fuera de peligro y de que se hubiera efectuado mi rescate en su tiempo, antes que llegase el sucesor que por horas esperaba. Y era así, porque no se pasaron veinte días sin que diese fondo en el puerto de la Concepción el gobernador don Francisco Lazo de la Vega, que a los veinticinco de diciembre saltó a tierra. El gobernador era el cordobés famoso y señor de la villa del Carpio, don Luis Fernández de Córdova y Arce, persona de grandes prendas, agradable, cortés, muy jovial placentero con sus súbditos.

Entrome a su sala y sentados en una silla de campaña el capellán mayor fray Francisco Ponce de León, mi tío fray Juan Jofré de Loaisa, el cura y vicario del tercio, don Luis Jofré de Loaisa, deudo mío, y el sargento mayor Juan Fernández Rebolledo, me repitió con encarecimiento no haber tenido día de mayor consuelo y gusto después de nuestra pasada derrota; de manera que ya deseaba el sucesor, pues había conseguido lo que con tanto ahínco solicitara, que era ver en su tiempo efectuado mi rescate, que a los más pareció imposible.

Mandó traer de comer, porque la mesa estaba puesta, e hizo llamar a Diego Zenteno, quien después de haber abrazado al gobernador, luego que estuvimos en su presencia, se quedó afuera con sus amigos. Y como el tercio estaba falto de gente, después de haber comido le rogó que volviese a continuar el real servicio y que le honraría en la primera ocasión, porque verdaderamente le quería bien y deseaba sus aumentos. Y como los ruegos del príncipe son mandatos que obligan más que los imperiosos cuando los súbditos son de obligaciones y dóciles naturales, así lo hizo el camarada, quedándose en la compañía que le pareció más a su gusto.

Después de haber comido con todo regalo y ostentación de príncipe, pedí licencia al gobernador para ir a dar una vuelta y visitar a los compañeros y a reconocer el alojamiento de mi deudo, porque mi tío tenía su cama y la mía acomodadas.

Salimos de su casa con apercibimiento de que volviese a la tarde porque teníamos que comunicar algunas cosas de importancia de la tierra del enemigo y de sus designios; con su permiso, pues, nos despedimos y encaminamos a la casa de mi pariente. Al salir por las puertas del palacio, fueron tantos los que nos iban acompañando que apenas me dejaban dar paso adelante. Llegamos a casa del vicario, a donde fueron muchas mujeres y amigos confidentes a verme y todos los capitanes del ejército. Finalmente, no quedó chico ni grande que nos manifestase su alegría y sumo contento.

Por otra parte, dábanme prisa los amigos de mi padre que fueron a Nacimiento por mí, para que saliésemos aquella tarde a dormir a la campaña y madrugásemos otro día, por el deseo que tendría mi padre de verme ya en su presencia. Así, por abreviar mi viaje, fui a las cuatro de la tarde a despedirme del gobernador, pidiéndole licencia para pasar adelante. Sentándose en una silla de honor y yo en otra, nos quedamos solos hablando

algunas cosas de las que el enemigo platicaba. Tuvo particular gusto de la poca conformidad que le dije tenían unas parcialidades con otras, por cuya causa las juntas que hacían eran muy limitadas y de poco número, y que del río del Imperial para adelante no había quien se moviese a tomar las armas sino algunos mocetones solteros y otros pobres aficionados al pillaje de la guerra, que los caciques que tenían comodidad y descanso en sus casas no querían ni había quien los moviese de su quietud y regalo, porque decían que sólo los pobres y los faltos de entendimiento continuaban los ejercicios militares y los peligros que acarrear; que sólo por la patria y por gozar de libertad en ella se podían tomar las armas y arriesgar gustosamente las vidas, y también en las ocasiones que no se pueden rehusar, por no padecer calumnias de cobardes ni de tímidos; pero que buscarlos sin ocasión ninguna era ofrecer las acciones a la muerte y dar bastantes muestras de locura. Estando en estas razones, entraron mi tío y el capitán Pedro de Ayala.

-Si vuestra Señoría es servido, dijo mi tío, y nos da licencia, acudiremos a un convite que los amigos han dispuesto a mi sobrino.

-Está muy bien dispuesto, dijo el gobernador, y me alegro infinito que a la feliz suerte de nuestro cautivo hagan todos muchas demostraciones de alegría; y yo de mi parte lo agradezco y holgara hallar con qué manifestar el regocijo que me acompaña; sólo con estas militares insignias lo podré hacer.

Hizo sacar una rica banda con sus puntas y encajes de oro fino, una ancha espada turquesca muy guarnecida, con su tahalí bordado sobre terciopelo liso de color azul oscuro, y unas mangas bordadas en lo propio, hermanadas con sus guantes y medias. Y para el viaje mandó que me llevasen dos cajitas de conserva escogida, la una de ricos orejones de las provincias del Cuzco, que son los mejores dulces que se platican, un cajoncillo de biscochuelos cubiertos y otro de chocolate de regalo bien aderezado. Estimé con extremo la fineza de nuestro presidente, echándome agradecido a sus pies.

Con esto, mi tío le pidió licencia para salir del cuartel al tocar el alborada -que es cuando se rompe el nombre- y que así se sirviese su señoría de echarnos su bendición por no aguardar a que recordase por la mañana.

Una hora antes de tocar las cajas, se levantó mi tío a decir misa y, en el entretanto que la oímos, dispusieron las camas, las cargaron y ensillaron los caballos. Cogimos la derrota para Gómero, que así se llamaba una estancia y heredad de mi padre, donde, además de los indios para la labranza y beneficio de la hacienda, había otros cuarenta en las minas de Quilacoya. Y por llevar algunos pesos de oro de camino para las gastos que se me podían ofrecer y limosnas para unas misas, me fui a estar dos días en aquella hacienda.

Otro día, a cinco de diciembre, proseguimos nuestro viaje para la ciudad de San Bartolomé de Chillán y en tres días nos pusimos en mi casa, a los siete del mes, poco antes del medio día. Sin llegar a la presencia de mi padre, le envié a pedir licencia para ir ante todas cosas a oír misa a la Iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, que estaba a media cuadra de mi casa, en la misma calle. Todos los del lugar que salieron a recibirme con asistencia del corregidor me acompañaron en la iglesia y hasta ponerme en presencia de mi padre no quisieron perderme de vista. Entretanto que oímos misa, mandó el corregidor que la compañía de infantería tuviese las armas dispuestas para que cuando los

soldados de a caballo diesen una descarga al entrar por las puertas de mi casa, respondiesen con otra los mosqueteros y con una pieza sellasen los estruendos. Aguardamos a mi tío, quien, después de haberse desnudado de las vestiduras sagradas, salió a donde estábamos. Nos fuimos caminando a pie el corregidor con los alcaldes y otros del cabildo, el cura y vicario de la ciudad, el comendador de aquel convento, algunos religiosos de San Francisco y otros de la orden de predicadores. Los mozos y soldados a caballo festejaron con carreras mi llegada y al son de las trompetas y cajas de guerra, al entrar por las puertas de mi casa, dieron la carga los soldados de a caballo y respondió la infantería en la Plaza de Armas.

Con el referido acompañamiento, entré a la presencia de mi amado padre, que en su aposento estaba en cama, echado a más no poder por su penoso achaque de tullimiento. Al punto que puse los pies sobre el estrado que le tenían puesto arrimado a la cuja, me puse de rodillas y con lágrimas de sumo gozo le regué las manos, besándoselas varias veces; y habiendo estado un rato de esta suerte, sin podernos hablar en un breve espacio de tiempo, mi rostro sobre una mano suya, la otra sobre mi cabeza, me mandó levantar tan tiernamente, que movió a los circunstantes la ternura.

Después de la acción referida, acompañada de otras que el amor y el regocijo me pudieron permitir, nos sentamos a la mesa con los convidados y dimos fin a un banquete bien dispuesto, sazonado y espléndido. No refiero particulares circunstancias de festejos, regocijos y otros entretenimientos con que los de la patria celebraron mi llegada. Déjolo al buen discurso de cada uno y a la consideración del más atento.

Para dar fin glorioso a nuestra historia, diré que otro día por la mañana, que lo fue de la Concepción de la Virgen, fuimos a confesar y comulgar a la iglesia de nuestro padre San Francisco mi padre y yo, porque era gran devoto de esta Señora y patrón y bienhechor de aquel santo convento. Por su patrocinio y amparo fue Dios servido de librarle con bien - aunque - tullido- de los infortunios que trae consigo el militar estruendo en esta sangrienta guerra inacabable...

FIN